



**UNIVERSIDAD DE SEVILLA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

FACTORES PREDICTORES DE LA VIOLENCIA EN LA PAREJA DE ADOLESCENTES Y JÓVENES *

**TESIS DOCTORAL
2018**

Directora

Dra D. Virginia Sánchez Jiménez

Presentada por

CRISTINA CARO OLIVARES

** Tesis Doctoral desarrollada en el marco del proyecto internacional I+D+i "Parejas y redes de iguales en la adolescencia: un programa de prevención de la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes" (PSI-2013-45118-R) dirigido por la Dra D Virginia Sánchez.*

AGRADECIMIENTOS

Dedico esta Tesis Doctoral con una especial sensibilidad a mis Padres, que en paz descansan, que siempre se han esforzado por darme lo mejor.

A mi **padre**, que sé que estaría muy orgulloso de mí por haber llegado hasta aquí. Él fue el primero que me animó a iniciar este proyecto.

Papá, aquellas mañanas de café y charla marcaron mi relación contigo; ¡nadie se imagina lo afortunada que fui en esa época!, donde pude bucear en tu enorme corazón, deleitarme de tu bondad y palpar tu gran generosidad. Siempre serás un grande porque me enseñaste a ser una buena persona; siempre serás el mejor referente de amor, en mi vida.

A mi **madre**, siempre dispuesta, siempre ayudándome, siempre presente en mis momentos de dificultad. Mamá, me has enseñado a valorar las cosas y a ser agradecida, ¡¡maravilloso aprendizaje que me hace ser cada día mejor!

Gracias también mamá por esos guisos tan ricos que me preparabas para que yo me despreocupara del hogar y pudiera avanzar en este proyecto. Trabajadora incansable, referente de lucha que siempre me ha inculcado que con esfuerzo y trabajo todo se consigue...y aquí, estoy con mi Tesis terminada...gracias por ser tan buenos padres.

El verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea quien es. (Jorge Bucay).

A ti, mi querido **Jose**, mi compañero de vida, papá de mis niños, mi tutor metodológico, pilar fundamental para sacar adelante este trabajo. Tu constante dedicación ha hecho que no me sintiera sola en ningún momento. Durante este proceso hemos pasado momentos buenos, malos, tristes; hemos superados juntos obstáculos importantes que han marcado nuestra existencia. Por todo esto, hoy quiero darte las gracias, por encontrar siempre la forma de hacerme olvidar las preocupaciones y recordarme día a día, que todo irá bien.

Y es que, querido Jose, tienes la habilidad de convertir los momentos tensos, en cosas buenas llenas de aprendizaje. Gracias por contagiarme de valores como esperanza, superación, fortaleza. Tienes todo mi amor.

Agradecimiento también a mis **hijos**, Cris y Pepe, motores de mi vida, por la paciencia que han tenido conmigo y por los ánimos que me han dado para llegar a mi meta. Espero que sigamos alimentando la bonita familia que hemos creado juntos. Siempre estaré a vuestro lado.

No puedo pasar sin homenajear a **Lola**, recientemente fallecida. Querida suegra, desde lo más profundo de mi corazón te digo que has sido un importante referente para mí. Te estaré continuamente agradecida por esa palabra siempre oportuna, por ese persistente gesto generoso y por tu trato sensible y cálido en todos los momentos que pude disfrutar de ti. Tú, una gran persona que siempre estará en mi corazón. Descansa en Paz querida.

Ruskin, J. escribió *Educar a una persona no es hacerle aprender algo que no sabía sino hacer de él alguien que no existía*, y eso es lo que tú, estimada **Virginia** has conseguido en mí. Gracias por haber enriquecido, con tan buen hacer, mi desarrollo académico y personal.

Esta trayectoria ha sido un camino complicado, en el que he tenido que rectificar muchas veces, pero la ganancia que he obtenido es invaluable. Tu cercanía emocional ha hecho que trabaje a gusto y eso es mucho y tus consejos y enseñanzas siempre las tendré presentes.

Querida Virginia, por tu profesionalidad, sapiencia, gratitud, cariño e infinita paciencia quiero decirte que siempre tendrás todos mis respetos.

Y no puedo dejar de nombrar a mis colegas de departamento en el CEU. El tener que ir a trabajar diariamente se convierte en algo maravilloso cuando te rodeas de la gente ideal como mi compañera **Conchita**. Gracias compi por trasmitirme tu buena energía, positividad y buen humor, caldo de cultivo perfecto para sentarme a escribir y avanzar en este proyecto.

Y también dar la gracias a mi compi **Paco Pérez**, artista perfecto maquetando...gracias por mejorar mi productividad, por brindarme lo mejor de ti y ayudarme a superar mis expectativas con toda tu dedicación. Es un orgullo tenerte de compañero.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN.....	7
1.- LA VIOLENCIA EN PAREJAS ADOLESCENTES	9
Introducción.....	11
1.1 La definición del fenómeno	12
1.1.1. Características de la violencia en la pareja adolescente.....	14
1.1.2. Tipos de violencia en la pareja.....	19
1.2. Prevalencia del fenómeno.....	25
1.2.1 La violencia psicológica y física	26
1.2.2 La influencia del sexo y la edad.....	29
1.2.3. La prevalencia de la violencia bidireccionalidad	32
1.3. Factores explicativos.....	34
1.3.1. Modelos teóricos clásicos	34
1.3.2. Otros modelos teóricos explicativos	41
2.- FACTORES PREDICTORES.....	48
Introducción.....	50
2.1. Factores contextuales.....	50
2.1.1. El contexto de la pareja.....	50
2.1.2. El conflicto en la relación.....	54
2.2. Factores cognitivos	57
2.2.1. Aceptación de la violencia, creencias y estereotipos	58
2.2.2 Mecanismos de desconexión moral	63
2.3. Factores emocionales	80
2.3.1. Emociones morales.....	81
2.3.2. La rumiación hostil	83
2.3.3. Los celos.	90
3.- METODOLOGÍA.....	96
3.1. Objetivos e hipótesis.....	98
3.1.1. La bidireccionalidad de la violencia	98
3.1.2. La prevalencia de la violencia	99
3.1.3. Los predictores de la violencia	101
3.1.4. Un modelo explicativo de la violencia	102
3.2. PARTICIPANTES.....	107
3.3. PROCEDIMIENTO.....	108
3.4. Instrumentos	109
3.4.1. Datos sociodemográficos	109
3.4.2 Cuestionario de las primeras relaciones sentimentales.....	109
3.4.3 Violencia física.....	109
3.4.4 Violencia psicológica.....	110
3.4.5. Desconexión Moral	111
3.4.6 Rumiación hostil	111
3.4.7 Conflicto.....	112
4.- ANÁLISIS PRELIMINARES Y VALIDACIÓN DE INSTRUMENTOS. 114	
4.1. Análisis de datos perdidos y métodos de imputación.....	116
4.2. Validación de los instrumentos e invarianza por sexo.....	117

4.2.1. La rumiación hostil	119
4.2.2. Desconexión Moral	122
4.2.3. El conflicto entre parejas adolescentes.....	130
5.- RESULTADOS.....	134
5.1. La bidireccionalidad de la violencia	136
5.2. Prevalencia de la violencia psicológica y física en parejas de adolescentes.	142
5.2.1. Implicación en violencia psicológica y física (sexo)	143
5.2.2. Implicación en violencia psicológica y física (edad).....	144
5.3. Los predictores de violencia según el sexo	145
5.4. Modelos explicativos de la violencia en las parejas de adolescentes.	146
5.4.1. Las variables emocionales, cognitivas y contextuales como predictores de la violencia	147
5.4.2. El modelo explicativo de violencia.	149
5.4.3. Un modelo igual o diferente para cada sexo	150
5.4.4 Descripción del modelo explicativo seleccionado	154
6.- DISCUSIÓN.....	158
6.1 Discusión	160
6.1.1. La bidireccionalidad de la violencia psicológica y física.....	160
6.1.2 La violencia psicológica y física en novios adolescentes	164
6.1.3 La rumiación hostil, la desconexión moral y el conflicto en parejas adolescentes. Diferencias en función del sexo.....	167
6.1.4 El modelo explicativo de la violencia	170
6.2. Aportaciones y limitaciones	175
6.3. Implicaciones para la intervención y perspectivas futuras de investigación	178
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	184
ANEXO.....	230

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Proceso autorregulador de la conducta moral (Bandura, A 1986): De social foundations of Thoughts and Actions: A social Cognitive Theory (p. 376).....	65
Figura 2. Modelo explicativo de la violencia para las dos muestras.....	150
Figura 3. Modelo con cargas factoriales libres para ambos sexos en adolescentes implicados en violencia psicológica (muestra 1).....	153
Figura 4. Modelo con parámetros libres para ambos sexos en adolescentes implicados en ambos tipos de violencia (muestra 2).....	153
Figura 4. Modelo de violencia psicológica (naranja) y ambos tipos de violencia (rojo) con parámetros forzados a la igualdad para ambos sexos.....	156

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Objetivos e hipótesis.....	106
Tabla 2. Cargas factoriales estandarizadas y correlaciones ítem-total corregidas de cada ítem de rumiación hostil.....	120
Tabla 3. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para la rumiación hostil.....	121
Tabla 4. Índices de ajuste de los modelos de 1, 3, 4 y 8 dimensiones de desconexión moral.....	123
Tabla 5. Cargas factoriales estandarizadas de los modelos de desconexión moral.....	125
Tabla 6. Varianza extraída (AVE), correlaciones y varianza compartida entre los ocho mecanismos de desconexión moral.....	127
Tabla 7. Correlaciones entre las cuatro dimensiones de desconexión moral.....	127
Tabla 8. Correlaciones entre las tres dimensiones de desconexión moral.....	128
Tabla 9. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para la desconexión moral.....	130
Tabla 10. Descriptivos, cargas factoriales estandarizadas y correlaciones ítem-total corregidas de cada ítem de conflicto en parejas de adolescentes.....	131
Tabla 11. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para el conflicto.....	132
Tabla 12. Niveles de invarianza entre sexos para rumiación, desconexión moral y conflicto.....	133
Tabla 13. Índices de ajuste de los modelos de 2 y 4 dimensiones de violencia.....	136
Tabla 14. Ajuste de los modelos de violencia de 2 y 4 dimensiones, cargas factoriales estandarizadas y correlaciones ítem-total corregido.....	138
Tabla 15. Correlaciones entre las cuatro dimensiones de violencia.....	140
Tabla 16. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para el modelo bidimensional de violencia.....	142
Tabla 17. Porcentajes y frecuencias (entre paréntesis) de implicación en violencia psicológica y/o física diferenciando el sexo.....	143

Tabla 18. Análisis de Regresión Logística Multinomial de la implicación en tipos de violencia considerando la edad de los adolescentes como predictor.....	145
Tabla 19. Descriptivos y contraste de medias de rumiación hostil, desconexión moral y conflicto según el sexo.....	146
Tabla 20. Descriptivos de rumiación hostil, desconexión moral, conflicto y violencia para la muestra de adolescentes implicados solo en violencia psicológica (muestra 1) y para la de implicados en ambos tipos de violencia (muestra 2).....	148
Tabla 21. Coeficientes de correlación de Pearson entre rumiación hostil, desconexión moral, conflicto, violencia en implicados exclusivamente en violencia psicológica (negrilla) y en ambos tipos de violencia (cursiva).....	149
Tabla 22. Ajuste de los modelos de la moderación y la independencia del sexo en ambas muestras.....	152

PRESENTACIÓN

El principal objetivo de este trabajo es avanzar en el conocimiento del fenómeno de la violencia en la pareja sentimental de adolescentes. Los datos ofrecidos por estudios recientes han revelado un alto porcentaje de implicación en comportamientos violentos en la diada, con importantes consecuencias para la salud, lo que lo han convertido en un problema social público internacional.

Desde el **capítulo 1** se informa de la definición actual del fenómeno y de los principales modelos explicativos que han arrojado luz sobre los posibles predictores de la violencia en la pareja.

La violencia de pareja adolescente está centrada en un contexto donde se desarrollan comportamientos que dañan a la persona por la que existe atracción. El rango de relaciones en donde podría presentarse esta forma de violencia puede incluir desde el citarse, tras sentir atracción física, hasta relaciones formales de noviazgo (Cornelius & Resseguie, 2007). Como apuntó Anderson y Danis (2007), esta violencia también ocurriría en el contexto de una pareja donde sólo hay encuentros esporádicos o sólo tienen una relación de novios, es decir, no conviven ni poseen un vínculo formal, características que diferencian esta violencia, de la violencia en pareja de adultos, (Schütt, 2006), la denominada como *violencia sexista, machista o contra las mujeres*. La violencia que nos ocupa también se caracteriza por estar ambos implicados en agresión y victimización psicológica, física o sexual (Giordano, Soto, Manning & Longmore, 2010; Jonhson, 2006; Muñoz & Echeburúa 2016), con frecuencia y severidad similar (Capaldi & Larringisen, 2012; Fernández-González, O'Leary & Muñoz-Rivas, 2013; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez, & Ortega, 2011). Tras esta reflexión, uno de los objetivos de carácter metodológico de este trabajo será analizar la dimensionalidad del constructo violencia en la pareja adolescente, indagando hasta qué punto chicos y chicas comprenden la violencia de la misma forma.

Para comprender este fenómeno se ha partido de los principales modelos explicativos, desde los tradicionales, centrados en las teorías principalmente unidimensionales, a los modelos más actuales que ofrecen una visión multidimensional, multiprobabilística (Capaldi et al, 2003; De Wall & Anderson, et al 2011). Partiendo de la convicción de que en el origen y en el mantenimiento de la violencia en la pareja de adolescentes están implicados una amplia gama de factores de distinta naturaleza, desde el **capítulo 2** se analizan algunos factores emocionales, contextuales y cognitivos y su relación con el fenómeno que nos ocupa.

En el contexto donde se desarrolla la relación pueden presentarse emociones negativas ante interacciones conflictivas. Saber moverse en esas dinámicas agresivas, autocontrolar las emociones y saber gestionar correctamente esa situación es una tarea importante para los adolescentes y que va a determinar la calidad o satisfacción de la relación. Por lo tanto, el objetivo principal de este trabajo será llevar a cabo un modelo explicativo a la prevalente ocurrencia de comportamientos violentos en novios adolescentes y si ese modelo es equivalente tanto para chicos como para chicas. Dicho modelo se va a plantear con la pretensión de buscar predictores del fenómeno.

Esta Tesis Doctoral se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i “*Parejas y redes de iguales en la adolescencia: un programa de prevención de la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes*” (Psi-2013-45118-R) dirigido por la Dra D. Virginia Sánchez Jiménez y cuenta con la aprobación del comité ético de la Junta de Andalucía (0575-N-14).

1.- LA VIOLENCIA EN PAREJAS ADOLESCENTES

1.1. Definición

1.2. Prevalencia del fenómeno

1.3. Factores explicativos



Cristina Caro Olivares

INTRODUCCIÓN

La violencia en las relaciones de pareja de adolescentes es un fenómeno de naturaleza social que está recibiendo mucha atención por parte de la comunidad científica en las últimas décadas. Desde el primer trabajo realizado por Makepeace (1981) en el que encontró que un 20% de los adolescentes habían sufrido violencia en la etapa del noviazgo, los estudios sobre este fenómeno han aumentado de forma significativa (Cortés-Ayala, Bringas, Rodríguez-Franco, Flores, Ramiro-Sánchez & Rodríguez, 2014; Fernández-González, O'Leary & Muñoz-Rivas, 2014; González-Méndez, Yanes & Ramírez Santana, 2015, entre otros).

El hecho de que estas expresiones violentas ocurran en las primeras experiencias sentimentales de los jóvenes, contexto en el que se consolidan las representaciones mentales respecto a qué se espera de una relación de pareja y cómo comportarse en la intimidad, ha generado un importante cuerpo de conocimiento respecto a cómo intervenir de un modo eficaz para promover estilos de relación saludables, positivos y satisfactorios (Shaffer & Furman, 2011).

Por otro lado, las investigaciones han revelado que la implicación en violencia en la pareja a estas edades compromete seriamente el bienestar psicológico y físico de los adolescentes (Sánchez, Ortega-Rivera, Ortega & Viejo, 2008; Van de Bongardt, Yu, Deković & Meeus, 2015), lo que puede suponer un serio riesgo en la etapa adulta (Rubio-Garay, Carrasco, Amor & López González, 2015; Moreno-Manso, Blázquez-Alonso, García-Baamonde, Guerrero-Barona & Pozueco-Romero, 2014), de ahí que sea considerado un problema de salud pública.

A continuación, se describen los resultados de las principales investigaciones realizadas en términos de su definición, características y factores explicativos.

1.1 LA DEFINICIÓN DEL FENÓMENO

Diversas son las definiciones que se han realizado de la violencia en la pareja adolescentes a lo largo de las últimas décadas. Esta variabilidad unida a la falta de consenso en la operativización del fenómeno ha provocado divergencias en la forma de medirlo (Shorey, Cornelius & Bell, 2008) y en los resultados de prevalencia encontrados. Por lo tanto, la conceptualización de este constructo ha supuesto para la investigación un proceso de depuración teórica y metodológica que ha provocado mucha diversidad en los resultados (Cáceres & Cáceres, 2006). La mayoría de los estudios realizados hasta la fecha se han desarrollado en EE UU/ y Canadá, siendo más recientes los realizados en países europeos. Autores como Connolly, Foshee o Straus, entre otros, han establecido las líneas básicas que han guiado y conceptualizado el estudio del fenómeno.

Las primeras definiciones propuestas han sido principalmente de índole conductual, focalizándose en el estudio de las manifestaciones comportamentales de los diferentes tipos de violencia con independencia de la interpretación y experiencia subjetiva tanto de la víctima como del agresor. En esta línea, los estudios se centraron en el análisis de las formas más concretas y fácilmente medibles como la violencia física. En esta línea, se sitúan los estudios de Capaldi y Owen (2001); Connolly, Nocentini, Menesini, Pepler, Craig y Williams (2010); Nocentini, Menesini y Pastorelli (2010); Simon, Miller, Gorman-Smith, Orpinas y Sullivan (2010).

Posteriormente a la definición conductual, los estudios comenzaron a analizar la violencia en función de las consecuencias para la víctima o a partir de la consideración de la intencionalidad del agresor. Este in-

terés derivó en estudios centrados en la violencia sexual y o física, encontrando tasas de prevalencia muy dispares a las reportadas por los estudios conductuales.

Estudios como los de Anderson y Danis (2007); Capaldi, Shortt y Crosby (2003); Fritz y Slep (2011); Muñoz-Rivas et al. (2007a; 2007b) y Sánchez et al. (2008). En violencia sexual destacaron los trabajos de Foshee, Bauman, Linder, Rice y Wilcher (2007); Muñoz-Rivas, Graña Gómez, O'Leary y González Lozano (2009) y Washington-Kuffel y Katz (2002) que se encuentran en esta línea de investigación.

Por otro lado, se encuentran los estudios que se han centrado en la violencia psicológica, relacional y verbal en la pareja adolescente Corral & Echeburúa, 2009; Golstein, 2008; 2011; Muñoz Rivas, 2006; 2010; Ramírez, 2000), que han encontrado tasas de prevalencia muy altas en función de los comportamientos analizados. Estos trabajos revelan que la prevalencia de la violencia en las parejas adolescentes no es nada desdeñable, pero varía en función de las formas estudiadas.

Saltzman, Fanslow, MacMahon y Shelley (2002) distinguieron tres tipos fundamentales. En primer lugar, la violencia física, entendida como el uso intencional de la fuerza física para causar un daño, incapacidad, lesión, o incluso la muerte. En segundo lugar, el abuso emocional/psicológico, definido como el trauma causado a una persona a través de actos, tácticas coercitivas como humillaciones, control de con quien está o qué hace, aislamiento de amigos y/o familia, etc. Y por último la violencia sexual, que incluiría la utilización de la fuerza física para forzar a una persona a mantener relaciones sexuales; llevar a cabo actos sexuales con una persona que no comprende la naturaleza de esos actos y el contacto sexual abusivo.

En los últimos años se han incluido, además, las formas online. De acuerdo con el Centers for Disease control (2014), *la violencia puede tener lugar en persona o mediante un medio electrónico, y con la pareja actual o exparejas*. (Centers for Disease Control, 2014, www.cdc.gov). Esta definición fue completada por Stonard, Bowen, Lawrence y Price (2014) que la plantearon como, *Cualquier conducta de amenaza, control, violencia o abuso llevada a cabo contra la pareja o expareja en el contexto de una relación de noviazgo entre adolescentes (10-18 años). Estas pueden incluir, independiente o conjuntamente, conductas físicas, psicológicas/emocionales y sexuales que pueden darse en persona o electrónicamente a través de la tecnología (móviles o Internet) y que además ocurre sin importar el género o la sexualidad*. (p. 393). Esta última definición acentúa las diferentes expresiones de la violencia en el interior de la pareja y la variedad de contextos y medios a través de los que este fenómeno puede manifestarse.

Para esclarecer con más detenimiento este fenómeno, en el siguiente apartado, la violencia de pareja será abordada, atendiendo a las principales características que presenta.

1.1.1. Características de la violencia en la pareja adolescente

Una de las primeras características de la violencia es que tiene lugar en parejas de jóvenes que salen juntos (Close, 2005). Aunque el tipo de relación sentimental que los jóvenes pueden establecer desde algunas citas puntuales hasta relaciones más formales, el compromiso y la responsabilidad con la relación varían sustancialmente con relación a las parejas adultas establecidas (Anderson & Danis 2007; Schütt, 2006). Eso hace que el contexto en el que se expresa la violencia difiera de la que ocurre en

parejas adultas. Así, las razones para la agresión varían y la dinámica relacional en el interior de la pareja también (González & Santana, 2001). Por ello este tipo de violencia no solo se puede presentar en relaciones formales de pareja, sino que puede también surgir en relaciones germinales que tienen en común la atracción interpersonal (Cornelius & Resseguie, 2007).

La segunda característica hace referencia a su naturaleza bidireccional. En este sentido, frente a las relaciones en las que puede haber un desequilibrio evidente de poder, la violencia que ocurre entre adolescentes es fundamentalmente bidireccional, recíproca o mútua (Capaldi, Shortt & Kim, 2005; Sánchez, Viejo & Ortega-Ruíz, 2012). La bidireccionalidad de los comportamientos agresivos queda definida por tasas equivalentes de agresión y victimización en la pareja, reflejando un contexto de pareja en el que ambos miembros se implican por igual en conductas agresivas al menos en sus formas psicológicas y físicas (Giordano, Soto, Manning & Longmore, 2010; Jonhson, 2006; Muñoz & Echeburúa 2016), con frecuencia y severidad similar (Capaldi & Larringisen, 2012; Fernández-González, O'Leary & Muñoz-Rivas, 2013; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez, & Ortega, 2011; Orpinas, Nahapetyan, Song, McNicholas & Reeves, 2012). Esta bidireccionalidad se expresa además con una frecuencia ocasional y a través de formas leves o moderadas, aunque de forma puntual puede aparecer algún acto violento severo (Jonhson 1995). Estos datos reflejan muy bien el modelo teórico de Kelly y Jonhson (2008) que defienden que la violencia que surge entre novios se genera en un contexto caracterizado por la simetría de poder, donde el control no se ejerce sólo por un miembro de la pareja, sino que se refleja a través de tácticas puntuales que ambos miembros utilizan en respuesta al conflicto, con la intención de restablecer el control y el equilibrio de la situación.

Teniendo en cuenta esta bidireccionalidad, algunas investigaciones han señalado como más apropiado hablar de implicación en comportamientos agresivos en lugar de roles de comportamientos definidos de agresión y victimización (Nocentini, Menesini & Pastorelli, 2010). En este sentido, la conducta agresiva de un miembro de la diada retroalimentaría el comportamiento del otro perpetuando en el tiempo la dinámica relacional violenta (Sánchez, et al, 2008).

La contribución de ambos sexos a la violencia bidireccional haría que la pareja normalizase esta forma de relacionarse haciendo menos probable la percepción de ciertos comportamientos como verdaderas agresiones (Cornelius, Shorey & Beebe, 2010; Viejo, 2014; Miller, Williams, Cutbush, Gibbs, Clinton, Sherrod & Jones, 2013; Nocentini, Pastorelli, & Menesini, 2011). Simon et al (2010) a este respecto, obtuvieron que un 59,8% de los adolescentes consideraban aceptable y normal que una chica agrediera físicamente a su pareja y un 32,3% aceptaban con normalidad que fuese el chico el agresor. Este es un aspecto preocupante en cuanto que podría situar a los implicados en una situación donde no hicieran una valoración adecuada de lo que les sucede, desconociendo en muchos casos, determinados comportamientos considerados de alto riesgo en una relación de pareja (González-Ortega, Echeburúa & Corral, 2008). La investigación avanza en esta línea, sugiriendo la idea de reflexionar sobre la importancia de buscar herramientas metodológicas que aborden específicamente esta dinámica bidireccional en parejas adolescentes (Alegría & Rodríguez 2015), como una forma de prevenir el desarrollo de formas más graves de violencia.

Foshee y Reyes (2011) subrayaron la escalada de la violencia como una característica más del fenómeno que nos ocupa. Según el enfoque dinámico de Capaldi y Kim (2007), la forma que tiene la pareja de relacionarse puede reforzar los actos violentos verbales o físicos en respuesta a

una situación problemática. De esta forma, las respuestas violentas pueden ir escalando a niveles más altos, contribuyendo a reforzar la espiral del conflicto (Straus & Gelles, 1990). Este enfoque sugiere que la agresión psicológica es utilizada como una primera manifestación ante el conflicto que puede ir escalando hacia formas más graves como la violencia física o sexual (Taylor, Stein & Burden, 2010). Varios son los estudios que han demostrado esta escalada de violencia desde las formas psicológicas a las físicas (Barreira, Carvalho & Avanci, 2013; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary & González, 2007; O'Leary & Woodin, 2009; Salis, Salwen & O'Leary 2014; Viejo, Sánchez & Ortega-Ruíz, 2014), demostrando, además, que la violencia suele instalarse en sus formas más graves cuando la pareja se consolida (González & Santana, 2001; Taylor, Stein & Burden, 2010). Por otro lado, otros trabajos han puntualizado que, la violencia puede expresarse inicialmente con un patrón bidireccional y de baja intensidad para posteriormente y a medida que se instauran formas más graves, evolucionar hacia dinámicas unidireccionales (Rubio-Garay, López -González, Ángel & Sánchez-Elvira-Paniagua, 2012). De este modo, se resume que la comprensión del fenómeno pasa por analizar la frecuencia y la gravedad de los diferentes comportamientos violentos (Foshee & Reyes, 2011; Sebastian et al., 2010). Sánchez et al (2008) obtuvieron resultados que mostraron una implicación alta de chicos y chicas que se reconocieron agresores ocasionales de sus parejas, sobre todo en agresiones verbales, relacionales y también en agresiones físicas leves, con una incidencia de alrededor del 48% para ellos y el 55% para ellas. En coherencia con estos resultados, Sebastian, Ortiz, Gil, Gutiérrez del Arroyo, Hernáiz y Hernández (2010) señalaron un alto porcentaje de implicación en violencia de baja intensidad (insultos, empujones, etc.), lo que ha llevado a algunos autores a eliminar las medidas de violencia severa dado que la implicación era casi inexistente (Nocentini et al., 2010).

En síntesis, la participación bidireccional en la relación de la pareja está empíricamente relacionada a la escalada del conflicto y, principalmente, asociada al deseo de ambos miembros de la pareja de recuperar el control en una situación conflictiva (Connolly et al, 2010). Este papel del control ha sido abordado desde diversos trabajos. Por ejemplo, Menesini y colaboradores (2011) analizaron la asociación entre la violencia mutua y la calidad de la relación de pareja encontrando que el conflicto estaba significativamente más presente en parejas donde había violencia mutua y niveles de control similares en ambos miembros, que en aquellas que no presentaban este patrón relacional.

La naturaleza contextual es, por tanto, una característica fundamental del fenómeno, esto es el papel tan importante que juega la dinámica relacional de la pareja (Mandi, White-Ajmani & Bursik 2013).

Capaldi y colaboradores (2003; 2005) señalaron que los factores contextuales de la pareja como el tiempo que lleve la pareja saliendo juntos, la presencia de conflictos internos, el nivel de satisfacción de la relación y el deseo de control o poder son muy importantes en la explicación de la violencia en la pareja adolescente.

Respecto a la duración y frecuencia de las citas sentimentales, la implicación en violencia está más extendida en aquellas relaciones sentimentales de larga duración. La presencia de celos, los conflictos, el control y la insatisfacción en general, potenciarían el riesgo de implicación en violencia. Es a partir de estas características, cuando se generan interacciones conflictivas que contribuyen a que se establezca una dinámica relacional negativa, caracterizada por una resolución negativa de los conflictos, (O'Leary & Smith-Slep, 2003; Menesini et al 2008; 2011, entre otros). El uso de estrategias coercitivas y agresivas reflejaría no solo las dificultades que los adolescentes presentarían a la hora de modular y regular su vida emocional, sino también su inexperiencia en la gestión de

la vida de pareja (Werkele & Wolfe, 1999). Por lo tanto, la presencia de conflictos en una relación de pareja en el que ambos miembros carecen de la habilidad y estilo de comunicación adecuado consolidaría un estilo de interacción negativo que se iría normalizando y perpetuando en el tiempo, proyectándose en las relaciones de parejas futuras.

Es por ello que las primeras relaciones amorosas adquieren un papel primordial para los adolescentes, con consecuencias para la salud y para el ajuste psicológico. Si el contexto donde se desarrolla la pareja favorece una relación satisfactoria, percibirán calidad en su noviazgo, pero si la dinámica relacional no se gestiona adecuadamente puede aumentar la probabilidad de que se desarrollen comportamientos agresivos específicos, desde los más sutiles a los más hostiles (Viejo, Ortega-Ruíz & Sánchez, 2015).

En resumen, la violencia entre parejas de novios adolescentes se caracteriza por ser bidireccional, donde ambos miembros se implican por igual en conductas agresivas al menos en sus formas psicológicas y físicas (Muñoz & Echeburúa 2016), en un contexto en el que la presencia de celos, los conflictos, el control y la insatisfacción en general, potenciarían el riesgo de implicación en violencia. Esos actos violentos comenzarían como algo leve, ocasional y principalmente de carácter psicológico y de forma gradual escalarían a actos violentos de mayor gravedad (Taylor, Stein & Burden, 2010).

1.1.2. Tipos de violencia en la pareja

Aun asumiendo los diferentes tipos de violencia y vías de expresión considerados en los párrafos anteriores, de cara a los objetivos de este trabajo de investigación, solo se describirán en profundidad la violencia psicológica y la física, por ser las únicas que se abordarán empíricamente en este estudio.

La Violencia psicológica

La violencia psicológica ha despertado bastante interés a lo largo de décadas dada su alta prevalencia y frecuencia entre las parejas adolescentes, si bien, no existe una definición común sobre la misma (Follingstad, 2007; Shorey, Cornelius & Bell, 2008).

Para unos autores, es definida como una forma de violencia relacional que se expresa a través de conductas dirigidas a controlar y dominar los movimientos de la pareja, provocando el aislamiento de su familia y amigos (O'Leary & Slep 2003), vigilando sus movimientos, intentando convencer a la pareja de que es culpable de cualquier problema o restringiéndole el acceso a determinada información (Bonino, 1999; Krug et al, 2003). Además de estas formas relacionales, algunos autores contemplan las agresiones emocionales y verbales, incluyéndose insultos, humillaciones, ridiculizaciones, reproches, descalificaciones y gritos (Corral & Echeburúa, 2009; Golstein, 2008; 2011; Muñoz Rivas, 2006; 2010; Ramírez, 2000).

Las definiciones más actuales dan evidencia de que la violencia psicológica incluye una amplia gama de comportamientos orientados a controlar, a aislar, denigrar y dominar a la pareja (Buesa & Calvete, 2011) mediante conductas como exigir, criticar, insultar, no respetar acuerdos, ignorar, descalificar o discriminar (Rojas-Solís, 2013c). Se trata de actitudes, comportamientos y estilos de comunicación basados en la humillación, dominación, intimidación, amenazas, desaprobación social u hostilidad, con la finalidad de ridiculizar, menospreciar, poner en evidencia o imponer la culpa a la pareja (Lohman, Neppel, Senia & Schofield 2013).

Almendros, Gamez-Guadix, Carroble, Rodríguez-Carballeira y Porrúa (2009) señalaron cuatro razones por las que la violencia psicológica

ha presentado interés investigador. En primer lugar, por el poder predictivo de la violencia psicológica sobre la física (O'Leary & Smith-Slep, 2003). En segundo lugar, por las consecuencias emocionales de la violencia psicológica, que son iguales o más graves a las de la violencia física (Callahan, Tolman & Saunders, 2003). La tercera razón, por la percepción que tienen los implicados de la violencia y su influencia en la toma de decisiones sobre la continuidad de la relación. La cuarta razón es que la violencia psicológica es más perdurable a lo largo del tiempo que la violencia física. En este sentido, Foshee, Benefield, Suchindran, Ennett, Bauman, Karriker-Jaffe, Luz, Reyes y Mathias (2009) demostraron en uno de los primeros estudios longitudinales realizados, las diferentes trayectorias evolutivas de la violencia en las parejas entre los 13 y 19 años. Así, mientras la violencia física y sexual presentaba una trayectoria curvilínea, alcanzando el punto máximo alrededor de los 16-17 años, la violencia psicológica se caracterizaba por un patrón lineal positivo. Dehart, Follingstad y Fields (2010) añadieron también que era importante registrar si esas conductas violentas se producían como episodios aislados o como un patrón general de comportamiento, concluyendo que estos últimos eran percibidos psicológicamente como más violentos que aquellos que sucedían de forma aislada. Estudios posteriores se posicionaron en esta misma línea, confirmando que la violencia psicológica es la más frecuente en comparación a los otros tipos de violencia en la pareja de novios adolescentes (Carney & Barner, 2012; Shortt, Capaldi, Kim, et al., 2012).

Una de las características de la violencia psicológica es que puede ser sutil, en los casos donde, por ejemplo, la apariencia de los actos sea de bondad o de humor y vayan acompañados de mensajes para socavar información que permita dominar o dañar a la pareja. Son actuaciones que producen un daño emocional abusivo e incluso difícil de reconocer (Viejo, et al 2014). Y es que, como ya reconoció Marsall (1999), los actos

sutiles de maltrato psicológico podían perjudicar el bienestar y la percepción que se tenía de la relación y de la pareja en sí, contaminando la comunicación y el sentimiento positivo que el amor ofrece (Ureña, Romero Casas, Viejo & Ortega-Ruíz, 2015).

Contemplando los tipos de violencia psicológica, la violencia relacional recibió un interés particular por parte de la comunidad científica. Crick (1995) enfatizó que una de las principales características de la violencia relacional era el uso y la manipulación de las relaciones sociales para intimidar a la pareja. La investigación sugiere que la agresión relacional se asocia con desajustes psicosociales, problemas de comportamiento y bajos niveles de calidad en la relación (Goldstein et al, 2008). Además, los estudios coinciden en que este tipo de agresión relacional incide con mayor frecuencia en el contexto de las parejas adolescentes. En esta etapa evolutiva es más frecuente que estas parejas salgan en grupos, por lo que tienen más probabilidad de pelearse o enfrentarse con el objetivo de manipular las relaciones sociales del otro (Golstein, 2011).

Otra manifestación de la violencia psicológica en la pareja es la generada a través de la red electrónica, la violencia cibernética, definida como *“el control, acoso, acecho y abuso de la pareja a través de la tecnología y los medios de comunicación social”* (Zweig, Lachman, Yahner & Dank, 2014, p. 1306). La amplia diversidad de conductas que comportan el cyberdating violence y la gran variedad terminológica utilizada para definirlo, ha ido incluyendo diversas formas de medición y consecuentemente, una amplia variedad de datos sobre su prevalencia (Zweig et al 2013). Algunos autores se han centrado en las conductas concretas generadas (Tokunaga, 2011 entre otros) y otros, en las herramientas tecnológicas utilizadas (Zweig et al 2013 entre otros). Las conductas on line que mayor atención han recibido son las relacionadas con el control, vigilancia y seguimiento de la pareja o expareja a través de la red social

(Darvell, Walsh & White, 2011; Fox & Warber, 2013) y la herramienta que ha generado mayor interés empírico es la red social Facebook (Lyndon et al, 2011; Marhall, 2012), considerada como fundamental en la dinámica relacional de los novios (Hand, Thomas, Buboltz, Deemer & Bujanjargal, 2013; Tong, 2013). Uno de los últimos asuntos debatidos por los estudiosos en esta área tiene que ver con si el acoso en el noviazgo cibernético es una nueva forma de violencia en la pareja o si es una extensión de las formas existentes de abuso cara a cara. Passarelli (2016), avanzó en este sentido concluyendo que el acoso cibernético era similar a las formas de violencia cara a cara, en términos de prevalencia y presencia en ambos sexos, siendo una nueva expresión de violencia psicológica.

La violencia física

La violencia física, entendida como el uso intencional de la fuerza física para causar un daño o lesión a la pareja (Straus & Gelles, 1986), incluye actos agresivos como tirar o romper objetos, dar patadas, cachetadas, empujones, zarandeos, o cualquier acto que atente contra la integridad física de la persona (Sebastian et al 2010). Estas manifestaciones de violencia física tan objetivas por su visibilidad y por la alarma social que activan, están consideradas como la forma más evidente de maltrato y, por ello, han sido las más atendidas por los trabajos científicos (Capaldi & Owen, 2001; Rothman, Jonhson, Young, Weinberg, Azrael & Molnar, 2011; Viejo, 2014; Viejo, Monks, Sánchez & Ortega-Ruíz, 2015).

Atendiendo a sus características, la violencia física se puede presentar en sus formas leves o moderadas, que implicarían comportamientos como escupir, dar una patada o empujar; y en formas graves, como asfixiar, amenazar con un arma o golpear enérgicamente. Un amplio número de investigaciones han puesto de manifiesto que las conductas de

carácter leve presentarían mayor prevalencia que las más graves y estarían igual de presentes en chicos que en chicas (Graña & Cuenca 2014; Muñoz Rivas et al 2007b).

El porcentaje de implicación de los adolescentes en las formas graves sería muy bajo, siendo los chicos más agresores y las chicas más víctimas. Respecto a las conductas violentas leves o moderadas, son más prevalentes entre los adolescentes. La diferenciación por sexo no es significativa y el mayor nivel de implicación es bidireccional (Foshee & Reyes, 2011; Viejo 2014).

Respecto a su frecuencia, la violencia física es menos frecuente que la psicológica. Para algunos autores sería, el último recurso que utiliza el agresor, ya que, antes ha intentado controlar a la pareja a través de la violencia psicológica (Archer, 2000; Corral & Calvete, 2006; Muñoz Rivas, Graña, O'Leary & González, 2009; Shorey, Temple, Febres, et al, 2012).

En síntesis, los principales estudios han confirmado que la violencia física que se establece en el seno de estas parejas adolescentes es, en la mayoría de los casos, un fenómeno muy extendido entre chicos y chicas; también han confirmado que la violencia física es fundamentalmente recíproca (Capaldi, Shortt & Kim, 2005; Echeburúa, Fernández-Montalvo, Corral & López-Goñi, 2009; Menesini & Nocentini, 2008; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez & Ortega, 2011; Swahn, Alemdar & Whitaker, 2010; Viejo, et al 2014), que se expresa de forma ocasional y que suelen ser de carácter leve o moderado (Menesini & Nocentini, 2008; Straus, 2011; Viejo, et al 2014). En estos casos, pudiendo no ser percibida como tal, sino como parte de un patrón relacional sucio (Ortega-Ruiz & Sánchez, 2011) que se instaura en algunas parejas adolescentes como una forma de iniciar esos primeros acercamientos, (Foshee & Reyes, 2011; Furman & Shomaker, 2008; Sebastián et al., 2010; Nocentini et al.,

2010), siendo más probable encontrar episodios de violencia física grave en dinámicas relacionales unidireccionales. El hecho de que la violencia física leve no se perciba como tal sino como conducta normalizada entre ellos, da evidencia de que este tipo de violencia es alarmante exponencialmente, sobre todo cuando en un estudio, el 22% de los jóvenes que se involucraron como implicado en agresión física, no eran conscientes de estar envueltos en ese tipo de actos violentos (Fass, Benson & Leggett, 2008).

A continuación, se profundiza en el fenómeno en términos de la prevalencia general de la violencia psicológica y física, en función del sexo, de la edad y de la bidireccionalidad de esta.

1.2. PREVALENCIA DEL FENÓMENO

Los estudios nacionales e internacionales realizados en los últimos años han encontrado índices de prevalencia que han oscilado entre el 5% al 60%, (Archer, 2000; Fernández Fuertes & Fuertes, 2005; Menesini & Nocentini, 2008; Ortega-Ruiz, Ortega-Rivera, Sánchez & Viejo, 2010). A pesar de que los datos de prevalencia hayan ido fluctuando notablemente de unos estudios a otros, parece existir un acuerdo generalizado en que la prevalencia en la violencia en el noviazgo es más común de lo que cabría esperar y que los porcentajes de implicación son alarmantes (Capaldi, Shorrt & Kim, 2005) y de manera general, pueden alcanzar el 65% (Connolly et al., 2010; Demarais, Reeves, Nicholls, Telford & Fiebert, 2012; Fernández-Fuertes & Fuertes, 2010; Foshee & Reyes 2011; Graña & Cuenca, 2014; Haynie, Farhat, Brooks-Russell, et al 2013; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez & Ortega-Ruiz, 2011; Sears & Byers, 2010).

Respecto al sexo, la prevalencia en violencia general (sin diferencias por tipos de violencia) presenta tasas similares para ambos sexos:

ambos sexos son victimizados en la misma medida por sus parejas y tanto ellos como ellas son agresores (Foshee & Mathew 2007; Moral & López, 2013b; Murray, Wester & Paladino, 2008; Straus, Cerulli, Rhodes, Conner, Kember, Kaslow & Houry, 2009).

A continuación, se presentan los datos de prevalencia específicos de cada tipo de violencia. Estos datos se analizarán en función del sexo, de la edad y de la bidireccionalidad de la violencia. Con el objetivo de organizar la información, los trabajos que a continuación se exponen se presentarán por orden cronológico.

1.2.1 La violencia psicológica y física

La violencia psicológica

Entre los estudios más relevantes de las últimas décadas, destaca el presentado por Hines y Saudino (2003) que revelaron que alrededor del 85% de los encuestados habían estado alguna vez implicados en violencia psicológica. En nuestro país, Muñoz Rivas y colaboradores (2007a, b) encontraron un porcentaje de implicación del 90% en agresiones verbales y del 80% en conducta dominante y celosa. Por su parte, Sánchez y colaboradores (2008) uno de los comportamientos violentos más frecuentes entre las parejas adolescentes fue de naturaleza relacional, con valores entre el 45% y el 50%. Estos resultados fueron ligeramente inferiores a los encontrados en estudios internacionales, cuyas tasas de prevalencia oscilaron entre el 60% (Cerulli, Rhodes, Conner, Kember, Kaslow & Houry, 2009) y el 73% (Murray, Wester & Paladino, 2008).

Los porcentajes de prevalencia han aumentado en las investigaciones de la actual década, donde se han registrado tasas de alrededor del 80%, bastante más superiores a otros tipos de violencia de pareja (Zorrieta et al, 2010). Según el estudio llevado a cabo por Villafañe, Jiménez,

Carrasquillo y Vázquez, (2012), los actos más utilizados fueron gritar e insultar a la pareja, (54% de los implicados) criticar o humillar (39%), destruir o golpear objetos con ira y controlar a la pareja (34%).

Algunos trabajos sobre la prevalencia de la violencia psicológica han considerado la diferente gravedad de algunos de estos comportamientos, concluyendo que las formas de violencia psicológica moderadas son más utilizadas por los jóvenes en comparación con las más graves (Coker, Clear, García, Asaolu, Cook-Craig, Brancato & Fisher, 2014; Esquivel – Santoveña & Dixon, 2012; Fernández – González, O’Leary & Muñoz Rivas, 2014; Muñoz Rivas, 2007a; Graña & Cuenca, 2014; O’Leary & González, 2007b; Strauss, 1996; 2015). Respecto a las formas moderadas más comunes, los diferentes estudios han ido señalado que los comportamientos violentos verbales tienden a ser los más frecuentes como insultar, humillar, criticar o descalificar. Según Cornelius y Resseguie, (2007) la inclusión de la agresión verbal en las investigaciones sobre la violencia íntima aumentó sustantivamente los índices de prevalencia hasta un 88%, incremento corroborado en las últimas investigaciones (Coker, et al, 2014; Foshee, Dixon, Ennett, Moracco, Bowling, Chang & Moss, 2014; Liles, Usita, Irvin, Hofstetter, Beeston, & Hovell, 2012; Shorey et al, 2012a).

En síntesis, la violencia psicológica es la más reportada en población adolescente y joven (Vizcarra & Poo, 2011). Los datos provenientes de diferentes estudios señalan que la agresión psicológica tiende a ser la más frecuente en población adolescente (Rojas-Solís & Carpintero, 2011).

La violencia física

Los resultados de los estudios más significativos durante las últimas décadas han mostrado que los índices de prevalencia física general oscilan entre el 10% y el 40%. Concretamente, Fass, Benson y Leggett

(2008) concluyeron que el 22% de los adolescentes estaban involucrados en actos de violencia física en su relación de pareja, datos similares a los reportado en la revisión sistemática de Demarais y colaboradores (2012) que, tras revisar 111 artículos sobre este fenómeno, hallaron una tasa de implicación del 24,8%.

En el análisis de la prevalencia de la violencia física una de las variables más consideradas ha sido la diferenciación entre las formas leves versus severas. En nuestro país, los estudios ponen de manifiesto que las formas leves son más frecuentes entre los adolescentes, al ser informadas por un 15% de los implicados, frente a la violencia física grave (asfixiar o herir con un arma), la cual aparece en el 0.5% de los casos (Muñoz-Rivas et al. 2007b). Estos datos contrastan con los presentados en los estudios internacionales y otros estudios más recientes desarrollados en nuestro país. Foshee y Reyes, (2011), por ejemplo, encontraron que la implicación en violencia física grave o severa se situaba entre el 8% y el 14%, datos corroborados por Desmarais y colaboradores (2012) y por Graña y Cuenca (2014) en nuestro país.

Respecto a las tasas de agresión y victimización, los estudios señalan que la agresión física varía del 11% al 41% (Foshee & Mathew, 2007) mientras que las tasas de victimización oscilan entre el 9% y el 46% (Straus, 2004). Respecto a las diferencias entre la agresión y victimización física leve y moderada, algunos estudios han encontrado tasas similares de agresión y victimización física leve (Muñoz Rivas et al 2007 a), mientras que en otros trabajos se han encontrado mayores tasas de victimización (42.1% Vs 28.6%), (Simon et al. 2010).

En resumen, la violencia física ha resultado ser menos frecuente que la violencia psicológica (Corral & Calvete, 2006; Foshee & Reyes 2011; Muñoz Rivas et al, 2007a; 2007b; Viejo et al 2014).

1.2.2 La influencia del sexo y la edad

El sexo es una de las variables más controvertidas en el análisis del fenómeno. Para la violencia psicológica, una amplia mayoría de estudios coinciden en indicar que son las chicas las que se implicarían algo más que los chicos en agresión psicológica (Coker Clear, García, Asaolu, Cook-Craig, Brancato & Fisher, 2014; Orpinas, Hahapetyan, Song, MacNicholas & Reeves, 2012; Rojas-Solís & Carpinteiro, 2011). Y es que desde que Strauss y Sugarman (1996) encontraron que el 80% de las chicas y el 75% de los chicos estaban implicados en actos violentos psicológicos, esta tendencia respecto al sexo ha ido sucediéndose en los estudios realizados, aunque las diferencias no alcancen la significatividad estadística. En esta línea destacó el estudio de González y Santana (2001), que utilizando una versión modificada del Conflict Tactics Scale de Strauss, mostraron algo más de implicación en violencia verbal por parte de las chicas, (28,8%) frente a los chicos (23,9%), resultados corroborados posteriormente por Muñoz- Rivas, Andreu, Graña y O'Leary, (2007a), en lo referido a agresión verbal que encontraron un 95.3% de chicas frente a un 92,8% de chicos. Simon y colaboradores (2010) se situaron en línea con las anteriores investigaciones, concluyendo que las chicas adolescentes hacían ligeramente más uso de tácticas agresivas psicológicas leves que los chicos (31.4% frente a 26.4%), datos corroborados por Fernández Fuertes y Fuertes (2010), Rojas-Solís y Carpinteiro (2011) o Cortés-Ayala et al, (2014), para las agresiones verbales-emocionales. Son de destacar las diferencias encontradas por Giordano, Soto, Manning y Longmore (2010), que encontraron diferencias significativamente mayores entre sexos, 34% de chicas frente a un 6,2% de chicos que agredieron violencia psicológica a su pareja. Estos datos contrastan con los resultados encontrados en otras investigaciones que han concluido que tanto chicos como chicas se, implicaban de la misma manera en agresión

psicológica. Así, Hines y Saudino (2003) encontraron que un 84% de los chicos y un 86% de las chicas afirmaron agredir psicológicamente a sus parejas. En Canadá, Sears, Byers y Price (2007) demostraron que no existían claras diferencias entre sexos respecto a la ejecución de abuso psicológico, un 48% de los chicos y el 51% de las chicas. Fass et al (2008), concluyeron en la misma línea, hallando una diferencia nada significativa, un 86% de los chicos y un 85,4% de las chicas. Finalmente, los estudios que han encontrados mayores tasas de implicación masculina que femenina en violencia psicológica han sido minoritarios (Rivera-Rivera et al (2007), por lo que puede concluirse que la implicación de ambos sexos es similar, si bien ligeramente superior en las chicas.

Respecto a la violencia física, uno de los estudios internacionales más relevantes en el análisis de la influencia del sexo fue el metaanálisis realizado por Archer (2000), en el que concluyó que había una tasa algo mayor de chicas que reconocieron agredir físicamente a su pareja (un 28% de chicas frente a un 25% de chicos). El autor concluyó que las chicas eran ligeramente más propensas a emprender uno o más actos de agresión física leve y a recurrir a dichos actos más frecuentemente que los chicos, que era más probable que utilizaran la agresión física severa. En la misma línea concluyó Strauss (2001), que en sus estudios ha confirmado mayores tasas de agresión física en ellas que en ellos :31,2%. Vs 24% (Straus & Gozjolko 2007; Straus, 2011). Los estudios de Muñoz Rivas, Andreu, Graña y O'Leary (2007) se situaron en esta misma línea, obteniendo un porcentaje de agresión leve del 14.1% las chicas, frente a un 7.8% de los chicos. El trabajo de O'Leary et al. (2008) resultó destacable por las diferencias tan significativas entre sexos, al encontrar que en un 40% de las chicas adolescentes eran las que agredían físicamente (frente a un 24% ellos). En línea con estos autores se situaron los estudios de Fass, Benson y Leggett (2008), de Fiebert, (2010), de Demarais y colaboradores (2012) que concluyeron que 1 de cada 4 chicas (28.3%) y 1 de

cada 5 chicos (21.6%) había perpetrado violencia física hacia sus parejas. Más recientemente, López-Cepero, Rodríguez-Franco y Rodríguez-Díaz, (2015) encontraron que un 37% de las chicas y un 17,9% de los chicos habían ejercido al menos una conducta violenta física contra su pareja. Sin embargo, estos autores no obtuvieron los mismos resultados en victimización, donde los valores se invirtieron entre sexos: el 31,9% de los chicos y el 3,9% de las chicas dijeron haber sido sólo víctima.

Otros trabajos, sin embargo, no han encontrado diferencias significativas entre chicos y chicas en agresión física. González y Santana (2001), utilizando una versión modificada del Conflict Tactics Scale de Strauss, mostraron que el 7,5% de los chicos y el 7,1% de las chicas estaban implicados en violencia física directa. Estos datos fueron avalados por Fernández Fuertes y Fuertes Martín (2005) y más tarde, por Ortega-Ruiz y colaboradores, (2008) y Menesini y Nocentini (2008), obteniendo un porcentaje similar entre sexos. Moral y López, (2013b) y Leen, Sorbring, Mawe y Holdsworth, (2013) tampoco encontraron diferencias entre sexos. Para estos autores, la media de agresión en violencia física fue equivalente entre sexos y la media de victimización fue algo mayor en chicos.

En relación con la edad, los estudios trasversales analizados han destacado que las parejas más jóvenes son más violentas y que a medida que los miembros de la pareja van madurando, los índices de violencia disminuyen. A este respecto, Riggs, O'Leary y Breslin (1990), concluyeron que la adolescencia intermedia parece ser un momento crítico para la utilización de la violencia en general. Archer (2000), por su parte, encontró que, en las muestras de edad inferior a 22 años, las chicas presentaban mayores índices de agresión física y psicológica que los chicos, mientras que, a partir de esa edad, eran los chicos los que aumentaban la agresión. Concretamente, encontró que las chicas agredían físicamente más a sus parejas, al menos durante la etapa de los 14 años

a los 22 años, mientras que, a partir de esa edad, eran los chicos quienes más ejercían esta agresividad física.

Los estudios longitudinales también confirman la evolución de la violencia física y psicológica con la edad. Foshee (2004) concluyó que la victimización disminuía con la edad y en la misma línea concluyó el trabajo de Nocentini, Menesini y Pastorrelli (2011). Las autoras encontraron que la violencia física disminuía entre los 16 y 18 años.

En resumen, aunque un amplio número de investigaciones han señalado que las tasas de prevalencia en general son similares entre sexos, cada vez hay más datos que apuntan que las chicas se implican más en agresión psicológica y física leve. Respecto a la edad, los estudios han concluido que los adolescentes de menor edad son más propensos a implicarse en comportamientos violentos físicos y psicológicos con su pareja, mientras que a medida que van madurando, el comportamiento violento decrece.

1.2.3. La prevalencia de la violencia bidireccionalidad

En el contexto de pareja adolescente, la investigación cada vez se aproxima más al estudio de la naturaleza bidireccional de la violencia (Capaldi, Kim & Shortt, 2007; Menesini et al., 2011), de ahí que la literatura científica empiece a considerar como más apropiado hablar de implicación en comportamientos violentos, en vez de centrarse en roles por separado (Nocentini, Menesini & Pastorelli, 2010).

Siguiendo el criterio cronológico, entre los estudios de prevalencia más significativos que han abordado la bideraccionalidad de la violencia se encuentran los realizados por Strauss y su equipo sobre la violencia física. Sus estudios realizados en diferentes países demostraron que tanto los actos violentos físicos leves como los graves mostraban un carácter bidireccional (Strauss & Douglas 2004), concluyendo, además, que

esta violencia bidireccional era incluso más prevalente que la violencia unidireccional (Strauss & Ramírez, 2007). Así, Strauss y Gozjolko (2007; 2014), utilizando la categorización de la violencia de Jonhson (2008) de “terrorismo íntimo” y “violencia situacional”, hallaron que tres cuartas partes de las agresiones físicas entre las parejas de novios tenían un carácter situacional caracterizado por la bidireccionalidad o mutualidad.

Por su parte, Corral y Calvete, (2006) analizaron los dos tipos de violencia y concluyeron que el 77,6% habían estado implicados de forma recíproca en violencia física, y el 83,8% lo había estado en violencia psicológica. En esta misma línea se situaban Muñoz Rivas, González, Santana, Graña y Peña, (2007) informando que alrededor del 80% de los adolescentes entrevistados estaban implicados simultáneamente como agresores y víctimas físicas y psicológicas. Para Wekerle, Leungh, Wall, McMilland, Boyled y Trocmee (2009), la violencia bidireccional era habitual en aproximadamente un 65% de las chicas y en un 49% de los chicos. Swahn, Alemdar y Whitaker (2010) en una muestra con más de 4000 estudiantes concluyeron que en general, las chicas que habían estado implicadas en algún tipo de violencia eran más propensas que los chicos, a ser agresoras y víctimas a la vez (50,4% frente a 38,9% de chicos). Para Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez y Ortega (2011) el porcentaje fue del 50% de adolescentes españoles e italianos implicados en violencia psicológica bidireccional. Estudios más recientes como los de Fernández-González, O’Leary y Muñoz-Rivas (2014) elevaron las tasas de bidireccionalidad al 96,7% en chicos y 95,9% en chicas, datos similares a los encontrados por Pasarelli (2016) y por Viejo y colaboradores (2016).

En resumen, la violencia bidireccional es el patrón más común en la violencia de pareja, siendo de nuevo ellas más propensas a implicarse como agresoras y víctimas físicas y psicológicas en su relación sentimental.

1.3. FACTORES EXPLICATIVOS

La investigación sobre la violencia en la pareja de adolescentes y jóvenes ha proliferado bastante en los últimos años, por lo que resulta de interés prestarle atención a los modelos desarrollados con el objetivo de determinar aquellos factores que ayuden a comprender por qué aparecen estos comportamientos violentos en la relación sentimental. Varias son las teorías que durante décadas han sustentado la investigación sobre este fenómeno, desde las clásicas como la Teoría del Aprendizaje Social de Bandura (2007), Teoría del Apego de Bowlby (1969; 1980), la Teoría Feminista de Walker (1989) a otras como el modelo Background-Situational Model, desarrollado por Riggs y O'Leary (1989), el modelo de Follingstad y colaboradores (2002) o el modelo Sistémico Evolutivo de Capaldi y colaboradores (2003), desarrolladas específicamente para explicar la violencia de parejas adolescentes .

A continuación, se describen los modelos teóricos clásicos y los modelos posteriores, profundizando en lo que cada una de las diferentes teorías ha aportado al fenómeno de la violencia en las parejas adolescentes.

1.3.1. Modelos teóricos clásicos

Dentro de los modelos teóricos clásicos de referencia se revisará la teoría del Aprendizaje Social de Bandura (1973), la Teoría del Apego de Bowlby (1969; 1980) y la Teoría Feminista de Walker (1989) y su vinculación con el fenómeno que nos ocupa.

La Teoría del Aprendizaje social (Bandura, 1973)

La teoría del Aprendizaje Social de Bandura (1973) argumenta que las primeras interacciones que el ser humano tiene con sus progenitores

se configuran como modelos especialmente relevantes para el aprendizaje de una gran variedad de comportamientos. La observación de una conducta presentada por un modelo ante el cual el observador siente admiración, la persona pone en marcha los procesos autorregulatorios para adquirir las habilidades necesarias para imitarlo. Si además es reforzado positivamente al imitar ese comportamiento, aumenta la probabilidad de continuar imitándolo. Desde estas premisas la conducta agresiva se adquiriría por observación e imitación de modelos violentos.

Bandura (1996; 2007) reconoce a la familia, al contexto cultural y a los modelos simbólicos o medios de comunicación, como arquetipos de imitación fundamentales en nuestra sociedad. Según el autor, el clima familiar es uno de los factores más fuertemente vinculados con la violencia: las carencias comunicativas, los castigos físicos, las peleas y los enfrentamientos entre padres e hijos son algunos de los episodios que enrarecen la vida de la familia y pueden marcar el futuro de las relaciones sociales de sus miembros. Una persona puede aprender a relacionarse de forma violenta a partir de la observación e imitación de modelos agresivos en su contexto. Así, ante una situación conflictiva en la pareja, las personas pueden poner en marcha aquellas estrategias de afrontamiento que han imitado de sus principales modelos. Esas pautas aprendidas por observación pueden influir tanto en la elección de la pareja como en la dinámica natural de dicha relación, suponiendo un riesgo potencial para la diada (Ehrensaft, Cohen & Brown 2003).

Los resultados referidos al efecto directo del conflicto y la violencia intrafamiliar sobre la violencia en el noviazgo entre adolescentes han sido corroborados por un nutrido cuerpo de estudios empíricos transversales y longitudinales. Algunos trabajos transversales como el de Kinsfogel y Grych (2004) realizado con adolescentes, han concluido que aquellos adolescentes que vivieron o presenciaron experiencias de abuso

en sus familias eran más propensos a actuar de forma hostil con sus parejas. Straus y Savage (2005) encontraron que los encuestados que habían vivenciado un comportamiento negligente por parte de los progenitores, presentaban más probabilidad de ejercer violencia hacia su pareja. Simon y Furman (2010) concluyeron que la evaluación que hacían los adolescentes de los conflictos intrafamiliares moderaba la percepción que tenían de los conflictos de pareja.

Más adelante, Laporte, Jiang, Pepler y Chamberland (2011) estudiaron a un grupo de chicos victimizados en el contexto familiar. Los resultados apuntaron a que esos chicos tenían un alto riesgo de revictimizarse en sus relaciones sentimentales y también de presentar un riesgo alto de ser agresores de sus parejas.

Por otra parte, el estudio longitudinal de Neppl, Senia y Scholfield (2013) en el que analizaron la violencia psicológica de padres a hijos durante los años adolescentes, concluyeron que la exposición a ese tipo de violencia en esa etapa de la vida era un indicador clave de la violencia psicológica hacia la pareja durante la edad adulta. Más recientemente, Giorgiano, Kaufman, Manning y Longmore, (2015) también bajo diseño longitudinal, llevaron a cabo el *Estudio de Relaciones con Adolescentes de Toledo* (TARS) que incluía un calendario de entrevistas de seguimiento, uno, tres y cinco años después de la entrevista inicial. Los autores concluyeron cómo las experiencias personales asociadas con la edad, el género, la raza y la etnia influían en la interpretación que hacían los jóvenes de las relaciones de pareja. Los autores analizaron también el papel predictor de las características familiares, tales como la agresión física entre padres e hijos o la calidad de la relación parentofilial y la dinámica de las relaciones románticas, como celos y comportamientos controladores en la implicación en violencia en la pareja, concluyendo como

ambos factores eran relevantes en la explicación del fenómeno (Giorgiano et al 2016), siendo el papel de la familia fundamental en la explicación de la violencia en la adultez (Giorgiano et al 2017).

Al igual que la familia, las influencias extrafamiliares, como los iguales, han sido consideradas un predictor robusto de la violencia en la pareja. Arriaga y Foshee (2004) se centraron en los grupos de amigos, indicando que uno de los factores de la violencia ejercida estribaba en que los miembros de la pareja tuvieran amigos que mantuvieran interacciones violentas en sus relaciones sentimentales. Y es que los chicos que han vivenciado en su grupo de amistad relaciones conflictivas tienden a repetir esos patrones desadaptativos de conducta en sus relaciones sentimentales (Swahn et al, 2008). Por lo tanto, el aprendizaje social adquirido tanto en la familia como en las relaciones entre iguales, va a influir en la forma de relacionarse con la pareja.

Teoría del apego (Bowlby 1969; 1980).

La teoría del aprendizaje social de Bandura se completa con las aportaciones de la Teoría del Apego de Bowlby (1969; 1980). La organización de los vínculos afectivos que se establecen con las principales figuras de apego con las que el individuo crece son claves para el buen desarrollo personal y social (Bowlby 1969, 1980). Los teóricos del apego señalan que las primeras experiencias de proximidad con los cuidadores o figuras cercanas contribuyen a las representaciones mentales y a las expectativas que la persona construye sobre las relaciones íntimas (Diamonds & Hicks, 2005).

Este vínculo se hace especialmente presente en situaciones de estrés en las que se busca seguridad en esa figura (Mikulincer & Shaver, 2003; 2011). Puede suceder que la persona crezca con una figura de apego segura, que le va a proporcionar confianza, protección, bienestar, afecto o puede suceder que esa figura le proporcione un vínculo de apego

inseguro, lo que contribuiría a que el niño crezca con inseguridad o preocupación (Ainsworth, Blehar, Waters & Wall, 1978). A través de estos referentes la persona va construyendo determinados aspectos de su personalidad, como la confianza en sí mismo y en los demás y construirá una auto representación mental que le posibilitará una determinada forma de interactuar con los otros (Bolwby 1989).

Se evidencia un cuerpo bastante sólido de trabajos apoyados en la teoría del Apego para explicar la violencia en las parejas. Ortega-Ruiz y colaboradores (2008) señalaron que la utilización de comportamientos agresivos en las situaciones conflictivas interpersonales, tanto desde la agresión como desde la victimización, vendría explicada porque la persona tiene una representación interna insegura, irritable, sumisa, que le dificulta el responder adecuadamente a ellas, reproduciendo en sus primeras relaciones de pareja, la dinámica relacional que vivenció con la primera figura de apego (Wekerle & Wolfe, 1998). Así, si nuestros vínculos de apego se basan en la desconfianza, habría mayor probabilidad de que se originasen conflictos en la relación (Hage, Bush & Burns, 2006).

La Teoría del Apego nos ayudaría a comprender por qué algunas personas seleccionan a determinadas personas y no a otras como posibles parejas, atendiendo a si estas potenciales parejas se comportan de acuerdo a la expectativa que la otra persona tiene sobre las relaciones sentimentales y qué esperar del otro en este tipo de situaciones. Los estudios de Fernández Fuertes y Fuertes (2011), han confirmado esta tesis poniendo de manifiesto que ambos miembros de la pareja contribuirían a la salubridad de su relación y que los mayores condicionantes del devenir de una relación sentimental residirían en los efectos interactivos que surgen entre ellos. Los autores concluyeron que la integración de las características individuales que presenten los miembros de la diada y el encaje en la relación de los sistemas de apego que hayan construido a lo

largo de su vida, serían los factores que más contribuirían a explicar el ajuste diádico de la pareja.

Los estudios que han analizado la relación entre los estilos de apego y la violencia en la pareja han demostrado que el estilo preocupado o temeroso (apego ansioso), correlacionaba con el comportamiento agresivo tanto físico como psicológico en la pareja (Fournier, Brassard & Shaver, 2011). Por su parte, otros trabajos han mostrado que los niveles de ansiedad y miedo antes el abandono (Mikulincer & Shaver, 2011); Péloquin, Lafontaine y Brassard, (2011) derivarían en sentimientos de celos y comportamientos de desconfianza hacia su pareja, lo que aumentaría las conductas de dominio y control de la relación (Mauricio & Gormley, 2001), Loinaz (2011a, b), en una muestra española de agresores de pareja, encontró asociación entre el apego inseguro y una menor autoestima, más nivel de ira o mayor impulsividad, lo que contribuía a una interacción más violenta con sus parejas sentimentales. En otras palabras, encontró que los agresores de sus parejas que mostraban apego inseguro también presentaban poca estabilidad emocional y una gran ansiedad a ser rechazados o abandonados por su pareja.

Es decir, que los agresores de pareja que muestran apego inseguro también presentan poca estabilidad emocional y una gran ansiedad a ser rechazados o abandonados por su pareja. Por todo ello, es importante profundizar en los sistemas de apego que presentan los adolescentes con la finalidad de optimizar sus interacciones en pro del bienestar de estos (Delgado, Oliva & Sánchez-Queija, 2011).

La Teoría feminista (Walker, 1989)

La teoría feminista y de la coacción se apoya en la idea de la desigualdad de hombres y mujeres a la hora de explicar los comportamientos violentos. Esta teoría, como movimiento social, ha recorrido un largo camino hasta llegar a redefinir a la violencia contra las mujeres como un

problema social y político. La visión de una sociedad patriarcal donde el hombre es educado en un modelo que les permite el uso de la violencia para dominar y controlar a la mujer y a ellas en la pasividad y sumisión hacia sus parejas, contribuiría a mantener la desigualdad, el desequilibrio y la violencia (Wekerle & Wolfe, 1999).

Según las investigaciones empíricas realizadas, la aceptación de roles tradicionales aplicado a la relación de pareja se traduciría en una mayor tolerancia a la utilización de la violencia perpetrada por el hombre hacia la mujer (Johnson, 1995; Reed, Raj, Miller & Silverman, 2010). Según los resultados obtenidos por Shorey y Cornelius (2008), la violencia hacia la mujer evidencia una forma de legitimar el control y la posición de dominancia del hombre, como resultado de una estructura social que normaliza el desequilibrio de poder, siendo el hombre quien domina y la mujer, la dominada.

Estos valores y estereotipos de género tradicionales siguen impactando significativamente en las parejas adolescentes y jóvenes, quienes los utilizan para justificar, por una parte, la conducta violenta de los chicos y, por otra parte, para activar a las chicas en busca de una relación de igualdad (Reed Raj, Miller & Silverman, 2010).

Tomando como punto de partida la perspectiva de la teoría feminista y su relación con la violencia de pareja, Bosch y Ferrer (2013) plantearon un nuevo modelo explicativo, *el modelo piramidal*, que organizaría los factores que explican y mantienen la violencia en una estructura piramidal, ordenada y jerarquizada. En la base de la pirámide se situaría el sustrato patriarcal, imperante en la sociedad; en el siguiente escalón se situarían los procesos de socialización, seguidos de las expectativas de control, los eventos desencadenantes y en el pico de la pirámide, los estallidos de la violencia. Las autoras sugirieron que los mandatos de gé-

nero tradicionales adquiridos a lo largo del proceso de socialización, condicionarían el cómo se viven las relaciones de pareja adolescente y generaría un caldo de cultivo propicio para la violencia de género.

Lo novedoso de este modelo consistió en la inclusión de una variable nueva, el proceso *de filtraje o fuga*, que se situaría entre cada escalón de la pirámide. Este proceso señala cómo algunos chicos nacidos en sociedades donde impera la masculinidad hegemónica deciden romper esta secuencia y no ejercer violencia contra las chicas. El proceso de *filtraje* facilitaría la visibilización de chicos que toman conciencia y renuncian a los privilegios patriarcales, lo que permite el análisis de aquellos chicos que son agresores y aquellos que no lo son. Este dato supone una información que puede ayudar a controlar la violencia en la pareja y la posterior violencia de género (Bosch & Ferrer, 2013).

Los modelos feministas aplicados a la explicación de la violencia en la pareja adolescente han sido analizados críticamente a la luz de las evidencias reportadas por la investigación respecto a la implicación del sexo femenino (Archer, 2000; Hettrich & O'Leary, 2007).

Como algunos autores señalan, dado el momento evolutivo en el que acontecen estos fenómenos violentos y las características particulares y singulares de esta violencia respecto a la violencia de género, cabría considerar el peso de otros factores más relevantes en la explicación del fenómeno cuando acontece en estos años (Sánchez, et al 2012).

1.3.2. Otros modelos teóricos explicativos

Background-Situational Model (Rigg & O'Leary 1989; 1996)

En este modelo los autores consideran dos variables principales en la explicación de la violencia en la pareja adolescente. Por una parte, analizan las variables *antecedentes* (*background factors*), entendidas como

los patrones de conducta agresiva a consecuencia de las experiencias de violencia familiar, o de actitudes de justificación y aceptación de la violencia. Por otra parte, contemplan las variables *situacionales* (*situational factors*), entendidas como situaciones personales que aumentan el riesgo de que se produzcan comportamientos violentos, como el consumo de sustancias tóxicas, alcohol, estrés o insatisfacción en la relación.

El *Background-Situational Model* se ha testado en diferentes estudios que concluyen sobre la necesidad de realizar una aproximación al fenómeno desde el análisis de factores personales y contextuales. Los estudios de Riggs y O'Leary, (1996) y White, Merrill y Koss, (2001) han revelado que este modelo contextual o antecedente explicaba casi el 60% de los incidentes registrados de violencia en la pareja adolescente, enfatizando como la presencia de conflictos en la dinámica relacional de la pareja, unido a problemas de alcoholismo, afectaban sustancialmente a la violencia en el noviazgo.

En nuestro país, Muñoz-Rivas y colaboradores (2010) también han testado este modelo con población adolescente, corroborando que los comportamientos agresivos estaban directamente relacionados con la actitud ante la violencia, con la aceptación de los conflictos en el interior de la pareja y con la historia personal de comportamiento agresivo de cada miembro de la diada.

***Follingstad model* (Follingstad, Bradley, Helff & Laughlin 2002)**

El modelo de Follingstad ha ampliado los planteamientos de la teoría del apego considerando además otros factores de personalidad como la ira, el temperamento y la necesidad de control en la explicación de la violencia, esto es, el apego ansioso, el temperamento colérico o iracundo y el control de la pareja. De acuerdo con los autores el apego ansioso sue-

len presentarlo personas con un temperamento colérico o iracundo, rasgos emocionales que predispondrían a la persona a ser conflictiva y agresiva ante la posibilidad de separación o pérdida de una pareja. De esta forma, la ira y la ansiedad derivarían en mayores niveles de conflictos en la pareja influyendo directamente en el nivel de satisfacción con la relación en el ajuste psicológico de la pareja (Fernández-Fuertes & fuertes, 2010) y, por consiguiente, en la expresión de violencia.

El modelo de Follingstad ha derivado en toda una serie de investigaciones que han demostrado como la calidad de la relación de pareja influye la explicación de la violencia.

La investigación realizada por Menesini, Nocentini, Sánchez, Ortega-Rivera y Ortega-Ruíz, (2011) demostró que alrededor del 50% de implicados en violencia con sus parejas, eran más propensos a tener mayores conflictos y, por consiguiente, una relación de peor calidad. Y además los adolescentes cuyas citas de pareja les generaban un bajo nivel de satisfacción, tenían más probabilidad de presentar comportamientos depresivos, de ansiedad o problemas académicos entre otros (Viejo, Ortega-Ruíz & Sánchez, 2015). Viejo, Monks, Sánchez y Ortega-Ruiz (2015) informaron que la mala calidad de la relación se identificó como un factor de riesgo de violencia, mientras que los adolescentes que percibían su relación como de buena calidad, informaron de un alto nivel de adaptación y satisfacción personal (Viejo, Ortega-Ruíz & Sánchez, 2016).

Modelo Sistémico Evolutivo (Capaldi & Gorman-Smith 2003)

De acuerdo con los autores, Capaldi, Kim y Shortt, 2004, 2005; Capaldi y Kim (2007), para entender la violencia en la pareja adolescente esta debe entenderse como un proceso dinámico donde se contemplan, en primer lugar, las características de cada miembro de la pareja (aspectos de personalidad, ciclo vital, influencias sociales, psicopatologías); en se-

gundo lugar, los factores contextuales de riesgo que podrían estar interviniendo en que se desarrollase la violencia hacia la pareja (el grupo de iguales, la presencia de alcohol y drogas...) y en último lugar, los patrones de interacción establecidos por la diada.

Algunos trabajos científicos han dado muestra de la relevancia de este modelo teórico en relación con la violencia de pareja, como es el caso del estudio centrado en violencia física, realizado por Nocentini y colaboradores (2010). Las autoras señalaron que el uso de la violencia física tendía a descender hacia el final de la adolescencia y que esto estaba explicado por variables del contexto familiar, personal y del propio contexto de la pareja y su forma de relacionarse.

Siguiendo este modelo contextual-evolutivo de Capaldi et al (2005), Sánchez, Viejo y Ortega-Ruiz (2012) concluyeron que la agresión física en ambos sexos se relacionaba significativamente con factores del contexto relacional de la pareja como la presencia de conflictos. Tras estos resultados, las autoras reflexionaron sobre la necesidad, de moverse del modelo tradicional centrado en el agresor/víctima, hacia una concepción más global y contextualizada de las parejas en riesgo. En esta línea, Capaldi, Knoble, Shortt y Kim (2012) realizaron una revisión sistemática sobre la violencia en la pareja e identificaron factores de riesgo influyentes como los demográficos, contextuales, familiares, factores relacionados con los iguales, factores conductuales-emocionales (problemas de conducta o de personalidad, ira) y cognitivos (atribuciones hostiles, actitudes y creencias).

Tras la evidencia científica analizada, se puede concluir que los últimos modelos explicativos sobre violencia en la pareja coinciden, aunque con énfasis diferente, en la multidimensionalidad del fenómeno (Capaldi et al, 2003; 2012; Rubio-Garay et al, 2015). Las aproximaciones multifactoriales, multiprobabilísticas e integradoras son las que van a

permitir una visión más rica y comprensiva del fenómeno durante la adolescencia y juventud y una explicación de su evolución y estabilidad en el tiempo (Ortega-Ruíz & Sánchez 2011). A continuación, en esta línea, se presenta uno de los modelos más completos que han hecho su aportación al análisis de la violencia en la pareja.

General Agression Model (GAM) (D Wall, Anderson & Bushman, 2011)

Los modelos teóricos anteriores analizados han centrado sus estudios en la persona, en su cognición, emociones y contexto. Sin embargo, pocos son los estudios que han examinado el papel de los procesos fisiológicos y su relación con la violencia en pareja de jóvenes. El Modelo General de Agresión aporta un eslabón más al dedicar parte de su investigación al análisis fisiológico y biológico de la persona y como esta dimensión contribuye a la explicación de la violencia. GAM es el único modelo social-cognitivo que incorpora de manera explícita el desarrollo biológico de la personalidad y los procesos excitatorios y afectivos, además de los procesos sociales y los procesos cognitivos a corto y a largo plazo.

Los modelos anteriores ofrecen un marco útil para comprender los factores de riesgo relativos a la propia historia de aprendizaje, pero no han tenido en cuenta factores internos tales como la predisposición genética fisiológica, como los niveles de serotonina y su relación con la violencia, o el análisis del Arousal o nivel de activación psicofisiológico que presenta el organismo donde los niveles inusualmente altos o bajos de excitación determinan la disposición a actuar con mayor o menor agresividad. Sus estudios se centran en los niveles de excitación, ritmo cardíaco, actividad cerebral o sudoración. Es un modelo cognitivo-social y biológico que utiliza tanto factores adquiridos por la experiencia, como factores fisiológicos para comprender por qué la persona comete actos violentos contra la pareja. Es destacable el trabajo de Marshall y Holtzworth -Munroe, (2010) donde analizaron cómo las personas que

mostraron una sensibilidad excitatoria disminuida ante las expresiones de felicidad de su pareja eran más propensas a cometer violencia contra ella.

Este modelo enfatiza tres factores para la comprensión del ciclo de un episodio agresivo: 1) factores situacionales 2) factores personales, (concretamente, cognición, emoción, excitación, afectividad y actividad cerebral); factores autorregulatorios, como los niveles de percepción y de interpretación que la persona pone en marcha y, por último, 3) el resultado de la toma de decisiones y evaluación que la persona hace de la situación. Cuando el sujeto se enfrenta a un episodio violento, entra en un bucle de retroalimentación que puede influir en futuros ciclos de agresión llegando incluso a entrar en la escalada de la violencia (Anderson, Buckley & Carnagey, 2008; DeWall & Anderson, 2011).

GAM, al ofrecer un marco más amplio que cualquier otro modelo, proporciona un englobe general para comprender la violencia y la agresión humana, integrando cada teoría en un único y parsimonioso marco conceptual donde explica que la agresión se produce por múltiples motivos y ofrece ideas empíricamente validadas sobre la forma de reducir la agresión, incluidas aquellas que ayuden a impedir el desarrollo de tendencias agresivas en el futuro. Es un modelo que ofrece una comprensión coherente respecto a atributos contextuales y personales que elevan la probabilidad de que se dé la violencia en la pareja, mecanismos mediante los cuales los impulsos excitatorios fisiológicos se traducen en comportamientos violentos y los procesos de toma de decisiones influyen en si la persona sucumbe a los impulsos excitatorios agresivos o a los impulsos excitatorios reflexivos hacia la pareja.

Respecto a la evaluación y la toma de decisiones, los estudios concluyeron que las personas que presentan menos recursos y estrategias

para evaluar las claves situacionales sociales son más propensas a agredir a sus parejas. Si una persona se agota mentalmente, es menos propenso a controlar sus impulsos agresivos cuando se les provoca. Este modelo propone que se torna necesario trabajar los procesos de autocontrol para que haya más posibilidades de considerar cuidadosamente las consecuencias negativas de las acciones y así la persona pueda elegir comportarse de otra manera, más progresiva y reflexiva (Finkel et al., 2009).

Tanto el modelo sistémico evolutivo de Capaldi como el modelo GAM proporcionan un englobe general, contextual y personal, para comprender la violencia en la pareja. La visión multifactorial que ambos ofrecen ayudará a analizar con mayor exhaustividad los factores predictores del fenómeno que se analizaran en el siguiente capítulo.



2.- FACTORES PREDICTORES

2.1. Factores contextuales

2.2. Factores cognitivos

2.3. Factores emocionales

INTRODUCCIÓN

En el presente capítulo se analiza la contribución de variables predictoras en la explicación del comportamiento agresivo en la pareja sentimental adolescente.

Partiendo de un análisis evolutivo sistémico y comprensivo de este fenómeno (Capaldi et al., 2003;2007) y siguiendo también los postulados del modelo GAM (De Wall & Anderson, 2011), a continuación, se analizan los factores contextuales y los factores individuales que pueden estar influyendo en el fenómeno que nos ocupa. Se contemplan los factores del contexto de la propia pareja, la dinámica de la relación, la satisfacción con la misma o las situaciones conflictivas que podrían conllevar un riesgo para la aparición y mantenimiento de este tipo de violencia. Dentro de los factores individuales, se han contemplado los factores cognitivos, donde se identifican características personales, como las creencias y la aceptación de la violencia, el uso de determinados mecanismos autorregulatorios y factores emocionales, que podrían situar al sujeto en posición de riesgo.

2.1. FACTORES CONTEXTUALES

2.1.1. El contexto de la pareja

El papel de la dinámica relacional de la pareja sentimental en la explicación de la violencia ha sido reportado sistemáticamente desde los modelos teóricos desarrollados y desde los estudios empíricos llevados a cabo en la última década. Así, un importante cuerpo de la investigación ha analizado el papel de la durabilidad de la relación, el nivel de satisfacción con la pareja, o la presencia de conflictos y otras dinámicas relacionales negativas como variables contextuales de riesgo de aparición del fenómeno (Capaldi et al, 2005; 2012; Rubio-Garay et al, 2015).

Los estudios realizados han confirmado que cuanto más serias y estables se van haciendo las relaciones, también van aumentando el número de conflictos y de comportamientos violentos entre ellos (Archer, 2000; Furman, 2002). En esta línea, algunos estudios han señalado que cuanto mayor es el nivel de compromiso en la relación, también es mayor el número de conflictos que acontece en la pareja misma (Menesini & Nocentini, 2008), por lo que habría más probabilidad de episodios violentos en una pareja consolidada en comparación con relaciones menos estables que en relaciones informales (Arias, Samios & O'Leary, 1987).

Estos resultados han sido confirmados en investigaciones recientes (Giorgiano, Soto, Manning & Longmore, 2010; Jonhson, Giorgiano & Manning, 2015) reafirmando que, a mayor contacto, más intimidad y confianza, más se incrementa el riesgo de agresiones a la pareja y sobre todo de tipo psicológico (Blázquez-Alonso, Moreno-Manso & García-Baamonde, 2012). Por lo tanto, la gravedad de los comportamientos agresivos dependerá del tiempo en que la pareja se mantenga en este tipo de dinámica, es decir, que cuanto más consolidada esté la dinámica agresiva en la pareja, mayor será el riesgo de violencia (Muñoz & Echeburúa, 2016). El énfasis en la importancia de la dinámica relacional de la pareja en el mantenimiento de la violencia se ha confirmado desde algunos estudios longitudinales. Shortt, Capaldi, Kim y Kerr (2012) llevaron a cabo un estudio con chicos (varones) agresores de sus parejas desde la adolescencia hasta la adultez, intentando determinar qué factores contextuales y personales predecían el mantenimiento del comportamiento agresivo hacia la pareja. Los resultados demostraron que a lo largo de 12 años de seguimiento la continuidad en comportamientos violentos por parte de los chicos, dependía de si sus parejas también eran violentas, indicando así el importante papel de la dinámica agresiva de la diada en el mantenimiento de la agresividad. Por el contrario, la disminución del comportamiento agresivo se producía cuando los participantes cambia-

ban de pareja. Entre las diferentes medidas de seguimiento, estas no expresaban agresividad y violencia, reforzando la idea de que en la elección de pareja cuentan de forma significativa aquellas características del otro que refuerzan las propias expectativas. Aplicado a la violencia adolescente, la elección de la pareja estaría basada, entre otras cosas, en creencias similares respecto al ocio y tiempo libre, y en cuanto a qué esperar de una relación sentimental. Desde una perspectiva psicosocial, las personas tienden a seleccionar parejas similares a ellos, incluidas las conductas de riesgo como el consumo de sustancias tóxicas o el comportamiento antisocial, ambos, predictores de violencia en la pareja (Kim & Capaldi 2004). Esas similitudes favorecerían un ambiente que reforzaría los comportamientos y patrones de interacción violentos, facilitando su perpetuación en el tiempo.

Los estudios de Foshee y colaboradores también han señalado la importancia de la dinámica relacional de la pareja en la explicación del comportamiento agresivo, analizando además la influencia del grupo de iguales en la dinámica de la pareja (Foshee, Benefield, Reyes, Ennet, Farris, Chamg, Hussong y Suchindran 2013). Los autores concluyeron que aquellos adolescentes que tenían relaciones de amistad satisfactorias desarrollaban habilidades socioemocionales que mejoraban la intimidad y la empatía, así como la gestión de sentimientos negativos como la ira o los celos resolviendo los conflictos de una manera más prosocial. Sin embargo, los adolescentes que no eran empáticos y presentaban relaciones de amistad de baja calidad, eran más propensos a utilizar la violencia con su pareja. Los autores explicaron estos resultados en base a que la insatisfacción en las relaciones de amistad hacía que aumentase la probabilidad de conflicto en sus relaciones amorosas, al producirse éstas en un contexto de ausencia de apoyo del grupo de iguales

Respecto a la variable *estatus social*, se demostró que la posición social dentro del grupo de amigos actuaba como un factor de riesgo para

la violencia en la pareja. Los adolescentes socialmente más destacados podían tender a tener unas características personales positivas como el atractivo físico, capacidad atlética o inteligencia, características que facilitaban la consecución de pareja más fácilmente. Este tipo de adolescente se percibían con poder, derivado del grupo de iguales, lo que podía conducirles con mayor probabilidad a querer ejercer el control sobre la pareja, incluso a través de la violencia (Faris & Felmlee, 2011). La predisposición a utilizar los atributos personales para controlar a la pareja incluso a través de la violencia es más fuerte en la adolescencia temprana (10-14 años) que en la intermedia (14-18 años). Por otro lado, el comportamiento de los amigos, se manifestó como un factor predictor de la violencia en las relaciones de pareja. Aquellos adolescentes que tenían amigos que eran violentos con sus parejas tenían más probabilidades de manifestar violencia en sus propias relaciones sentimentales, mientras que, por el contrario, relacionarse con amigos con creencias prosociales ejercía una influencia positiva que disminuía el riesgo de actuar de forma violenta con la pareja (Foshee et al, 2013).

Otro trabajo longitudinal de impacto fue el realizado por Jonhson, Manning, Peggy, Giordano y Longmore (2015), quienes insistieron en la importancia de analizar el impacto de las variaciones en las dinámicas relacionales de la pareja en la mayor o menor implicación en violencia. Los autores analizaron la influencia de los cambios individuales en el contexto situacional de la pareja (dinámica de la relación), el tipo de relación sentimental y la continuidad de la misma, en la implicación en violencia desde la adolescencia hasta la juventud emergente, concluyendo que los cambios intrapersonales que directamente influían en la calidad de la relación, como la *infidelidad y desacuerdo* aumentaban las relaciones violentas mientras que la *confianza y compromiso* se asociaban con una disminución del riesgo.

2.1.2. El conflicto en la relación

El modelo explicativo que más énfasis ha puesto en la naturaleza contextual y conflictiva de la relación sentimental, como rasgo característico la violencia en la pareja adolescente, ha sido el elaborado por Johnson. El autor conceptualizó la violencia en las relaciones de pareja como un continuo en el que situarían cuatro formas de violencia: violencia situacional, resistencia a la violencia, control violento mutuo y terrorismo íntimo (Johnson, 1995, 1999, 2000, 2006, 2008 y 2011).

En un extremo del continuo, se situaría la violencia situacional, el tipo más común de agresión caracterizada por la ausencia de desequilibrio de poder entre los mismos de la diada y del control. Este tipo de violencia surgiría en el contexto de conflictos específicos en el que las discusiones escalarían de la agresión verbal a la física. Se trataría por tanto de actos violentos perpetrados por ambos sexos en igual medida, por lo que sería bidireccional, existiendo la simetría de poder (Johnson, 2008). La segunda forma de violencia en ese mismo continuo sería la resistencia violenta, que representa la violencia que aparece en parejas en las que ambos miembros son violentos, pero sólo uno ejerce el control y dominio sobre el otro, reaccionando el otro miembro de pareja de manera agresiva como resistencia al control ejercido por la otra parte. Continuando en el siguiente paso se encontraría el patrón conductual caracterizado por el control mutuo violento, donde ambas partes estarían involucrados en la violencia íntima y controladora y donde ambos son agresores y víctimas de sus parejas (Johnson, 2008; Leona, Johnson, Cohan & Lloyd, 2004). Por último, en el otro extremo del continuo estaría el terrorismo íntimo o violencia controladora coactiva, donde se incluirían las amenazas, el control económico, el uso de los privilegios masculinos, el uso de la intimidación, el aislamiento, el abuso emocional y se-

xual de uno miembro de la pareja hacia el otro. Se trata de un patrón relacional que persigue el control coercitivo para someter a la pareja, caracterizado por ser asimétrico, unidireccional y de intensidad creciente, pudiendo aumentar de gravedad con la estabilidad de la relación. En esta última posición del continuo, la motivación del agresor sería controlar a la pareja, siendo el abuso psicológico el instrumento para alcanzar ese objetivo que podría derivar en violencia física, creando en la víctima un estado de tensión emocional permanente (Boira, Carbajosa & Lila, 2014).

Los estudios llevados a cabo por Johnson reflejan una prevalencia mayor de la violencia situacional, en torno al 89% de la violencia en la pareja, mientras que el terrorismo íntimo ha reportado porcentajes en torno al 11% (Johnson, 2006). Estos datos han sido confirmados en estudios posteriores, en los que la violencia situacional se presenta como el tipo de violencia más presente en las relaciones de pareja (Straus & Gozjolko, 2007).

En población adolescente, los estudios realizados han encontrado la misma tendencia (Graña & Cuenca, 2014; Lenhart et al, 2011; Tiwari, Chan, Cheung, Fong, Yan & Tang, 2015; Zweig, Yahner, Dank & Lachman, 2014). Así, aproximadamente el 80% de las parejas adolescentes implicadas en violencia lo están en un contexto caracterizado por la conflictividad, la bidireccionalidad y la simetría de poder entre la pareja (Messinger et al., 2012).

Los conflictos son inevitables en cualquier sistema relacional e inherentes al contexto de la pareja (Linares, 2006). En este sentido, la relación entre conflicto y violencia no parece depender tanto de la presencia de estos en la relación como de las estrategias que la pareja utiliza para resolverlos. Pueden devenir interacciones violentas cuando no se resuelven de manera adecuada, cuando algunos de los miembros ejercen una función dominante, controladora o posesiva sobre el otro (Rubio-

Garay, et al 2015) o en un contexto donde hay ausencia de poder y ambos miembros están involucrados en la agresión (Johnson, 1995; 2008).

Un importante corpus de investigación empírica recogido en los últimos años nos ha acercado cada vez más al conocimiento de estas dinámicas agresivas en el noviazgo, donde el conflicto se presenta como un predictor de violencia (Amar, et al 2015; Capaldi et al, 2012; O'Leary 1999). En su momento, Jacobson, Gottman, Rushe y Cox (1993) concluyeron que la comunicación de las parejas violentas se hallaba plagada de una alta reciprocidad interactiva negativa. Berns, Jacobson y Gottman (2003) confirmaron estos mismos resultados y a la vez señalaron que las chicas dentro de parejas en las que existían mayores índices de violencia demandaban llevar más el control de la relación. Cáceres y Cáceres (2004) analizaron los factores relacionales desarrollados en la pareja, concluyendo que existía una alta correlación negativa entre el grado de armonía relacional y los episodios conflictivos violentos. Resultados semejantes fueron encontrados en otras culturas como la china (Xu et al, 2005) y más adelante en España (Fernández Fuertes & Fuertes 2011). En todos estos estudios se resaltó el papel predictor del conflicto.

Nocentini, Pastorelly y Menesini (2013), por su parte, resaltaron el efecto mediador del *conflicto* en relación a la asociación entre la autoeficacia en el manejo de la ira y las conductas agresivas. Analizaron cómo los procesos emocionales que cada miembro de la pareja pone en marcha, influyen en los procesos cognitivos y contextuales del otro miembro de la diada. Los resultados han avalado que la autoeficacia para controlar la ira hacía que un miembro de la diada no respondiera agresivamente ante los conflictos, lo que a su vez reducía que el otro miembro entrara en la escalada del conflicto.

Para hacer frente a los conflictos, la pareja viene desarrollando experiencias de habilidades relacionales específicas, ante lo cual, la investigación sobre la resolución de conflictos cobra un importante interés. Si

la pareja trata los conflictos con estrategias constructivas de resolución, desarrollará relaciones globales satisfactorias, caracterizadas por favorecer el control de la situación y el desempeño de un tono emocional positivo y, por tanto, ayuda a que se prevengan las interacciones negativas (Rholes, Kohn & Simpson, 2014). Por el contrario, si las estrategias de resolución utilizadas son destructivas se predice un bienestar pobre aumentando la probabilidad de que los conflictos empeoren (Sffert & Schwars, 2011), hasta el punto de haber manifestación de daño a la pareja y falta de respeto (Flora & Segrin, 2015). En línea con estos datos, desde un punto de vista preventivo, es esencial tener un instrumento que evalúe la dinámica relacional de las parejas adolescentes ante la solución de conflictos y que distinga formas disfuncionales en resolución, de otros tipos más complejos de abuso emocional (Cortés-Ayala et al, 2014; Ureña, Romera, Casas, Viejo & Ortega-Ruíz, 2015). En esta línea, por primera vez se ha adaptado a población española, el cuestionario CRSI (Kurdek, 1994; 1998) sobre resolución de conflictos. Tuvo como objetivo, en contexto de intervención, entrenar a los individuos en estrategias de resolución de conflictos con la finalidad de prevenir la violencia en la pareja de novios. Como resultado, fue verificada la adecuación psicométrica de los ítems y la capacidad del instrumento para discriminar entre parejas que utilizan la violencia en sus interacciones y parejas que no lo hacen (Bonache, Ramírez-Santana & González-Méndez, 2016, artículo en prensa).

2.2. FACTORES COGNITIVOS

Dentro de la contribución de las variables cognitivas a la explicación de los actos violentos en las relaciones de pareja, la literatura destaca el papel de las actitudes y creencias sobre la violencia expresadas mediante la unión de estereotipos tradicionales de género, las creencias inculcadas en el contexto cultural y la aceptación y justificación de la violencia. Al análisis de estos factores se dedicarán los siguientes apartados.

2.2.1. Aceptación de la violencia, creencias y estereotipos

Las actitudes que se tienen acerca de los atributos personales de cada uno de los sexos vienen influenciadas por los estereotipos de género que contemplan entre sus ideas, la legitimización de la violencia contra el sexo femenino. La psicología social ha mostrado cómo las creencias y estereotipos justifican las desigualdades entre los grupos y para el caso que nos ocupa, la dominancia de un sexo sobre el otro, justificando así el control y la violencia (Ferrer & Bosch, 2006; Muller, 2013; Muñoz Rivas, Gámez-Guadix, Fernández-González & González, 2011; Reeves & Orpinas, 2012, entre otros).

La evidencia empírica ha demostrado cómo en aquellas parejas en las que existe desigualdad o dominancia de uno sobre el otro, presentaban tasas más altas de violencia y de conflictividad (Fitzpatrick, Salgado, Suvak, King & King 2004). Estas creencias en la desigualdad de poder han continuado vigentes a lo largo del tiempo, entre los adolescentes. Los agresores la siguen utilizando para justificar determinados comportamientos coercitivos, agresiones sexuales o cualquier tipo de abuso y las víctimas mantienen las creencias que conforman su identidad lo que le facilita el ver normal la situación de violencia, coerción o control que están viviendo (Lewis & Fremouw, 2001; Chung, 2005). Por lo tanto, las actitudes sexistas son entendidas como las creencias respecto a los roles sociales atribuidos a cada persona en función de su sexo biológico (Rodríguez, Lameiras, Carrera & Fíldes, 2010). Así se relacionan determinados aspectos de la personalidad tal como la dureza, la agresividad o insensibilidad, con el sexo masculino y características como la ternura, la empatía o debilidad, se relacionan con el sexo femenino (Maeso, Salamanca, Sánchez, Amécua & Ayuso, 2015), esperándose que el hombre sostenga el hogar y tome las decisiones importantes y la mujer se centre

en labores de crianza y cuidado de la familia (Saldívar, Díaz Loving, Reyes, et al, 2015).

Los pioneros trabajos de Glick y Fiske (1996) definieron las actitudes sexistas como un constructo multidimensional compuesto por el sexismo hostil, el sexismo benevolente, el micromachismo, los sesgos cognitivos contra la mujer y las actitudes tolerantes con la violencia hacia el género femenino. El sexismo al atribuir ciertas capacidades a favor del género masculino discrimina a la mujer, formando parte del sexismo cualquier tipo de violencia sea física, psicológica o sexual contra ella, con el fin de mantener un control emocional sobre su persona. La literatura diferencia entre *sexismo hostil* al referirse a la superioridad masculina, con actitudes de control hacia la mujer y *sexismo benevolente*, cuando se manifiesta una actitud de protección hacia la misma (Click & Fiske, 2001).

Tanto el sexismo hostil como el benevolente se fundamentan en la dominación del hombre y justificación de la mujer como la más débil, teniendo ésta, la necesidad de protección. Así a veces, se actúa hacia la mujer castigándola (hostil), y a veces se actúa recompensándola (benevolente).

El concepto *micromachismo* (Bonino, 1995) también es una práctica de dominación masculina. Son pequeños y cotidianos controles continuos, como el control de la economía o las imposiciones y el abuso de poder de los chicos en la relación. Representan una invasión de espacios físicos y simbólicos que relegan a la mujer al rol femenino tradicional. Diversos autores como Miller, Bourdieu, Glick, Castañeda, Jonhson o Bonino, lo han llamado “terrorismo íntimo”, “pequeñas tiranías”, “violencia de baja intensidad”, donde el chico utiliza una serie de maniobras perfectamente estudiadas para ejercer el poder, sin que la chica se dé cuenta. Es una violencia encubierta o invisible (Bonino, 2000).

A nivel sociocultural, las actitudes sexistas son consideradas como factores de riesgo vinculados a la violencia en la pareja (Ferrer, Bosch, Navaroo, Ramis & García, 2009), aunque ese vínculo resultó ser débil o moderado (Capaldi, Knoblr, Shorrt & Kim 2012). Resultados confirmados por Ibabe, Arnosó y Elgorriaga (2016) que encontraron que la capacidad predictiva del sexismo sobre la implicación en la violencia en la pareja era relativamente baja y por Arnosó, Ibabe y Elgorriaga (2017) que concluyeron que las creencias sexistas se asociaba débilmente con la perpetración en violencia.

A pesar de ser considerada por la comunidad científica como un predictor, aunque débil, Expósito, Goya y Click (1998) referenciaron que existían suficientes argumentos para considerar que el *sexismo hostiles* estaba ya prácticamente extinguido en nuestra sociedad. Sin embargo, surgieron nuevos estudios que concluyeron todo lo contrario. Sugg et al (1999) analizaron la relación entre las creencias o actitudes hacia la violencia contra la mujer y el nivel formativo, detectando cómo determinados colectivos de profesionales cualificados, con buen nivel cultural, presentaban actitudes favorables hacia esa violencia, lo que determinó la fuerza y el arraigo que tienen las creencias inculcadas en el individuo. En esta misma línea, Bessette y Perterson (2002) observaron que un porcentaje significativo de estudiantes de enfermería y profesionales de la salud justificaban el abuso en la pareja, culpabilizando o responsabilizando de alguna manera, a las mujeres por la violencia que padecían.

La investigación, de corte cualitativo, realizada por Amurrio, Larrinaga, Usategui y del Valle, (2010) en población universitaria, referenció cuáles eran las causas principales que generaban violencia en las relaciones de pareja. Los aspectos en los que los estudiantes universitarios ponían mayor énfasis eran en la socialización de género y poder. En los grupos de discusión realizados, la relación de pareja fue definida como una relación prolongada, pero carente de responsabilidades y sin visión de

futuro. Las discusiones entre ellos evidenciaban que las aproximaciones iniciales y el ritual de cortejo de los adolescentes, presentaban un carácter marcadamente sexual más que romántico, especialmente para los chicos, que eran casi siempre los que tomaban la iniciativa. Para las chicas, el comportamiento de cortejo era casi siempre pasivo, de espera, no expresaban deseo y en caso de hacerlo, eran estigmatizadas y desprestigiadas. Los autores concluyeron que ambos comportamientos respondían a estereotipos que propiciaban y legitimaban conductas de abuso y violencia. Investigaciones más actuales continúan subrayando el alto grado de aceptación de las actitudes y de las creencias sexistas de la sociedad (Arenas-García, 2013; Reyes, Foshee, Niolon, Reidy & Hall, 2016).

La aceptación de la violencia puede ser utilizada también como una estrategia para resolver los conflictos dentro de la relación (Dardis, Dixon, Edwards & Turchik, 2015; Shorey, Cornelius & Bell, 2008). Varios son las teorías o modelos explicativos que sustentan este argumento, como es el caso del modelo de *los mitos del amor romántico*. En este modelo, las creencias con carga emotiva se comparten culturalmente y se asumen como verdaderas (Yela, 2003). Mitos como *el de la media naranja* (la persona ideal, pareja perfecta); *mito de los celos* (los celos son una muestra de amor), *mito de la pasión eterna* (si hay pasión amorosa al principio, durará siempre) o el *mito de la onnipotencia* (el amor lo puede todo), son algunas de las creencias sobre las que se sustentan ciertas actitudes y comportamientos agresivos en la pareja (Garrido & Casas, 2009). La creencia en los mitos del amor está ampliamente extendida entre los jóvenes, como es el caso de creer que existe una persona perfecta para cada uno o que los celos son pruebas de amor (Ferrer, Bosch & Navarro, 2010). Esta distorsión facilita la invisibilización de la violencia y consecuentemente la idealización y la aceptación de dichas conductas violentas (Berker, Furlong, Hickman & Blue, 2005). Es una forma de justificar la violencia a la pareja (Ferrer, Bosch & Navarro, 2010) minimizando el impacto negativo que pueden suponer los celos o la conducta de

control en la relación (Soldevilla, Domínguez, Giorgiano, Fuentes & Consolini, 2012).

Marroqui & Cervera (2014) encontraron que el 30% de los jóvenes estaban muy de acuerdo con el mito de la pareja perfecta y más del 70% estaban de acuerdo con la creencia de que el amor lo puede todo. Respecto al sexo, son las chicas las que barajan más creencias distorsionadas ante el amor (Rodríguez-Castro, Lameiras-Fernández, Carrera-Fernández & Vallejo-Medina, 2013).

Recientemente se ha llevado a cabo un estudio pionero que ha examinado el abuso psicológico como mediador en la relación entre la aceptación de la violencia de pareja y los síntomas de salud mental. Los resultados han sugerido que los adolescentes que aceptaban la violencia en el noviazgo como un comportamiento normativo, son más propensos a padecer trastornos psicológicos. El hecho de experimentar síntomas personales como angustia emocional, ansiedad, hostilidad o depresión, puede acarrear a que los chicos carezcan de las suficientes habilidades de afrontamiento y regulación emocional, lo que contribuye al comportamiento agresivo (Jeff, Temple, Hye Jeong Choi, et al 2016).

Es evidente que la aceptación y justificación de la violencia, hace que la pareja normalice esos comportamientos en la sociedad. Esta idea queda avalada en la investigación llevada a cabo por Dardis, Dixon, Edwards y Turchick, (2015), donde concluyeron que más del 80% de los implicados en violencia de pareja, no tenían conciencia de dicha implicación. Conclusiones como esta, ha llevado a muchos investigadores a plantearse qué sucede en la mente humana para que la conducta violenta se llegue a aceptar de manera estable a largo plazo y qué proceso autorregulatorio cognitivo y moral se llega a poner en marcha (Crick & Dogde, 1997). Por tanto, a continuación, se profundiza en el factor cognitivo de la Desconexión Moral como proceso autoregulatorio que facilita que el

ser humano realice comportamientos agresivos, normalizados y justificado sin causarle daño moral.

2.2.2 Mecanismos de desconexión moral

A lo largo de la vida el ser humano va interiorizando unas normas sociales y unos criterios éticos ante los cuales intenta ser fiel. Aunque parece ser y así las teorías sobre el desarrollo moral lo avalan, en determinadas ocasiones, no parece existir mucha coherencia entre lo que se piensa moralmente y lo que se hace posteriormente (Borrego, 1999). Puede haber distancia entre los principios morales que se han inculcado y el comportamiento real ante una situación. El modelo teórico que presenta Bandura sobre la actividad moral matiza que no tiene por qué correlacionar niveles altos en pensamiento moral de una persona, con niveles altos en sus actos morales (Bandura, 1986).

La persona a través del proceso de socialización va interiorizando las normas y los criterios morales que va a permitir una mejor adaptación a la sociedad. Para que el individuo pueda prevenir una posible implicación o anticipación en transgresiones morales, activa un sistema de autorregulación de su propia conducta que le va a permitir ejercer autocontrol sobre el propio funcionamiento y sobre los eventos que influyen en su vida (Bandura 1989, 2001). A través de este sistema de autorregulación del comportamiento, el sujeto puede tomar la decisión moral oportuna, es decir que emitirá una conducta coherente con sus criterios morales. Y además esa interiorización va ejerciendo control sobre el comportamiento moral y sobre la actitud que el individuo tiene que tomar ante las distintas situaciones sociales que se les presentan. De esta forma, los actos van de acuerdo con las expectativas del grupo social de referencia.

Bandura (2001) afirma que cuando la persona lleva a cabo conductas morales y socialmente aceptables, siente bienestar personal, es competente, es auto eficaz en ese proceso autorregulador. Él nos remite al concepto de *autoeficacia*, en cuanto a las creencias que tiene una persona sobre sus capacidades para organizar y ejecutar las acciones correctas y requeridas para manejar una situación determinada. El sistema de autorregulación permite que cada uno se autoevalúe sus acciones y si son acordes con sus principios, se sentirán eficaces por controlar sus pensamientos y saber dirigir sus actos. Por lo tanto, de forma evolutiva se va aprendiendo socialmente unos principios morales que se asumen como válidos y que se intentan seguir en el comportamiento diario. Son estándares morales porque implican el reconocimiento de los derechos de los otros, así como el respeto a su dignidad como seres humanos.

Se intenta actuar de forma coherente con esos principios morales, sin embargo, Bandura (1991, 1996) afirma que el ser humano habla consigo mismo sobre lo justo o lo injusto, lo correcto o lo incorrecto de las acciones propias llegando incluso a la autocensura cuando se comporta moralmente, de forma incorrecta. Son conductas juzgadas por la propia persona que auto reacciona de forma crítica porque va en contra de sus normas internas.

En estos casos, para evitar la auto sanción, se ponen en marcha una serie de mecanismos cognitivos que reestructuran los pensamientos, haciéndolos moralmente justificables, minimizando los efectos del comportamiento y permitiendo al sujeto, mantener intacto sus principios morales evitando de esta forma, las auto sanciones. Bandura (1996) los denomina como *Mecanismos de Desconexión Moral*. Este proceso cognitivo da explicación a muchas situaciones de violencia donde tanto los agresores como las víctimas, en determinadas ocasiones no se sienten culpables por el daño causado, o no alcanzan a ver la gravedad de sus actos.

Aplicado a una relación de pareja, estos procesos cognitivos podrían desencadenarse en situaciones de conflictos y discusiones, donde tanto la persona que agrede como la que es agredida no pueden aceptar como suyos, pensamientos o actos “horribles” y terminan justificándolos, atribuyendo la culpabilidad a su pareja, o minimizando las consecuencias de esos actos, como posible solución para sentirse bien consigo mismo y así limpiar su conciencia.

Esta teoría acerca de la *Desconexión Moral* presentada por Bandura (1986), describe una serie de mecanismos cognitivos que la persona puede utilizar como defensa para justificarse y alejarse de aquellas conductas inmorales. El uso de estos mecanismos, minimizan el impacto de la culpa y del remordimiento. El ser humano es capaz de usar algunas “maniobras psicológicas” que le permiten dejar de lado los estándares morales y actuar de manera contraria a ellos, pero sin autocensura, ni remordimiento. Si la conducta no es coherente con los principios morales, el sujeto puede desactivarse de esa conducta reprobable mediante estos mecanismos que llevan al individuo a una reestructuración cognitiva de tal nivel que consiguen evitar el sentirse mal.

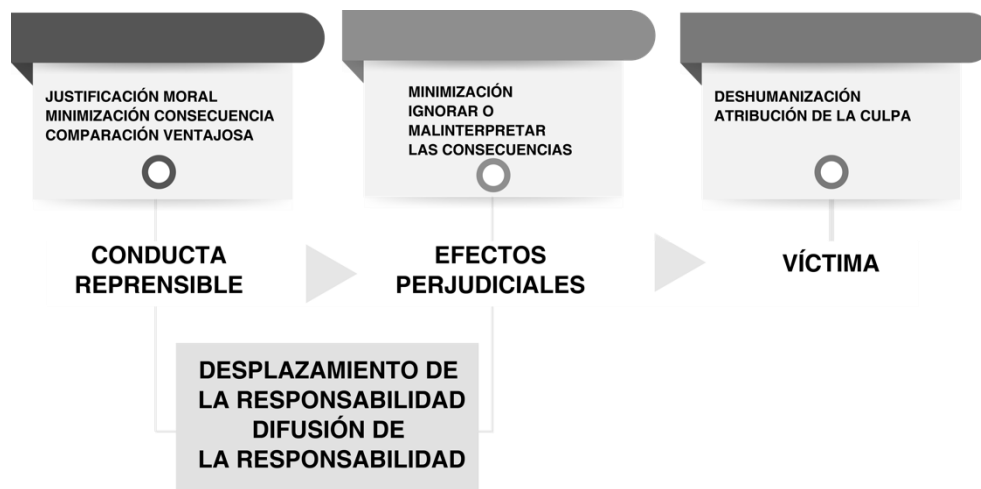


Figura 5. Proceso autorregulador de la conducta moral (Bandura, A 1986): *De social foundations of Thoughts and Actions: A social Cognitive Theory* (p. 376)

El resultado de este proceso es que el individuo puede convertir una mala conducta en otra moralmente justificable, aceptable socialmente (Bandura, Barbaranelli, Gian y Caprara, 1996). En un principio, los autores presentaron ocho maniobras psicológicas o mecanismos cognitivos, por los cuales, las auto sanciones morales pueden desconectarse del comportamiento no ético.

La *Figura 1* describe el proceso autorregulador de la conducta moral y cómo los diferentes mecanismos pueden actuar en diferentes momentos.

La desconexión puede ocurrir redefiniendo conductas dañinas como aceptables a través de *la justificación moral, la comparación social ventajosa* (o paliativa) y el *lenguaje eufemístico*. Puede enfocarse en la agencia y el actor, de modo que los que la usan, logran minimizar su rol en la producción de daño mediante *la difusión o el desplazamiento de la responsabilidad*. Puede también minimizar o tergiversar el daño que sigue de las acciones perjudiciales y además la desconexión incluye el *des-humanizar o culpar a la víctima* del maltrato recibido. A continuación, se explica cada mecanismo.

Justificación moral

El individuo realiza una reestructuración cognitiva consistente en hacer aceptable un comportamiento repudiable (*“si te oculto información es simplemente para no hacerte daño porque sé que te iba a molestar”*). El agresor justifica los comportamientos violentos que tiene, en este caso hacia su pareja para proteger su honor y su reputación. Este mecanismo permite hacer que la conducta reprochable se perciba como socialmente aceptable.

Eufemismo

En esta teoría el lenguaje juega un papel importante en la percep-

ción de las acciones. Una acción no aceptable moralmente puede ser enmascarada por el lenguaje eufemístico, llegando al caso incluso de permitir que esa conducta sea vista como respetable. El eufemismo consigue que una conducta pueda tener diferente apariencia según cómo se le nombre (*“no estamos peleando, sólo es una forma de comunicarnos”*). Este lenguaje es un tipo de “palabrería retorcida” que se utiliza con la finalidad de sanear o de hacer benigna, una conducta reprehensible.

Difusión de la responsabilidad

La responsabilidad de una mala acción se difumina al considerarse una conducta colectiva (*“cuando una pareja hace algo malo, suele ser por la presión de las amistades”*). La responsabilidad se divide entre varios.

Comparación ventajosa

Si el individuo compara una conducta reprehensible con otra más reprehensible aún, ésta hará que la primera no sea tan inmoral, (*“comparado con los que matan a sus parejas, lo insultos no son tan graves”*). Cada comportamiento se ve de una manera u otra, según con qué se compare.

Desplazamiento de la responsabilidad

El individuo cree que sus acciones surgen de las presiones externas o dictado de los demás, y no como algo por lo que son personalmente responsables (*“insulté a mi pareja porque mis amigos me malmetieron”*). El individuo ve sus acciones como el resultado de presiones sociales, por lo tanto, no se sienten responsables de ellas.

Minimización de las consecuencias

El sujeto minimiza las consecuencias de su comportamiento para evitar enfrentarse al daño que causan. (*“amenazar a tu pareja durante una discusión no es tan grave”*). Si las consecuencias de una mala acción se minimizan, se reduce el sentimiento de culpa.

Deshumanización

El sujeto percibe una imagen de la persona como despojada de sentimientos o cualidades humanas y así, no tiene que autocensurarse al dirigirse a él (*“las personas que son infieles no merecen ningún respeto”*).

Atribución de culpa

Culpar a la víctima es un método efectivo que reduce la autocensura. A las víctimas se les hace sentirse culpables del daño que reciben. Según este mecanismo, la víctima es la que provoca los actos violentos que le causa el agresor (*“algunas personas se buscan, que sus parejas les trate mal”*).

El intento por operativizar el uso que las personas hacen de los mecanismos de Desconexión Moral se ha desarrollado en diferentes contextos y en esos estudios, sobre todos los desarrollados con población adolescente, han concluido que los ocho mecanismos, funcionan como uno solo entendiéndose como un constructo general. Tal y como Bandura (1999; 2002) afirmó, es difícil entender los ochos mecanismos por separado sin atender a su mutua influencia.

A este respecto, apuntó que una aproximación más comprensiva de la Desconexión Moral pasaría por la consideración de cuatro grandes mecanismos que darían cuenta de los diferentes momentos en los que la Desconexión Moral puede activarse en el proceso autorregulador de la conducta moral. Estos cuatro mecanismos globales son:

- ***Reestructuración cognitiva*** que incluiría el mecanismo de la justificación moral, el eufemismo y la comparación ventajosa. Es la reconstrucción o la redefinición de la conducta reprobable, de manera tal que ésta, no se percibe como inmoral.
- ***Minimización de la agencia***: difusión de la responsabilidad y desplazamiento de la responsabilidad. El agente del daño no se considera responsable del acto inmoral. Los responsables son otros.

- ***Distorsión de la consecuencia***, el agente ignora las consecuencias que generan sus actos, de forma que las consecuencias no son graves, son como les conviene al perpetrador para no sentirse moralmente mal.
- ***Deshumanización y atribución de la culpa***, se produce una devaluación como ser humano de los agresores, se les hace sentir que son merecedores de los actos inmorales y a la víctima se la hace sentir como culpable del mal acto, considerando que ellos se lo han buscado.

Más recientemente, Rubio Garay (2016) propone un modelo que considera la desconexión moral como un todo que engloba tres factores de primer orden. Estos factores se han denominado *desconexión por despersonalización*, que incluye los mecanismos deshumanización y atribución de culpa; *desconexión por irresponsabilidad* que comprende los mecanismos comparación ventajosa, desplazamiento de la responsabilidad y difusión de la responsabilidad; y *desconexión por racionalización* que incluye los mecanismos justificación moral, lenguaje eufemístico y distorsión de las consecuencias. La agrupación de los diferentes mecanismos de desconexión moral en estas dimensiones de primer orden estaría en coherencia con la *Teoría Social Cognitiva* propuesta por Bandura (1986, 1990, 2002) que explica cómo los diversos mecanismos son activados o desactivados a través de los procesos de autorregulación, y permitiría un uso más versátil de estos procesos de mayor a menor especificidad.

Todos estos mecanismos pueden dar explicación a determinadas situaciones conflictivas en el contexto de la pareja, donde la diada podría hacer uso de ellos, para lograr desvincularse de la culpabilidad ante un mal gesto o para reducir la autocensura.

Los primeros estudios que relacionaron el uso de mecanismos de Desconexión Moral con indicadores de conducta violenta fueron llevados

a cabo en variados contextos y en distintas edades. Siguiendo esta línea de pensamiento se han examinado los contextos específicos donde han brotado los comportamientos problemáticos y cómo cada uno de ellos interactúa con características personales. Por lo tanto, la variable que nos ocupa, la desvinculación moral, depende no solo de las características del sujeto sino también del contexto en el que el sujeto esté actuando. (Hymel, Small & Van Dender 2010)

El uso de estos mecanismos, según las evidencias empíricas encontradas, no sólo se activarían ante situaciones violentas como las acciones militares, tal como apuntó su autor, sino que pueden acontecer en muchos y diferentes momentos de la vida cotidiana, así como también en el campo de la política, de los iguales, del deporte o cualquier situación sociológica y su mayor o menor uso dependerá de las consecuencias que el agente obtenga. Son mecanismos, como ya se ha explicado, que reorganizan el comportamiento, evitando las auto sanciones y minimizando el conflicto moral ante determinadas acciones, permitiendo finalmente que la persona que los lleva a cabo mantenga intactos sus criterios morales o éticos (Caravita, Sijtsema, Rambaran & Gini 2014; Obermann 2011).

Bandura (1991) inició un primer trabajo con adolescentes con conductas reprobables, encontrando correlaciones altas entre los ocho mecanismos de desconexión moral y el comportamiento delictivo, así como la relación negativa entre conducta prosocial y actividades transgresoras.

Bandura, Caprara, Pergini, Barbaranelli & Pastorelli, (1993) desarrollaron una escala que reflejaban los ocho mecanismos antes descritos y las investigaciones realizadas con este instrumento en adolescentes, jóvenes y adultos, señalaron correlaciones positivas entre características cognitivas, sociales y emocionales del comportamiento violento y la desconexión moral.

Caprara, Pastorelli & Bandura, (1995) en una muestra de niños y adolescentes, encontraron correlaciones positivas entre mecanismos de desconexión y la conducta violenta. Sin embargo, puntualizaron de nuevo, que los indicadores del constructo Desconexión Moral no estaban lo suficientemente claros, al igual que tampoco se expresaron de forma independiente los diferentes mecanismos.

Posteriormente, Caprara, Barbarelli, Vicino & Bandura (1996) realizaron un análisis factorial exploratorio de la escala distinguiendo dos dimensiones dentro de la conducta agresiva: la dimensión sociocognitiva que explicaba la intención hostil del comportamiento violento y la dimensión afectiva, más relacionada con lo emocional. Ambas dimensiones apoyaron la hipótesis de la naturaleza social, cognitiva y emocional de este constructo.

Más adelante, Bandura, Barbaranelli y Caprara (1996a) ampliaron sus estudios a población de jóvenes y adultos con experiencias en conductas delictivas. En sus resultados encontraron que la relación entre desconexión moral y el comportamiento violento aparecía mediada por emociones como la ausencia de sentimiento de culpa, la ira o la hostilidad. De nuevo, en este trabajo discutieron acerca de si estos mecanismos funcionaban de forma independiente o si por el contrario era un solo factor que explicaba de forma global el constructor de la desconexión moral. Es decir, como dicen textualmente los autores *no queda muy claro si los mecanismos funcionan independientemente unos de los otros, o por el contrario están expresando una dimensión implícita común* (Caprara, Malagioti & Togliatty, 1996b, p.17).

El contexto de maltrato entre iguales o bullying es un ámbito en el que la Desconexión Moral ha sido muy investigada. Los primeros estudios, al respecto fueron realizados en Italia. El objetivo era relacionar la desconexión moral con la agresión y la victimización; los resultados resaltaron que los niños que maltrataban a sus compañeros utilizaban más

mecanismos de desconexión moral que las víctimas y que los niños que presentaban doble implicación (Bacchini et. al, 1998; Menesini, 1999).

Ortega-Ruiz, Sánchez y Menesini (2002), siguiendo en esta misma línea investigadora, presentaron un estudio transcultural centrándose en escolares españoles e italianos, concretamente de Sevilla y de Florencia, en el que profundizaron sobre el maltrato o violencia entre iguales. El objetivo del estudio fue conocer cuál era el uso que los escolares implicados en este tipo de maltrato hacían de los mecanismos de desconexión moral, y cómo esta utilización estaba mediada por procesos emocionales, tales como la vergüenza, la culpa, el orgullo. Las autoras partieron de las dos dimensiones que explicaban la conducta agresiva: la sociocognitiva y la afectivo-impulsiva. Los resultados que obtuvieron apuntaron que, efectivamente, las emociones mediaban sobre los acontecimientos de maltrato entre iguales y que, además, los agresores sostenían unos razonamientos, que les permitían justificar su comportamiento violento, o lo que es lo mismo, presentaban niveles altos de desconexión moral. El uso de los mecanismos por parte de los agresores facilitaba el entendimiento de la falta de empatía y la ausencia real de sentimiento de culpa que presentaban, ya que llegaban al punto de mostrar una actitud de autoaprobación ante la propia conducta negativa. También se apreciaba una falta de capacidad auto reflexivo de los protagonistas. Respecto a las víctimas, concluyeron que presentaban niveles más bajos de desconexión moral que los agresores, confirmando así de nuevo, los estudios previos ya realizados por Bacchini, et al (1998) y Menesini, Fonzi y Vanucci (1999). Posteriormente, en Canadá, se hace una ampliación de esta investigación. Dicha investigación estaba centrada en las actitudes y las creencias que presentaban los adolescentes sobre la participación en situaciones de acoso entre iguales y qué uso hacían de los mecanismos de desconexión moral (Hymel, Rocke-Enderson & Bonnano, 2005). Concluyeron que los niños que intimidaban o acosaban a sus iguales eran más

optimistas acerca del uso de la violencia para resolver sus problemas sociales y eran los que más usaban los mecanismos de desconexión moral. Eran chicos moralmente más libres. Este análisis se llevó a cabo teniendo en cuenta las variables sexo y rol. Al parecer, las chicas hacían uso de la violencia con la misma frecuencia que los chicos.

Respecto a la variable rol, si había diferencias significativas entre agresor y víctima. El agresor se desenganchaba moralmente cuando intimidaba a un igual, mientras que aquellos con experiencia en victimización eran menos capaces de desvincularse moralmente. En esta investigación, se realizó un análisis factorial partiendo de las cuatro dimensiones que propone Bandura (2002) y los resultados obtenidos siguieron en la misma línea de los autores originales Caprara, Malagioti y Togliatti, (1996) respecto a la saturación de los ítems en un solo factor de desconexión moral.

La desconexión moral hasta este momento se había descrito generalmente como un proceso individual de autorregulación cognitiva. Pero la moralidad en si no es un proceso individual, ya que se cultiva en las relaciones sociales. El ser humano no funciona de forma autónoma a las influencias del ambiente, es decir que el comportamiento está determinado por una combinación de influencias personales, internas e influencias sociales, externas (Bandura 2002). La investigación empezó a converger para demostrar que no solo los chicos que intimidaban tendían más frecuentemente a utilizar la DM. Es decir que, en la dinámica de intimidación, no es únicamente el acosador el que con más probabilidad se desconecta moralmente, sino también los compañeros que lo apoyan, tal como demostraron Hymel, Small y Van Dender (2010), en cuanto a que la DM también puede ser una característica gestionada por el grupo. Así ante la toma de decisión grupal que pueda degenerar en un comportamiento inhumano, inmoral, el grupo puede desplazar la responsabilidad

como colectivo, frente a lo individual. La intimidación constituye un comportamiento social inapropiado que tiene como finalidad alcanzar metas valiosas como la dominación, el control o la popularidad dentro del grupo. Es un acto inmoral porque viola los derechos fundamentales del niño como son la libertad y la seguridad.

Los autores confirmaron que existía mayor probabilidad de comportarse de forma cruel en un grupo que de forma individual (Hymel 2010). Con la idea de seguir ampliando los estudios sobre la MD a nivel grupal, Obermann (2011) centró su investigación en el aula como un contexto social normativo que ejerce un proceso de influencia entre compañeros de clase. Examinó el uso que hacen de estos mecanismos, los niños espectadores de las situaciones de bullying. Son niños indirectamente involucrados en la intimidación. Cogió una muestra de adolescentes daneses y fueron divididos en cuatro grupos dependiendo de su condición de espectador donde se contemplaban los *externos*, que no percibían casi nada, *los propensos a ayudar a la víctima*, también estaban los espectadores *culpables*, que reforzaban el acoso y finalmente, los espectadores *indiferentes* que eran los que no hacían nada por ayudar. Los resultados indicaron que eran los espectadores *indiferentes* los que presentaban mayores niveles de desconexión moral, seguidos de los espectadores externos. Demostraron al igual que Gini (2011) e Hymel, (2010), que en la dinámica de intimidación no son únicamente los acosadores los que con más probabilidad se desconectan moralmente sino también los compañeros que lo apoyan.

Pozzon, Gini y Vieno (2012) por su parte, también estudiaron la relación entre los mecanismos de MD y los comportamientos de intimidación entre los niños de primaria, tanto a nivel individual como a nivel grupal, de clase. En línea con la literatura demostraron que, a nivel individual, el comportamiento agresivo se asoció positivamente a la justifi-

cación y al lenguaje eufemístico, es decir que el comportamiento individual pro-intimidación era más probable en aquellos niños que eran más propensos a la reestructuración cognitiva ante un acto de intimidación. Sin embargo, a nivel grupal, de clase los resultados mostraron variabilidad en el comportamiento pro intimidación. La reestructuración cognitiva que fue significativa a nivel individual no desempeñó un papel preponderante a nivel clase. También se presentó un resultado inesperado: los grupos de niños que utilizaron estrategias para distorsionar las consecuencias de una acción fueron menos propensos a generar comportamientos pro-bullying. Este resultado no fue fácil de interpretar; los autores subrayaron la necesidad de exploración adicional de los mismos.

No obstante, interpretaron que en aquellas clases donde las consecuencias negativas de una agresión eran minimizadas o ignoradas, la presencia real de intimidación podía llegar a subestimarse “los insultos entre los niños no hace daño a nadie”. Respecto a la difusión de la responsabilidad, la culpabilidad de la víctima y la deshumanización demostraron que conducían al grupo a promulgar o a apoyar comportamientos perjudiciales. Los grupos con niveles altos en desplazar la responsabilidad o difuminarla, presentaban mayor riesgo de intimidación. Un niño tiene más probabilidades de ser intimidado cuando es percibido por sus compañeros como merecedor del acoso, tal vez debido a sus características personales o parcialmente responsable de su victimización. Estos datos fueron corroborados posteriormente por Thomberg y Jungert (2013).

Por su parte Sánchez, Ortega-Ruíz y Menesini (2012) tras una revisión de los estudios publicados al respecto, concluyeron que tanto los agresores como las víctimas de bullying, presentaron escasa competencia emocional. Encontraron que el agresor presentaba dificultades para adoptar otra perspectiva que no fuera la suya, solían ser fríos y se desconectaban moralmente de la situación con altos niveles de orgullo y con

falta de empatía. En cuanto a la víctima, las autoras concluyeron que presentaban dificultades para reconocer las emociones de los demás, presentaban altos niveles de vergüenza y tendían a autoinculparse.

A partir de aquí, se suceden los estudios realizados con adolescentes y jóvenes implicados en *bullying* (Caravita, Sijtsema, Rambaran & Gini, 2014; Collins, 2014; Menesisi, Palladino & Nocentini 2015; Tarinkulu & Campbell, 2014). Concretamente, Caravita, Sijtsema, Rambaran y Gini (2014) realizaron un trabajo longitudinal donde estudiaron la evolución de los mecanismos de desvinculación moral en las redes de amistad durante un intervalo de un año. Examinaron si la similitud en el desapego moral entre amigos era el resultado de la influencia de los amigos o la influencia de la selección de un amigo. Además, examinaron el género, el comportamiento individual de intimidación y el estatus de popularidad percibida como posibles moderadores de la socialización para la desvinculación moral dentro de las redes de amistad. Los autores argumentaron que, a principios de la adolescencia, los amigos eran más propensos a ser similares entre sí a lo largo del tiempo y esto sólo se explicaba por los procesos de influencia y no por los procesos de selección. Finalmente, el género, el bullying y la popularidad percibida no moderaron la influencia de los amigos en la desvinculación moral con el tiempo. Los resultados indicaron que los procesos de autojustificación cambiaban con el tiempo ya en la infancia tardía, pero sólo en la adolescencia temprana era probable que este cambio dependiera de la desvinculación moral de los compañeros.

Por su parte, Gini, Pozzoly y Hymel (2014) llevaron a cabo un metaanálisis donde sintetizaron casi dos décadas de investigación, mostrando que los jóvenes que utilizaban estos mecanismos de DM, participaban con más frecuencia en comportamientos agresivos. En este metaanálisis se demostró que ese vínculo DM agresión, es más fuerte a partir de los años adolescentes en comparación con la infancia y los resultados

avalaron que los mecanismos de desconexión moral forman parte de un proceso cognitivo “normal” en esta población.

Más adelante, Gini, Pozzoli y Bussey (2014) ampliaron los estudios sobre Desconexión Moral y los comportamientos de los espectadores (Caravita et al 2012; Obermann et al 2011). Los investigadores insistían en la importancia del contexto. Las variables contextuales podrían influenciar el comportamiento en el aula por encima y más allá de las características individuales. Partiendo de que es en el contexto donde se adhieren las normas de grupo, en este estudio se insertó el concepto de “disyuntiva moral colectiva” en el aula y se examinó su relación con los espectadores y con los diferentes niveles de comportamiento agresivo entre iguales. Las normas de aula se definieron como la aceptabilidad de los compañeros de clase del comportamiento agresivo. Concluyeron con un interesante y novedoso resultado porque sugirieron que el comportamiento agresivo era más probable cuando los estudiantes (individual) eran propensos a usar justificaciones descontroladas y también apuntaron que tales justificaciones eran comunes en el aula (colectivo). Esta percepción puede llevar a los jóvenes a pensar que la agresión es una forma más de interactuar. Por lo tanto, la creencia grupal aumenta la probabilidad de agresión. La investigación demostró que estos mecanismos utilizados por el grupo pueden conducir a la promulgación de la agresión, influyendo en la agresión de los compañeros en el aula.

En esta misma línea referida a la propensión de la desconexión moral colectiva (MDC) de los miembros de la clase en lugar de la desconexión moral individual (IMD) estos mismos autores realizaron la validación inicial de una nueva escala, la *Classroom Collective Moral Disengagement Scale* (CCMDS) para adolescentes. Hasta este momento no se conocía escala para validar la MDC. Por lo tanto, en este estudio se reportó la primera evidencia de la estructura factorial de la escala CMD en un grupo clase y su validez. Este nuevo auto informe evaluó el grado en que los

mecanismos de DM son compartidos por el grupo clase. A través de los análisis factoriales exploratorios y confirmatorios se ratificó la estructura unidimensional y la invarianza de la escala según edad y sexo. La versión final de la escala constó de 17 ítems y presentó una buena consistencia interna y validez. La puntuación del CCMD predijo significativamente el comportamiento de intimidación por encima y más allá del IMD. Y en línea con la literatura, aunque los ítems de CCMD son representativos de los ocho mecanismos MD, los análisis de factores proporcionaron evidencia de la estructura monofactorial de la escala (Gini et al, 2014).

El contexto on line también ha sido contemplado por un número de investigadores que apoyaron la correlación positiva, aunque bajas, entre los actos agresivos y el uso de estos mecanismos, concluyendo que los chicos no tenían que justificarse a sí mismo tanto como en la agresión tradicional. Destacaron los trabajos de Almeida, Correia y Marinho, (2010); Almeida, Correia, Marinho y García, (2012), Ang y Goh (2010), Bauman (2010), Bauman y Yoon, (2014), Menesini, Nocentini y Camodeca (2011; 2013), Pabian y Vandebosch, (2014), Pornari y Wood (2010; 2012), Robson y Witenberg, (2013) Runions y Bak (2015), White-Ajmani y Bursik, (2014).

En cuanto al sexo en el contexto de los iguales, los niveles más altos en desconexión moral se encontraron en chicos (Caprara, Alessandri, Fida, Tisak, Fontaine & Paciello, 2013), resultados en línea con los encontrados por Hymel y colaboradores, (2005). Sin embargo, otros estudios obtuvieron resultados diferentes como el realizado por Obermann (2011) y por Gini y colaboradores, (2014) que no encontraron efecto moderador del sexo.

El uso de estos mecanismos se ha puesto en marcha en otros contextos sociológicos diferentes al ámbito escolar o académico, como los que aparecen explícitos en las siguientes investigaciones. En 2006, se publicó en prensa el estudio de South y Wood centrado en las causas que

llevaron a los presos a ejercer la intimidación dentro de la cárcel. El desentendimiento de sus propias normas morales, les permitían más facilidad para acosar a sus compañeros. En un trabajo estadounidense buscaron contribuir al conocimiento de la Desconexión Moral mediante la investigación de las diferencias individuales y la relación entre comportamiento moral/ético y la toma de decisiones. Concluyeron que las personas tomaban decisiones éticas sin culpa aparente o autocensura porque se desvinculaban moralmente del hecho. (Deter, Treviño & Sweitzer, 2008). Por su parte, Shulman, Cauffman, Piquero y Fagan (2011) presentaron un estudio longitudinal, pionero, donde examinaron la relación entre la Desconexión Moral y la delincuencia a través del tiempo. Ambas variables positivamente y aquellos que presentaron carencias emocionales tendían a desconectarse más. En el campo del deporte, Boardley y Kavussanu, (2011) concluyeron que aquellos deportistas que llevaban a cabo conductas sancionables durante la práctica deportiva, lo que viene a ser el juego sucio, se desvinculaban más, moralmente. Datos corroborados por Boardley, Grix y Dewar (2014). Barsky, Islam, Zyphur y Johnson (2011) aplicaron la teoría de la Desconexión Moral en la participación de comportamientos poco éticos en el ámbito laboral, con el objetivo de explicar conductas de corrupción y corporativismo en el mundo empresarial.

En el contexto de pareja, las evidencias empíricas son muy limitadas. El estudio de Rubio Garay (2016) con una muestra reducida (N = 72) reveló una relación significativa entre la desconexión moral y las agresiones en el noviazgo. En este sentido, los análisis de correlaciones mostraron una relación lineal positiva entre la desconexión moral y la violencia cometida en el noviazgo, indicativa de que la desactivación de los mecanismos autorregulatorios está estrechamente relacionada con las reacciones agresivas en adolescentes y jóvenes (Bandura et al., 1996; Hyde et al., 2010; Pelton et al., 2004).

Sin embargo, las relaciones entre desconexión moral y agresión cometida sólo aparecieron en los varones, lo que sugiere que en el caso de las chicas podrían entrar en juego otras variables personales que podrían moderar la relación entre desconexión moral y violencia (Rubio Garay, 2016). Tal es el caso, por ejemplo, del efecto inhibitor que la empatía ejerce sobre la violencia. En este sentido, hay suficiente evidencia empírica sobre la mayor disposición empática de las chicas frente a los chicos y tales diferencias se hacen ya patentes en la adolescencia (Garaigordobil & García de Galdeano, 2006; Mestre, Samper, Frías & Tur, 2009).

En este apartado se ha analizado el constructo desconexión moral como mecanismo sociocognitivo y su aportación al fenómeno que nos ocupa, pero este constructo se completa atendiendo a la influencia de los factores emocionales que se ponen en marcha cuando la persona hace uso de dichos mecanismos.

2.3. FACTORES EMOCIONALES

Tal como se expone en la literatura, todas las formas de agresión vienen correlacionando significativamente con niveles bajos de conducta prosocial y, por lo tanto, con mayor probabilidad de autorregulación buscando la exculpación o la justificación de determinadas actuaciones. Los bajos niveles de comportamiento prosocial, los bajos niveles de empatía (Hoffman, 2000; Eisenberg, 1989) o la carencia de habilidades interpersonales, la literatura se reafirma en que son signos de incompetencia emocional.

Por ello, en el siguiente apartado se analizan aquellas variables socioemocionales que interfieren con más peso en el fenómeno, concreta-

mente las emociones morales, celos y rumiación, emociones consideradas como importantes predictores de la violencia dentro de una relación sentimental.

2.3.1. Emociones morales

La emoción es un componente clave para el procesamiento de la información social (Turiel, 2006, a, b). La experiencia emocional forma parte del razonamiento y por ello, está influyendo en los criterios utilizados ante la formación de un juicio moral (Arsenio & Lemerise, 2004). Por tanto, la conexión entre razonamiento, emociones y comportamiento moral está consiguiendo cada vez más atención empírica.

Eisenberg (2000), en su momento, enfatizó la naturaleza socio-moral y cognitiva de la *culpa*, *vergüenza*, *orgullo*, *empatía*, que son emociones complejas y que la autora las denominó emociones morales argumentando que proceden del comportamiento moral y se apoyan en la comprensión e interpretación del “yo” en relación a los estándares morales.

La relación entre emociones morales y comportamiento cognitivo moral ha sido ampliamente investigada en el contexto de escolares implicados en acoso escolar o *bullying*. Estos estudios han concluido en la misma dirección respecto a la atribución emocional en agresión y en victimización. En agresión se vinculó a las emociones *orgullo*, respecto al poder o dominancia que adquiere la persona que trasgrede en una situación de acoso, (Almeida, del Barrio, Marques, Gutierrez & Van der Meulen, 2001) e *indiferencia*, en cuanto a que una persona hace daño a otra persona sin sentimientos ni culpabilidad (Menensini et al, 2003). Respecto a la victimización se asoció a las emociones, *baja empatía*, *culpa* y *vergüenza*. Ante una intimidación, la víctima tiende a culpabilizarse por lo que le ha ocurrido, afirmando a su vez, sentimientos de vergüenza e indefensión (Ortega-Ruiz, Elipe, Mora-Merchán, Calmaestra & Vega,

2009). La emoción de la *vergüenza* se ha presentado relacionada con la *Ira* (Bennett, Sullivan & Lewis, 2005; Harper & Arias, 2004; Tangney & Dearing, 2002, entre otros). Estos resultados son extrapolables al contexto que nos ocupa. Tangney y colaboradores, (1995) llevaron a cabo el primer trabajo en pareja de novios, donde demostraron que, si un miembro de la pareja se sentía avergonzado, mostraba más ira y más comportamiento agresivo. “*La vergüenza y la ira van de la mano. Desesperado por escapar de los sentimientos dolorosos de la vergüenza, el individuo actúa a la defensiva, externalizando la culpa y la ira*” (Tangney, Stuewig & Mashek, 2007, p. 352).

Es evidente que las personas implicadas en procesos violentos interactivos presentan dificultades para gestionar su vida emocional ante situaciones de transgresión moral. Así en agresión, los resultados muestran la insensibilidad ante el dolor ajeno, la falta de empatía, el orgullo de sentirse dominante y la poca culpabilidad cuando hacen daño. Sin embargo, esta indiferencia hacia los demás, no significa que actúen así por desconocimiento de los valores y normas morales, sino que, como bien apuntan algunos estudios, esa indiferencia se debe a que los implicados en agresión, se desconectan moralmente de la situación a través de los mecanismos sociocognitivos, lo que les permiten mantener una fría coherencia entre pensamiento y comportamiento moral (Sánchez, Ortega-Ruiz & Menesini, 2012).

Esa falta de habilidad para gestionar las emociones sugiere la necesidad de fomentar conocimiento para afrontar situaciones complicadas, aspecto clave necesario para el bienestar psicológico y social de los implicados. Su autor, Olweus (1993) describió que las estrategias de afrontamiento pueden ser pasivas, sumisas o con serias dificultades para reaccionar de forma clara y directa ante el maltrato. Otros estudios, la contemplaron en términos de víctimas que no presentan habilidades para

reaccionar ante la situación, o en términos de víctimas que buscan apoyo o ayuda de inmediato ((Boulton & Smith, 1994).

Estas últimas, haría referencia a estrategias de afrontamiento exitosas o eficaces para frenar el maltrato. Aunque, estrategias consideradas por la literatura científica como poco eficaces o ineficaces, resultaron ser moderadoras de los efectos psicológicos, tal como la fuga, el escape o la evitación como un recurso que, aunque no les servía para solucionar el problema interpersonal, si se presentaba como una estrategia de alivio emocional (Kochenderfer-Ladd & Skinner, 2002). Es evidente que los procesos cognitivos, metacognitivos y emocionales están implicados en la naturaleza dinámica y contextual del afrontamiento.

Las variables emocionales, proporcionan información inter e intrapsicológica del estado general del sujeto, lo que contribuye a la elección de una respuesta que estará relacionada con una mejor o peor adaptación social. Una relación de pareja es una interacción social donde las emociones están muy presentes. En una situación violenta dentro de la relación, las emociones no dejan paso a los razonamientos objetivos. Crick y Dodge (1994), a través de su teoría aportaron una explicación plausible sobre qué sucede en la cognición de cada uno de los miembros, cuando se encuentran en un contexto conflictivo, cómo procesan los ataques que se hacen unos a otros, cómo a veces las respuestas se distorsionan y todo mediado por las distintas emociones que están en plena ebullición.

2.3.2. La rumiación hostil

La Rumiación se presenta como un mecanismo de afrontamiento y regulación emocional estable durante el ciclo vital. El sujeto focaliza la atención en los pensamientos perniciosos de una manera repetitiva y pasiva. La rumiación hace que el sujeto se meta en un círculo incontrolable

donde cavila una y otra vez sobre el estado anímico que le brota ante una vivencia conflictiva (Fronteras & Giancola 2011). Los efectos desfavorables de la Rumiación tendrían relación con la amplificación de esos pensamientos negativos, con la interrupción del procesamiento de la información para la resolución de problemas, con la interferencia en el afrontamiento activo, con el mantenimiento y potenciación de los estresores negativos y con la disminución del apoyo social a largo plazo (Cova, Rincon & Melipillan, 2009).

Esta emoción tiene valencia negativa y presenta quejas, lamentaciones sobre esas vivencias y en definitiva se produce una evaluación no favorable de sí mismo. Pero la rumiación no es siempre negativa. Esta forma de actuar puede ser favorable cuando se asocia a la reflexión (Cova et al 2009); cuando se reflexiona, es bueno que se analicen las dificultades vividas y que se piense sobre las vivencias negativas y dolorosas con la finalidad de superarlas. Sin embargo, cuando el pensamiento se focaliza en los propios estados de tristeza y abatimiento, se les asocia a consecuencias negativas para el bienestar personal y para la salud mental; la rumiación negativa está contribuyendo a la severidad y a la mantención de un estado de ánimo triste y e incluso a trastornos depresivos en la adolescencia (Cova et al, 2009; Peled & Moretti, 2007; Watkins, 2008).

En la última década ha habido un florecimiento de la investigación acerca de esta emoción y se ha llevado a cabo desde el área social, cognitiva, clínica, personalidad o neurociencia, demostrándose consistentemente la correlación entre la rumiación negativa y la hostilidad (Anesti, Anestis, Selby & Joiner, 2009; Bandura, Caprara, Barbaranelli, Pastorelli & Regalia, 2001; Bushman, Bonacci, Pedersen, Vásquez & Miller, 2005; Bushman & Gibson, 2011; Cova, et al 2009; Denzler, Forster & Liberman, 2009; Peled & Moretti 2007). Estos resultados fueron corroborados también en estudios realizados a partir de simulaciones de laboratorio (Fabiansson, Denson, Grisham, Moulds & Schira, 2012).

Los trabajos que han relacionado la rumiación con la conducta agresiva han sugerido que esta asociación no es directa sino moderada por otras variables cognitivas tal como expusieron Pedersen, Denson, Goss, Vasquez, Kelley y Miller (2011) en su trabajo, donde evaluaron el impacto de la *Rumiación provocada* y de la *Rumiación auto centrada* sobre los tres estados internos del sujeto (cognición, afecto y excitación fisiológica) y su implicación en la conducta agresiva. En general concluyeron que la rumiación se relacionaba con la conducta agresiva con mayor significatividad si la persona era provocada.

En esta misma línea, Denson (2013), en un intento por avanzar en estos resultados, presentó un nuevo modelo donde contempló múltiples niveles de análisis. La pretensión fue explicar por qué y cómo las personas pueden activar la rumiación sobre los eventos conflictivos y las consecuencias de esta. Para ello se centró en tres niveles.

A nivel cognitivo, analizó cómo la persona presentaba varias formas de rumiación. En la primera forma, la persona se centraba en los aspectos de la provocación: se activaba la emoción de la rumiación tras un objeto de provocación (Pedersen et al, 2011). Los autores plantearon la hipótesis de que la rumiación que atiende a una provocación aumenta los sentimientos de venganza y de enfado que hacen que la persona responda con agresividad. En la segunda forma, la rumiación analítica, estaba centrada en el pensar reiteradamente en las causas y consecuencias del evento conflictivo. La tercera forma, la rumiación de auto inmersión, describía el grado en el que la persona se auto involucraba emocionalmente en el conflicto, reviviendo los aspectos emocionales del evento con todo tipo de detalles en primera persona; esta forma de cavilar aumentaba la conducta agresiva al estar cargada de sentimientos. Se demostró que la rumiación centrada en la provocación aumentaba la disponibilidad cognitiva para agredir y la rumiación de autoinmersión, aumentaba la autocrítica y la excitación emocional previa a la agresión.

Nivel de control ejecutivo. El presentar un pobre control ejecutivo, implicaría que no se posee la capacidad de inhibir los pensamientos negativos o de desviar la atención (Owens & Derakshan, 2013). Varios son los estudios que informaron sobre la relación positiva entre el déficit en el autocontrol ejecutivo, la rumiación negativa y el comportamiento hostil (Denson, 2011; Gotlib & Joormann, 2010; Robinson, Schmeichel & Inzlicht, 2010; Whitmer y Banich, 2010; Wagner, Alloy & Abramson, 2014). Este pobre autocontrol ejecutivo facilita la teoría de *la agresión desplazada* cuando la rumiación negativa puede aumentar la agresión hacia los que nada tienen que ver con la provocación inicial, dando así explicación a por qué a veces, se puede llegar a dañar a terceras personas o a cargar con hostilidad hacia la persona de mayor confianza sin merecerlo (Bushman & Gibson, 2011; Denson, 2013; Vásquez, Osman & Wood, 2012).

A nivel afectivo, está avalado por la literatura que la activación de la rumiación tiene consecuencias directas sobre uno mismo, por todos los sentimientos que despierta en la persona ese objeto de provocación (Bushman, 2002; Denson, Moldes et al. 2012; Pedersen et al., 2011).

En esta misma línea, Wagner, Alloy y Abramson (2014) concluyeron que el pensar reiteradamente en las causas y consecuencias del conflicto aumentaba la autocrítica y la excitación emocional e incluso la incapacidad para inhibir los pensamientos negativos, siendo este déficit en el autocontrol ejecutivo el que se relacionaba directamente con el comportamiento agresivo.

Los estudios centrados en analizar esta variable en relación con la violencia en la pareja, son todavía escasos. Ortega-Ruíz y Sánchez (2011) señalaron que la rumiación, la baja autoestima, la hostilidad y la regulación de la ira eran factores emocionales predictores de la violencia en la pareja, conclusión obtenida también por Goldstein (2011) que en una muestra de jóvenes entre 18-25 años, concluyó que la rumiación negativa predecía esta violencia.

Por su parte, Denson (2013) en otro de sus trabajos, concluyó que la rumiación facilitaba la autojustificación cognitiva ya que la pareja que se centraba de forma recurrente en los pensamientos asociados al conflicto tenía más tiempo para preparar fríamente cómo agredir, pero con menos carga de culpabilidad. Sotelo y Babcock, (2013) por su parte, concluyeron que la rumiación aumentaba la probabilidad de la agresión a la pareja cuando cursaba con altos niveles de impulsividad, de extraversión y de bajo control emocional. Honeycutt, Sheldon, Pencer y Hatcher (2015) concluyeron que a más intenso sea el conflicto, más fácilmente se activará la rumiación, generando más probabilidades de que el sujeto responda con agresividad hacia su pareja.

Respecto al sexo, investigadores como Cova (2009) concluyeron que la rumiación contribuía al ánimo y a posibles trastornos depresivos en la adolescencia principalmente en chicas. Goldstein (2011) en sus resultados también corroboró que eran las chicas las que presentaban mayores niveles de rumiación y reflexión. Estos datos apuntarían hacia una mayor emocionalidad femenina en el contexto de la relación de pareja. Resultados en línea a los expuestos anteriormente por Jose y Brown (2008) y los de Peled y Moretti, (2007) donde encontraron que las chicas obtuvieron mayores niveles de rumiación de la ira y de la tristeza en una población adolescente. Los datos sugirieron que las chicas “invertían” más en su pareja, lo que implicaría que, ante un conflicto o discusión, las chicas pensarían, reflexionarían, rumiarían más que los chicos en un intento por comprender la situación ocurrida, repercutiendo en la satisfacción y expectativas que tienen en sus relaciones sentimentales.

La ira ha sido considerada como un precursor de la rumiación (Caprara, 2007), es una emoción directamente implicada en el comportamiento hostil (Caprara, Tisak, Alessandri, Fontaine, Fida & Paciello, 2013; Maxwell, 2002; 2004). Peled y Moretti (2009; 2010) concluyeron

que la rumiación tanto en la ira como en la tristeza correlacionaban altamente, aunque cada una estaba sujeta a determinados estados afectivos/emocionales y a diferentes contextos. Los autores señalaron que la rumiación en la ira actuaba directamente sobre la conducta violenta y la rumiación en la tristeza era un factor de riesgo para el estado de ánimo. Según Vansteelandt (2006) la rumiación en la tristeza inhibía el comportamiento agresivo hacia los demás y llevaba a redirigir el pensamiento, en vez de al acto agresivo y represalia a los demás, a la autocrítica y a la autoculpa.

Caprara, Tisak, Alessandri, Fontaine, Fida y Paciello, (2014) llevaron a cabo un estudio longitudinal donde encontraron relaciones entre las variables emocionales *irritabilidad*, *rumiación hostil* y la variable cognitiva *desconexión moral*, con los comportamientos agresivos en general que pueden presentarse en adolescentes y en adultos jóvenes. Los autores puntualizaron que en el momento de la investigación no existían estudios que relacionaran estas tres variables a la vez, con la violencia.

Los resultados mostraron que las variables operaron de forma recíproca entre ellas: en una situación conflictiva, la irritabilidad fomenta deseos de venganza, pero también una persona que activa la rumiación sobre una provocación se vuelve más irritable. Cuando se produce la asociación estable de la rumiación hostil con la Desconexión Moral, la venganza y la conducta agresiva adquieren legitimidad (Tisak & Tisak, 1998). Este estudio demostró que Irritabilidad, Rumiación y Desconexión Moral son diferencias individuales que contribuyen a la violencia: La DM puede representar un dispositivo eficaz para evitar asumir la responsabilidad de las consecuencias de las propias acciones que están en contraste con las normas y valores morales, cuyo reconocimiento implicaría daño en la autoestima y en el sentimiento de autoeficacia. El uso de estos mecanismos facilita la justificación de la agresión intencional con la única finalidad de buscar el interés propio. La irritabilidad se deriva de

la frustración y es la tendencia a reaccionar de manera impulsiva ante una ofensa, desacuerdo o ataque. Es un proceso excitatorio automático que genera una agresión impulsiva reactiva, que señala el deficiente de control ante las emociones negativas (Bettencourt, 2006). La Irritabilidad está vinculada al temperamento del sujeto y a su forma personal de regular la afectividad. Y la rumiación hostil, la tendencia a abrigar malos sentimientos de resentimiento y de venganza en respuesta a provocaciones y otras señales sociales aversivas. Es una rabia fría, meditada. La persona que activa la rumiación experimenta una distorsión cognitiva percibiendo auto provocaciones y auto atribuciones (Cova, 2009; Peled & Moretti, 2009). Esa experiencia aversiva hace que el sujeto reaccione con interés persistente de vengarse con el objetivo de restaurar su autoestima y reputación personal. La Rumiación está vinculada a la regulación social de la afectividad.

En síntesis, los autores señalaron la reciprocidad entre las variables: la Irritabilidad refleja la incapacidad de la persona para controlar su reacción aireada, la Rumiación muestra como la irritabilidad caliente puede convertirse en fríos sentimientos de odio y hostilidad, lo que lleva a la agresión y para restaurar la reputación y la autoestima, la DM hace que se desenganche de autculpa o emociones dolorosas. Mientras más se incline la persona a responder a cualquier provocación, más se inclina hacia el comportamiento agresivo. Del mismo modo, estas personas están predispuestas a perseguir la venganza y la represalia, en respuesta a esas provocaciones. Y por último las personas que se inclinan a recurrir a las distorsiones cognitivas, como el autoengaño para eludir la autculpa y preservar su dignidad, no dudan en adoptar un comportamiento perjudicial en la búsqueda de su propio interés. También Irritabilidad y Rumiación contribuyeron a la DM y viceversa (Paciello 2008). Cuanto más irritada está una persona, más rumiación activa o más se desconecta moralmente para evitar sentimiento de culpa o castigo.

Respecto al sexo, los chicos obtuvieron puntajes más altos en DM, sin embargo, no se encontraron diferencias significativas en irritabilidad y rumiación hostil.

En cuanto a la edad, siguiendo la línea de la literatura, el uso de la DM se redujo significativamente desde finales de la adolescencia hasta la edad adulta temprana. Los adultos jóvenes tienden a ejercer un mayor control sobre sus reacciones aireadas albergando sus resentimientos significativamente más que los adolescentes. Es posible que los jóvenes adultos con el paso del tiempo estén menos inclinados a hacer uso de las distorsiones cognitivas para justificar su conducta perjudicial. Están más comprometidos con los estándares morales y menos propensos a la autocomplacencia y al autoengaño. Como alternativa emplean formas más sutiles de laxitud moral que a edades adolescentes. (Fontaine & Dodge, 2009).

2.3.3. Los celos.

Los celos son considerados como una variable emocional de riesgo. Esta emoción es experimentada por la persona cuando percibe que su relación de pareja se ve amenazada por un rival real o imaginario (Goetz, 2010). Ante esta amenaza percibida, las personas celosas y posesivas son más propensas al maltrato emocional a sus parejas (Echeburúa & Corral, 2008).

Esta emoción está vinculada a resultados positivos, si se tiene en cuenta como una señal de compromiso que ayuda a recordar lo importante que es la relación (Rydell, McConnell & Bringle, 2004). El inconveniente está cuando se perciben como síntomas de amor y preocupación por la pareja en vez de como el inicio de un posible y serio problema

(Fernández – Fuertes & Fuertes, 2010; González & Santana, 2001; Hernando, 2007), donde la violencia entre ellos queda justificada por los celos (Perles, San Martín & Canto, 2009).

Algunos estudios empíricos han diferenciado entre celos emocionales y celos sexuales, siendo el sexo femenino el más sensible y más angustiado por las señales asociadas con la infidelidad emocional y el sexo masculino más relacionado con el sufrimiento hacia la infidelidad sexual de su pareja (Buss, 2000; Bennett, 2002).

La sospecha o el conocimiento de la infidelidad determina el comportamiento violento (Goetz & Shackelford, 2006, 2009). La violencia física desencadenada por los celos sexuales ha sido identificada como una táctica de control utilizada más por los chicos, para restringir el comportamiento sexual fuera de la relación sentimental (Goetz & Steele, 2009). Este tipo de violencia se entiende mejor en el contexto de la infidelidad femenina. Sin embargo, los celos emocionales son más comunes en el sexo femenino, lo que nos sugiere que una chica se siente más dolida si su novio habla con sensibilidad afectiva de otra chica, que si mantiene una relación sexual puntual con la misma (Fuertes, 2001; 2010).

Los celos románticos han sido planteados desde una construcción multidimensional al barajarse los componentes cognitivos, emocionales y conductuales (Guerrero & Andersen, 1998; 2017). Los celos cognitivos se refieren generalmente a los pensamientos negativos que se centran en los comportamientos de la pareja; los celos emocionales reflejan emociones como miedo, ira, rumiación y los celos conductuales se expresan en forma de comportamiento agresivo o de vigilancia. Sea de un tipo u otro, afectan en la satisfacción o calidad de la relación. Por ello, algunas investigaciones han prestado atención a la asociación entre los celos románticos y la calidad de la relación, el nivel de satisfacción con la pareja o el nivel de incertidumbre en la experiencia sentimental (Barelds & Barelds-

Dijkstra, 2007). Esta asociación proporciona un marco teórico para comprender cómo la experiencia de un individuo y su expresión de celos está vinculada a los resultados de las relaciones sentimentales. Elphinston y Noller, (2011) concluyeron que los celos cognitivos marcaban una relación inversa, relativamente alta, con la satisfacción relacional y que los estilos de apego eran relacionados con los diferentes tipos de celos (reactivo, ansioso y posesivo). Estos estudios demostraron consistentemente que la satisfacción y calidad con la relación estaban positivamente vinculados a los celos reactivos, pero negativamente vinculados a los celos ansiosos. Los celos reactivos y ansiosos se ubican en la dimensión emocional y cognitiva respectivamente, mientras que los celos posesivos pertenecen a la dimensión comportamental, incluyendo comportamientos de vigilancia a la pareja.

La asociación entre las dimensiones de los celos y la insatisfacción con la relación puede estar mediada por otros factores emocionales, como es el caso de la rumiación (Carson & Cupach, 2000), lo que implicaría que el sujeto entra en un proceso de pensamiento recurrente, consciente, persistente en el tiempo, que contribuye a predisponer a la persona a responder a los celos. También es probable que los celos conductuales influyan en el grado de rumiación sobre los eventos de celos. Por ejemplo, un comportamiento de vigilancia a veces puede confirmar las sospechas de celos y estimular más la rumiación. Igual sucede con los celos cognitivos, que aumentan la probabilidad de rumiación. Los celos cognitivos implicarían pensamientos y sospechas inútiles sobre los comportamientos y deseos de la pareja y la rumiación reflejaría el proceso repetitivo de pensar en esos pensamientos negativos. Del mismo modo sucede con los celos conductuales, donde el estar en estado de vigilancia ante los movimientos de la pareja, también promovería la rumiación al pensar de forma continuada en la posible amenaza de su relación (Barelds et al, 2007). Estos estudios previos se hacen extensibles a otro trabajo cuyo objetivo fue proponer la rumiación como mediador entre los

celos románticos y la insatisfacción de la relación. Tanto los celos cognitivos como de vigilancia estaban relacionados con la insatisfacción de la relación a través de la rumiación (Elphinston, feeney, Noller, Connor & Fitzgerald, 2013). Los resultados pusieron de relieve las consecuencias negativas de la rumiación. Los autores puntualizaron que los pensamientos intensos y las expresiones de los celos pueden destruir la relación. Esa rumiación en curso sobre las preocupaciones relacionadas con las situaciones de celos y la conducta de vigilancia de la pareja genera insatisfacción en la relación al paso del tiempo.

En relación al uso de la comunicación on line, la persona al sentir celos extremos presenta más probabilidad de acceder a la cuenta de la red social de su pareja. Si la pareja o expareja comparte determinada información on line, genera inseguridad al otro miembro de la diada, ante las conversaciones que pueda estar teniendo con algunos contactos. Los adolescentes reconocieron que Internet facilita el poder mantener un contacto íntimo continuo con la pareja, pero también facilita que se promuevan comportamientos de acoso e intrusión en línea. El mundo virtual es una puerta abierta a la utilización de estrategias intrusivas, como el bombardeo al chat privado de la pareja o al móvil con mensajes provocadores para que la pareja responda. Otra estrategia que reconocieron era el control y robo de identidad. Una práctica común entre ellos es el compartir las contraseñas, de esta forma ante unos celos extremos, cada miembro de la diada puede acceder a la cuenta social de la otra persona para averiguar con quién hablaba e incluso para eliminar contactos no deseados. (Sánchez, Muñoz & Ortega-Ruíz, 2015). Las autoras constataron que entraban en una dinámica de comportamientos de acoso, acecho y de intrusión, invadiendo la privacidad de la pareja. Este estudio es un hallazgo sin precedentes, de ahí que se destaque su relevancia, pues en esta etapa del desarrollo, hoy en día, no se conocen estudios previos en España.

Tras esta revisión bibliográfica sobre las principales emociones implicadas en el comportamiento violento de la pareja de novios, es apreciable la existencia de un consenso generalizado entre los investigadores respecto a que, en el contexto de este fenómeno, la mayoría de las parejas de adolescentes, experimentan una cierta cantidad de conflictos y que existe más probabilidad de agredir, si en el contexto confluye una situación provocativa. Y que los individuos que no son lo suficientemente capaces de autorregular sus emociones negativas pueden exteriorizar conductas inadaptativas, a través de la escalada del conflicto llegando al comportamiento hostil con su pareja (Capaldi & Gorman-Smith, 2003; Muñoz-Rivas et al, 2007).

La autorregulación emocional se torna imprescindible potenciarla para modular emociones, cognición y conducta. Es necesario un marco que refleje la eficiencia de las funciones ejecutivas, que facilite la capacidad de centrar la atención en otro tema, o de inhibir respuestas dominantes (Bradley, White & Turner, 2013). Estos procesos autorregulatorios permiten la correcta gestión y control de las emociones (Sung Chan, Doo Hwan, Jun Lim & Sung Moon, 2015).

Y es que el déficit en el autocontrol conductual – cognitivo y en la autorregulación emocional fueron identificados como factores de riesgo para la conducta violenta (Shorey, Cornelius & Bell, 2008a; Shorey, Brasfield, Febres & Stuart, 2011). A raíz de estos estudios, Denson, DeWall y Finkel (2012) se centraron en el papel de la autorregulación emocional ante la conducta violenta en la pareja. Partiendo de la *Teoría de la I al cubo* (Finkel, DeWall, Slotter, McNulty, Pond & Atkins, 2012) sugirieron la existencia de tres procesos que explicaban la agresión: la *instigación*, referente a la provocación en sí; *impellance* que alude a la visualización del conflicto y *la inhibición* asociada al autocontrol de la conducta en la situación. Los autores concluyeron que, ante situaciones de conflicto con

la pareja, los participantes reaccionaban de forma agresiva cuando reducían el autocontrol. Esa falta de autocontrol dejaba paso a la rumiación, llevando a la persona a reexperimentar la provocación sufrida lo que aumentaba la probabilidad de que respondiese con agresividad hacia su pareja.

3.- METODOLOGÍA

3.1. Objetivos e hipótesis

3.2. Participantes

3.3. Instrumentos



3.1. OBJETIVOS E HIPÓTESIS

El objetivo general de este trabajo ha sido avanzar en el conocimiento de la violencia psicológica y física en la pareja de novios adolescentes. La alta prevalencia de este fenómeno ofrecidos por los últimos estudios, unido a la coimplicación de ambos tipos de violencia y al carácter bidireccional de las respuestas, ha suscitado nuestro interés investigador. Con el objetivo de buscar una explicación de este fenómeno y partiendo de una perspectiva multidimensional se han analizado factores individuales y contextuales que pueden estar influyendo en este tipo de comportamiento. Dentro de los individuales, concretamente se ha trabajado con la Rumiación Hostil (variable emocional) y con la Desconexión Moral (variable cognitiva); y, por otra parte, se ha trabajado con los factores del contexto de la propia pareja, la dinámica de la relación o las situaciones conflictivas que podrían conllevar un riesgo para la aparición y mantenimiento de la violencia en la pareja.

En base a esto, se proponen cuatro objetivos generales, el primero de naturaleza metodológica.

3.1.1. La bidireccionalidad de la violencia

El primer objetivo pretende profundizar en la dimensionalidad del constructo violencia en la pareja adolescente, indagando hasta qué punto chicos y chicas comprenden la violencia de la misma forma. Se tratará de comprobar si la violencia psicológica y física se puede considerar un constructo unidimensional, que respondería a una consideración bidireccional del fenómeno, o bien una concepción bidimensional que respondería a una consideración de la violencia basada en los comportamientos específicos de agresión y victimización

Cada vez son más las evidencias empíricas que vienen sugiriendo la existencia de la bidireccionalidad o doble implicación de los actos violentos tanto psicológicos como físicos en parejas de adolescentes. La bidireccionalidad de los comportamientos agresivos queda definida como tasas equivalentes de violencia en la pareja, haciendo referencia a una situación donde ambos, por igual, se implican en agresión y victimización psicológica y física (Giordano, Soto, Manning & Longmore, 2010; Jonhson, 2006; Muñoz & Echeburúa 2016), con frecuencia y severidad similar (Capaldi & Larringisen, 2012; Fernández-González, O'Leary & Muñoz-Rivas, 2013; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez, & Ortega, 2011; Orpinas, Nahapetyan, Song, McNicholas & Reeves, 2012). En esta línea algunos autores sugieren no diferenciar por comportamientos específicos de agresión y victimización sino hablar de implicados en violencia (Nocentini, Menesini & Pastorelli, 2010).

Hipótesis 1

Se espera que el modelo que plantee la bidireccionalidad de la agresión y victimización, tanto en violencia psicológica como física, presente un ajuste aceptable a los datos empíricos.

Hipótesis 2

Se espera encontrar que el modelo bidireccional de violencia sea invariante entre chicos y chicas.

3.1.2. La prevalencia de la violencia

El segundo objetivo pretende indagar en la prevalencia de la violencia psicológica y física, su coimplicación y distribución en función del sexo y la edad de los participantes.

Distintos trabajos han confirmado que la violencia psicológica es más frecuente en comparación con las formas físicas y/o sexuales (Carney & Barner, 2012; Shortt, Capaldi, Kim, et al., 2012). Foshee y Reyes (2011) señalaron que las respuestas violentas pueden ir derivando en formas más leves, lo que sugiere que la agresión psicológica es utilizada como una primera manifestación agresiva ante el conflicto y que puede ir escalando hacia actos más graves. Varios son los estudios que han demostrado que los comportamientos agresivos psicológicos preceden y predicen el desarrollo de comportamientos agresivos físicos, apoyando la progresión hipotética de la agresión psicológica a la física en parejas de novios (Archer, 2000; Corral & Calvete, 2006; Corral & Echeburúa, 2009; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary & González, 2007; O'Leary & Smith-Slep, 2003; O'Leary & Woodin, 2009; Salis, Salwen & O'Leary, 2014; Ramírez, 2000; Shorey, Temple, Febres, et al, 2012; Viejo, Sánchez & Ortega-Ruíz, 2014).

Hipótesis 3

Se espera que, la prevalencia de la violencia psicológica sea mayor que la física y que la coimplicación en ambas formas de violencia sea mayor que la implicación aislada en cada una de ellas.

Respecto al sexo, desde los primeros estudios internacionales se confirmó una mayor tasa de implicación de las chicas en agresión física (Archer, 2000; O'Leary, Arias & Samios 1987; O'Leary et al. 2008; Rodríguez et al 2015). Respecto a la violencia psicológica, desde que Strauss y Sugarman (1996) encontraran que el 80% de las chicas y el 75% de los chicos estaban implicados en actos violentos psicológicos, una amplia mayoría de investigaciones vienen coincidiendo en indicar que son las chicas las que se implicarían algo más en los actos violentos de carácter psicológico, principalmente en la modalidad de agresión (Coker Clear,

García, Asaolu, Cook-Craig, Brancato & Fisher, 2014; Orpinas, Hahapetyan, Song, MacNicholas & Reeves, 2012; Rojas-Solís & Carpinteiro, 2011).

Respecto a la relación edad-violencia, los datos empíricos registrados coinciden en que la mayor implicación en violencia se produce entre los 16-17 años. Por lo tanto, existe una disminución de la prevalencia de la violencia en la pareja a medida que la edad aumenta (Graña, Rodríguez & Peña, 2009). Este pico de violencia coincide con la estabilidad de la relación (Capaldi et al 2005; Foshee & Reyes 2011; Nocentini et al, 2011).

Hipótesis 4

Se espera una mayor implicación en experiencias violentas psicológicas y físicas en las chicas y en las edades centrales de la adolescencia.

3.1.3. Los predictores de la violencia

El tercer objetivo trata de analizar si existen diferencias según el sexo de los adolescentes en los predictores considerados: rumiación hostil, desconexión moral y conflicto en las relaciones de pareja.

Respecto a la relación entre rumiación hostil y sexo, investigadores como Cova (2009) concluyeron que la rumiación contribuía al ánimo y a posibles trastornos depresivos principalmente en chicas adolescentes. Goldstein (2011) corroboró que eran las chicas las que presentaban mayores niveles de rumiación y reflexión. Resultados en línea a los expuestos anteriormente por Jose y Brown (2008) y los de Peled y Moretti, (2007) donde encontraron que las chicas obtuvieron mayores niveles de rumiación de la ira y de la tristeza en una población adolescente, lo que los llevó a concluir que todo parecía deberse a una mayor emocionalidad femenina en el contexto de la relación de pareja.

La investigación sobre Desconexión Moral en el contexto de pareja está muy limitada, (Hyde et al., 2010; Rubio Garay, 2016), de ahí la importancia de este estudio en el que se pretende arrojar más luz sobre estos mecanismos autorregulatorios y su relación con la violencia en la pareja de jóvenes. Respecto a la relación de la Desconexión Moral y sexo, sólo se han hallado datos en el contexto de iguales, donde los niveles más altos se han encontrado en chicos (Caprara, Alessandri, Fida, Tisak, Fontaine & Paciello, 2014; Hymel et al, 2005).

El Conflicto se ha presentado en los últimos estudios como un predictor de violencia que nos acerca cada vez a las dinámicas agresivas en el noviazgo. (Amar, et al 2015; Capaldi et al, 2012; Nocentini et al, 2013; O'Leary 1999). Respecto al Conflicto en relación al sexo, la literatura sugiere que es gestionado con igual fuerza por ambos sexos. (Capaldi, Kim & Shortt, 2004; 2005; Capaldi & Kim, 2007; Shortt, Capaldi, Kim & Kerr, 2012).

Hipótesis 5

Se espera que las chicas presenten mayores niveles de rumiación hostil, los chicos presenten mayores niveles de desconexión moral, y no se presenten diferencias entre sexos en relación con el conflicto.

3.1.4. Un modelo explicativo de la violencia

El cuarto objetivo aquí planteado trata de analizar el importante papel predictor de las variables cognitivas, emocionales y contextuales con el fin de integrarlas en un parsimonioso modelo explicativo.

Partiendo de la convicción de que es fundamental hacer un análisis evolutivo sistemático y comprensivo de este fenómeno (Capaldi et al., 2003;2012) y siguiendo también la estructura del modelo General de agresión, GAM (de Wall & Anderson, 2011), se pretende estudiar cómo

se estructurarían la Rumiación Hostil, la Desconexión Moral y el Conflicto de cara a dar una explicación a la ocurrencia de comportamientos violentos psicológicos y físicos en parejas adolescentes y si además ese modelo puede aceptarse tanto para chicos como para chicas.

La relación directa entre la rumiación hostil y la violencia ha sido confirmada en algunos estudios. Ortega-Ruíz y Sánchez (2011) señalaron que la rumiación, la baja autoestima, la hostilidad y la baja regulación de la ira eran factores emocionales predictores de la violencia en la pareja. Goldstein (2011) halló que la rumiación predecía comportamientos violentos en la diada. Sotelo y Babcock, (2013) por su parte, concluyeron que la rumiación aumentaba la probabilidad de la agresión a la pareja cuando cursaba con altos niveles de impulsividad, de extraversión y de bajo control emocional. Datos corroborados por Honeycutt y colaboradores (2015).

A través del modelo de ecuaciones estructurales se pretende ver la relación de esta variable emocional con la violencia que surge en la pareja.

Por lo que respecta a la desconexión moral y su relación con violencia, la investigación no ha avanzado por igual en el contexto de pareja como en otros contextos, como el del acoso escolar, donde los estudios empíricos han confirmado la correlación entre ambas variables. Considerando los datos tan limitados existentes entre Desconexión Moral y Violencia en el contexto de pareja se pretende integrar en este modelo, dicha variable con el fin de que explique la relación directa con comportamientos violentos (Caprara, et al 2014).

Respecto al conflicto, uno de los primeros modelos teóricos que mejor ha descrito el importante papel del contexto en la aparición de la violencia en la pareja fue el aportado por Johnson (1995) quién analizó los diferentes tipos de violencia que pueden darse en la pareja íntima,

desde un continuo en el que distinguió *la violencia situacional, resistencia a la violencia, control violento mutuo y terrorismo íntimo* (Johnson, 1995, 1999, 2000, 2006, 2008 y 2011). Este continuo contempla desde actos perpetrados por ambos sexos con ausencia de control (violencia situacional) hasta la violencia unidireccional y control absoluto de uno sobre otro (terrorismo íntimo). La violencia situacional o contextual supuso el 89% frente al 11% encontrado en el *terrorismo íntimo* (Johnson, 2006). Los tipos de violencia descritos por Johnson han sido documentados empíricamente tanto en adultos como en adolescentes por una diversidad de autores (Graña & Cuenca, 2014; Lenhart et al, 2011; Tiwari, Chan, Cheung, Fong, Yan & Tang, 2015; Zweing, Yahner, Dank & Lachman, 2014).

El Conflicto junto con la Rumiación y la Desconexión Moral y violencia comportarán el modelo estructural explicativo.

En resumen, se pretende analizar si la estructura de las relaciones entre rumiación hostil, desconexión moral, conflicto y violencia psicológica y física y si dicho modelo será similar en chicos y chicas o si, por el contrario, el sexo ejercerá un efecto moderador.

Hipótesis 6.

Se espera que, tanto para chicos como chicas, sea equivalente el modelo estructural resultante de relacionar la rumiación hostil, la desconexión moral, el conflicto y la violencia (tanto si es psicológica como física).

Por último, se trata de analizar si existe relación indirecta entre rumiación hostil y violencia a través de la desconexión moral o si esa relación se da entre la desconexión moral y la violencia (psicológica y física) a través del conflicto entre parejas. Dependiendo de la existencia o no de

efecto moderador del sexo, el análisis se llevará a cabo para chicos y chicas por separado o para el modelo común a ambos sexos.

Caprara, Tisak, Alessandri, Fontaine, Fida, y Paciello, (2014) llevaron a cabo un estudio longitudinal donde encontraron relaciones directas y recíprocas entre variables emocionales (*irritabilidad y rumiación hostil*), de éstas con la *desconexión moral*, y de esta variable cognitiva con los comportamientos agresivos de adolescentes y adultos jóvenes. Se detectó un efecto indirecto significativo entre rumiación hostil y violencia a través de la desconexión moral, de modo que cuando se produce la asociación estable de la rumiación hostil con la desconexión moral, es más probable que la venganza y la conducta agresiva adquieran legitimidad (Tisak & Tisak, 1998).

Nocentini, Palladini y Menesini (2013) plantearon un estudio que apoya el efecto mediador del conflicto en relación con la asociación entre *la autoeficacia en el manejo de la ira y las conductas agresivas*. De este modo, las personas autoeficaces en el manejo de la ira, serán propensos a responder a la provocación de un conflicto en su relación de pareja de forma constructiva, razonando, evitando así entrar en la escalada de violencia.

Siguiendo los planteamientos de estos estudios, se plantean dos hipótesis:

Hipótesis 7

Se espera que la rumiación hostil no se relacione directamente con la violencia (psicológica o física), sino que active los mecanismos de desconexión moral, que aumentarán la frecuencia de comportamientos violentos.

Hipótesis 8

Se espera que la desconexión moral no se relacione directamente con la violencia (psicológica o física), sino que fomente las relaciones conflictivas en las parejas de adolescentes, con lo que aumentará la frecuencia de comportamientos violentos.

A modo de síntesis, se presenta la siguiente tabla en la que se relacionan los objetivos y las hipótesis de la presente investigación:

Tabla 1. Objetivos e hipótesis.

Objetivos	Hipótesis
1º Analizar la bidireccionalidad de la violencia psicológica y física, determinando el nivel de invarianza entre sexos.	1. Se espera que el modelo que plantee la bidireccionalidad de la agresión y victimización, tanto en violencia psicológica como física, presente un ajuste aceptable a los datos empíricos 2. Se espera encontrar que el modelo bidireccional de violencia sea invariante entre sexos.
2º Analizar la prevalencia de la violencia psicológica y física, diferenciando según el sexo y la edad de los adolescentes.	3. Se espera que la prevalencia de la violencia psicológica sea mayor que la física y que la coimplicación en ambas formas de violencia sea mayor que la implicación aislada en cada una de ellas 4. Se espera una mayor implicación en experiencias violentas psicológicas y físicas en las chicas y en las edades centrales de la adolescencia
3º Analizar la rumiación hostil, desconexión moral y las relaciones conflictivas según el sexo y la edad.	5. Se espera que los chicos presenten mayores niveles de desconexión moral, que las chicas presenten mayores niveles de rumiación hostil y que no se presenten diferencias entre sexos en relación con el conflicto.
4º Plantear un modelo explicativo de la violencia, indagando si es aceptable o no para ambos sexos.	6. Se espera que, tanto para chicos como chicas, sea equivalente el modelo estructural resultante de relacionar la rumiación hostil, la desconexión moral, el conflicto y la violencia (tanto si es psicológica como física). 7. Se espera que la rumiación hostil no se relacione directamente con la violencia (psicológica o física), sino que active los mecanismos de desconexión moral, que aumentarán la frecuencia de comportamientos violentos 8. Se espera que la desconexión moral no se relacione directamente con la violencia (psicológica o física), sino que fomente las situaciones conflictivas en las parejas de adolescentes, con lo que aumentará la frecuencia de comportamientos violentos

3.2. PARTICIPANTES

En el presente estudio, se utilizaron dos muestras de participantes. La primera de ellas compuesta por de 1144 adolescentes de ambos sexos (51% chicos), con edades comprendidas entre los 12 y 19 años ($M = 14,49$, $DT = 1,46$) y escolarizados en cuatro centros de Educación Secundaria de Sevilla (47,8%), Córdoba (19,9%) y Madrid (32,3%). Los participantes pertenecían a los cuatro cursos de la ESO: 1º (21,2%), 2º (19,6%), 3º (31,9%) 4º (20,5%), y a los dos de Bachillerato: 1º (5,7%) y 2º (1,1%). En el momento de la encuesta, 295 participantes (25,8%) afirmaron tener pareja, 526 (46%) dijeron haberla tenido en el pasado, y 268 (23,4%) nunca habían salido con nadie. La duración media de las relaciones sentimentales fue de 24 semanas ($DT = 34,2$). Estos 1144 adolescentes completaron el instrumento de DM.

La segunda muestra de participantes estuvo compuesta por 485 estudiantes con experiencia sentimental (47,5% chicos), provenientes de cuatro centros de Educación Secundaria, tres de Sevilla (80,7%) y uno de Almendralejo. El 77,6% estaban cursando la ESO (6,6%, 6,2%, 34,5% y 30,3% de 1º a 4º respectivamente) y el 22,4% restante estaba estudiando Bachillerato (12,1% y 10,3% de 1º y 2º respectivamente). La edad media de los adolescentes fue de 15.42 años ($SD = 1.45$), con un rango de 12 a 19 años. Aunque todos los participantes habían tenido pareja en el pasado, el 55.8% no tenían pareja en el momento en el que rellenaron las escalas y la duración media de la última relación fue de 31.3 semanas ($SD = 38.05$). Estos 485 estudiantes completaron todos los instrumentos utilizados en este trabajo.

3.3. PROCEDIMIENTO

Una vez seleccionadas las muestras de participantes en cada centro educativo y tras la obtención del consentimiento de los padres, se solicitó la participación voluntaria de los alumnos de cada curso que asistieron a clase el día de la toma de datos. Colectivamente y de forma anónima cumplieron un cuadernillo que contenía cuatro cuestionarios de autoinforme con diferente orden en la presentación de estos, diseñados para alcanzar los objetivos planteados.

Los entrevistadores fueron preparados previamente para administrar dicha prueba, con la pretensión de que todos ellos adquiriesen conocimiento del contenido de los diferentes instrumentos utilizados. También fueron informados de los criterios a seguir ante decisiones o incidencias que pudieran surgir. A todos los participantes se les comunicó la voluntariedad y el anonimato de su participación y la libertad para abandonar el estudio si lo consideraban oportuno. El cumplimentar esos cuadernillos supuso unos 50 minutos aproximadamente.

Este estudio contó con la aprobación del comité ético de la Junta de Andalucía (0575-N-14), al tratarse de un trabajo desarrollado en el marco del proyecto I+D+i “Parejas y redes de iguales en la adolescencia: un programa de prevención de la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes” (Psi-2013-45118-R) dirigido por la Dra D. Virginia Sánchez Jiménez.

La estrategia de análisis estadístico que se llevó a cabo para responder a cada uno de los objetivos de este estudio se describe al principio de cada apartado del capítulo “Resultados”.

3.4. INSTRUMENTOS

En este apartado, se detallan los cuestionarios utilizados. Antes de pasarle los instrumentos que nos permitió recoger los datos de cada variable estudiada, se procedió a la recogida de algunas medidas sociodemográficas y medidas relacionadas con la experiencia sentimental propiamente dicha.

3.4.1. Datos sociodemográficos

Al principio, se les pidió a los adolescentes que respondiesen a una serie de preguntas directas relacionadas con el centro educativo, si era centro TIC, o el curso en el que estaban, así como el grupo al que pertenecían, o como se encontraba en esa localidad, entre otras; también preguntas relacionadas con ellos mismos, como su fecha de nacimiento, con quién convive, números de hermanos y referentes a su familia, como la profesión de los padres.

3.4.2 Cuestionario de las primeras relaciones sentimentales

A continuación, se les pasó el instrumento *Dating Questionnaire* (Connolly, Perpler, Craig & Taradash, 2000), adaptado a población española, con la pretensión de analizar las dimensiones cualitativas y cuantitativas de las primeras relaciones sentimentales de los adolescentes. Preguntas referentes a la situación de sus relaciones (duración, grado de satisfacción de la misma) así como a experiencias de ruptura y el impacto emocional que ha supuesto en ellos.

3.4.3 Violencia física

Conflict Tactics Scale (Straus 1979; Straus et al, 1996)

Para estudiar la presencia de violencia física en las parejas adolescentes, se tomó como referencia la escala Conflict Tactics Scale desarrollada por Straus (1979). Esta versión fue validada en España por Muñoz-

Rivas et al. (2007) con población juvenil de entre 16 y 26 años y por Montes-Berges (2008) con población clínica. Nocentini y colaboradores (2010; 2011) con población italiana y canadiense de entre 14 y 16 años, realizaron diversas modificaciones sobre los ítems originales. La traducción de esta versión ha sido utilizada en España y validada con población juvenil ofreciendo buenos resultados de fiabilidad (Viejo et al, 2014).

En el presente estudio se utiliza esta última versión del instrumento, compuesta por un total de 9 ítems dobles (9 para agresión y 9 para victimización) que miden la frecuencia con que chicos y chicas se ven envueltos en una serie de comportamientos violentos de carácter físico en una escala Likert de cinco valores (0 = nunca; 1 = raramente; 2 = algunas veces; 3 = muchas veces; 4 = siempre). Los ítems, figuran en la tabla 1 del anexo.

3.4.4 Violencia psicológica

Relational Agression Scale (Crick, 1995)

Para medir la violencia psicológica en la pareja de novios adolescentes, se han utilizado escalas derivadas de la Relation Agression Scale de Crick (1995). Concretamente se han incluido las escalas de agresión verbal, ofensa y amenaza.

La violencia psicológica fue evaluada con una escala de nominación de cinco ítems (ver Tabla 1 del anexo) que fue desarrollado para su uso en el presente proyecto. Dichos ítems también se presentaron duplicados con objeto de indagar tanto la agresión como la victimización y con la misma escala Likert utilizada en la violencia física.

3.4.5. Desconexión Moral

The Moral Disengagement Scale (MDS) (Bandura, 1966)

The Moral Disengagement Scale (MDS) es un instrumento desarrollado por Bandura (1996) para evaluar la tendencia que tiene el individuo a emplear mecanismos cognitivos que le ayuden a desactivarse de las auto-sanciones y así poder justificar el uso de comportamientos agresivos y violentos. El instrumento se compone de 32 ítems (8 escalas de 4 ítems cada uno) que evalúan la justificación moral, eufemismo, comparación ventajosa, desplazamiento de la responsabilidad, difusión de la responsabilidad, distorsión de la consecuencia, deshumanización y atribución de culpabilidad. En cada ítem debía valorarse, según una escala Likert de cinco puntos, el grado de acuerdo con la afirmación planteada. Dicha valoración iba desde 0 = "totalmente en desacuerdo" a 4 = "totalmente de acuerdo". La consistencia interna de dichas escalas osciló entre .8 y .9 (Bandura et al, 1996; Pelton et al, 2004). Posteriormente, el MDS fue adaptado al contexto de los jóvenes (Hymmel et al., 2005; Wood & South, 2006). Para ello, se modificaron algunos ítems para acercarse a la realidad de los adolescentes tanto el lenguaje como las situaciones propuestas.

Los ítems utilizados de cada mecanismo de desconexión moral figuran en la tabla 2 del anexo.

3.4.6 Rumiación hostil

Ruminative Responses Scale-10 (Treynor, González & Nolen-Hoeksema, 2003)

Ruminative Responses Scale (Nolen-Hoeksema, 1989) está destinada a evaluar los estados de rumiación activados por el sujeto. Original-

mente estaba compuesta por 22 ítems. Posteriormente, Treynor desarrolló una versión reducida de la escala, eliminando 12 ítems relacionados con la rumiación que se pone en marcha ante episodios depresivos. A esta nueva versión la denominó RRS-10 (Treynor, González, & Nolen-Hoeksema, 2003). Esta incluye dos subescalas, depresión y reflexión y cada una tienen 5 ítems. Los diferentes análisis factoriales confirmatorios que se han ido realizando, informaron exhaustivamente de la consistencia interna de esta escala con alfas que se han situado entre ,80 y ,86 (Extremera, Fernández-González & Nole-Hoeksema, 2006; Lee & Kim, 2014; Thanoi & Klainin, 2015; Xavier, Lunha & Pinto-Gouveia, 2016), lo que proporciona una medición fiable y efectiva en los estudios encontrados en diferentes países (Thanoi & Klainin, 2015; Treynor, González & Nolen-Hoeksema, 2003).

En el presente trabajo se utilizaron los 12 ítems de la versión de Treynor y colaboradores (2003), los cuales eran tipo Likert con un rango de respuesta que oscilaba de 0 (nunca) a 4 (siempre), los cuales figuran en la Tabla 3 del anexo.

3.4.7 Conflicto

Network Relationship Inventory (Furman & Buhrmester, 1992)

El Network Relationship Inventory de Furman y Buhrmester (1992) evalúa el apoyo (intimidad, aprobación, afecto y alianza confiable) y los intercambios negativos (conflicto y antagonismo) que se perciben en la relación con la familia (madre, padre, hermano/a), mejor amigo y pareja amorosa, respectivamente. Por el interés en este trabajo, se ha utilizado la subescala de conflicto, referentes a la percepción de relaciones negativas en la pareja, los cuales figuran en la Tabla 4 del anexo. Las opciones de respuesta van de 1 (poco o nada) a 5 (al máximo). Las propiedades psicométricas de dicho instrumento, con una consistencia interna que fluctúa entre .83 y .95 han sido sólidamente establecidas en

numerosos estudios nacionales con muestras de adolescentes y adultos emergentes.

En este trabajo, se seleccionaron los 6 ítems de la subescala de conflicto, referentes a la percepción de relaciones negativas en la pareja, los cuales figuran en la Tabla 4 del anexo.

4.- ANÁLISIS PRELIMINARES Y VALIDACIÓN DE INSTRUMENTOS

4.1. Análisis de valores perdidos y métodos de imputación.

4.2. Validación de instrumentos e invarianza por sexo.

4.1. ANÁLISIS DE DATOS PERDIDOS Y MÉTODOS DE IMPUTACIÓN

Se llevó a cabo un análisis preliminar a la validación de los objetivos del estudio, consistente en analizar el patrón de los datos perdidos, con objeto de determinar si estos pueden ser ignorados o, por el contrario, deben imputarse mediante alguno de los métodos disponibles. Según el trabajo de simulación de Gómez, Palarea y Martín (2006), los métodos de imputación ofrecen resultados similares ante mecanismos de no respuestas completamente aleatorios. En cambio, ante otro patrón diferente al completamente aleatorio, los métodos basados en verosimilitudes son la mejor alternativa. Para analizar si el patrón de no respuesta de los participantes fue completamente aleatorio se utilizó la prueba MCAR de Little. El software utilizado fue el SPSS 23.

En la muestra de 1144 adolescentes que respondieron a los 32 ítems de desconexión moral, sólo el 5,9% dejaron al menos una respuesta en blanco, resultando ser DM 17 (“Está bien pelearse si la reputación de tu grupo de amigos se pone en entredicho”) el ítem con mayor número de valores perdidos. La prueba MCAR de Little puso de manifiesto que el patrón de no respuesta de los adolescentes no fue completamente aleatorio: $X^2(4307) = 4376, p < .001$, por lo que, siguiendo el estudio de simulación mencionado, se utilizó el algoritmo EM (Dempster, Laird & Rubin, 1977) como método de imputación de valores perdidos.

Respecto a la muestra de 485 adolescentes, solo el 1,6% dejaron sin responder alguno de los ítems de violencia, un 0,6% de desconexión moral, un 1,4% de rumiación hostil y un 12,1% de conflicto. Los ítems con mayor número de valores perdidos fueron “negarte a dejar de hablar durante una discusión” en el cuestionario de violencia, “me enfado e irrito con mi pareja” en el de conflicto, “No es malo colocarse de vez en cuando” en el de desconexión moral, y “Escribes tus pensamientos y los analizas” en rumiación hostil. La

prueba MCAR de Little también puso de manifiesto que el mecanismo de no respuesta de los adolescentes no fue completamente aleatorio: $X^2(9649) = 11345$, $p < .001$, por lo que también se utilizó el algoritmo EM como método de imputación de datos perdidos.

4.2. VALIDACIÓN DE LOS INSTRUMENTOS E INVARIANZA POR SEXO

Se estudiaron las propiedades psicométricas de todos los instrumentos utilizados mediante un Análisis Factorial Confirmatorio (AFC), utilizando el método de estimación de Máxima Verosimilitud Robusto (Satorra & Bentler, 2001) implementado en el programa Lisrel 8.80 (Jöreskog & Sörbom, 2006). Se valoró el ajuste de cada modelo utilizando la Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler, CFI (Comparative Fit Index), NNFI (Non-Normed Fit Index de Bentler & Bonett), SRMR (Standardized Root Mean Square Residual) y RMSEA (Root Mean Square Error of Approximation). A partir de Hu y Bentler (1999) y Byrne (2010), se estipuló que $\chi^2 / gl \leq 3$, CFI y NNFI $\geq .90$, SRMR y RMSEA $\leq .08$ reflejan un ajuste adecuado. La razón de utilizar varios índices de ajuste es debido a que Chi Cuadrado no debe utilizarse como prueba única o concluyente de la bondad de ajuste del modelo, sobre todo porque en muestras relativamente grandes, la potencia del contraste es elevada y puede conducir a rechazar modelos por insignificantes errores de especificación o discrepancias (Bentler & Bonnet, 1980; Bollen, 1990).

Se analizó la validez discriminante entre factores en los modelos multidimensionales mediante el test de varianza extraída (Fornell & Larcker, 1981), consistente en comparar la varianza compartida por cada par de dimensiones con la varianza extraída (AVE) de cada una de ellas, esperando que esta última sea mayor.

La consistencia interna de las escalas de los modelos unidimensionales se evaluó mediante el coeficiente Alfa de Cronbach, valorándose su adecuación ($\alpha \geq .70$) según George y Mallery (1995). No se consideraron idóneos los indicadores cuya correlación ítem-total corregida fuese inferior a .35 y/o negativa (Nunnally & Bernstein, 1995), o que su exclusión provocara un incremento del coeficiente Alfa (Muñiz, Fidalgo, García Cueto, Martínez & Moreno, 2005). Los cálculos se realizaron con el paquete estadístico SPSS 23.0. Para los modelos multidimensionales, se estimó el Índice de Fiabilidad Compuesta, ya que tiene en cuenta la posible relación entre dimensiones (Dunn, Baguley & Brunnsden, 2014).

Finalmente, se evaluó la invarianza de cada instrumento en función del sexo de los adolescentes, mediante un análisis factorial confirmatorio multigrupo. Siguiendo las recomendaciones de Byrne (2008), se analizaron cuatro modelos anidados que se crearon añadiendo progresivamente al modelo base o de invarianza configuracional, restricciones sobre la igualdad de cargas factoriales -invarianza métrica-, interceptos -invarianza escalar- y errores -invarianza residual-. Se evaluó comparativamente el ajuste de cada modelo anidado respecto al base examinando la diferencia entre los valores del índice comparativo de Bentler (CFI), rechazando el modelo con más restricciones cuando las discrepancias fueron superiores a .01 (Cheung & Rensvold, 2002). En caso de rechazar un modelo, se evaluó la invarianza parcial, liberando uno a uno los parámetros hasta obtener una diferencia entre CFI's respecto al modelo base de .01. Siguiendo las recomendaciones de Byrne, Shavelson y Muthén, (1989), se aceptó el modelo de la invarianza parcial si los parámetros estimados libremente no excedieron el 20%.

A continuación se analizan las propiedades psicométricas de cada uno de los instrumentos y su invarianza según el sexo.

4.2.1. La rumiación hostil

Se llevó a cabo un AFC con objeto de valorar el ajuste de la escala unidimensional de rumiación hostil compuesta por 10 ítems. La tabla 2 muestra un ajuste aceptable en tres de los índices propuestos: CFI, NNFI -superiores a .90- y SRMR -inferior a .08-. Aunque el valor de RMSEA indicó un ajuste mediocre, no llegó a sobrepasar el límite inaceptable de .10 (Arias, 2008). Tampoco la Chi Cuadrado de Satorra-Bentler arrojó resultados favorables. En cambio, todas las cargas factoriales resultaron estadísticamente significativas según la prueba de Wald y sus tamaños se acercaron a los recomendados. Dichos valores estandarizados oscilaron entre .39 - “Escribes tus pensamientos y los analizas” y .76 - “Piensas ¿por qué no soy capaz de manejar las cosas mejor?”. A excepción de dos de ellas, el resto de las cargas estandarizadas (80%) sobrepasaron el valor de .60 propuesto por Bagozzi y Yi (1988), su promedio quedó en torno a .70 ($M = .65$) tal y como aconsejaron Hair, Anderson, Tatham y Black (1988), y el índice de varianza extraída se aproximó al 50% ($AVE = .44$).

La consistencia interna fue aceptable (α de Cronbach = .852). El ítem “Piensas sobre lo que ha pasado, deseando que hubiese ido mejor” fue el más frecuente, mientras que “Piensas ¿por qué tengo yo estos problemas que otros no tienen?” presentó una mayor dispersión en las respuestas de los adolescentes. En cambio, - “Escribes tus pensamientos y los analizas”-, fue el menos frecuente y el que aglutinó las respuestas más homogéneas. Dicho ítem obtuvo un índice de discriminación (correlación ítem-total) ligeramente inferior a .35 y su posible exclusión hubiese supuesto leves mejoras en el modelo, como un ligero aumento del α de Cronbach (hasta .857) y del promedio de las cargas factoriales (de .65 a .68). No obstante, se optó por mantener el ítem puesto que su eliminación no alteró el valor de los índices de ajuste del modelo (ver Tabla 2). En cambio, el ítem que presentó un mayor índice de discriminación fue: “Piensas ¿por qué no soy capaz de manejar las cosas mejor?”.

Tabla 2. Cargas factoriales estandarizadas y correlaciones ítem-total corregidas de cada ítem de rumiación hostil.

Ítems de rumiación	M (DT)	CFE	r _{rrc}
Piensas ¿qué he hecho para merecer esto?	1.65 (1,42)	.64	.54
Analizas cosas intentando comprender por qué te sientes deprimido	2.23 (1,40)	.72	.62
Piensas ¿por qué reacciono siempre de esa manera?	2.05 (1,36)	.70	.60
Te aíslas y piensas por qué te sientes así	1.76 (1,39)	.68	.60
Escribes tus pensamientos y los analizas	0.99 (1,33)	.39	.32 ^{α*}
Piensas sobre lo que ha pasado, deseando que hubiese ido mejor	2.72 (1,37)	.73	.59
Piensas ¿por qué tengo yo estos problemas que otros no tienen?	1.77 (1,48)	.70	.58
Piensas ¿por qué no soy capaz de manejar las cosas mejor?	1.77 (1,41)	.76	.66
Analizas tu personalidad intentando entender por qué estás deprimido	1.72 (1,44)	.70	.62
Sales solo para reflexionar sobre tus sentimientos.	1.40 (1,45)	.50	.43

SB - X² (35) = 228.86, p < .001, CFI = .95, NNFI = .94, SRMR = .073, RMSEA = .10 (.094 - .120)

N = 485, escala de rumiación de 0 a 4, CFE = carga factorial estandarizada, r_{rrc} = correlación ítem-total corregida, ^{α*} = ítem que aumenta Alfa de Cronbach al ser eliminado, SB-X² = Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler, CFI = Comparative Fit Index, NNFI = Non-Normed Fit Index, SRMR = Standardized Root Mean Square Residual, RMSEA = Root Mean Square Error of Approximation (IC 95%)

Nota. En rojo, CFE no significativas (p > .05), r_{rrc} < .35, SB - X² / GL > 3, CFI-NNFI < .90, SRMR-RMSEA > .08

Invarianza según el sexo

Tras comprobar que el ajuste del modelo de la invarianza configuracional fue corroborado (ver Tabla 3), se forzaron la igualdad de todas las cargas factoriales entre sexos. Se aceptó el modelo de la invarianza métrica, ya que la disminución del CFI no superó el valor recomendado de .01 (se redujo de .951 a .946). Buscando un nivel de invarianza más fuerte, se forzaron a la igualdad los interceptos para ambos sexos, aceptándose este nuevo modelo de invarianza escalar dado que, respecto al modelo base, no se produjo una disminución del CFI superior a .01 (se redujo de .951 a .942). Tratando de confirmar el máximo nivel de invarianza, se forzaron a la igualdad los residuos, pero se rechazó el modelo de la invarianza total, ya que se produjo una reducción del CFI superior a .01 (disminuyó de .951 a .923).

Tras liberar los residuos de los ítems R5 (*“Piensas ¿qué he hecho para merecer esto?”*) y R11 (*“Te aíslas y piensas por qué te sientes así”*) por ser los más diferentes entre sexos (figuran en azul en la Tabla 5 del anexo), se consiguió recortar la distancia a .031 respecto al CFI del modelo base. Al alcanzar la cuota del 20% de parámetros liberados entre sexos sin lograr situar la diferencia entre CFI’s en el valor recomendado, se rechazó el modelo de la invarianza residual parcial. En consecuencia, el nivel de invarianza obtenido fue escalar o fuerte, considerándose similares entre chicos y chicas las cargas factoriales y los interceptos de todos los ítems.

Tabla 3. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para la rumiación hostil.

<i>Configuracional</i> (estructura)	<i>Métrica</i> (cargas factoriales)	<i>Escalar</i> (interceptos)	<i>Residual Parcial</i> (residuos)
SB-X ² (70) = 257.70***	SB-X ² (80) = 310.28***	SB-X ² (90) = 353.00***	SB-X ² (98) = 386.90***
CFI = .951	CFI = .946	CFI = .942	CFI = .920
NNFI =.944	NNFI =.941	NNFI =.940	NNFI =.928
SRMR = .078	SRMR = .078	SRMR = .080	SRMR = .090
RMSEA = .108	RMSEA = .108	RMSEA = .108	RMSEA = .110

En rojo, SB-X² / GL > 3, CFI - NNFI < .9, SRMR -RMSEA > .08
 En celeste, el nivel de invarianza entre sexos obtenido.
 * p < .05, ** p < .01, *** p < .001

4.2.2. Desconexión Moral

Se compararon cuatro modelos de desconexión moral. Un primer modelo fue de ocho factores correlacionados pues originalmente Bandura consideró ocho mecanismos. Cada dimensión fue identificada por cuatro indicadores diferentes. El segundo modelo fue de cuatro factores, ya que, en una revisión posterior, se agruparon los ocho mecanismos en cuatro: *reestructuración cognitiva* (ítems de los mecanismos de justificación moral, eufemismos y comparación ventajosa), *minimización de la agencia* (ítems referentes a difusión y desplazamiento de la responsabilidad), *distorsión de la consecuencia* (ítems del mecanismo original), y *deshumanización* (ítems de los mecanismos de la deshumanización y de la atribución de culpa). En el tercer modelo, planteado recientemente por Rubio Garay (2016), se distinguieron tres factores: desconexión por racionalización (ítems de los mecanismos de justificación moral, eufemismos y distorsión de la consecuencia), por irresponsabilidad (ítems referentes a comparación ventajosa, difusión y desplazamiento de la responsabilidad), y por despersonalización (ítems de deshumanización y atribución de culpa). El cuarto modelo fue unidimensional, y se planteó por las evidencias empíricas de que la *Desconexión Moral* pudiera ser un único factor (Barsky, et al, 2010; Caprara, et al 1996; Gini, et al 2014; Hymel et al, 2005), el cual aglutinó los 32 ítems.

Ajuste de los modelos de 1, 3, 4 y 8 dimensiones

En la tabla 4 se analizó el ajuste de cada modelo. Tanto los índices absolutos (SRMR y RMSEA con valores cercanos a .05) como los incrementales (CFI y NNFI con valores superiores a .95) mostraron un buen ajuste en los cuatro modelos. Solo la Chi Cuadrado relativa de Satorra-Bentler arrojó resultados contradictorios, aunque valores por debajo de 5 pueden ser considerados como aceptables (Hu & Bentler, 1999).

Tabla 4. Índices de ajuste de los modelos de 1, 3, 4 y 8 dimensiones de desconexión moral.

Modelos	SB - X^2 / GL (≤ 3.00)	CFI ($\geq .90$)	NNFI ($\geq .90$)	SRMR ($\leq .08$)	RMSEA (IC 90%) ($\leq .08$)	AIC
M8D	1626,61 / 436 = 3,73	.98	.97	.060	.049 (.046; .052)	1810.61
M4D	2349,50 / 458 = 5,13	.96	.96	.066	.060 (.058; .063)	2489.50
M3D	2461,17 / 461 = 5,34	.96	.96	.068	.062 (.059; .064)	2595.17
M1D	2742,40 / 464 = 5,53	.96	.95	.068	.063 (.061; .066)	2691.77

$N = 1144$, perdidos = 0%, M8D = modelo de 8 dimensiones, M4D = Modelo de 4 dimensiones, M3D = Modelo de 3 dimensiones, M1D = modelo unidimensional, $SB-X^2/GL$ = Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler relativo, CFI = Comparative Fit Index, NNFI = Non-Normed Fit Index, SRMR = Standardized Root Mean Square Residual, RMSEA (IC 90%) = Root Mean Square Error of Approximation, AIC= Criterio de Información de Akaike.

Nota. En rojo, $SB - X^2 / GL > 3$, CFI-NNFI $< .90$, SRMR-RMSEA $> .08$

Respecto a las cargas factoriales (ver Tabla 5), todas fueron estadísticamente significativas según el test de Wald.

En el modelo de 8 dimensiones, el mayor promedio de cargas estandarizadas correspondió al mecanismo de la “comparación ventajosa” ($M = .68$). A su vez, el ítem DM27 (“Comparado con todas las cosas ilegales que hace la gente, llevarse algunas cosas de un supermercado sin pagar no es tan grave”), correspondiente a dicho mecanismo, tuvo el coeficiente estandarizado más elevado, que fue de .76. La “atribución de culpa” fue la dimensión con el menor promedio de cargas estandarizadas ($M = .51$), aunque el ítem DM4 (“Si un chico o chica pertenece a una pandilla, no debería ser culpado por los problemas o daños que la pandilla provoque”), perteneciente a “la difusión de la responsabilidad”, fue el de menor saturación, cuyo valor fue de .35.

En el modelo de 4 dimensiones, el mayor promedio de cargas fue para el mecanismo “distorsión de la consecuencia” ($M = .59$), aunque la mayor saturación, que fue de .72, correspondió al ítem DM10 (“Algunos compañeros del instituto son odiosos. Golpearles es solo una forma de darles una lección”), de otra dimensión denominada “reestructuración cognitiva”. En dicho modelo, el menor promedio de cargas fue .49 y correspondió a la

“minimización de la agencia”, siendo el ítem DM5 (“No se debería culpar ni juzgar el mal comportamiento de chicos y chicas que viven en situaciones muy desfavorecidas”) el que obtuvo la saturación más baja, que fue de .34.

En el modelo de 3 factores, el mayor promedio de cargas fue para la dimensión “desconexión por racionalización” ($M = .58$), correspondiendo la mayor saturación, que fue de .71, también al ítem DM10 incluido en dicha dimensión. El menor promedio de cargas fue .50 y correspondió a la “desconexión por irresponsabilidad”, siendo también el ítem de dicha dimensión DM5 el que obtuvo la saturación más baja, que fue de .27.

En el modelo unidimensional, el promedio de cargas ascendió a .53 y, al igual que en los modelos de 3 y 4 dimensiones, la mayor fue para el ítem DM10 y la menor para el DM5, con valores de .69 y .26 respectivamente. Además, las cargas factoriales estandarizadas fueron similares en los cuatro modelos, llegando a ser prácticamente iguales en el ítem DM 32 (“No es culpa de algunos chicos o chicas el portarse mal si sus padres les presionan demasiado”).

Tabla 5. Cargas factoriales estandarizadas de los modelos de desconexión moral.

Ítems	M8D	CFE	M4D	CFE	M3D	CFE	M1D	CFE		
DM1	Justificación moral	.53	Reestructuración cognitiva	.43	Racionalización	.44	Desconexión moral	.41		
DM9		.71		.61		.62		.60		
DM17		.73		.65		.66		.64		
DM25		.62		.55		.58		.57		
DM2	Eufemismo	.44		.43	.45	.42				
DM10		.72		.72	.71	.69				
DM18		.66		.68	.66	.65				
DM26		.56		.57	.55	.55				
DM3	Comparación ventajosa	.51		.41	.44	.40				
DM11		.74		.66	.66	.64				
DM19		.71		.69	.69	.68				
DM27		.76		.67	.68	.65				
DM4	Difusión responsabilidad	.35	Minimización de la agencia	.35	Irresponsabilidad	.28	Desconexión moral	.27		
DM12		.62		.59		.53		.50		
DM20		.60		.57		.53		.52		
DM28		.55		.51		.47		.44		
DM5	Desplazamiento responsabilidad	.38		.34	.27	.26				
DM13		.48		.45	.40	.38				
DM21		.62		.56	.58	.58				
DM29		.58		.56	.46	.46				
DM6	Distorsión consecuencia	.41		Distorsión consecuencia	.43	Racionalización		.44	Desconexión moral	.42
DM14		.55			.53			.51		.52
DM22		.73			.71			.66		.67
DM30		.68			.70			.67		.65
DM7	Deshumanización	.53	Deshumanización	.48	Despersonalización	.48	Desconexión moral	.43		
DM15		.69		.62		.62		.56		
DM23		.70		.62		.62		.56		
DM31		.72		.70		.70		.64		
DM8	Atribución culpa	.44		.46	.46	.47				
DM16		.42		.45	.45	.43				
DM24		.63		.65	.65	.64				
DM32		.53		.53	.53	.52				

N = 1144, M8D = modelo de ocho dimensiones, M4D = Modelo de 4 dimensiones, M3D = Modelo de 3 dimensiones, M1D = modelo unidimensional, CFE = cargas factoriales estandarizadas.

Comparación del ajuste de los modelos de 1, 3, 4 y 8 dimensiones

Para seleccionar el modelo más parsimonioso se utilizó el AIC (Criterio de Información de Akaike, 1974). Al tratarse de una comparativa entre modelos con distinto número de dimensiones, se consideró el grado de complejidad de estos, además de la bondad de ajuste. El AIC contrasta el grado de complejidad del modelo con la bondad de ajuste de este (complejidad – bondad de ajuste), por lo que cuanto más pequeño sea el valor más parsimonioso será el modelo. La tabla 4 muestra que el valor de AIC más pequeño correspondió al modelo de 8 dimensiones y que fue aumentando conforme disminuyeron el número de factores. En consecuencia, el modelo de 8 dimensiones fue el más parsimonioso dada la pérdida de capacidad explicativa de los modelos que redujeron el número de dimensiones.

A pesar del mejor ajuste del modelo de 8 factores, se encontraron correlaciones muy elevadas entre ellos y, en consecuencia, proporciones de varianza compartida también altas. Puesto que las varianzas extraídas no fueron tan altas, fue aconsejable una reducción en el número de factores del constructo desconexión moral. Como puede apreciarse en la Tabla 6, todas las correlaciones entre los ocho constructos fueron $\geq .60$, siendo el mecanismo de atribución de culpa el que presentó una mayor correlación con el resto de las dimensiones. De los 28 pares de constructos que se analizaron, solo en uno de ellos existieron evidencias de validez discriminante, ya que únicamente CV-JM presentó varianzas extraídas superiores a la varianza compartida. Además, los índices de modificación sugirieron una mejora del ajuste del modelo introduciendo numerosas saturaciones cruzadas (ítem que cargaron en un factor diferente al que representaron inicialmente), lo que también comprometió la convergencia de dichos ítems en la dimensión definida previamente.

Tabla 6. Varianza extraída (AVE), correlaciones y varianza compartida entre los ocho mecanismos de desconexión moral.

	JM	EU	CV	DF	DP	DT	DH	AT	AVE
JM		.83	.40	.38	.62	.52	.59	.71	.43
EU	.91		.81	.45	.52	.86	.66	.86	.37
CV	.63	.90		.50	.35	.79	.42	.77	.47
DF	.62	.67	.71		.74	.61	.36	.85	.29
DP	.79	.72	.59	.86		.58	.41	1.00	.27
DT	.72	.93	.89	.78	.76		.52	1.00	.36
DH	.77	.81	.65	.60	.64	.72		.76	.37
AT	.84	.93	.88	.92	1.00	1.00	.87		.26

JM = justificación moral, EU = eufemismo, CV = comparación ventajosa, DF = difusión de la responsabilidad, DP = desplazamiento de la responsabilidad, DT = distorsión de la consecuencia, DH = deshumanización, AT = atribución de culpa, AVE = varianza extraída.

La varianza extraída en negrilla, las correlaciones (debajo de la diagonal), y la varianza compartida (encima de la diagonal y en cursiva)

Se analizó la validez discriminante del modelo de 4 dimensiones (ver Tabla 7). Dado lo elevado de las correlaciones entre cada par de dimensiones ($\geq .77$), todas las varianzas compartidas entre dichos pares de constructos fueron superiores a la varianza extraída en cada factor, por lo que también quedó en entredicho que los cuatro factores fuesen dimensiones claramente diferentes.

Tabla 7. Correlaciones entre las cuatro dimensiones de desconexión moral.

	RC	MA	DT	DH	AVE
RC		.59	.86	.79	.36
MA	.77		.66	.66	.25
DI	.93	.81		.76	.37
DH	.89	.81	.87		.33

RC = reestructuración cognitiva, MA = minimización de la agencia, DT = distorsión de la consecuencia, DH = deshumanización, AVE = Varianza Extraída

La varianza extraída en negrilla, las correlaciones (debajo de la diagonal), y la varianza compartida (encima de la diagonal y en cursiva)

También se analizó la validez discriminante del modelo de 3 dimensiones (ver Tabla 8). Las correlaciones entre cada par de dimensiones también fueron elevadísimas ($\geq .87$), por lo que todas las varianzas compartidas entre los tres pares de constructos fueron superiores a la varianza extraída en cada dimensión. En consecuencia, tampoco puede afirmarse que los tres factores estén referidos a dimensiones claramente diferentes.

Tabla 8. Correlaciones entre las tres dimensiones de desconexión moral.

	RAC	IRP	DEP	AVE
RAC		.83	.81	.34
IRP	.91		.76	.27
DEP	.90	.87		.33

RAC = desconexión por racionalización, IRP = desconexión por irresponsabilidad, DEP = desconexión por despersonalización, AVE = Varianza Extraída

La varianza extraída en negrilla, las correlaciones (debajo de la diagonal), y la varianza compartida (encima de la diagonal y en cursiva)

Como conclusión, la existencia de correlaciones muy altas entre pares de constructos en los tres modelos multidimensionales produjo varianzas compartidas entre pares de dimensiones superiores a la varianza extraída de cada una de ellas, lo que sugirió que los mecanismos propuestos por Bandura podrían aunarse en un único factor denominado *Desconexión moral*, considerando que dicho modelo unidimensional mostró un ajuste aceptable.

Fiabilidad del modelo unidimensional

Se analizó la fiabilidad de la escala unidimensional de 32 ítems mediante el índice de consistencia interna Alfa de Cronbach. Se obtuvo un

valor de .89, por lo que los indicadores que integran el constructo mostraron una buena consistencia interna. Además, todos los coeficientes de correlación ítem-total corregida fueron cercanos o superiores a .35, siendo el ítem DM 10 (“Algunos compañeros del instituto son odiosos. Golpearles es solo una forma de darles una lección”), el que presentó un mayor coeficiente de discriminación. Tampoco se produjo un incremento del valor del coeficiente Alfa ($\alpha = .89$) ante la eliminación de cualquiera de los ítems.

Los resultados obtenidos en la validación de la escala unidimensional de desconexión moral permitieron tratar este constructo como un único factor en el análisis estadístico de los objetivos.

Invarianza de medida de la desconexión moral según el sexo

Se comenzó examinando el modelo de la invarianza configuracional, en el que se permite que todos los parámetros estimados varíen libremente entre ambas muestras, y es considerado como el modelo de referencia o sin restricciones referentes a la igualdad de parámetros. Los índices de ajuste obtenidos, permitieron aceptar la equivalencia de los modelos básicos en ambos sexos (ver Tabla 9)

Añadiendo al modelo base restricciones sobre las cargas factoriales se caracterizó el modelo de la invarianza métrica. Se aceptó este nivel de invarianza ya que la diferencia entre sus índices CFI's no excedieron de 0,01 (.953 frente a .954 respectivamente).

Tras alcanzar la invarianza métrica entre sexos, se añadió al modelo anterior la restricción sobre la igualdad de interceptos con objeto de examinar la invarianza escalar. La diferencia entre sus respectivos CFI's no superó el límite de 0,01 (.950 frente a .954 respectivamente), por lo que se aceptó este nivel de invarianza.

Por último, se añadió al modelo anterior la restricción de la igualdad de residuos con objeto de evaluar la invarianza total o residual. También se obtuvo una diferencia entre los CFI's de ambos modelos inferior a .01 (.948 frente a .954 respectivamente), por lo que se aceptó el máximo nivel de invarianza. La tabla 7 del anexo muestra las cargas factoriales estandarizadas, los interceptos y los residuos estandarizados que se consideraron invariantes entre chicos y chicas en los modelos de invarianza métrica, escalar y residual respectivamente.

Tabla 9. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para la desconexión moral

<i>Configuracional</i> (estructura)	<i>Métrica</i> (cargas factoriales)	<i>Escalar</i> (interceptos)	Residual (residuos)
SB-X ² (929) = 3060,49*** CFI = .954 NNFI = .953 SRMR = .080 RMSEA = .063	SB-X ² (960) = 3193,85*** CFI = .953 NNFI = .952 SRMR = .099 RMSEA = .064	SB-X ² (992) = 3563,25*** CFI = .950 NNFI = .950 SRMR = .099 RMSEA = .067	SB-X ² (1022) = 3766,03*** CFI = .948 NNFI = .947 SRMR = .100 RMSEA = .068
En rojo, SB-X ² / GL > 3, CFI - NNFI < .9, SRMR - RMSEA > .08			
En celeste, el nivel de invarianza entre sexos obtenido.			
* p < .05, ** p < .01, *** p < .001			

4.2.3. El conflicto entre parejas adolescentes

Se llevó a cabo un AFC con objeto de valorar el ajuste de un modelo unidimensional de 6 ítems referentes a conflictos entre parejas de adolescentes. Inicialmente, dichos ítems formaban parte de la escala de intercambios negativos del inventario *Red de Relaciones* de Furman y Buhrmester, los cuales estaban referidos a conflictos en las relaciones entre los componentes de la pareja. Siguiendo algunos estudios que utilizaron dicho inventario como instrumento, el cual mostró un alto grado de correlación (Dabin & Verónica, 2012), se validaron los 6 ítems. La tabla 10 muestra un ajuste óptimo en todos los índices propuestos: Chi cuadrado

relativa de Satorra-Bentler inferior a 3, CFI y NNFI -superiores a .95-, SRMR y RMSEA -inferiores a .05-. Todas las cargas factoriales resultaron significativas según la prueba de Wald. Sus valores estandarizados oscilaron entre .71 “Mi novio/a y yo nos ponemos de los nervios” y .87 “Mi pareja y yo discutimos mucho”, por lo que sobrepasaron el valor mínimo aconsejable de .60. Además, su promedio superó el valor recomendado de .70 ($M = .78$) y el índice de varianza extraída quedó por encima del 50% ($AVE = .61$).

La consistencia interna fue aceptable (α de Cronbach = .86). El ítem “Me enfado e irrito con mi pareja” fue el más frecuente, mientras que “Mi novio/a y yo nos picamos por cualquier cosa” presentó una mayor dispersión en las respuestas. En cambio, “Me molesta el comportamiento de mi pareja”, fue el menos frecuente y con las respuestas más homogéneas. Todos los ítems presentaron coeficientes de correlación elemento-total corregida superiores a .70, siendo “Mi pareja y yo discutimos mucho”, el que obtuvo mejor índice de discriminación.

Tabla 10. Descriptivos, cargas factoriales estandarizadas y correlaciones ítem-total corregidas de cada ítem de conflicto en parejas de adolescentes.

Ítems de conflicto entre parejas de adolescentes	M (DT)	CFE	r _{ITC}
Mi novio/a y yo nos ponemos de los nervios	1.10 (0,97)	.71	.61
Me enfado e irrito con mi pareja	1.37 (0,98)	.81	.70
Mi pareja y yo pensamos de manera distinta y nos peleamos por ello	1.03 (1,02)	.72	.62
Me molesta el comportamiento de mi pareja	.74 (0,95)	.74	.63
Mi pareja y yo discutimos mucho	.90 (1,00)	.87	.75
Mi novio/a y yo nos picamos por cualquier cosa	.88 (1,11)	.83	.72

SB - $\chi^2(15) = 15.00$, CFI = 1.00, NNFI = 1.00, SRMR = .022, RMSEA = .036 (0 - .068)

N = 485, CFE = carga factorial estandarizada, r_{ITC} = correlación ítem-total corregida, α^* = ítem que aumenta Alfa de Cronbach al ser eliminado, SB- χ^2 = Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler, CFI = Comparative Fit Index, NNFI = Non-Normed Fit Index, SRMR = Standardized Root Mean Square Residual, RMSEA = Root Mean Square Error of Approximation (IC 95%)

Invarianza de medida del conflicto según el sexo

Tras comprobar que el ajuste del modelo de la invarianza configuracional fue ratificado (ver Tabla 11), se forzaron la igualdad de todas las cargas factoriales entre sexos. Se aceptó el modelo de la invarianza métrica ya que la disminución del CFI no superó el valor recomendado de .01 (fue 1.00 en ambos modelos). A continuación, se ampliaron las restricciones respecto al modelo anterior forzando a la igualdad los interceptos para ambos sexos. Se aceptó este nuevo modelo de invarianza escalar dado que, respecto al modelo base, no se produjo una disminución del CFI superior a .01 (fue .995 frente a 1.00 respectivamente). Buscando el máximo nivel de invarianza, se forzaron a la igualdad los residuos, y se aceptó el modelo de la invarianza total, ya que la reducción del CFI no fue superior al valor recomendado de .01 (disminuyó de 1.00 a .995). La tabla 8 del anexo muestra las cargas factoriales estandarizadas, los interceptos y los residuos estandarizados que fueron invariantes entre chicos y chicas en los modelos de invarianza métrica, escalar y residual respectivamente.

Tabla 11. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para el conflicto.

<i>Configuracional</i> (estructura)	<i>Métrica</i> (cargas factoriales)	<i>Escalar</i> (interceptos)	<i>Residual</i> (residuos)
SB-X ² (19) = 20.71	SB-X ² (24) = 31.03*	SB-X ² (30) = 57.46**	SB-X ² (36) = 62.47**
CFI = 1.000	CFI = 1.000	CFI = .995	CFI = .995
NNFI = 1.000	NNFI = 1.000	NNFI = .996	NNFI = .995
SRMR = .064	SRMR = .075	SRMR = .075	SRMR = .092
RMSEA = .019	RMSEA = .035	RMSEA = .061	RMSEA = .065

En **rojo**, SB-X² / GL > 3, CFI - NNFI < .9, SRMR - RMSEA > .08

En **celeste**, el nivel de invarianza entre sexos obtenido.

* p < .05, ** p < .01, *** p < .001

A modo de resumen, la tabla 12 muestra los niveles de invarianza según el sexo que se obtuvieron para la rumiación hostil, la desconexión moral y las relaciones conflictivas entre parejas de novios adolescentes.

Tabla 12. Niveles de invarianza entre sexos para rumiación, desconexión moral y conflicto.

<i>Nivel de Invarianza</i>	Rumiación	Desconexión	Conflicto
Configuracional (estructura)	SB-X ² (70) = 257.70***	SB-X ² (929) = 3060.49***	SB-X ² (19) = 20.71
	CFI = .951	CFI = .954	CFI = 1.000
	NNFI = .944	NNFI = .953	NNFI = 1.000
	SRMR = .078	SRMR = .080	SRMR = .064
	RMSEA = .108	RMSEA = .063	RMSEA = .019
Métrica (cargas factoriales)	SB-X ² (80) = 310.28***	SB-X ² (960) = 3193.85***	SB-X ² (24) = 31.03*
	CFI = .946	CFI = .953	CFI = 1.000
	▲ CFI = .005	▲ CFI = .001	▲ CFI = 0
Escalar (interceptos)	SB-X ² (90) = 353.00***	SB-X ² (992) = 3563.25***	SB-X ² (30) = 57.46**
	CFI = .942	CFI = .950	CFI = .995
	▲ CFI = .009	▲ CFI = .004	▲ CFI = .005
Residual (residuos)	SB-X ² (98) = 386.90***	SB-X ² (1022) = 3766.03***	SB-X ² (36) = 62.47**
	CFI = .930	CFI = .948	CFI = .995
	▲ CFI = .021	▲ CFI = .006	▲ CFI = .005

En rojo, SB-X² / GL > 3, CFI - NNFI < .9, SRMR -RMSEA > .08, ▲ CFI > .01

En celeste, el nivel de invarianza entre sexos obtenido en cada constructo.

* p < .05, ** p < .01, *** p < .001

5.- RESULTADOS

- 5.1. La bidireccionalidad de la violencia
- 5.2. Prevalencia de la violencia psicológica y física en parejas de adolescentes
- 5.3. Los predictores de la violencia psicológica y física según el sexo en parejas de adolescentes
- 5.4. Modelo explicativo de la violencia psicológica y física



5.1. LA BIDIRECCIONALIDAD DE LA VIOLENCIA

Con el fin de responder al primer objetivo del estudio, se compararon dos modelos de violencia. Un primer modelo con cuatro dimensiones, en el que la agresión cometida y sufrida, tanto física como psicológica, constituyeron cuatro factores correlacionados: agresión psicológica (5 ítems), victimización psicológica (5 ítems), agresión física (9 ítems) y victimización física (9 ítems). El segundo modelo se diseñó a partir de los estudios que sugieren la reciprocidad, bidireccionalidad, mutualidad o doble implicación de los actos violentos generados en parejas de adolescentes. Se trata de un modelo de dos dimensiones (violencia psicológica y física), incluyendo en el mismo factor los ítems de agresión y victimización. En concreto, se definió la dimensión psicológica con los 5 ítems de agresión y los 5 de victimización y la física con los 9 de agresión y los 9 de victimización.

Ajuste de los modelos de 2 y 4 dimensiones

La Tabla 13 muestra un ajuste idóneo de los dos modelos de violencia. Los índices absolutos (SRMR y RMSEA) fueron inferiores a .08, y los incrementales (CFI y NNFI) superiores a .95, y la Chi Cuadrado relativa fue inferior a 3.

Tabla 13. Índices de ajuste de los modelos de 2 y 4 dimensiones de violencia.

Modelos	SB - X^2 / GL (≤ 3.00)	CFI ($\geq .90$)	NNFI ($\geq .90$)	SRMR ($\leq .08$)	RMSEA (IC 90%) ($\leq .08$)	AIC
M4D	696,24 / 344 = 2.02	.97	.97	.065	.046 (.041; .051)	820.24
M2D	713,99 / 349 = 2.05	.97	.96	.066	.046 (.042; .051)	827.99

N = 485, M4D = modelo de 4 dimensiones, M2D = Modelo de 2 dimensiones, $SB-X^2/GL$ = Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler relativo, CFI = Comparative Fit Index, NNFI = Non-Normed Fit Index, SRMR = Standardized Root Mean Square Residual, RMSEA (IC 90%) = Root Mean Square Error of Approximation, AIC = Criterio de Información de Akaike.

Nota. En rojo, $SB - X^2 / GL > 3$, CFI-NNFI $< .90$, SRMR-RMSEA $> .08$

Respecto a las cargas factoriales (ver Tabla 14), todas fueron estadísticamente significativas según el test de Wald.

En el modelo de 2 dimensiones, los valores de las cargas factoriales estandarizadas para la violencia psicológica estuvieron comprendidos entre .38 - "Irte durante una discusión"- y .54 - "Insultar o meterse con el otro"- siendo el promedio de .45. Para la violencia física, dichos valores oscilaron entre .42 - "Tirar, romper, patadas a las cosas"- y .73 - "Intentar asfixiar o dar puñetazos"-, siendo el promedio de .56.

En el modelo de 4 dimensiones, las cargas fueron muy similares a las obtenidas en el modelo de 2 dimensiones. El mayor promedio fue para la agresión física ($M = .59$), siendo la mayor saturación de .75 y correspondió al ítem "Intentar asfixiar o dar puñetazos". El menor promedio de cargas fue para la agresión psicológica (.41), siendo la menor saturación de .38 ("Irte durante una discusión").

Tabla 14. Ajuste de los modelos de violencia de 2 y 4 dimensiones, cargas factoriales estandarizadas y correlaciones ítem-total corregido.

	Ítems de violencia	V/A	M (DT)	4D CFE	2D CFE	r _{ITC}
Violencia Psicológica	Criticar, hablar mal...	V	.34 (0,73)	.46	.47	.48
		A	.28 (0,70)	.46	.47	.45
	Decirle a tu novio/a que dejará de gustarte si no hace lo que le pides	V	.21 (0,61)	.43	.39	.42
		A	.19 (0,55)	.37	.40	.38
	Negarte a dejar de hablar durante una discusión	V	.96 (0,12)	.46	.46	.60
		A	.89 (1,07)	.40	.44	.55
	Irte durante una discusión	V	.67 (1,01)	.38	.38	.44
		A	.74 (1,05)	.33	.39	.45
	Insultar o meterse con el otro	V	.39 (0,84)	.48	.52	.54
		A	.39 (0,83)	.49	.54	.51
Violencia Física	Dar empujones y agarrar	V	.19 (0,59)	.57	.57	.58
		A	.17 (0,56)	.54	.55	.59
	Escupir	V	.07 (0,45)	.44	.43	.29
		A	.08 (0,51)	.62	.61	.60
	Tirar del pelo o arañar	V	.08 (0,45)	.50	.50	.53
		A	.08 (0,46)	.64	.63	.68
	Abofetear, dar patadas	V	.14 (0,52)	.57	.56	.59
		A	.13 (0,56)	.63	.62	.69
	Retorcer el brazo	V	.06 (0,33)	.52	.51	.47
		A	.07 (0,35)	.49	.50	.50
Tirar, romper, patadas a las cosas	V	.24 (0,67)	.43	.42	.46	
	A	.25 (0,70)	.44	.44	.41	
Empujar contra la pared	V	.09 (0,44)	.58	.58	.62	
	A	.09 (0,46)	.60	.61	.68	
Golpear o intentar golpear contra la pared	V	.09 (0,40)	.56	.54	.60	
	A	.07 (0,39)	.57	.57	.60	
Intentar asfixiar o dar puñetazos	V	.03 (0,30)	.73	.73	.73	
	A	.03 (0,28)	.75	.72	.75	

N = 485, escala de violencia de 0 a 4, M4D = modelo de 4 dimensiones, M2D = modelo de 2 dimensiones, V/A = victimización/agresión, 4DCFE = cargas factoriales estandarizadas del modelo de 4 dimensiones, 2DCFE = cargas factoriales estandarizadas del modelo de 2 dimensiones, r_{ITC} = correlación ítem-total corregida, $SB-X^2/GL$ = Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler relativo, CFI = Comparative Fit Index, NNFI = Non-Normed Fit Index, SRMR = Standardized Root Mean Square Residual, RMSEA = Root Mean Square Error of Approximation (IC 95%)

Nota. En rojo, CFE no significativas ($p > .05$), r_{ITC} < .35, $SB - X^2 / GL > 3$, CFI-NNFI < .90, SRMR-RMSEA > .08

Comparación del ajuste de los modelos de 2 y 4 dimensiones

Para seleccionar el modelo más parsimonioso se utilizó el AIC (Criterio de Información de Akaike), que valora el grado de complejidad y la bondad de ajuste. El AIC contrasta el grado de complejidad del modelo con la bondad de ajuste de este (complejidad – bondad de ajuste), por lo que el valor más pequeño corresponderá al modelo de mayor capacidad explicativa con el menor número de factores posibles. La tabla 13 muestra que el valor del AIC es ligeramente inferior en el modelo de 4 dimensiones (820.24 frente a 827.99), por lo que se produce una ligera pérdida de capacidad explicativa al reducir de 4 a 2 dimensiones de violencia.

A pesar de que el modelo de 4 dimensiones fue ligeramente más parsimonioso, se obtuvieron correlaciones cercanas a 1 entre agresión y victimización, tanto en la violencia psicológica como en la física (ver Tabla 15), lo que comprometió la validez discriminante de dicho modelo. Efectivamente, el resultado del test de varianza extraída de Fornell y Larcker (1981) aconsejó unificar la agresión y victimización, tanto para la violencia psicológica como física. De hecho, las varianzas extraídas (AVE) en violencia psicológica para la agresión (.17) y victimización (.20) fueron muy inferiores a la proporción de varianza compartida por ambas dimensiones ($.99^2 = .98$). Igualmente sucedió para la violencia física, donde las varianzas extraídas de la agresión ejercida (.35) y sufrida (.30) fueron claramente menores a la proporción de varianza compartida entre ambas dimensiones ($.97^2 = .94$).

Como conclusión, la existencia de correlaciones elevadísimas entre agresión cometida y sufrida, tanto para la violencia psicológica como física, produjo una proporción de varianza compartida entre ambas dimensiones muy superior a la varianza extraída del constructo por cada una de ellas, lo que sugirió que agresión y victimización podrían aunarse en una única dimensión, considerando que el modelo bidimensional resultante (violencia psicológica y física como únicos factores) mostró un ajuste aceptable, y similar al de 4 dimensiones.

Tabla 15. Correlaciones entre las cuatro dimensiones de violencia.

	VP	AP	VF	AF	AVE
VP		.98	.46	.21	.20
AP	.99		.53	.64	.17
VF	.68	.73		.94	.30
AF	.46	.80	.97		.35

VP = victimización psicológica, AP = agresión psicológica, VF = victimización física, AF = agresión física, AVE = Varianza Extraída

La varianza extraída en negrilla, las correlaciones (debajo de la diagonal), y la varianza compartida (encima de la diagonal y en cursiva)

Fiabilidad del modelo bidimensional

Seleccionado el modelo bidimensional de violencia, se estimó el índice de fiabilidad compuesta para cada factor, ya que tiene en cuenta la posible relación entre factores (Dunn, Baguley & Brunsdén, 2014). Ambas dimensiones presentaron una consistencia interna aceptable. Se obtuvo un índice de fiabilidad compuesta de .71 para violencia psicológica y de .89 para la física. La Tabla 14 muestra que todos los ítems mostraron un índice de discriminación adecuado (correlaciones elemento-total corregidas superiores a .35), a excepción de *-escupir (él/ella a ti)-*, cuyo valor fue de .29.

Invarianza de la violencia según el sexo

La evaluación de la invarianza comenzó estimando el modelo base o de la invarianza configuracional, en el que las cargas factoriales, los interceptos, la covariación entre dimensiones de violencia y los residuos variaron libremente entre chicos y chicas. Se examinó el ajuste de dicho modelo (ver Tabla 16), aceptándose la equivalencia de la estructura factorial del modelo bidimensional de violencia en ambos sexos. Tras

comprobar que los parámetros a estimar en ambas muestras fueron los mismos, se restringieron a la igualdad progresivamente creándose otros tres modelos anidados, cada uno de los cuales se comparó con el base, esperando que el ajuste no empeorara significativamente para poder concluir sobre algún nivel de invarianza.

El primer modelo anidado que se creó fue el de la invarianza métrica, añadiendo al modelo base restricciones sobre la igualdad de las cargas factoriales en ambos sexos. Dicha modificación no produjo un incremento superior a .01 en el CFI (.932 frente a .941 del modelo base), por lo que se aceptó este nivel de invarianza.

Tras alcanzar el nivel de invarianza métrica, se añadió al modelo anterior la restricción sobre la igualdad de interceptos con objeto de examinar la invarianza escalar. Se encontró un desajuste importante al comparar dicho modelo anidado con el base, ya que la diferencia entre sus respectivos CFI's excedió el límite de 0,01 (.880 frente a .941 en el modelo base). Antes de rechazar el modelo de la invarianza escalar, se procedió a liberar los interceptos más diferentes entre chicos y chicas (figuran en azul en la Tabla 9 del anexo) con objeto de aceptar al menos parcialmente este nivel de invarianza. Tras alcanzar la cuota del 20% de parámetros liberados y no lograr reducir la diferencia respecto al CFI del modelo base a .01, se rechazó la igualdad de los interceptos entre chicos y chicas. Ante este resultado, no se prosiguió con el examen de la invarianza fuerte restringiendo a la igualdad la covariación entre dimensiones de violencia y los residuos. En consecuencia, se aceptó el modelo de la invarianza métrica o la igualdad de las cargas factoriales de violencia psicológica y física entre ambos sexos.

Tabla 16. Niveles de invarianza entre sexos obtenidos para el modelo bidimensional de violencia.

<i>Configuracional</i>	<i>Métrica</i>	<i>Escalar</i>
------------------------	----------------	----------------

(estructura)	(cargas factoriales)	(interceptos)
SB-X ² (698) = 1406.84***	SB-X ² (726) = 1608.85***	SB-X ² (754) = 2239.35***
CFI = .941	CFI = .932	CFI = .880
NNFI = .940	NNFI = .939	NNFI = .880
SRMR = .072	SRMR = .079	SRMR = .110
RMSEA = .065	RMSEA = .071	RMSEA = .090

En rojo, SB-X² / GL > 3, CFI - NNFI < .9, SRMR - RMSEA > .08,
 En celeste, el nivel de invarianza entre sexos obtenido.

* p < .05, ** p < .01, *** p < .001

5.2. PREVALENCIA DE LA VIOLENCIA PSICOLÓGICA Y FÍSICA EN PAREJAS DE ADOLESCENTES.

Tras verificar mediante el AFC el buen ajuste de la unidimensionalidad de la agresión y victimización tanto en la dimensión psicológica como física de la violencia, se llevaron a cabo los análisis con objeto de responder al segundo objetivo. En primer lugar, se estimaron las prevalencias en violencia psicológica y física en parejas de novios adolescentes. Se comenzó promediando las 10 respuestas, como agresor y víctima, a los 5 ítems de violencia psicológica, y las 18 respuestas, desde ambas perspectivas, a los 9 ítems de violencia física. Considerando que la escala de cada ítem estuvo comprendida entre 0 (nunca) y 4 (siempre), se obtuvo un promedio de 0,52 (DT = 0,53) en violencia psicológica, y de 0,11 (DT = 0,30) en violencia física. A partir de dichos promedios, se generó la variable “implicación en violencia psicológica”, clasificando como no implicados (0) a los adolescentes cuya respuesta a los 10 ítems de violencia psicológica fue 0, y como implicados (1), a cualquiera cuyo promedio de respuestas a dichos ítems fue distinto de 0. Se utilizó el mismo procedimiento para la variable “implicación en violencia física”, a excepción de que se codificó “0” al no implicado y “2” al implicado. A continuación, se creó la variable “implicación en tipos de violencia” sumando los valores

de la implicación o no en violencia psicológica (1 y 0) con los valores de la implicación o no en la física (2 y 0), resultando las siguientes combinaciones: “sin implicación”: puntúa 0 en ambos tipos de violencia, “psicológica”: puntúa 1 en psicológica y 0 en física, “física”: puntúa 0 en psicológica y 2 en física, y “psicológica y física”: puntúa 1 en psicológica y 2 en física.

La tabla 17 muestra que casi el 80% (386 de 485) de los adolescentes estuvieron implicados en algún tipo de violencia, de los que casi el 44% estuvieron implicados solo en violencia psicológica y el 35% en ambos tipos de violencia. No llegó al 1% (4 de 485) los que mostraron implicación en violencia física exclusivamente, por lo que estos 4 estudiantes se agruparon con los 170 implicados en ambos tipos de violencia en los análisis que se llevaron a cabo posteriormente.

Tabla 17. Porcentajes y frecuencias (entre paréntesis) de implicación en violencia psicológica y/o física diferenciando el sexo.

	Implicación en tipos de violencia			
	No	Psicológica	Física	Ambas
Chicos	22.7 (53)	42.5 (99)	0.9 (2)	33.9 (79)
Chicas	18.3 (46)	44.8 (113)	0.8 (2)	36.1 (91)
Total	20.4 (99)	43.7 (212)	0.8 (4)	35.1 (170)

N = 485. Los porcentajes se calcularon dentro del sexo.

5.2.1. Implicación en violencia psicológica y física (sexo)

Aunque los porcentajes de implicación en violencia fueron similares en ambos sexos: $X^2(2) = 1,18$, $p = ,556$, con un tamaño de efecto pequeño

(V de Cramer = .05), las chicas mostraron una implicación total en violencia ligeramente superior (81,7% frente al 77,3%). Dicha superioridad también fue leve en cuanto a violencia psicológica (44,8% frente a 42,5%) y psicológica + física (36,1% frente a 33,9%). (ver Tabla 17)

5.2.2. Implicación en violencia psicológica y física (edad)

Con objeto de estimar el riesgo de implicación en violencia psicológica y física según la edad, se llevó a cabo un análisis de Regresión Logística Multinomial. Tomando como categoría de referencia a los adolescentes sin implicación en violencia, se estimaron las Odds Ratios para los implicados en violencia psicológica, y para los que tuvieron implicación en ambas formas de violencia. Teniendo en cuenta que la hipótesis a validar no esperaba un incremento del riesgo conforme aumentara la edad, se descartó incluir esta variable en el análisis como cuantitativa. Por ello, se elaboraron tres intervalos delimitados por las edades de 12 a 14 años, 15 y 16 años y de 17 a 19 años, tomando como categoría de referencia el de 15-16 años ya que según algunos autores es cuando los tipos de violencia alcanzan su punto máximo (Foshee & Reyes 2011; Nocentini et al, 2011). Siguiendo el criterio de Cohen (1988), se consideraron los índices de tamaño de efecto según el valor de las Odds Ratio fuese 1.49 (pequeño), 3.45 (mediano) y 9.00 (grande), en caso de que la relación entre edad y riesgo de implicación en violencia fuese positiva. En caso de que dicha relación fuese inversa, los índices de tamaño de efecto correspondientes serían $1 / 1.49 = 0.67$ (pequeño), $1 / 3.45 = 0.29$ (mediano) y $1 / 9 = 0.11$ (grande)

Los resultados mostraron que el riesgo de implicación, tanto en violencia psicológica como en ambos tipos de violencia, fue significativamente mayor a los 17-19 años que a los 15-16 años. Sin embargo, los chi-

cos de 12 a 14 años frente a los de referencia, presentaron un riesgo significativamente menor de implicación en violencia psicológica, no siendo estadísticamente significativo en cuanto a la violencia física. Todos los tamaños de efecto obtenidos fueron pequeños (ver Tabla 18).

Tabla 18. Análisis de Regresión Logística Multinomial de la implicación en tipos de violencia considerando la edad de los adolescentes como predictor.

	Psicológica			Ambas		
	OR	IC 95%	Sig	OR	IC 95%	Sig
12-14 años	0.50	0.28 – 0.87	.15	0.63	0.36 – 1.11	.109
17-19 años	2.57	1.21 – 5.45	.14	2.72	1.27 – 5.83	.10

N = 485, OR = Odds Ratio, IC 95% = intervalo de confianza al 95% de las Odds Ratio.
Las categorías de referencia fueron: 15 y 16 años para la edad y la no implicación para los tipos de violencia.

5.3. Los predictores de violencia según el sexo

Para responder al tercer objetivo de este trabajo se llevó a cabo un contraste de medias con objeto de examinar las diferencias en rumiación hostil, desconexión moral y el conflicto según el sexo. Se optó por una prueba paramétrica dada su robustez a la violación del supuesto de normalidad cuando las muestras son grandes (Glass, Peckham & Sanders, 1972). Se optó por una estrategia de análisis conservadora, consistente en aplicar, en primer lugar, el contraste multivariante Traza de Pillai y, en caso de significación, analizar los tres contrastes de medias univariantes. Tras validar el supuesto de homocedasticidad de varianzas mediante la prueba de Levene, se optó por el estadístico t de Student para llevar a cabo los contrastes univariantes. Se evaluó el tamaño de efecto mediante

la *d* de Cohen, valorándose según el criterio propuesto por el mismo autor (1988): grande = 0,8, mediano = 0,5 y pequeño = 0,2.

Se procedió al análisis de los contrastes univariantes tras verificar la significación de la Traza de Pillai: $F(3, 481) = 7,60, p < .001$. Los resultados (ver Tabla 19) mostraron que, con un tamaño de efecto pequeño en todos los contrastes univariantes, las chicas obtuvieron un promedio mayor en rumiación hostil ($p = .004$). Por su parte, los chicos puntuaron más alto en el cuestionario de desconexión moral ($p = .013$). No existieron diferencias significativas entre sexos respecto a conflictos de pareja ($p = .058$).

Tabla 19. Descriptivos y contraste de medias de rumiación hostil, desconexión moral y conflicto según el sexo.

	Sexo	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>Levene</i>	<i>CONTRASTES</i>
RM	Chicos	1.68	.88	$F(1, 483) = 1.95$	$t(483) = -2.89^{**}, d = .18$
	Chicas	1.92	.94		
DM	Chicos	2.43	1.27	$F(1, 483) = 3.05$	$t(483) = 2.48^*, d = .18$
	Chicas	2.21	1.29		
CF	Chicos	0.79	.79	$F(1, 483) = .24$	$t(483) = -1.90, d = .09$
	Chicas	0.77	.77		

N = 485, *n* chicos = 233 *n* chicas = 252, RM = rumiación, DM = desconexión moral, CF = conflicto, *M* = Media, *DT* = Desviación Típica, escalas de 0 a 4 para RM, DM y CF, * $p < .05$, ** $p < .01$, *** $p < .001$

5.4. Modelos explicativos de la violencia en las parejas de adolescentes.

5.4.1. Las variables emocionales, cognitivas y contextuales como predictores de la violencia

Con objeto de elaborar un modelo explicativo de violencia (último objetivo de este trabajo), se utilizaron dos muestras diferentes obtenidas a partir de los 485 adolescentes que participaron en el estudio. Esta subdivisión se llevó a cabo con el propósito de diferenciar a los implicados exclusivamente en violencia psicológica de aquellos que experimentaron alguna vez la violencia física durante su noviazgo. La primera muestra (muestra 1) se compuso de 311 adolescentes tras excluir a los que experimentaron en alguna ocasión la violencia física durante su noviazgo. En dicha muestra, 99 nunca tuvieron experiencias violentas y 212 estuvieron implicados sólo en violencia psicológica. En la segunda muestra (muestra 2), se excluyeron a los 212 adolescentes implicados en violencia psicológica pero que no experimentaron comportamientos violentos físicos durante su noviazgo. En consecuencia, se compuso de 273 adolescentes, 99 sin implicación en violencia y 174 que experimentaron alguna vez la violencia física durante su relación (4 implicados en exclusiva en violencia física y el resto en ambas formas de violencia).

Para llevar a cabo los análisis estadísticos referentes al modelo explicativo de violencia, se calcularon, en cada una de las muestras, las puntuaciones medias para cada adolescente. La tabla 20 muestra el valor mínimo (Min) y máximo (Max), las medias (M) y desviaciones típicas (DT) que se obtuvieron, en cada una de las muestras, en rumiación hostil, desconexión moral, conflicto y violencia.

Tabla 20. Descriptivos de rumiación hostil, desconexión moral, conflicto y violencia para la muestra de adolescentes implicados solo en violencia psicológica (muestra 1) y para la de implicados en ambos tipos de violencia (muestra 2).

<i>Variables</i>	Muestra 1 (N = 311)		Muestra 2 (N = 273)	
	<i>M (DT)</i>	<i>(Min, Max)</i>	<i>M (DT)</i>	<i>(Min, Max)</i>
Rumiación	1.66 (0.95)	(0, 4.00)	1.81 (0.94)	(0, 4.00)
Desconexión	1.71 (0.82)	(0, 3.01)	1.79 (0.84)	(0, 3.59)
Conflicto	0.83 (0.68)	(0, 3.83)	1.05 (0.82)	(0, 4.00)
Violencia	0.32 (0.37)	(0, 1.70)	0.19 (0.37)	(0, 1.72)

Escala de 0 a 4 para todas las variables

Se empezó estimando las correlaciones bivariadas de Pearson entre las distintas variables en cada una de las dos muestras (ver Tabla 21).

En la primera muestra de implicados exclusivamente en violencia psicológica, se encontraron correlaciones positivas y significativas de las puntuaciones medias en violencia con la rumiación hostil y el conflicto, con tamaños de efecto medianos. No existió asociación significativa con la desconexión moral, lo cual fue coherente con el tamaño de efecto pequeño encontrado entre ambas variables. Respecto a las asociaciones entre predictores, se encontraron tamaños de efecto pequeños, aunque significativos. Las puntuaciones elevadas en rumiación hostil se asociaron significativamente con puntuaciones altas en desconexión moral y conflicto entre parejas. Estas dos últimas variables, también correlacionaron positiva y significativamente.

En la segunda muestra de implicados en ambos tipos de violencia, todas las correlaciones de las variables emocionales, cognitivas y contextuales con las puntuaciones medias de violencia fueron positivas y significativas, aunque los tamaños de efecto fueron medianos con el conflicto, y pequeños con la rumiación hostil y desconexión moral. Respecto a las correlaciones entre los predictores, las puntuaciones elevadas en rumiación hostil se asociaron significativamente con puntuaciones altas en desconexión moral y conflicto, con un tamaño de efecto mediano. Estas dos últimas variables, también correlacionaron positiva y significativamente, aunque con un tamaño de efecto pequeño.

Tabla 21. Coeficientes de correlación de Pearson entre rumiación hostil, desconexión moral, conflicto, violencia en implicados exclusivamente en violencia psicológica (negrilla) y en ambos tipos de violencia (cursiva)

	Violencia	Rumiación	Desconexión	Conflicto
Violencia		.24***	.10	.42***
Rumiación	<i>.17***</i>		.27***	.29***
Desconexión	<i>.15*</i>	<i>.30***</i>		.19**
Conflicto	<i>.33***</i>	<i>.30***</i>	<i>.22***</i>	

* $p < .05$, ** $p < .01$, *** $p < .001$

5.4.2. El modelo explicativo de violencia.

Una vez analizadas las correlaciones bivariadas en el apartado anterior, se testó el mismo modelo explicativo en cada una de las dos muestras (ver *Figura 2*). En la primera muestra de implicados solo en violencia psicológica, se excluyó el efecto directo de la desconexión moral y la violencia, ya que solo la rumiación hostil y el conflicto presentaron una correlación significativa. En la segunda muestra de implicados en ambos tipos de violencia, también se excluyó dicho efecto directo del modelo explicativo, aunque por diferente motivo. Se analizó un primer modelo en el que se introdujo dicho efecto directo al resultar significativa la correlación entre la desconexión moral y violencia, pero se excluyó finalmente al comprobar que no fue significativo.

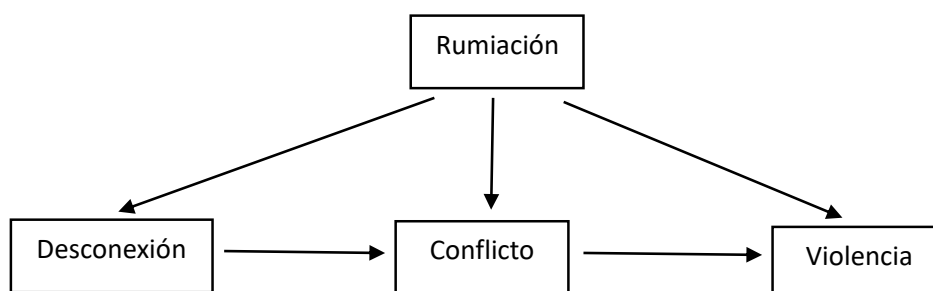


Figura 6. Modelo explicativo de la violencia para las dos muestras.

Una vez identificado el modelo explicativo, que resultó ser el mismo en cada muestra, se empezó por examinar si fue plausible para ambos sexos o, por el contrario, debiera matizarse para chicos y chicas. Utilizando el programa Lisrel 8.80 (Jöreskog & Sörbom 2006), se analizó en cada una de las muestras si el sexo ejerció o no un efecto moderador sobre el modelo explicativo de violencia mediante un análisis multigrupo. Se optó por el método de estimación de Máxima Verosimilitud Robusto (Satorra & Bentler, 2001) ya que presenta un buen desempeño en muestras $N = 200$ o mayores, aún en presencia de niveles elevados de no-normalidad multivariada (Curran et al., 1996). Tanto en la primera muestra (violencia psicológica) como en la segunda (ambas formas de violencia), se evaluó el ajuste de dos modelos, uno en el que los parámetros fueron estimados libremente para chicos y chicas, y otro en el que se fijaron como iguales para ambos sexos. Según los criterios de ajuste de Hu y Bentler (1995), se consideraron adecuados valores inferiores a 3 en la Chi Cuadrado relativa escalado de Satorra-Bentler ($SB - X^2 / GL$), superiores a .90 en el CFI (Comparative Fit Index) y NNFI (Non-Normed Fit Index), e inferiores a .08 en SRMR (Standardized Root Mean Square Residual) y RMSEA (Root Mean Square Error of Approximation). Tras verificar el ajuste óptimo de cada modelo, se examinó la diferencia entre los valores del índice comparativo de Bentler (CFI), aceptándose el modelo de la independencia en caso de que dicha discrepancia no fuera superior a .01 (Cheung & Rensvold, 2002).

5.4.3. Un modelo igual o diferente para cada sexo

Se llevaron a cabo dos análisis multigrupos para determinar si el sexo ejerció o no un efecto moderador.

El primer análisis, se centró en la violencia psicológica y, para llevarlo a cabo, la primera muestra de 311 adolescentes se dividió en dos grupos según el sexo (152 chicos y 159 chicas). El 65% de los chicos (99) y el 71% de las chicas (113) estuvieron implicados solo en violencia psicológica en sus relaciones de pareja.

El segundo análisis se centró en ambas formas de violencia y, para llevarlo a cabo, la segunda muestra de 273 adolescentes también se dividió en dos grupos según el sexo (134 chicos y 139 chicas). El 60% de los chicos (81) y el 67% de las chicas (93) experimentaron al menos una vez la violencia psicológica y física en sus relaciones de pareja.

Con objeto de determinar si el modelo estructural de violencia sería o no aceptable para ambos sexos, en cada una de las muestras, se estimaron dos modelos: uno que asume el efecto moderador del sexo al permitir que los parámetros estimados varíen libremente entre chicos y chicas (moderación), y otro en el que fueron forzados a ser iguales en ambos sexos (independencia). Los índices de ambos modelos mostraron un ajuste óptimo, tanto para la muestra de implicados solo en violencia psicológica como para la de implicados en ambas formas de violencia (ver Tabla 22). Efectivamente, CFI y NNFI se acercaron a su valor máximo, la Chi Cuadrado relativa de Satorra-Bentler fue inferior a 2, además SRMR y RMSEA estuvieron por debajo de .05.

Tabla 22. Ajuste de los modelos de la moderación y la independencia del sexo en ambas muestras

Modelos	SB - X^2 / GL (≤ 3.00)	CFI ($\geq .90$)	NNFI ($\geq .90$)	SRMR ($\leq .08$)	RMSEA (IC 90%) ($\leq .08$)
---------	------------------------------------	-----------------------	------------------------	------------------------	----------------------------------

<i>Psicológica</i> (muestra 1)	Moderación	0.15 / 2 = 0.08	1	1	.017	< .001 (0; .051)
	Independencia	6.05 / 7 = 0.86	1	1	.053	< .001 (0; .009)
<i>Ambas</i> (muestra 2)	Moderación	2.22 / 2 = 1.11	1	.997	.043	.028 (0; .18)
	Independencia	7.58 / 7 = 1.08	.996	.995	.056	.025 (0; .11)

N muestra 1 = 311, N muestra 2 = 273, $SB-X^2/GL$ = Chi Cuadrado escalado de Satorra-Bentler relativo, CFI = Comparative Fit Index, NNFI = Non-Normed Fit Index, SRMR = Standardized Root Mean Square Residual, RMSEA (IC 90%) = Root Mean Square Error of Approximation

Nota. En rojo, $SB - X^2 / GL > 3$, $CFI-NNFI < .90$, $SRMR-RMSEA > .08$

Para seleccionar uno de los modelos (moderación o independencia del sexo), se calculó, en cada muestra, la diferencia entre sus respectivos índices CFI. Los resultados mostraron que se aceptó el modelo que asumió parámetros similares en chicos y chicas, ya que la reducción en el CFI no sobrepasó el criterio de .01 al compararlo con el del modelo que planteó parámetros libres en ambos sexos, tanto en la muestra de implicados exclusivamente en violencia psicológica ($\nabla CFI = 1.000 - 1.000 = 0$), como en la de los que experimentaron ambas formas de violencia ($\nabla CFI = .996 - 1.000 = -.004$)

Con el fin de mostrar la similitud, para ambos sexos, de los parámetros y de las proporciones de variación explicada de cada una de las variables endógenas, se ha elaborado la *Figura 3* para la violencia psicológica y la *Figura 4* para ambas formas de violencia. Informa del valor de los parámetros para chicas (elipses marrones) y chicos (elipses verdes), además de las proporciones de variación explicada para chicas (rectángulos marrones) y chicos (rectángulos verdes).

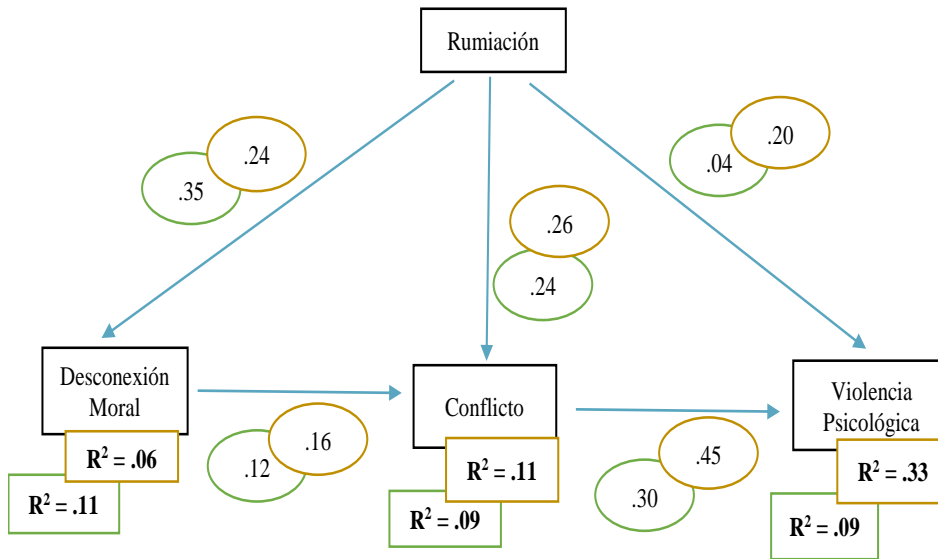


Figura 7. Modelo con cargas factoriales libres para ambos sexos en adolescentes implicados en violencia psicológica (muestra 1).

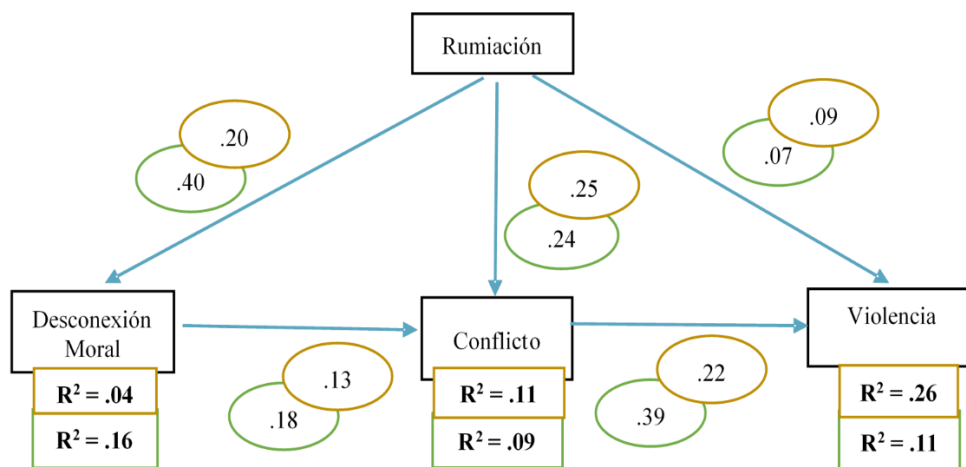


Figura 8. Modelo con parámetros libres para ambos sexos en adolescentes implicados en ambos tipos de violencia (muestra 2).

Nota.

En las elipses verdes y marrones figuran las cargas estandarizadas que se obtuvieron en chicos y chicas, respectivamente.

En los rectángulos verdes y marrones figuran las proporciones de variación explicada de cada variable endógena.

Las flechas azules indican que las cargas factoriales varían libremente entre los grupos

En **rojo**, las cargas factoriales no significativas

5.4.4 Descripción del modelo explicativo seleccionado

Una vez que los resultados de los dos análisis multigrupos del apartado anterior informaron de que no fue necesario matizar según el sexo el modelo explicativo de violencia en ninguna de las dos muestras, se presenta un mismo modelo para chicos y chicas. La *Figura 5* muestra el modelo explicativo de cada una de las muestras cuando los parámetros se forzaron a la igualdad para ambos sexos (flechas verdes). El valor de dichas cargas para la muestra 1 (violencia psicológica) se presenta dentro de elipses naranjas y para la muestra 2 (ambas formas de violencia) en elipses rojas. Además, informa de las proporciones de variación explicada obtenidas en el modelo de violencia psicológica o muestra 1 (rectángulos naranjas) y en el de ambos tipos de violencia o muestra 2 (rectángulos rojos).

Tanto en el modelo de violencia psicológica como en el de ambos tipos de violencia, se analizaron las mismas tres ecuaciones estructurales, una para cada variable endógena. La primera ecuación referida a la desconexión moral incluyó como único predictor a la rumiación hostil, logrando explicar un porcentaje muy similar en ambos modelos (7% y 8% respectivamente), resultando que los adolescentes que puntuaron más alto en rumiación hostil hicieron un mayor uso de mecanismos de desconexión moral. Con la segunda ecuación referida a las relaciones conflictivas en la pareja, también se logró explicar un porcentaje similar en ambos modelos (10% y 11% respectivamente), siendo las puntuaciones altas en rumiación hostil y desconexión moral los predictores significativos de las relaciones conflictivas en las parejas de novios. En la tercera ecuación analizada, se logró un porcentaje de variación explicada de la violencia psicológica ligeramente mayor que de ambas formas de violencia (19% frente al 11%), siendo los adolescentes con puntuaciones elevadas en rumiación hostil y relaciones conflictivas los que experimentaron con mayor frecuencia la violencia psicológica y física.

Una vez comentadas las tres ecuaciones estructurales de cada modelo con el propósito de describir los efectos directos más relevantes, se analizan los efectos indirectos significativos que se detectaron (ver *Figura 5*).

Se encontró una relación significativa, aunque con tamaño de efecto pequeño, entre la rumiación hostil y el conflicto a través de la desconexión moral tanto en los adolescentes implicados en violencia psicológica (Efecto Indirecto = $.27 * .12 = .03$, $t(309) = 2.37$, $p = .018$, $d = 0.27$), como en los que experimentaron ambas formas de violencia (Efecto Indirecto = $.29 * .15 = .04$, $t(271) = 2.08$, $p = .038$, $d = 0.25$).

También se obtuvo un efecto indirecto entre rumiación hostil y violencia psicológica, que resultó estadísticamente significativo, aunque con tamaño de efecto pequeño (Efecto Indirecto = $.01 + .10 = .11$, $t(309) = 3.97$, $p < .001$, $d = 0.45$). Dicha relación indirecta fue a través de la desconexión moral y el conflicto ($.27 * .12 * .38 = .01$) y a través del conflicto ($.26 * .38 = .10$).

Lo mismo sucedió entre rumiación hostil y ambos tipos de violencia, resultando significativo dicho efecto indirecto, también con tamaño de efecto pequeño (Efecto Indirecto = $.01 + .08 = .09$, $t(271) = 3.46$, $p = .001$, $d = 0.42$). En dicha relación también mediaron, por un lado, la desconexión moral y el conflicto ($.29 * .15 * .30 = .01$) y el conflicto, por otro ($.26 * .30 = .08$),

Aunque no se contempló el efecto directo de la desconexión moral sobre la violencia en ninguno de los modelos, se detectó que influyó de forma indirecta a través del conflicto, sobre la violencia psicológica (Efecto Indirecto = $.12 * .38 = .05$, $t(309) = 2.40$, $p = .017$, $d = 0.27$), y sobre ambas formas de violencia (Efecto Indirecto = $.15 * .30 = .04$, $t(271) = 2.20$, $p = .029$, $d = 0.27$). Ambos tamaños de efecto fueron pequeños.

En resumen, se puede concluir que las personas con predisposición a rumiar o pensar repetitivamente y de forma hostil sobre los demás, utilizarán más los mecanismos de desconexión moral para justificar comportamientos inmorales. Ambos factores, tanto el emocional como el cognitivo, favorecerán la aparición de conflictos en las parejas adolescentes. Serán estos conflictos, así como la rumiación hostil, los que directamente predecirán la violencia psicológica y física.

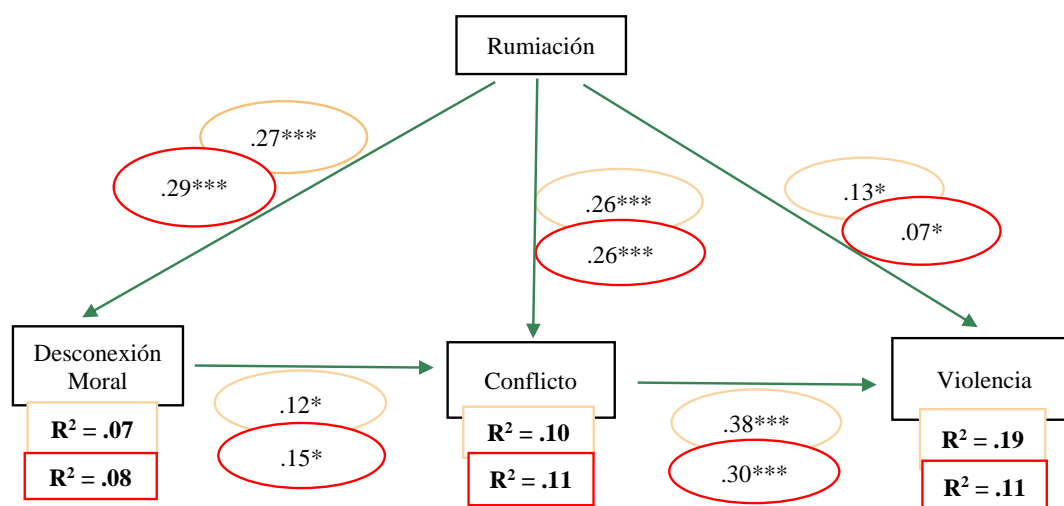


Figura 9. Modelo de violencia psicológica (naranja) y ambos tipos de violencia (rojo) con parámetros forzados a la igualdad para ambos sexos.

Nota.

En las elipses naranjas y rojas figuran las cargas estandarizadas que se obtuvieron en los modelos de violencia psicológica y ambas formas de violencia, respectivamente.

En los rectángulos naranjas y rojos figuran las proporciones de variación explicada de cada variable endógena que se obtuvieron en los modelos de violencia psicológica y ambas formas de violencia, respectivamente.

Las flechas verdes indican que las cargas factoriales se restringieron a la igualdad para chicos y chicas.

* $p < .05$, ** $p < .01$, *** $p < .001$

6.- DISCUSIÓN

6.1 Conclusiones

6.2 Principales aportaciones y limitaciones

6.3 Implicaciones para la intervención y perspectivas futuras de investigación



6.1 DISCUSIÓN

En este capítulo se discute sobre los resultados obtenidos en este trabajo de investigación. Para este fin, se reflexiona en base a los cuatro objetivos planteados y a los conocimientos de la literatura científica presentados en los dos primeros capítulos de este informe.

Finalmente se comentan las principales aportaciones y limitaciones del presente trabajo, así como las implicaciones para la intervención y futuras líneas de investigación que puedan surgir tras su finalización.

6.1.1. La bidireccionalidad de la violencia psicológica y física

El **primer objetivo** de esta tesis doctoral pretendía confirmar la bidireccionalidad del fenómeno a partir de los comportamientos de agresión y victimización. Este objetivo se justificaba por la existencia cada vez más de aportaciones teóricas y empíricas que han sugerido la bidireccionalidad o doble implicación de los actos violentos, tanto psicológicos como físicos en parejas adolescentes (Capaldi & Larringisen, 2012; Giordano et al, 2010; Jonhson, 1995; 2006; Menesini et al 2011; Muñoz & Echeburúa 2016; Viejo et al 2014).

Para validar dicho objetivo, se llevó a cabo un AFC donde se combinaron los ítems de agresión con los de victimización para cada tipo de violencia. Dicho modelo se comparó con otro que diferenció la agresión y la victimización en las dos formas de violencia estudiadas, obteniéndose un ajuste óptimo y similar entre ambos. Pese a que nuestros resultados indicaban que ambos modelos podrían ser igual de válidos, la elevada varianza compartida entre agresión y victimización determinó la elección del modelo de la bidireccionalidad de la violencia. En consecuencia, en este trabajo se ha seguido la sugerencia de Nocentini y colaboradores (2010), quienes discutieron que quizás sería más apropiado

hablar de implicación en comportamientos violentos en vez de actos de agresión y victimización.

Nuestros resultados concuerdan con la literatura revisada en cuanto a que las agresiones que se producen en parejas emergentes parten de una dinámica donde las personas implicadas son tanto perpetradores como víctimas, con frecuencia y severidad similar (Capaldi et al 2012; Fernández-González et al 2013; Menesini, et al 2011; Miller et al 2013; Orpinas et al 2012). A Ortega-Ruiz y colaboradores (2010), esta doble implicación en violencia los llevó a reflexionar que tanto la agresión como la victimización no estaban claramente delimitadas por los adolescentes que en determinados momentos ambos utilizaban indistintamente comportamientos y actitudes diversas dentro del esquema de dominio-sumisión propuesto por Ortega-Ruiz (1998;2003).

Aunque en este estudio no se ha distinguido entre violencia leve y grave, es importante matizar que una gran parte de la investigación al respecto ha avalado que la violencia de pareja en adolescentes se caracteriza por ser leve (Capaldi & Larringisen, 2012; Fernández-González, O'Leary & Muñoz-Rivas, 2013; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez, & Ortega, 2011; Orpinas, Nahapetyan, Song, McNicholas & Reeves, 2012). Diversos trabajos de investigación han confirmado la existencia de diferentes dimensiones de la violencia según la gravedad de los comportamientos. Muñoz Rivas y colaboradores (2007) apuntaba a una estructura bifactorial, distinguiendo entre agresión media o severa. Más recientemente, se ha validado una versión adaptada de la CTS de Straus (1979) con el fin de comprender la violencia física, cuyos resultados apuntan a que existe una estructura bifactorial que explica la escalada de la agresión que pasa de la física leve a la grave (Viejo, Sánchez & Ortega-Ruiz, 2014). También, Nocentini, Menesini y Pastorelli (2011) señalaron la existencia de una dinámica claramente establecida y diferenciada, aunque correlacionada, entre comportamientos violentos de carácter grave

y leve. Llegado a este punto es muy importante matizar que las características de los actos violentos son diferentes según la gravedad de los mismos. Jonhson (1995), Zweig y colaboradores (2014) corroboraron que el tipo más común de violencia en la pareja emergente era leve, *situacional* (se instaura como tácticas puntuales para restablecer la situación conflictiva), bidireccional en sus respuestas y caracterizada por la simetría de poder.

Buscando una explicación a la bidireccionalidad de la violencia leve, se podría discutir que el hecho de que los adolescentes cometan y reciban agresiones sugeriría que estemos ante una forma concreta de relacionarse como pareja, donde los patrones de interacción que elegirían estarían caracterizados por la agresividad. Ortega-Ruíz y Sánchez (2011) aludieron que estas conductas recíprocas entre jóvenes estaban relacionadas con el establecimiento de una dinámica relacional erótico-agresiva (*dirty dating*) fruto de la inexperiencia adolescente.

Aunque la metodología utilizada en este estudio no permite concluir si este estilo agresivo se confirma como un patrón de comunicación dentro de la pareja, dado que no se ha estudiado el fenómeno desde una perspectiva diádica, los datos van en línea con los trabajos que, desde esta perspectiva metodológica, han concluido en este sentido (Capaldi & Crosby, 1997; Johnson 1995; Hamby 2005; Gray & Foshee 1997; Menesini et al 2011; Nocentini, Pastorelli, & Menesini 2010). Así, en la diada se produciría un intercambio mutuo de “energía” conflictiva, en una espiral coercitiva donde las conductas aversivas son recíprocas y cada uno contribuye a que se mantengan (Nocentini et al, 2013). Por ello, se debería estudiar a la pareja, no desde la perspectiva individual, sino más bien desde la propia naturaleza de la relación (Capaldi et al 2003; 2007).

Una posible consecuencia de este estilo de interacción es la habituación o normalización de dichos actos violentos, no percibiéndose como un comportamiento nocivo o negativo para su relación (Cornelius

et al 2010; Miller et al 2013; Nocentini et al 2010; Viejo, 2014; Viejo, et al 2015), sino más bien como una dinámica interactiva que parece estar permitida en la diada como parte de su proceso de socialización (Díaz Aguado, 2004; O'Leary, 1999), que va a contribuir a que se perpetúe en el tiempo (Menesini, et al 2011). Si en la relación de pareja la violencia está normalizada (Rodríguez, et al, 2012), es necesario analizar estos comportamientos dentro de un contexto para tener en cuenta la valoración que la pareja hace de los factores que aparecen en escena (Viejo, 2014), por ejemplo, diversos estudios han revelado que determinadas creencias culturalmente compartidas, como *los mitos del amor romántico* (Yela, 2003) pueden estar sustentando estos comportamientos. A consecuencia de estas creencias, compartidas culturalmente, se sustentan los episodios violentos al facilitar la invisibilización de conductas nocivas (Ferrer, Bosch & Navarro, 2010).

Quizás se torna primordial prestar más atención a esos comportamientos violentos de los adolescentes, sobre todo cuando esos actos son imperceptibles y difíciles de reconocer por la diada, pues aparentemente pueden incluso presentarse de manera recóndita o confusa (Viejo et al, 2014) y que sutilmente están iniciando a la pareja en la espiral de violencia. Diversos informes retrospectivos de violencia de género habían registrado que estas mujeres habían sufrido comportamientos violentos leves durante los comienzos de la relación.

Por último, los resultados del análisis de la invarianza en función del sexo pusieron de manifiesto que se alcanzó un nivel métrico. Además de que la agresión sufrida y cometida pudieron reducirse a una única dimensión tanto en chicos como chicas (semejante estructura), también fue equivalente la relación de cada forma de violencia con sus indicadores (similares cargas factoriales). El nivel de invarianza obtenido ha confirmado nuestros adolescentes, sean chicos o sean chicas, perciben, en-

tienden y gestionan de la misma manera las desavenencias que les surgen en su noviazgo. Estas conclusiones ya fueron extraídas por Connolly y colaboradores (2010) que señalaron invarianza entre sexo ante el conflicto y el desequilibrio de poder, y por Menesini y colaboradores (2011) que asumieron que el sexo no afectaba a la relación entre la calidad de la pareja y la participación bidireccional. También, Jonhson (1999), predijo que la violencia leve y situacional de la pareja, caracterizada por la simetría de poder era invariante entre sexos.

Por lo tanto, los datos señalan que los comportamientos analizados en este trabajo de investigación, principalmente leves, están igualmente presentes tanto en chicos como de chicas (Foshee & Reyes, 2011; Sánchez et al., 2008; Viejo, 2014; White et al., 2000).

6.1.2 La violencia psicológica y física en novios adolescentes

El **segundo objetivo** de este trabajo exploró la prevalencia de la violencia psicológica y física en las parejas adolescentes. Los promedios obtenidos en violencia psicológica y física han sido muy mediocres, lo que ha indicado que los comportamientos investigados ocurrían con una frecuencia muy baja en las parejas de los adolescentes estudiados. Nuestros resultados han mostrado que alrededor de 8 de cada 10 adolescentes han estado implicados al menos una vez en alguno de los dos tipos de violencia estudiados.

Respecto a la prevalencia de la violencia bidireccional, estudios como los de Fernández-González, O'Leary y Muñoz-Rivas (2014) encontraron que el porcentaje de mutualidad estaba alrededor del 95%. En esta misma línea se situó el trabajo de Rodríguez y colaboradores (2015) con una tasa aproximada de 70% y Passarelli (2016) halló una tasa del 82.5% de implicados en violencia psicológica bidireccional.

La variabilidad en las tasas de prevalencia podría explicarse por diferencias metodológicas entre investigaciones. Por ejemplo, en nuestro estudio, podría explicarse un porcentaje tan elevado por considerar como implicado en violencia a cualquier adolescente que haya experimentado alguna vez al menos un comportamiento y por incluir en los cuestionarios conductas violentas leves por ser las más comunes en sus noviazgos emergentes. Sin embargo, estos porcentajes de implicación se verían reducidos en otros estudios que hubiesen considerado aspectos tales como la frecuencia y gravedad de estos comportamientos (Foshee & Reyes, 2011; Sebastian et al., 2010). Esta argumentación está en línea con Sebastián y colaboradores (2010), quienes señalaron que los últimos trabajos realizados han identificado un alto porcentaje de implicación en violencia de baja intensidad (insultos, empujones, etc.), eliminando en ocasiones los ítems dirigidos a la medida de violencia severa por no contar con implicación significativa.

El alto porcentaje de implicación encontrado es un dato preocupante o al menos inquietante, donde parece que las actitudes violentas se están relativizando en estas parejas incipientes. Como ya se ha apuntado anteriormente, los adolescentes utilizan con bastante frecuencia comportamientos violentos en su relación de pareja porque, en determinadas ocasiones, no perciben esos actos como verdaderas agresiones sino como un tipo de estrategia para resolver sus conflictos relacionales, tal y como afirmaron, entre otros, Dardis y colaboradores (2015). Estos autores concluyeron que más del 80% de los implicados aceptaban y justificaban comportamientos violentos como una estrategia o una forma más de comunicación dentro de la dinámica interactiva de la pareja.

El análisis de la prevalencia en función del sexo mostró que los porcentajes de implicación en violencia psicológica y física obtenidos fueron estadísticamente similares en ambos, aunque fue ligeramente superior en las chicas.

Este dato, aunque no significativo, es acorde a un amplio corpus investigador que, desde los primeros trabajos de O'Leary y colaboradores (1987), vienen coincidiendo en que las chicas se implican algo más en violencia psicológica (Coker et al 2014; Orpinas et al 2012; Rojas-Solís & Carpinteiro, 2011) y física (Archer, 2000; O'Leary et al. 2008; Rodríguez et al 2015). Estos hallazgos encontrados nos vuelven a remitir a la simetría de poder o a la igualdad de sexos en parejas adolescentes ante el uso de la violencia, sea psicológica o ambas a la vez.

Respecto a la relación edad-violencia, se ha encontrado una mayor implicación en violencia psicológica y física entre los 17-19 años. La literatura apunta a que los tipos de violencia alcanzan su punto máximo alrededor de los 16 años y decrece al final de la adolescencia (Foshee & Reyes 2011; Nocentini et al, 2011) por lo que los resultados de este trabajo apuntarían hacia una implicación mayor en edades más tardías. Estos resultados distan también de estudios previos realizados en nuestro país (Sánchez et al., 2008), por lo que deberían analizarse con cautela. A este respecto, el diseño utilizado en esta investigación, así como el número desigual de participantes de diferentes edades (se contó con un porcentaje menor de adolescentes en la franja de edad de los 17-19 años) podrían estar influyendo en los resultados encontrados en este trabajo.

La alta coimplicación en violencia física y psicológica, casi el 100% de los implicados en violencia física, también utilizaban las formas psicológicas, es un resultado muy significativo de este trabajo, y concuerda con los estudios previos internacionales (Menesini et al, 2011). El hecho de encontrar dos grupos diferenciados de jóvenes, aquellos implicados en violencia psicológica, y los implicados en ambos tipos de violencia (psicológica y física) apoyaría la Teoría de la Escalada del Conflicto (Straus & Gelles, 1990), desde la que la violencia psicológica se presentaría como una primera manifestación ante el conflicto que podría ir escalando hacia formas más graves como la violencia física (O'Leary &

Woodin, 2009; Salis, Salwen & O’Leary 2014). Aunque con la limitación del diseño transversal utilizado en este trabajo que impide concluir sobre la evolución de las conductas violentas en el tiempo, nuestros hallazgos podrían interpretarse a la luz de este modelo teórico, dado los dos grupos bien diferenciados que se han obtenido similares a los encontrados en estudios previos (Taylor, Stein & Burden, 2010).

6.1.3 La rumiación hostil, la desconexión moral y el conflicto en parejas adolescentes. Diferencias en función del sexo

El tercer objetivo de este trabajo pretendía analizar la existencia de diferencias según el sexo de los adolescentes, en rumiación hostil, desconexión moral y conflicto en las relaciones de pareja.

Respecto a la **rumiación hostil**, los datos revelaron que fueron las chicas las que obtuvieron un promedio significativamente mayor, aunque con un tamaño de efecto pequeño. Estos resultados son coherentes con los encontrados en estudios previos (Cova et al 2009; Jose & Brown, 2008; Goldstein 2011; Peled & Moretti, 2007) y con los reportados por los autores del instrumento. Así, Nolen-Hoeksema y colaboradores (1994) confirmaron que las chicas vivenciaban con más profundidad emocional los eventos estresantes y por ello presentaban una tendencia mayor a presentar un estilo de respuesta rumiante que les haría responder con una mayor emocionalidad en el contexto de novios (Jose & Brown, 2008; Peled & Moretti, 2007). Algunos autores han explicado esta tendencia de las chicas en términos de la mayor “inversión” de ellas frente a ellos en sus relaciones de pareja, que explicaría que ellas dedicasen más tiempo a pensar reiteradamente sobre la situación, utilizando la rumiación como una estrategia de afrontamiento (Broderick & Korteland 2004).

En cuanto a la **desconexión moral**, previo a los análisis que pretendían validar los objetivos en los que esta variable se involucró, se indagó en la dimensionalidad del constructo ante las diferentes versiones encontradas en la literatura. Su autor diferenció ocho mecanismos (Bandura, 1986); más adelante, dichos mecanismos, fueron reducidos a cuatro (Bandura 1990) y posteriormente son bastantes las evidencias empíricas que han confirmado la unidimensionalidad del constructo (Caprara et al, 1995; Caprara et al, 1996; Barsky et al, 2010; Gini et al 2014; Hymel et al, 2005; South et al 2006). Recientemente, se ha presentado un estudio que ha establecido la relación entre mecanismos de desconexión moral y violencia entre novios, diferenciando tres dimensiones del constructo (Rubio-Garay, 2016).

Si a la hora de seleccionar el número de dimensiones se hubiera atendido exclusivamente al ajuste de los modelos, la preferencia aquí seleccionada hubiese sido el modelo de mayor número de dimensiones, tal como fue creado originalmente. Considerando también el ajuste del modelo como una condición necesaria, nuestra decisión final de apoyar la unidimensionalidad del constructo ha estado motivada por la dificultad de discriminar entre los factores planteados en todos los modelos multidimensionales testados, dada la elevadísima cantidad de variación compartida entre pares de mecanismos. Lo que sugiere que la persona hace uso de estos mecanismos de forma indiferenciada y con el único objetivo de justificar su conducta, minimizando de esta forma, el impacto emocional que supone involucrarse en comportamientos moralmente reprobables.

Los resultados revelaron puntuaciones más altas en ellos que en ellas, aunque con un tamaño de efecto pequeño. Estos resultados concuerdan con los estudios realizados tanto en el contexto de la agresión interpersonal como en la violencia en la pareja (Caprara et al 2014; Hymel et al, 2005; Rubio-Garay, 2016), confirmando la mayor aceptación y

justificación de los actos violentos por parte de los chicos. Aplicado al contexto de la pareja sentimental, este resultado podría explicarse a la luz de los estudios sobre estereotipos y creencias sexistas, que apoyarían y soportarían la legitimación de la violencia (Ferrer et al, 2006). Si el uso de la violencia es legítimo para los chicos, ellos presentarían más necesidad de sentir que no están violando sus principios éticos y morales. Así, en el contexto de la pareja, es el chico el que más necesita desvincularse ante un gesto violento con su pareja, para sentirse bien consigo mismo y para poder reducir la autocensura.

Aunque son escasos los trabajos en el contexto de pareja, recientemente se ha concluido en la misma línea, donde las relaciones entre desconexión moral y agresión cometida sólo aparecieron en los varones, lo que lleva sugerir que en el caso de las chicas podrían entrar en juego otras variables personales que podrían moderar la relación entre desconexión moral y violencia (Rubio Garay, 2016). El autor hace alusión a variables tales como, por ejemplo, el efecto inhibitorio que la empatía ejerce sobre la violencia. En este sentido, hay evidencias empíricas sobre la mayor disposición empática de las chicas frente a los chicos y tales diferencias se hacen patentes en la adolescencia (Garaigordobil y García de Galdeano, 2006; Mestre, Samper, Frías y Tur, 2009).

Respecto al **conflicto**, no se encontraron diferencias significativas entre sexos, resultados acordes a la literatura que sugiere que el conflicto es percibido con igual fuerza por ambos sexos (Capaldi, Kim & Shortt, 2004; 2005). Según los datos aquí obtenidos, los adolescentes percibirían y discutirían de la misma forma el evento conflictivo. Algunos estudios realizados en el ámbito del bullying han interpretado el papel importante de los conflictos en la agresión interpersonal en términos de los sesgos o limitaciones cognitivas que presentan los adolescentes. De este modo, las motivaciones egocéntricas presentadas en la edad adolescente

hacen que estos chicos encuentren dificultades para adoptar otras perspectivas que no sean las propias, derivando en conflictos y discusiones en la pareja. Ese egocentrismo unido a sus limitadas competencias sociales en el contexto sentimental podría hacer que las estrategias de afrontamiento necesarias para resolver las desavenencias quedasen reducidas, al uso de la agresividad recíproca: “*tú me hablas mal, yo te hablo mal; tú me empujas, yo te empujo*” (Camodeca & Goosens, 2005a). A la luz de estos resultados, la investigación sobre la resolución de conflictos en la pareja adolescente cobra un importante interés. Si la pareja tratase los conflictos con estrategias constructivas de resolución, desarrollaría relaciones satisfactorias, caracterizadas por la comunicación y el desarrollo de un tono emocional positivo que ayudaría a que se previnieran las interacciones negativas (Rholes, Kohn & Simpson, 2014).

En definitiva, de los resultados de este trabajo se desprende que ellos y ellas, presentan la misma percepción de conflictividad en sus relaciones de pareja. Respecto a sus características cognitivo-emocionales, ellas presentan un perfil más emocional, con mayor tendencia a la rumiación, mientras que ellos presentan una mayor tendencia a justificar la violencia, desconectándose moralmente más que ellas.

6.1.4 El modelo explicativo de la violencia

La investigación empírica ha proliferado bastante en los últimos años con el objetivo de esclarecer los factores predictores de la violencia en la pareja adolescente. Bajo el apoyo de teorías clásicas, como la teoría del aprendizaje social (Bandura, 1973), la teoría del Apego (Bowlby, 1969), o la teoría Feminista (Walker, 1989), se han analizado variables como la exposición familiar, los diferentes tipos de apego o una educación donde la violencia machista es tolerada, resultando todas ellas significativas en la explicación de este fenómeno. Pero la investigación avanza y se pone

en evidencia que la violencia de pareja necesita abordarse desde modelos teóricos que abarquen variables de diferente naturaleza (Capaldi, Shortt & Kim, 2005; Follingstad, Bradley, Helff & Laughlin, 2002; O'Leary & Slep, 2003; Riggs & O'Leary, 1989). Es decir, que avancen del modelo tradicional de variables personales, hacia una concepción que le otorgue mayor importancia a la globalidad del contexto de las parejas en riesgo.

Por todo esto, el modelo aquí planteado arranca a partir de las últimas aproximaciones que coinciden en la multidimensionalidad del fenómeno. Por una parte, el *modelo sistémico evolutivo* (Capaldi et al, 2003) proponía que, para conocer el comportamiento de la pareja, era necesario estudiarlo como un sistema intrínsecamente interactivo. De acuerdo con los autores, este tipo de violencia se entiende como un proceso dinámico donde se contemplan características cognitivas, emocionales y contextuales de riesgo que podrían estar interviniendo en que se desarrolle este fenómeno (Capaldi & Kim 2007). Por otra parte, el *Modelo General de Agresión, GAM*, (de Wall & Anderson, 2011) ofrece un marco más amplio que cualquier otro modelo social-cognitivo, proporcionando un englobe general para comprender la violencia y la agresión humana, integrando cada teoría en un marco conceptual donde explica que la agresión se produce por múltiples motivos. Este modelo enfatiza dimensiones relativas al contexto de la pareja, dimensiones personales psicofisiológicas y autorregulatorias y dimensiones relacionadas con la toma de decisión y evaluación que la persona hace de la situación.

En esta línea, Capaldi y colaboradores (2012), así como Sánchez y colaboradores (2012) resaltaron la importancia de los factores contextuales relacionales de la diada y reflexionaron sobre la necesidad de moverse del modelo tradicional a una concepción más global y contextualizada de la pareja. Partiendo de la convicción de que es fundamental hacer un análisis evolutivo sistemático y comprensivo de este fenómeno (Capaldi et al., 2003; 2012) y siguiendo también la estructura del Modelo

General de Agresión, GAM (De Wall & Anderson, 2011), el **cuarto objetivo** de este trabajo ha sido analizar el papel predictor de variables emocionales (rumiación hostil), cognitivas (desconexión moral) y contextuales (conflicto) en la aparición de comportamientos violentos psicológicos y físicos.

Los resultados han señalado que puede aceptarse un mismo modelo explicativo para ambos sexos y que, tanto para la violencia psicológica como para la física, la variable emocional y la contextual tienen mayor relevancia en la explicación del fenómeno, por encima de la variable cognitiva. De hecho, las variables emocionales como la rumiación hostil activan mecanismos cognitivos de desconexión moral, relaciones conflictivas entre parejas y violencia. En concreto, las personas con predisposición a la rumiación o a pensar reiteradamente de forma hostil sobre los demás o sobre los acontecimientos y experiencias, utilizarían con más probabilidad mecanismos de desconexión moral para así justificar comportamientos reprobables y actuar con violencia. Además, tendrían unas relaciones más conflictivas y presentarían más comportamientos violentos con su pareja. A la rumiación hostil, se le añade el conflicto como predictor relevante de la violencia en novios adolescentes, lo que resalta la importancia que tienen, en una relación de pareja, la percepción que sobre los conflictos tenga la diada y las reacciones impulsivas emocionales que predicen directamente la violencia. Por su parte, la variable cognitiva “desconexión moral” influye de forma indirecta sobre la violencia a través del conflicto.

La **rumiación hostil** como predictor directo de comportamientos violentos en la pareja queda avalado por la literatura vigente (Denson, 2013; Goldstein, 2011; Ortega-Ruíz & Sánchez, 2011; Peled & Moretti, 2009; 2010; Sotelo & Babcock, 2013). Si uno de la pareja presenta predisposición a activar el proceso emocional de la rumiación, probablemente responderá con reacciones aireadas y tendrá más probabilidades

de responder impulsivamente con violencia. Lo que podría sugerir que, a priori, una persona predispuesta a la rumiación podría generar mal clima en su relación, sobre todo si tiene sentimientos hostiles. Es evidente que las emociones cobran un relevante papel principalmente en parejas adolescentes y, por lo tanto, inexpertas con autocontrol emocional limitado. Según la teoría de *la agresión desplazada* (Bushman & Gibson, 2011; Denson, 2013) la persona predispuesta a la rumiación hostil presentaría un pobre control ejecutivo al dejarse dominar por esta emoción negativa y cargar violentamente sobre terceros, como, por ejemplo, cuando se llega a dañar a la pareja o a cargar con hostilidad hacia la persona de mayor confianza sin merecerlo.

La rumiación hostil también presentó una relación indirecta con la violencia a través de la desconexión moral y el conflicto. Se podría discutir que, si un miembro de la diada estuviese predispuesto al proceso emocional de la rumiación, se prepararía para una mejor discusión. Tras los últimos enfados en la pareja, la persona que activa la rumiación sería bastante probable que tuviese flashbacks del conflicto, lo que implicaría que la persona tuviera implícitos guiones que den forma a unas expectativas acerca de cómo es el conflicto. Además, podría ir alterándose cada vez más por lo que podría dar paso a la venganza o a la autojustificación cognitiva, a través de los mecanismos de desconexión moral. Esta situación haría que esta persona se anticipase y se preparase para reaccionar con violencia ante los desacuerdos (Honeycutt & Bryan, 2011).

Las investigaciones recogidas en los últimos años nos han acercado cada vez más al conocimiento de estas dinámicas agresivas en el noviazgo, donde el **conflicto** se presenta como predictor de violencia (Amar, et al 2015; Capaldi et al, 2012; O'Leary 1999). Siguiendo el modelo *Background Situational* (O'Leary 1999), Muñoz-Rivas y colaboradores (2010) concluyeron que los comportamientos violentos en la pareja es-

taban directamente relacionados con la actitud y la aceptación de conflictos en su relación, además de con la historia personal del comportamiento violento de cada uno de la diada. En esta evidencia empírica, quedan avalados nuestros resultados donde la percepción que presentarían los adolescentes sobre el conflicto en sus relaciones de pareja promovería y sostendrían en el tiempo las conductas violentas.

A pesar de que estudios, como los de Caprara y colaboradores (2014), hayan encontrado una asociación directa entre la **desconexión moral** y los comportamientos violentos, en nuestro modelo, la relación entre la utilización de los mecanismos cognitivos y dichos comportamientos se produce con el conflicto como mediador, en línea con Nocentini y colaboradores 2013. Es decir, la utilización de mecanismos de desconexión moral puede fomentar relaciones conflictivas que finalmente conducen a conductas violentas. Por ejemplo, ante situaciones emocionales de celos o dominación de la pareja, la persona activaría los mecanismos cognitivos de desconexión moral para poder justificarse: “no soy una persona celosa, sino que es mi forma de amar” o “no quiero dominar, sino que expreso preocupación por mi pareja” (Fernández - Fuertes & Fuertes, 2010; González & Santana, 2001), lo que podría llevar a intercambios negativos en la relación y desembocar en alguna forma de violencia.

Los mecanismos de desconexión moral en un contexto conflictivo facilitarían el hacerse daño mutuamente, sin sentimiento de culpa y sin incurrir en autosanciones o miedo anticipatorio a una discusión. Es una forma lícita de mantener la reputación ante esa situación. Un conflicto o cualquier situación provocadora de discusión podrían hacer que la venganza y la violencia a la pareja se perciban como conductas apropiadas. Se estaría ante el inicio de un posible serio problema que justificaría el por qué no acaban con esa relación. Todo sugiere que, ante este tipo de agresiones, los novios utilizarían unos mecanismos autorregulatorios

cognitivos que les permitirían hacer una valoración ajustada de lo que le está aconteciendo y, es más, les ayudaría a desconectarse moralmente, lo que los llevaría a no considerar su relación como violenta.

Es muy destacable que este modelo explicativo de violencia que se acaba de discutir sea **equiparable a ambos sexos**, lo que podría ser explicado a la luz de la falta de experiencia personal ante los primeros contactos sentimentales. Autores como Connolly y McIsaac (2009), fundamentaron una serie de consideraciones comunes que equiparaba en la socialización a ambos sexos, como la necesidad de iniciarse en relaciones sexuales, el deseo de individualizarse respecto de la familia para conectar con los iguales, o el deseo de madurar en autonomía personal. Esa inexperiencia contribuye a que, tanto en chicos como en chicas, se desencadenen las variables emocionales, cognitivas y contextuales que conducen a comportamientos violentos en la pareja.

En resumen, se ha constatado la relevancia que tienen las variables emocionales y contextuales en la explicación de la violencia en las parejas adolescentes, siendo la variable emocional rumiación hostil la que se erige como la más exógena, lo que engrandece aún más el poder de las emociones. En cambio, la variable cognitiva desconexión moral no determina directamente el fenómeno que se analiza, aunque contribuye en la emisión de comportamientos violentos.

6.2. Aportaciones y limitaciones

En síntesis, las **aportaciones** más destacadas de esta tesis doctoral han sido dos, una de naturaleza metodológica, que redundaba en la conceptualización de la violencia en parejas adolescentes como un fenómeno fundamentalmente bidireccional y otra, referente a la integración de variables contextuales, emocionales y cognitivas en un modelo estructural explicativo de la violencia.

Motivada por las evidencias empíricas que sugerían la bidireccionalidad de los actos violentos en parejas emergentes adolescentes, la primera aportación de este trabajo ha sido comprobar metodológicamente la unidimensionalidad de la agresión cometida y sufrida, tanto a nivel psicológico como físico. En consecuencia, con este resultado, quizás sería más apropiado hablar de implicación en comportamientos violentos en vez de actos de agresión y victimización, tal como sugirieron Nocentini y colaboradores (2010).

Respecto a la segunda aportación, este trabajo confirma la multidimensionalidad del fenómeno estudiado, al ser influido directamente por variables de diferente naturaleza. También constata la importancia de las variables emocionales y contextuales frente a las cognitivas lo que denota el peso de la situación conflictiva y la gestión emocional de la misma en la aparición de la violencia, hecho que nos acerca más a los modelos multidimensionales (Capaldi et al 2005; De Wall & Anderson, 2011). Desde este trabajo se ha pretendido avanzar del modelo tradicional de variables personales, hacia una concepción que le otorgue mayor importancia a la globalidad del contexto de las parejas en riesgo.

La investigación realizada en esta Tesis Doctoral presenta una serie de **limitaciones** que deben tenerse en cuenta para la correcta interpretación de los resultados.

En primer lugar, la recogida de datos ha sido realizada a través de medidas de *autoinforme*, lo que podría haber provocado posibles sesgos por la deseabilidad social de los participantes, ya que podrían minimizar o exagerar sus respuestas. También, debe considerarse que muchos de los participantes no valoraron una relación de pareja actual, sino el recuerdo de experiencias vividas en el último año, por lo que es posible que se pudiera producir alguna distorsión, por el paso del tiempo o de los acontecimientos rememorados. En dichas encuestas tan solo se han eva-

luado las vivencias de uno de los miembros de la pareja, cuando la información de ambos miembros hubiese permitido contrastar ambas respuestas y obtener una visión más detallada de las agresiones en su relación.

La segunda limitación se refiere a la *representatividad de la muestra utilizada*, ya que el tipo de muestreo no fue probabilístico, por lo que las conclusiones solo serían representativas para el conjunto de la muestra estudiada. Con ello, se pretende resaltar la cautela extrema a la hora de generalizar los resultados a otros adolescentes con características similares pero que no participaron en este estudio.

También, hay que destacar la limitación referente al *carácter transversal del estudio*. Por ejemplo, no hemos podido demostrar que la violencia psicológica sea antecedente de la física. Para ello, sería necesario el seguimiento de la pareja de novios a lo largo del tiempo, solamente posible con los diseños longitudinales. Aunque debiera considerarse la dificultad de utilizar un diseño longitudinal en parejas de novios cuya relación se caracteriza por ser efímera (Close, 2005; Cornelius & Resseguie, 2007).

Por último, resaltar que en los cuestionarios de violencia no se han incluido comportamientos de carácter grave por ser muy inusuales en los noviazgos emergentes entre adolescentes. Es muy probable que, de incluir dichas conductas y diferenciar el carácter leve y grave de las mismas, hubiese alterado alguno de los resultados obtenidos en este estudio, como los referentes a la bidireccionalidad de la violencia y los porcentajes de implicación obtenidos. Es muy probable que ante conductas violentas de carácter grave no fuese tan evidente la bidireccionalidad de la violencia y se produjera una reducción de los porcentajes de implicación en el fenómeno.

6.3. IMPLICACIONES PARA LA INTERVENCIÓN Y PERSPECTIVAS FUTURAS DE INVESTIGACIÓN

Con independencia de las limitaciones mencionadas en el apartado anterior, los hallazgos aquí encontrados podrían aportar algunas **implicaciones para la intervención**. La principal implicación práctica de este trabajo ha sido profundizar en las agresiones violentas que se producen en las incipientes relaciones de novios adolescentes, aportando un mayor conocimiento de posibles factores de riesgo, como la variable emocional rumiación, el contextual conflicto o la cognitiva desconexión moral, de la que existen escasos estudios previos en el contexto de parejas emergentes.

En la línea de los datos ofrecidos por las investigaciones más recientes, el alto porcentaje de implicación en actos agresivos entre nuestros adolescentes debería activar las alarmas ante el problema de la violencia en la pareja de novios. La invisibilización de la misma y la consecuente normalización que ellos hacen de dichos actos deben tenerse en cuenta en la mejora de los programas de prevención. El hecho de que las primeras relaciones de noviazgo se inicien entre los 14-15 años (Sánchez et al., 2008; Viejo, 2014) hace de los Centros de Educación Secundaria un entorno idóneo para la puesta en marcha de iniciativas para la prevención de la violencia. Los resultados de este estudio apuntan al análisis y gestión del conflicto como una de las variables sobre las que incidir en estos programas, desarrollando en los adolescentes, estrategias de comunicación interpersonal y estrategias de resolución de conflictos en la pareja, así como en habilidades cognitivas, emocionales y sociales con la intención de formarles en la correcta gestión de la relación íntima. En este sentido, los resultados de la investigación apuntan a que, cuando la pareja adolescente se siente eficaz en la gestión de sus emociones nega-

tivas, la probabilidad de que se impliquen en violencia es menor (Nocentini et al 2013), por lo que los resultados de esta tesis doctoral refuerzan la idea de profundizar en estos contenidos con los adolescentes.

Respecto al mayor uso de mecanismos de desconexión moral encontrado en los chicos, una aportación para la intervención aplicada al contexto de la pareja sentimental sería el trabajo a través del proceso de *filtraje o fuga* (Bosch & Ferrer 2013). Este proceso de *filtraje*, según las autoras, facilitaría que los chicos tomesen conciencia de lo nocivo y poco saludable que resultan los comportamientos hostiles hacia la pareja, renunciando a potenciales privilegios patriarcales. A través de este proceso saldrían a la luz los distintos mecanismos de desconexión moral llevados a cabo por los chicos para ejercer la violencia.

Uno de los principales hallazgos encontrados nos lleva a reflexionar sobre una cuestión a destacar que es que en la elaboración de programas de prevención también debería considerarse la similitud del modelo explicativo de la violencia para ambos sexos. Nuestros adolescentes, sean chicos o sean chicas, perciben, entienden y gestionan de la misma manera los conflictos que les surge en su noviazgo. Estos resultados avalan los programas de prevención que abordan el problema de la violencia adolescente desde la igualdad y la consideración de ambos sexos como potenciales agresores y víctimas y donde los mecanismos y procesos explicativos de la violencia tienen el mismo peso en ellos que en ellas (Sánchez et al., 2017).

Son destacables los hallazgos encontrados en cuanto a los instrumentos de violencia y desconexión moral, además de cierto nivel de invarianza entre sexos de la estructura factorial de estos. El ajuste de la estructura unidimensionalidad de la violencia cometida y recibida, en ambos sexos, nos sitúa ante parejas en las que los miembros no desempeñan roles claramente diferenciados. Desde un punto de vista preventivo, sería esencial avanzar en el planteamiento de instrumentos que,

más que centrarse en roles separados, evalúen la dinámica relacional de las parejas adolescentes ante la solución de conflictos como un sistema intrínsecamente interactivo, atendiendo a los patrones de interacción establecidos por ellos y su forma de relacionarse (Capaldi et al 2003; 2007) y ampliar en instrumentos que distingan formas disfuncionales en resolución, de otros tipos más complejos de abuso emocional (Cortés-Ayala et al, 2014; Ureña, 2015).

Tras los hallazgos encontrados en este estudio surgen una serie de interrogantes que podrían ser despejados con la realización de nuevos estudios. A continuación, se proponen **futuras líneas de investigación**.

La primera línea de investigación se desprende precisamente del modelo explicativo testado. Sería de interés que futuras investigaciones aporten mayor fiabilidad a estos resultados, replicando tanto el peso explicativo de las variables utilizadas como su validez en chicos y en chicas.

Por otra parte, se podría avanzar en los principales factores de riesgo que aclaren la concomitancia de la violencia psicológica y física, incluyendo, además, nuevas formas de violencia, como la violencia online y la violencia sexual.

Finalmente, y respecto al papel de la desconexión moral sobre la violencia en la pareja adolescente, y dada la escasez de trabajos en este sentido, futuros trabajos podrían profundizar en el efecto específico de mecanismos concretos sobre la violencia en la pareja adolescente. a este respecto, y aunque la consideración de mecanismos específicos resulta difícil de testar a nivel empírico, algunos estudios realizados en el ámbito del ciberbullying y el bullying han encontrado que mecanismos concretos como a la atribución de la culpa o la deshumanización de la víctima, tienen un mayor peso predictor en la explicación de ambos fenómenos que otros mecanismos como los eufemismos o la distorsión cognitiva

(Pornari & Wood, 2010). Futuros estudios podrían avanzar en esta línea de investigación en el contexto de la pareja adolescente.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alegría del Ángel, M., & Rodríguez Barraza, A. (2015). Violencia en el noviazgo: perpretación, victimización y violencia mutua. Una revisión. *Actualidades En* <http://doi.org/10.15517/ap.v29i118.16008>
- Almeida, A., Correia, I., & Marinho, S. (2010). Moral disengagement, normative beliefs of peer group, and attitudes regarding roles in bullying. *Journal of School*
<http://doi.org/10.1080/15388220903185639>
- Almeida, A., Correia, I., Marinho, S., & Garcia, D. (2012). Virtual but not Less Real: A Study of Cyberbullying and Its Relations to Moral Disengagement and Empathy. *Cyberbullying in the Global Playground: Research from International Perspectives*.
- Almeida, A., Marinho, S., Esteves, C., Gomes, S., & Correia, I. (2008). Virtual but not less real: A study of cyber bullying and its relations with moral disengagement and empathy. *20th Biennial ISSBD Meeting*. Doif67fc4bc094257f5955b53c80f6d5e80
- Almendros, C., Gámez-Guadix, M., Carrobles, J. A., Rodríguez-Carballeira, Á, & Porrúa, C. (2009). Abuso psicológico en la pareja: aportaciones recientes, concepto y medición. *Psicología*, 17(3), 433–451. Doi 0c9605204b49670617000000
- Alnuaimi, O. A., Robert Jr., L. P., & Maruping, L. M. (2010). Team size, dispersion, and social loafing in technology-supported teams: A perspective on the theory of moral disengagement. *Journal of Management Information Systems*, 27(1), 203-230.
- Alonso-Borrego, C., Arellano, M., & Alonso-Borrego, C. (1999). Symmetrically Normalized Instrumental-Variable Estimation Using Panel Data. *Journal of Business & Economic Statistics*, 17(1), 36. <http://doi.org/10.2307/1392237>
- Aly, A., Taylor, E., & Karnovsky, S. (2014). Moral Disengagement and Building Resilience to Violent Extremism: An Education Intervention. *Studies in Conflict and Terrorism*, 37(4), 369–385. <http://doi.org/10.1080/1057610X.2014.879379>
- Allen, J. J., Anderson, C. A., & Bushman, B. J. (2018). The General Aggression Model. *Current Opinion in Psychology*, 19(3), 75–80. <http://doi.org/10.1016/j.copsyc.2017.03.034>

- Amurrio, Larrinaga, Usategui, del Valle, (2010) - Google Acadèmic. (n.d.). Retrieved July 11, 2017, from https://scholar.google.es/scholar?q=Amurrio%2C+Larrinaga%2C+Usategui%2C+del+Valle%2C+%282010%29+&btnG=&hl=ca&as_sdt=0%2C5
- Anderson, C. A., & Bushman, B. J. (2002). Human aggression. *Ann. Review of Psychology, 53*(3), 27–51. [http://doi.org/10.1016/0191-8869\(94\)90294-1](http://doi.org/10.1016/0191-8869(94)90294-1)
- Ang, R. P., & Goh, D. H. (2010). Cyberbullying among adolescents: The role of affective and cognitive empathy, and gender. *Child Psychiatry and Human Development, 41*(4), 387–397. <http://doi.org/10.1007/s10578-010-0176-3>
- Aquino, K., Reed, A., Thau, S., & Freeman, D. (2007). A grotesque and dark beauty: How moral identity and mechanisms of moral disengagement influence cognitive and emotional reactions to war. *Journal of Experimental Social Psychology, 43*(3), 385–392. <http://doi.org/10.1016/j.jesp.2006.05.013>
- Archer, J. (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin, 126*(5), 651–680. <http://doi.org/10.1037/0033-2909.126.5.651>
- Archer, J. (2004). Sex Differences in Aggression in Real-World Settings: A Meta-Analytic Review. *Review of General Psychology, 8*(4), 291–322. <http://doi.org/10.1037/1089-2680.8.4.291>
- Arenas-Garcia, J., Petersen, K. B., Camps-Valls, G., & Hansen, L. K. (2013). Kernel multivariate analysis framework for supervised subspace learning: A tutorial on linear and kernel multivariate methods. *IEEE Signal Processing Magazine, 30*(4), 16–29. <http://doi.org/10.1109/MSP.2013.2250591>
- Arias, B. (2008). Metodología en la investigación sobre discapacidad. Introducción al uso de las ecuaciones estructurales. *VI Seminario Científico SAID, 75–120*. Retrieved from http://www.usal.es/inico%5Cnhttp://sid.usal.es/idocs/F8/FD020749/said_2008.pdf
- Arias, I., Samios, M., & O’Leary, K. D. (1987). Prevalence and Correlates of Physical Aggression during Courtship. *Journal of Interpersonal Violence, 2*(1), 82–90. <http://doi.org/10.1177/088626087002001005>
- Arnosó, A., Ibabe, I., Arnosó, M., & Elgorriaga, E. (2017). El sexismo como predictor de la violencia de pareja en un contexto multicultural.

Anuario de Psicología Jurídica, 27(1), 9–20.
<http://doi.org/10.1016/j.apj.2017.02.001>

Arriaga, X. B., & Foshee, V. A. (2004). Adolescent Dating Violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 19(2), 162–184.
<http://doi.org/10.1177/0886260503260247>

Baer, R. A., & Sauer, S. E. (2011). Relationships between depressive rumination, anger rumination, and borderline personality features. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment*, 2(2), 142–150. <http://doi.org/10.1037/a0019478>

Bagozzi & Yi (1988). On evaluation of structural equation models. *Journal of the Academy of Marketing Science*, 16: 7

Bandura, A. (1990). Mechanisms of moral disengagement. In *Origins of Terrorism: Psychologies, Ideologies, States of Mind* (pp. 161–191). New York Washington, NY DC, US US: Cambridge University Press Woodrow Wilson International Center for Scholars, New York Washington, NY DC. <http://doi.org/10.1037/t00941-000>

Bandura, A. (1990). Selective activation and disengagement of moral control. *Journal of Social Issues*, 46(1), 27–46.
<http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1111/j.1540-4560.1990.tb00270.x>

Bandura, A. (1999). Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3(3), 193–209.
http://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303_3

Bandura, A. (2002). Selective moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Moral Education*, 31(2), 101–119.
<http://doi.org/10.1080/0305724022014322>

Bandura, A. (2004). The role of selective moral disengagement in terrorism and counterterrorism. In *Understanding terrorism: Psychological roots, consequences and interventions* (pp. 121–150). Washington, DC, US: American Psychological Association, Washington, DC.
<http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1037/10621-006>

Bandura, A. (2007). Impeding ecological sustainability through selective moral disengagement. *International Journal of Innovation and Sustainable Development*, 2(1), 8.
<http://doi.org/10.1504/IJISD.2007.016056>

Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G. V., & Pastorelli, C. (1996). Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency.

Journal of Personality and Social Psychology, 71(2), 364–374.
<http://doi.org/10.1037/0022-3514.71.2.364>

- Bandura, A., Caprara, G. V., Barbaranelli, C., Pastorelli, C., & Regalia, C. (2001). Sociocognitive self-regulatory mechanisms governing transgressive behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 80(1), 125–135. <http://doi.org/10.1037//0022-3514.80.1.125>
- Bandura. (2008). Selective Activation and Disengagement of Moral Control. *Journal of Social Issues*, Vo.46, No.1, 1990, 27-46, 46(1), 10. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1111/j.1540-4560.1990.tb00270.x>
- Barchia, K., & Bussey, K. (2011). Individual and collective social cognitive influences on peer aggression: Exploring the contribution of aggression efficacy, moral disengagement, and collective efficacy. *Aggressive Behavior*, 37(2), 107–120. <http://doi.org/10.1002/ab.20375>
- Baron, R. A., Zhao, H., & Miao, Q. (2014). Personal motives, moral disengagement, and unethical decisions by entrepreneurs: Cognitive mechanisms on the «slippery slope». *Journal of Business Ethics*. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1007/s10551-014-2078-y>
- Barsky, A. (2011). Investigating the Effects of Moral Disengagement and Participation on Unethical Work Behavior. *Journal of Business Ethics*, 104(1), 59–75. <http://doi.org/10.1007/s10551-011-0889-7>
- Bastian, B., Jetten, J., Chen, H., Radke, H. R. M., Harding, J. F., & Fasoli, F. (2013). Losing Our Humanity. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 39(2), 156–169. <http://doi.org/10.1177/0146167212471205>
- Bauman, S., & Yoon, J. (2014). This Issue: Theories of Bullying and Cyberbullying. *Theory into Practice*, 53(4), 253–256. <http://doi.org/10.1080/00405841.2014.947215>
- Bentler, P. (1995). EQS manual de programa de ecuaciones estructurales.
- Bentler, P., & Bonett, D. (1980). Pruebas de significación y bondad de ajuste en el análisis de estructuras de covarianza. *Boletín Psicológico*. Retrieved from <http://psycnet.apa.org/journals/bul/88/3/588/>

- Birkley, E. L., & Eckhardt, C. I. (2015). Anger, hostility, internalizing negative emotions, and intimate partner violence perpetration: A meta-analytic review. *Clinical Psychology Review, 37*, 40–56. <http://doi.org/10.1016/j.cpr.2015.01.002>
- Blázquez, A. M., Moreno, M. J. M., & García-Baamonde, S. M. E. (2009). Estudio del maltrato psicológico, en las relaciones de pareja, en jóvenes universitarios. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology, 7*(18), 691–714. Retrieved from <http://www.redalyc.org/html/2931/293121945005/>
- Boardley, I. D., & Kavussanu, M. (2011). Moral disengagement in sport. *International Review of Sport and Exercise Psychology, 4*(2), 93–108. <http://doi.org/10.1080/1750984X.2011.570361>
- Boardley, I. D., Grix, J., & Dewar, A. J. (2014). Moral disengagement and associated processes in performance-enhancing drug use: a national qualitative investigation. *Journal of Sports Sciences, 32*(9), 836–844. <http://doi.org/10.1080/02640414.2013.862842>
- Bollen, K. A. (1990). Overall fit in covariance structure models: Two types of sample size effects. *Psychological Bulletin, 107*(2), 256–259. <http://doi.org/10.1037/0033-2909.107.2.256>
- Bonache, H., Gonzalez-Mendez, R., & Krahé, B. (2016). Adult Attachment Styles, Destructive Conflict Resolution, and the Experience of Intimate Partner Violence. *Journal of Interpersonal Violence, 88626051664077*. <http://doi.org/10.1177/0886260516640776>
- Bonino, L. (1995). Desvelando los micromachismos en la vida conyugal. *Violencia Masculina En La Pareja. Una Aproximación Al Diagnóstico Y a Los Modelos de Intervención*, (pp. 191-208).
- Bosch Fiol, E., & Ferrer Pérez, V. (2013). Nuevo modelo explicativo para la violencia contra las mujeres en la pareja: el modelo piramidal y el proceso de filtraje. *Asparkia: Investigación Feminista, (24)*, 54–67. Retrieved from <http://repositori.uji.es/xmlui/handle/10234/138185>
- Buesa, S., & Calvete, E. (2011). Adaptación de la escala de abuso psicológico sutil y manifiesto a las mujeres en muestra clínica y de la comunidad. *Anales de Psicología, 27*(3), 774–782. <http://revistas.um.es/analesps/article/view/135391>
- Bushman, B. J., Bonacci, A. M., Pedersen, W. C., Vasquez, E. A., & Miller, N. (2005). Chewing on It Can Chew You Up: Effects of Rumination on

- Triggered Displaced Aggression. *Journal of Personality and Social Psychology*, 88(6), 969–983. <http://doi.org/10.1037/0022-3514.88.6.969>
- Bussman, J. R. (2008). Moral disengagement in children's overt and relational aggression. Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering. Proquest.com.fama.us.es/docview/621713813?accountid=14744
- Broderick, P. C., & Korteland, C. (2004). A prospective study of rumination and depression in early adolescence. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 9, 383–394
- Byrne, B. M., Shavelson, R. J., & Muthén, B. (1989). Testing for the equivalence of factor covariance and mean structures: The issue of partial measurement invariance. *Psychological Bulletin*, 105(3), 456–466. <http://doi.org/10.1037/0033-2909.105.3.456>
- Cáceres Carrasco, J., & Cáceres, A. (2006). Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6(2), 271–284. Dialnet.unirioja.es doi 1983622 & 65931
- Callahan, M. R., Tolman, R. M., & Saunders, D. G. (2003). Adolescent Dating Violence Victimization and Psychological Well-Being. *Journal of Adolescent Research*, 18(6), 664–681. <http://doi.org/10.1177/0743558403254784>
- Capaldi, D. M., Knoble, N. B., Shortt, J. W., & Kim, H. K. (2012). A Systematic Review of Risk Factors for Intimate Partner Violence. *Partner Abuse*, 3(2), 231–280. <http://doi.org/10.1891/1946-6560.3.2.231>
- Capaldi, D. M., Shortt, J. W., & Kim, H. K. (2005). A Life Span Developmental Systems Perspective on Aggression toward a Partner. *Family Psychology: The Art of Science*, 160–187. doi /2005-11736-007
- Capaldi, D., & Kim, H. (2007). Enfoques tipológicos de la violencia en las parejas: Una crítica y enfoque conceptual alternativo. *Revisión De La Psicología Clínica*. Doi S0272735806001115
- Capaldi, D., Knoble, N., Shortt, J., & Kim, H. (2012). Una revisión sistemática de los factores de riesgo para la violencia de pareja. *Socio de Abuso* doi 2012/00000003/00000002/art00005

- Caprara, G. V., Alessandri, G., Tisak, M. S., Paciello, M., Caprara, M. G., Gerbino, M., & Fontaine, R. G. (2013). Individual differences in personality conducive to engagement in aggression and violence. *European Journal of Personality*, *27*(3), 290–303. <http://doi.org/10.1002/per.1855>
- Caprara, G. V., Tisak, M. S., Alessandri, G., Fontaine, R. G., Fida, R., & Paciello, M. (2014). The contribution of moral disengagement in mediating individual tendencies toward aggression and violence. *Developmental Psychology*, *50*(1), 71–85. <http://doi.org/10.1037/a0034488>
- Caprara, G., Alessandri, G., & ... M. T. (2013). Las diferencias individuales en la personalidad conducentes a la participación en la agresión y la violencia. *Revista Europea* doi/10.1002/per.1855/full
- Caravita, S. C. S., Sijtsema, J. J., Rambaran, J. A., & Gini, G. (2014). Peer influences on moral disengagement in late childhood and early adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, *43*(2), 193–207. <http://doi.org/10.1007/s10964-013-9953-1>
- Caselli, G., Offredi, A., Martino, F., Varalli, D., Ruggiero, G. M., Sassaroli, S., Wells, A. (2017). Metacognitive beliefs and rumination as predictors of anger: A prospective study. *Aggressive Behavior*, *43*(5), 421–429. <http://doi.org/10.1002/ab.21699>
- Caurcel, M., & Almeida, A. (2009). La perspectiva moral de las relaciones de victimización entre iguales: un análisis exploratorio de las atribuciones de adolescentes españoles y portugueses. *European journal of education and psychology*, *1*(1), 51-68.
- Claybourn, M. (2011). Relationships between Moral Disengagement, Work Characteristics and Workplace Harassment. *Journal of Business Ethics*, *100*(2), 283–301. <http://doi.org/10.1007/s10551-010-0680-1>
- Çliskan, G. (2013). The moral disengagement in sports: The role of gender, sport type and moral development stage. *Life Science Journal*, *10*(SUPPL. 7), 721-726.
- Codato, M., Shaver, P. R., Testoni, I., & Ronconi, L. (2011). Civic and moral disengagement, weak personal beliefs and unhappiness: A survey study of the «famiglia lunga» phenomenon in Italy. *TPM - Testing, Psychometrics, Methodology in Applied Psychology*, *18*(2), 87-97.

- Coker, A. L., Smith, P. H., McKeown, R. E., & King, M. J. (2000). Frequency and correlates of intimate partner violence by type: Physical, sexual, and psychological battering. *American Journal of Public Health, 90*(4), 553–559. <http://doi.org/10.2105/AJPH.90.4.553>
- Collins, A. M. (2014). The social-ecology from child maltreatment to dating violence: The impact of bullying. *ProQuest Dissertations and Theses, 75*(11–B (E)), 218. Proquest.com/docview/1564228646
- Collins, A. M. (2014). The social-ecology from child maltreatment to dating violence: The impact of bullying.
- Connolly, J., Nocentini, A., Menesini, E., Pepler, D., Craig, W., & Williams, T. S. (2010). Adolescent dating aggression in Canada and Italy: A cross-national comparison. *International Journal of Behavioral Development, 34*(2), 98-105.
- Cornelius, T. L., & Resseguie, N. (2007). Primary and secondary prevention programs for dating violence: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior, 12*(3), 364–375. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2006.09.006>
- Cornelius, T. L., Shorey, R. C., & Beebe, S. M. (2010). Self-reported communication variables and dating violence: Using Gottman's marital communication conceptualization. *Journal of Family Violence, 25*(4), 439–448. <http://doi.org/10.1007/s10896-010-9305-9>
- Corral, S., & Calvete, E. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja mediante las Escalas de tácticas para conflictos: Estructura factorial y diferencias de género en jóvenes. *Psicología Conductual Revista Internacional de Psicología Clínica de La Salud, 14*(2), 215–233. Doi 459948
- Cortés Ayala, M. de L., Molleda, C. B., Rodríguez-Franco, L., Galaz, M. F., Ramiro-Sánchez, T., & Rodríguez Díaz, F. J. (2014). Unperceived dating violence among Mexican students. *International Journal of Clinical and Health Psychology, 14*(1), 39–47. [http://doi.org/10.1016/S1697-2600\(14\)70035-3](http://doi.org/10.1016/S1697-2600(14)70035-3)
- Cova Solar, F., Rincon Gonzalez, P., & Melipillan Araneda, R. (2009). Reflection, negative rumination and development of depressive symptomatology in female adolescents. *Reflexion, Rumiacion Negativa Y Desarrollo de Sintomatologia Depresiva En Adolescentes de Sexo Femenino, 27*(2), 155–160. Doi 2010-23840-001

- Cox, S. J., Mezulis, A. H., & Hyde, J. S. (2010). The influence of child gender role and maternal feedback to child stress on the emergence of the gender difference in depressive rumination in adolescence. *Developmental Psychology, 46*(4), 842–852. <http://doi.org/10.1037/a0019813>
- Crick, N. R., & Dodge, K. A. (1994). A review and reformulation of social information-processing mechanisms in children's social adjustment. *Psychological Bulletin, 115*(1), 74–101. <http://doi.org/10.1037/0033-2909.115.1.74>
- Cutbush, S., Williams, J., & Miller, S. (2016). Teen Dating Violence, Sexual Harassment, and Bullying Among Middle School Students: Examining Mediation and Moderated Mediation by Gender. *Prevention Science, 17*(8), 1024–1033. <http://doi.org/10.1007/s11121-016-0668-x>
- Cutbush, S., Williams, J., Miller, S., Gibbs, D., Clinton-sherrod, M., & International, R. T. I. (2012). Electronic Dating Aggression among Middle School Students: Demographic Correlates and Associations with Other Types of Violence. *Presented 30*. <http://doi.org/10.1080/15388220.2012.762921>
- Cheung, G. W., & Rensvold, R. B. (2002). Evaluating Goodness-of-Fit Indexes for Testing Measurement Invariance. *Structural Equation Modeling: A Multidisciplinary Journal, 9*(2), 233–255. <http://doi.org/10.1207/S15328007SEM0902>
- Choi, H. J., & Temple, J. R. (2016). Do Gender and Exposure to Interparental Violence Moderate the Stability of Teen Dating Violence? Latent Transition Analysis. *Prevention Science, 17*(3), 367–376. <http://doi.org/10.1007/s11121-015-0621-4>
- Chowdhury, R. M. M. I., & Fernando, M. (2013). The relationships of empathy, moral identity and cynicism with consumers' ethical beliefs: The mediating role of moral disengagement. *Journal of Business Ethics*. <http://dx.doi.org/fama.us.es/10.1007/s10551-013-1896-7>
- Christian, J. S., & Ellis, A. P. J. (2014). The crucial role of turnover intentions in transforming moral disengagement into deviant behavior at work. *Journal of Business Ethics, 119*(2), 193–208. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org/fama.us.es/10.1007/s10551-013-1631-4>

- Chugh, D., Kern, M. C., Zhu, Z., & Lee, S. (2014). Withstanding moral disengagement: Attachment security as an ethical intervention. *Journal of Experimental Social Psychology, 51*, 88-93. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1016/j.jesp.2013.11.005>
- Dabin, L., & Verónica, M. (n.d.). Individualismo, Familismo Y Satisfacción Con Las Relaciones Íntimas En Adultos Emergentes Argentinos. Retrieved from <https://www.academica.org/000-072/335.pdf>
- Dardis, C. M., Dixon, K. J., Edwards, K. M., & Turchik, J. A. (2015). An Examination of the Factors Related to Dating Violence Perpetration Among Young Men and Women and Associated Theoretical Explanations. *Trauma, Violence, & Abuse, 16*(2), 136-152. <http://doi.org/10.1177/1524838013517559>
- De la Rubia, J. M., & Rosales, F. L. (2014). Medida y Relación entre Violencia Recibida y Ejercida contra la Pareja. *Revista Internacional de Psicología, 13*(2).
- Delgado Galiego, I.; Oliva Delgado, A.; Sánchez-Queija, I. (2011). PsycNET Apego a los iguales durante adolescencia. *Anales de Psicología, 27*(1), 155-163. Doi CF65CC55-D3F2-F785-2E46-E02ED37AE3AD
- Dempster, P., Laird, M. & Rubin, d. B. (1977). Maximum likelihood from incomplete data via the EM algorithm. *J. Roy Stat. Soc. B. 39*, 1, 1-38
- Denson, T. F. (2013). The Multiple Systems Model of Angry Rumination. *Personality and Social Psychology Review, 17*(2), 103-123. <http://doi.org/10.1177/1088868312467086>
- Denson, T. F., DeWall, C. N., & Finkel, E. J. (2012). Self-Control and Aggression. *Current Directions in Psychological Science, 21*(1), 20-25. <http://doi.org/10.1177/0963721411429451>
- Desmarais, S. L., Reeves, K. A., Nicholls, T. L., Telford, R. P., & Fiebert, M. S. (2012). Prevalence of Physical Violence in Intimate Relationships, Part 2: Rates of Male and Female Perpetration. *Partner Abuse, 3*(2), 170-198. <http://doi.org/10.1891/1946-6560.3.2.170>
- DeWall, C. N., Anderson, C. a., & Bushman, B. J. (2011). The general aggression model: Theoretical extensions to violence. *Psychology of Violence, 1*(3), 245-258. <http://doi.org/10.1037/a0023842>

- DeWall, C. N., Finkel, E. J., & Denson, T. F. (2011). Self-control inhibits aggression. *Social and Personality Psychology Compass*, *5*(7), 458–472. <http://doi.org/10.1111/j.1751-9004.2011.00363.x>
- Diamond, L. M., & Hicks, A. M. (2005). Attachment style, current relationship security, and negative emotions: The mediating role of physiological regulation. *Journal of Social and Personal Relationships*, *22*(4), 499–518. <http://doi.org/10.1177/0265407505054520>
- Dunn, T. J., Baguley, T., & Brunsden, V. (2014). From alpha to omega. A practical solution to the pervasive problem of internal consistency estimation. *British Journal of Psychology*, *105*(3), 399–412. doi:10.1111/bjop.12046
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, J., de Corral, P., & López-Goñi, J. J. (2009). Assessing Risk Markers in Intimate Partner Femicide and Severe Violence. *Journal of Interpersonal Violence*, *24*(6), 925–939. <http://doi.org/10.1177/0886260508319370>
- Ehring, T., & Ehlers, A. (2014). Does rumination mediate the relationship between emotion regulation ability and posttraumatic stress disorder? *European Journal of Psychotraumatology*, *5*. <http://doi.org/10.3402/ejpt.v5.23547>
- Eisenberg, N., Fabes, R. A., Miller, P. A., Fultz, J., Shell, R., Mathy, R. M., & Reno, R. R. (1989). Relation of sympathy and personal distress to prosocial behavior: A multimethod study. *Journal of Personality and Social Psychology*, *57*(1), 55–66. <http://doi.org/10.1037/0022-3514.57.1.55>
- Elphinston, R. A., & Noller, P. (2011). Time to Face It! Facebook Intrusion and the Implications for Romantic Jealousy and Relationship Satisfaction. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, *14*(11), 631–635. <http://doi.org/10.1089/cyber.2010.0318>
- Elphinston, R. A., Feeney, J. A., & Noller, P. (2011). Measuring romantic jealousy: Validation of the multidimensional jealousy scale in Australian samples. *Australian Journal of Psychology*, *63*(4), 243–251. <http://doi.org/10.1111/j.1742-9536.2011.00026.x>
- Elphinston, R. A., Feeney, J. A., Noller, P., Connor, J. P., & Fitzgerald, J. (2013). Romantic Jealousy and Relationship Satisfaction: The Costs of Rumination. *Western Journal of Communication*, *77*(3), 293–304. <http://doi.org/10.1080/10570314.2013.770161>

- Epstein-Ngo, Q. M., Walton, M. A., Chermack, S. T., Blow, F. C., Zimmerman, M. A., & Cunningham, R. M. (2014). Event-level analysis of antecedents for youth violence: Comparison of dating violence with non-dating violence. *Addictive Behaviors, 39*(1), 350–353. <http://doi.org/10.1016/j.addbeh.2013.10.015>
- Eriksson, D. (2014). Moral (de) coupling : moral disengagement and supply chain management. Doi 3A877098& 2712
- Eriksson, D., Hilletoft, P., & Hilmola, O. P. (2013). Supply chain configuration and moral disengagement. *International Journal of Procurement Management, 6*(6), 718. <http://doi.org/10.1504/IJPM.2013.056764>
- Eriksson, D., Hilletoft, P., & Hilmola, O.-P. (2013). Linking moral disengagement to supply chain practices. *World Review of Intermodal Transportation Research, 4*(2-3), 207-225.
- Esquivel-Santoveña, E. E., & Dixon, L. (2012). Investigating the true rate of physical intimate partner violence: A review of nationally representative surveys. *Aggression and Violent Behavior, 17*(3), 208–219. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2012.02.002>
- Exner-Cortens, D. (2014). Theory and teen dating violence victimization: Considering adolescent development. *Developmental Review, 34*(2), 168–188. <http://doi.org/10.1016/j.dr.2014.03.001>
- Exner-Cortens, D., Gill, L., & Eckenrode, J. (2016). Measurement of adolescent dating violence: A comprehensive review (Part 2, attitudes). *Aggression and Violent Behavior, 27*, 93–106. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2016.02.011>
- Fabiansson, E. C., Denson, T. F., Moulds, M. L., Grisham, J. R., & Schira, M. M. (2012). Don't look back in anger: Neural correlates of reappraisal, analytical rumination, and angry rumination during recall of an anger-inducing autobiographical memory. *NeuroImage, 59*(3), 2974–2981. <http://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2011.09.078>
- Fass, D. F., Benson, R. I., & Leggett, D. G. (2008). Assessing prevalence and awareness of violent behaviors in the intimate partner relationships of college students using internet sampling. *Journal of College Student Psychotherapy, 22*(4), 66–75. <http://doi.org/10.1080/87568220801952248>

- Feinstein, B. A., Bhatia, V., & Davila, J. (2014). Rumination Mediates the Association Between Cyber-Victimization and Depressive Symptoms. *Journal of Interpersonal Violence, 29*(9), 1732-1746. <http://doi.org/10.1177/0886260513511534>
- Félix Cova, S., Paulina Rincón, G., & Roberto Melipillán, a. (2009). Reflection, negative rumination and development of depressive symptomatology in female adolescents. *Reflexión, rumiación negativa y desarrollo de sintomatología depresiva en adolescentes de sexo femenino, 27*(2), 155-160.
- Fernández-Fernández, V., Márquez-González, M., Losada-Baltar, A., García, P. E., & Romero-Moreno, R. (2013). Design and validation of the scales for the assessment of the psychological impact of past life events: The role of ruminative thought and personal growth. *Revista Espanola de Geriatria Y Gerontologia, 48*(4), 161-170. <http://doi.org/10.1016/j.regg.2013.03.006>
- Fernández-González, L., O'Leary, K. D., & Muñoz-Rivas, M. J. (2014). Age-Related Changes in Dating Aggression in Spanish High School Students. *Journal of Interpersonal Violence, 29*(6), 1132-1152. <http://doi.org/10.1177/0886260513506057>
- Fernández-González, L., O'Leary, K. D., & Muñoz-Rivas, M. J. (2013). We Are Not Joking. *Journal of Interpersonal Violence, 28*(3), 602-620. <http://doi.org/10.1177/0886260512455518>
- Ferrer, V. A., Bosch, E., Ramis, M. C., & Navarro, C. (2006). Las creencias y actitudes sobre la violencia contra las mujeres en la pareja: determinantes sociodemográficos, familiares y formativos. *Anales de Psicología, 22*(2), 251-259. Retrieved from <http://revistas.um.es/analesps/article/view/25901>
- Ferrer, V., Bosch, E., & Navarro, C. (2010). Los mitos románticos en España. *Boletín de Psicología*. Perez/publication/46311908
- Finkel, E. J., DeWall, C. N., Slotter, E. B., McNulty, J. K., Pond, R. S., & Atkins, D. C. (2012). Using I³ theory to clarify when dispositional aggressiveness predicts intimate partner violence perpetration. *Journal of Personality and Social Psychology, 102*(3), 533-549. <http://doi.org/10.1037/a0025651>
- Flores, D. M. (2011). *Mechanisms of moral disengagement in capital juror decision making: An empirical examination. Dissertation Abstracts International: Section B: The Sciences and Engineering.*

- Follingstad, D. R., & Edmundson, M. (2010). Is psychological abuse reciprocal in intimate relationships data from a national sample of American adults? *Journal of Family Violence, 25*(5), 495–508. <http://doi.org/10.1007/s10896-010-9311-y>
- Follingstad, D. R., Bradley, R. G., Helff, C. M., & Laughlin, J. E. (2002). A model for predicting dating violence: Anxious attachment, angry temperament, and need for relationship control. *Violence and Victims, 17*(1), 35–47. <http://doi.org/10.1891/vivi.17.1.35.33639>
- Fontaine, R. G., Fida, R., Paciello, M., Tisak, M. S., & Caprara, G. V. (2014). The mediating role of moral disengagement in the developmental course from peer rejection in adolescence to crime in early adulthood. *Psychology, Crime and Law, 20*(1), 1–19. <http://doi.org/10.1080/1068316X.2012.719622>
- Fontaine, R. G., Tanha, M., Yang, C., Dodge, K. A., Bates, J. E., & Pettit, G. S. (2010). Does response evaluation and decision (RED) mediate the relation between hostile attributional style and antisocial behavior in adolescence? *Journal of Abnormal Child Psychology, 38*(5), 615–626. <http://doi.org/10.1007/s10802-010-9397-y>
- Fornell, C., & Larcker, D. (1981). Modelos de ecuaciones estructurales con variables no observables y error de medida: Álgebra y estadística. *Diario de La Investigación de La Comercialización*. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/3150980>
- Foshee, V. A., Bauman, K. E., Greene, W. F., Koch, G. G., Linder, G. F., & MacDougall, J. E. (2000). The Safe Dates program: 1-year follow-up results. *American Journal of Public Health, 90*(10), 1619–1622.
- Foshee, V. A., Benefield, T. S., Ennett, S. T., Bauman, K. E., & Suchindran, C. (2004). Longitudinal predictors of serious physical and sexual dating violence victimization during adolescence. *Preventive Medicine, 39*(5), 1007–1016. <http://doi.org/10.1016/j.ypmed.2004.04.014>
- Foshee, V. A., Benefield, T. S., Reyes, H. L. M. N., Ennett, S. T., Faris, R., Chang, L. Y., Suchindran, C. M. (2013). The Peer Context and the Development of the Perpetration of Adolescent Dating Violence. *Journal of Youth and Adolescence, 42*(4), 471–486. <http://doi.org/10.1007/s10964-013-9915-7>
- Foshee, V. A., Benefield, T., Suchindran, C., Ennett, S. T., Bauman, K. E., Karriker-Jaffe, K. J & Mathias, J. (2009). The development of four

- types of adolescent dating abuse and selected demographic correlates. *Journal of Research on Adolescence*, *19*(3), 380–400. <http://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2009.00593.x>
- Foshee, V. A., Dixon, K. S., Ennett, S. T., Moracco, K. E., Bowling, J. M., Chang, L. Y., & Moss, J. L. (2014). The Process of Adapting a Universal Dating Abuse Prevention Program to Adolescents Exposed to Domestic Violence. *Journal of Interpersonal Violence*. <http://doi.org/0886260514552278> [pii]
- Fox, J., Warber, K. M., & Makstaller, D. C. (2013). The role of Facebook in romantic relationship development. *Journal of Social and Personal Relationships*, *30*(6), 771–794. <http://doi.org/10.1177/0265407512468370>
- Furman, W., & Shomaker, L. B. (2008). Patterns of interaction in adolescent romantic relationships: Distinct features and links to other close relationships. *Journal of Adolescence*, *31*(6), 771–788. <http://doi.org/10.1016/j.adolescence.2007.10.007>
- Gabbiadini, A., Riva, P., Andrighetto, L., Volpato, C., & Bushman, B. J. (2014). Interactive Effect of Moral Disengagement and Violent Video Games on Self-Control, Cheating, and Aggression. *Social Psychological and Personality Science*, *5*(4), 451–458. <http://doi.org/10.1177/1948550613509286>
- Garaigordobil, M. y García de Galdeano, P. (2006). Empatía en niños de 10 a 12 años. [Empathy in children aged 10 to 12 years]. *Psicothema*, *18*, 180-186.
- García-Sancho, E., Salguero, J. M., & Fernández-Berrocal, P. (2016). Angry rumination as a mediator of the relationship between ability emotional intelligence and various types of aggression. *Personality and Individual Differences*, *89*, 143–147. <http://doi.org/10.1016/j.paid.2015.10.007>
- Gardner, F. L., Moore, Z. E., & Dettore, M. (2014). The Relationship between Anger, Childhood Maltreatment, and Emotion Regulation Difficulties in Intimate Partner and Non-Intimate Partner Violent Offenders. *Behavior Modification*, *38*(6), 779–800. <http://doi.org/10.1177/0145445514539346>
- Genet, J. J., & Siemer, M. (2012). Rumination moderates the effects of daily events on negative mood: Results from a diary study. *Emotion*, *12*(6), 1329–1339. <http://doi.org/10.1037/a0028070>

- Ghim, S. C., Choi, D. H., Lim, J. J., & Lim, S. M. (2015). The Relationship between Covert Narcissism and Relational Aggression in Adolescents: Mediating Effects of Internalized Shame and Anger Rumination. *International Journal of Information & Education Technology*, *5*(1).
- Gini, G., Pozzoli, T., & Bussey, K. (2014). Collective moral disengagement: Initial validation of a scale for adolescents. *European Journal of Developmental Psychology*, *11*(3), 386–395. <http://doi.org/10.1080/17405629.2013.851024>
- Gini, G., Pozzoli, T., & Bussey, K. (2015). The Role of Individual and Collective Moral Disengagement in Peer Aggression and Bystanding: A Multilevel Analysis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, *43*(3), 441–452. <http://doi.org/10.1007/s10802-014-9920-7>
- Gini, G., Pozzoli, T., & Hauser, M. (2011). Bullies have enhanced moral competence to judge relative to victims but lack moral compassion. *Personality and Individual Differences*, *50*(5), 603–608. <http://doi.org/10.1016/j.paid.2010.12.002>
- Gini, G., Pozzoli, T., & Hymel, S. (2014). Moral Disengagement among children and youth: a Meta analytic review of links to aggressive behavior. *Aggressive Behavior*, *40*(1), 56–68. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1002/ab.21502>
- Giordano, P. (2015). Intimate Partner Violence in Young Adulthood: Narratives of Persistence and Desistance. *Criminology*, *53*(3). Retrieved from <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/1745-9125.12073/full>
- Giordano, P. C., Copp, J. E., Longmore, M. A., & Manning, W. D. (2016). Anger, Control, and Intimate Partner Violence in Young Adulthood. *Journal of Family Violence*, *31*(1), 1–13. <http://doi.org/10.1007/s10896-015-9753-3>
- Giordano, P. C., Kaufman, A. M., Manning, W. D., & Longmore, M. A. (2015). Teen dating violence: The influence of friendships and school context. *Sociological Focus*, *48*(2), 150–171. <http://doi.org/10.1080/00380237.2015.1007024>
- Glass, G. V, Peckham, P. D., & Sanders, J. R. (1972). Consequences of Failure to Meet Assumptions Underlying the Fixed Effects Analyses of Variance and Covariance. *Review of Educational Research*, *42*(3), 237–288. <http://doi.org/10.3102/00346543042003237>

- Glick, P., & Fiske, S. T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, *70*(3), 491-512. <http://doi.org/10.1037/0022-3514.70.3.491>
- Goetz, A. T., & Shackelford, T. K. (2009). Sexual coercion in intimate relationships: A comparative analysis of the effects of women's infidelity and men. *Archives of Sexual Behavior*, *38*(2), 226-234. Springer.com/article/10.1007/s10508-008-9353-x
- Goldstein, S. E. (2011). Relational aggression in young adults' friendships and romantic relationships. *Personal Relationships*, *18*(4), 645-656. <http://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2010.01329.x>
- Gómez, M. P., Delgado, A. O., & Gómez, Á. H. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, *46*(3), 148-159. [http://doi.org/10.1016/S0120-0534\(14\)70018-4](http://doi.org/10.1016/S0120-0534(14)70018-4)
- González Alvarez, N., Abad González, J., & Lévy Mangin, J.-P. (2006). Modelización con estructuras de covarianzas en ciencias sociales : temas esenciales, avanzados y aportaciones especiales. Modelización con estructuras de covarianzas en ciencias sociales : temas esenciales, avanzados y aportaciones especiales. Netbiblo.
- González Lozoya, I., Serrano Martínez, A., García Sánchez, N., Del Campo Giménez, M., Moreno Ruiz, B., González Lozoya, A. B. & Escobar Rabadán, F. (2011). Conocimientos sobre violencia de género de la población que consulta en Atención. *Atencion Primaria*, *43*(9), 459-464. doi.org/10.1016/j.aprim.2010.07.007
- González-Mendez, R & Hernandez, J. D. S. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, *13*(1), 127-131. Retrieved from <http://www.redalyc.org/html/727/72713118/>
- Gonzalez-Mendez, R., Rojas-Solís, J. L., & Ramírez-Santana, G. (2017). Exploring Conflict Resolution and Psychological Abuse across Romantic Relationships. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 1-16. <http://doi.org/10.1080/10926771.2017.1327912>
- Graça, J., Calheiros, M. M., & Oliveira, A. (2014). Moral Disengagement in Harmful but Cherished Food Practices? An Exploration into the Case of Meat. *Journal of Agricultural and Environmental Ethics*, 1-17.
- Halpern, C., Spriggs, A., Martin, S., & Kupper, L. (2009). Patterns of intimate partner violence victimization from adolescence to young

- adulthood in a nationally representative sample. *Journal of Adolescent Health, 45*, 508–516. DoiS1054139X09001219
- Halpern-Meekin, S., Manning, W. D., Giordano, P. C., & Longmore, M. A. (2013). Relationship Churning, Physical Violence, and Verbal Abuse in Young Adult Relationships. *Journal of Marriage and Family, 75*(1), 2–12. <http://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2012.01029.x>
- Hand, M. M., Thomas, D., Buboltz, W. C., Deemer, E. D., & Buyanjargal, M. (2013). Facebook and Romantic Relationships: Intimacy and Couple Satisfaction Associated with Online Social Network Use. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking, 16*(1), 8–13. <http://doi.org/10.1089/cyber.2012.0038>
- Haque, O. S., & Waytz, A. (2012). Dehumanization in Medicine: Causes, Solutions, and Functions. *Perspectives on Psychological Science, 7*(2), 176-186.
- Harrington Cleveland, H., Herrera, V. M., & Stuewig, J. (2003). Abusive Males and Abused Females in Adolescent Relationships: Risk Factor Similarity and Dissimilarity and the Role of Relationship Seriousness. *Journal of Family Violence, 18*(6), 325–339. <http://doi.org/10.1023/A:1026297515314>
- Hartmann, T., Krakowiak, K. M., & Tsay-Vogel, M. (2014). How Violent Video Games Communicate Violence: A Literature Review and Content Analysis of Moral Disengagement Factors. *Communication Monographs, 81*(3), 310-332. <http://doi.org/10.1080/03637751.2014.922206>
- He, H., & Harris, L. (2014). Moral disengagement of hotel guest negative WOM: Moral identity centrality, moral awareness, and anger. *Annals of Tourism Research, 45*, 132-151.
- Hettrich, E. L., & O’Leary, K. D. (2007). Females’ reasons for their physical aggression in dating relationships. *Journal of Interpersonal Violence, 22*(9), 1131-1143. <http://doi.org/10.1177/0886260507303729>
- Hinrichs, K. T., Wang, L., Hinrichs, A. T., & Romero, E. J. (2012). Moral disengagement through displacement of responsibility: The role of leadership beliefs. *Journal of Applied Social Psychology, 42*(1), 62-80.

- Hodge, K., Hargreaves, E. A., Gerrard, D., & Lonsdale, C. (2013). Psychological Mechanisms Underlying Doping Attitudes in Sport: Motivation and Moral Disengagement. *Journal of Sport and Exercise Psychology, 35*(4), 419–432. <http://doi.org/10.1123/jsep.35.4.419>
- Honeycutt, J. M., Sheldon, P., Pence, M. E., & Hatcher, L. C. (2015). Predicting Aggression, Conciliation, and Concurrent Rumination in Escalating Conflict. *Journal of Interpersonal Violence, 30*(1), 133–151. <http://doi.org/10.1177/0886260514532717>
- Honeycutt, J. M., Sheldon, P., Pence, M. E., & Hatcher, L. C. (2014). Predicting Aggression, Conciliation, and Concurrent Rumination in Escalating Conflict. *Journal of interpersonal violence*. <http://doi.org/10.1177/0886260514532717>
- Hoyle, R. (1995). Structural equation modeling: Issues and applications. *Evaluating Model Fit, 56*. <http://psycnet.apa.org/journals/dev/50/1/71/>
- Hu, L. T., & Bentler, P. M. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling, 6*(1), 1–55. <http://doi.org/10.1080/10705519909540118>
- Hyde, L. W., Shaw, D. S., & Moilanen, K. L. (2010). Developmental precursors of moral disengagement and the role of moral disengagement in the development of antisocial behaviour. *Journal of Abnormal Child Psychology, 38*(2), 197–209. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1007/s10802-009-9358-5>
- Hymel, S., & Bonanno, R. A. (2014). Moral Disengagement Processes in Bullying. *Theory into Practice, 53*(4), 278–285. <http://doi.org/10.1080/00405841.2014.947219>
- Hymel, S., Rocke-Henderson, N., & Bonanno, R. A. (2005). Moral disengagement: A framework for understanding bullying among adolescents. *Journal of Social Sciences, 8*(1), 1-11.
- Hystad, S. W., Mearns, K. J., & Eid, J. (2014). Moral disengagement as a mechanism between perceptions of organisational injustice and deviant work behaviours. *Safety Science, 68*, 138-145.
- Ibabe, I., Arnoso, A., & Elgorriaga, E. (2016). Ambivalent Sexism Inventory: Adaptation to Basque Population and Sexism as a Risk Factor of Dating Violence. *The Spanish Journal of Psychology, 19*, E78. [doi:10.1017/sjp.2016.80](https://doi.org/10.1017/sjp.2016.80)

- Ibabe, I., Elgorriaga, E., & Arnosó, A. (2017). The role of violence between parents on the sexism and well-being of their children / El papel de la violencia entre progenitores en el sexismo y bienestar de los hijos e hijas. *Estudios de Psicología*, *38*(1), 258–268. <http://doi.org/10.1080/02109395.2016.1268391>
- Jackson, L. E., & Gaertner, L. (2010). Mechanisms of moral disengagement and their differential use by right-wing authoritarianism and social dominance orientation in support of war. *Aggressive Behavior*, *36*(4), 238–250.
- Johnson, J. F., & Ronald Buckley, M. (2015). Multi-level Organizational Moral Disengagement: Directions for Future Investigation. *Journal of Business Ethics*, *130*(2), 291–300. <http://doi.org/10.1007/s10551-014-2220-x>
- Johnson, M. P. (1995). Patriarchal Terrorism and Common Couple Violence: Two Forms of Violence against Women. *Journal of Marriage and the Family*, *57*(2), 283. <http://doi.org/10.2307/353683>
- Johnson, M. P. (2005). Domestic violence: it's not about gender—or is it? *Journal of Marriage and Family*, *67*(5), 1126–1130.
- Johnson, M. P., & Leone, J. M. (2005). The Differential Effects of Intimate Terrorism and Situational Couple Violence. *Journal of Family Issues*, *26*(3), 322–349. <http://doi.org/10.1177/0192513X04270345>
- Johnson, W. L., Giordano, P. C., Manning, W. D., & Longmore, M. A. (2014). The age-IPV curve: Changes in intimate partner violence perpetration during adolescence and young adulthood. *Journal of Youth and Adolescence*, *44*(3), 708–726. Retrieved from <http://link.springer.com/article/10.1007/s10964-014-0158-z>
- Johnson, W. L., Manning, W. D., Giordano, P. C., & Longmore, M. A. (2015). Relationship context and intimate partner violence from adolescence to young adulthood. *Journal of Adolescent Health*, *57*(6), 631–636. <http://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2015.08.014>
- Jöreskog, K., & Sörbom, D. (2006). LISREL 8.80. Chicago: Scientific Software International. *Computer Software*.
- José Moral de la Rubia & Fuensanta López Rosales. (2013). Premisas socioculturales y violencia en la pareja: *Estudios Sobre Las Culturas Contemporáneas*, *XIX*(38), 47–71. Doi 95465037

- Jose, P. E., & Brown, I. (2008). When does the gender difference in rumination begin? Gender and age differences in the use of rumination by adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, *37*(2), 180–192. <http://doi.org/10.1007/s10964-006-9166-y>
- Josephson, W. L., & Pepler, D. (2012). Bullying: a stepping stone to dating aggression? *International Journal of Adolescent Medicine and Health*, *24*(1), 37-47.
- Judge, G. (1975). Applied multivariate analysis. *Journal of Econometrics*, *3*(3), 320. [http://doi.org/10.1016/0304-4076\(75\)90039-1](http://doi.org/10.1016/0304-4076(75)90039-1)
- Kaufman-Parks, A. M., DeMaris, A., Giordano, P. C., Manning, W. D., & Longmore, M. A. (2016). Parents and partners. *Journal of Social and Personal Relationships*, *26*(5), 667-663. <http://doi.org/10.1177/0265407516676639>
- Kinsfogel, K. M., & Grych, J. H. (2004). Interparental Conflict and Adolescent Dating Relationships: Integrating Cognitive, Emotional, and Peer Influences. *Journal of Family Psychology*, *18*(3), 505–515. <http://doi.org/10.1037/0893-3200.18.3.505>
- Kish-Gephart, J., Detert, J., Treviño, L. K., Baker, V., & Martin, S. (2014). Situational Moral Disengagement: Can the Effects of Self-Interest be mitigated? *Journal of Business Ethics*, *125*(2), 267–285. <http://doi.org/10.1007/s10551-013-1909-6>
- Kohlberg, L., & Kramer, R. (1969). Continuities and discontinuities in childhood and adult moral development. *Human Development*, *12*(2), 93–120. Retrieved from <http://www.karger.com/Article/PDF/270857>
- Krakowiak, K. M., & Tsay, M. (2011). The role of moral disengagement in the enjoyment of real and fictional characters. *International Journal of Arts and Technology*, *4*(1), 90. <http://doi.org/10.1504/IJART.2011.037772>
- Krakowiak, K. M., & Tsay-Vogel, M. (2013). What Makes Characters' Bad Behaviors Acceptable? The Effects of Character Motivation and Outcome on Perceptions, Character Liking, and Moral Disengagement. *Mass Communication and Society*, *16*(2), 179-199. <http://doi.org/http://0-dx.doi.10.1080/15205436.2012.690926>
- Langhinrichsen-Rohling, J., & Capaldi, D. M. (2012). Clearly, we've Only Just Begun: Developing Effective Prevention Programs for Intimate

- Partner Violence. *Prevention Science*, 13(4), 410–414. <http://doi.org/10.1007/s11121-012-0310-5>
- Laporte, L., Depeng Jiang, Pepler, D. J., & Chamberland, C. (2011). The Relationship between Adolescents' Experience of Family Violence and Dating Violence. *Youth & Society*, 43(1), 3–27. <http://doi.org/10.1177/0044118X09336631>
- Latzman, N. E., Vivolo-Kantor, A. M., Holditch Nolon, P., & Ghazarian, S. R. (2015). Predicting Adolescent Dating Violence Perpetration: Role of Exposure to Intimate Partner Violence and Parenting Practices. *American Journal of Preventive Medicine*, 49(3), 476–482. <http://doi.org/10.1016/j.amepre.2015.06.006>
- Lee, C., Segal, R., Kimberlin, C., Smith, W. T., & Weiler, R. M. (2014). Reliability and validity for the measurement of moral disengagement in pharmacists. *Research in Social and Administrative Pharmacy*, 10(2), 297–312. <http://doi.org/10.1016/j.sapharm.2013.06.006>
- Leen, E., Sorbring, E., Mawer, M., Holdsworth, E., Helsing, B., & Bowen, E. (2013). Prevalence, dynamic risk factors and the efficacy of primary interventions for adolescent dating violence: An international review. *Aggression and Violent Behavior*, 18(1), 159–174. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2012.11.015>
- Leidner, B., Castano, E., Zaiser, E., & Giner-Sorolla, R. (2010). Ingroup Glorification, Moral Disengagement, and Justice in the Context of Collective Violence. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 36(8), 1115–1129. <http://doi.org/10.1177/0146167210376391>
- Liles, S., Usita, P., Irvin, V. L., Hofstetter, C. R., Beeston, T., & Hovell, M. F. (2012). Prevalence and Correlates of Intimate Partner Violence among Young, Middle, and Older Women of Korean Descent in California. *Journal of Family Violence*, 27(8), 801–811. <http://doi.org/10.1007/s10896-012-9471-z>
- Littman, Rebecca & Paluck, E. L. (2015). The cycles of violence: Understanding individual participation in collective violence. *Advances in Political Psychology*, 36(1), 79–99.
- Liu, Y., & Loi, R. (2012). Ethical Leadership and Workplace Deviance: The Role of Moral Disengagement. *Advances in Global Leadership, Volume 7*. [http://doi.org/10.1108/S1535-1203\(2012\)0000007006](http://doi.org/10.1108/S1535-1203(2012)0000007006)

- Lohman, B. J., Neppel, T. K., Senia, J. M., & Schofield, T. J. (2013). Understanding Adolescent and Family Influences on Intimate Partner Psychological Violence during Emerging Adulthood and Adulthood. *Journal of Youth and Adolescence*, 42(4), 500–517. <http://doi.org/10.1007/s10964-013-9923-7>
- Loinaz, I.; Etxebarúa, E; Ortiz, M. ; (2012). Propiedades psicométricas de la Conflict Tactics Scale (CTS-2) en una muestra española de agresores de pareja. *Psicothema*, 24(1), 142–148. <http://www.redalyc.org/html/727/72723431022/>
- Lucidi, F., Zelli, A., & Mallia, L. (2013). The contribution of moral disengagement to adolescents' use of doping substances. *International Journal of Sport Psychology*, 44(6), 493–514. <http://doi.org/10.7352/IJSP2013.44.493>
- Mangin, J.-P. L., & Mallou, J. V. (2006). *Modelización con estructuras de covarianzas en Ciencias Sociales: temas esenciales, avanzados y aportaciones especiales*. Netbiblo.
- Manuscript, A. (2012). NIH Public Access. *Changes*, 29(6), 997-1003. <http://doi.org/10.1016/j.biotechadv.2011.08.021.Secreted>
- Marquette, H. (2012). “Finding god” or “moral disengagement” in the fight against corruption in developing countries? Evidence from India and Nigeria. *Public Administration and Development*, 32(1), 11–26. <http://doi.org/10.1002/pad.1605>
- Mathieson, L. C., Klimes-Dougan, B., & Crick, N. R. (2014). Dwelling on it may make it worse: The links between relational victimization, relational aggression, rumination, and depressive symptoms in adolescents. *Development and Psychopathology*, 26(3), 735–747. <http://doi.org/10.1017/S0954579414000352>
- McCullough, M. E., Bono, G., & Root, L. M. (2007). Rumination, emotion, and forgiveness: Three longitudinal studies. *Journal of Personality and Social Psychology*, 92(3), 490–505. <http://doi.org/10.1037/0022-3514.92.3.490>
- Menesini, E., & Nocentini, A. (2008). Dating aggression in adolescence. *Comportamenti Aggressivi Nelle Prime Esperienze Sentimentali in Adolescenza*, 35(2), 407–432. Doi 2008-11785-007
- Menesini, E., Fonzi, A., & Vannucci, M. (1999). Il disimpegno morale: la legittimazione del comportamento prepotente. *Il Gioco Crudele. Studi E Ricerche Sui Correlati Psicologici Del Bullismo*, 39–53.

- Menesini, E., Nocentini, A., &... F. O.-R. (2011). Participación recíproca en la agresión que data de los adolescentes: Un estudio italiano-español. *European Journal of ...* <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/17405629.2010.549011>
- Menesini, E., Nocentini, A., & Calussi, P. (2011). The Measurement of Cyberbullying: Dimensional Structure and Relative Item Severity and Discrimination. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, *14*(5), 267–274. <http://doi.org/10.1089/cyber.2010.0002>
- Menesini, E., Nocentini, A., & Camodeca, M. (2013). Morality, values, traditional bullying, and cyberbullying in adolescence. *British Journal of Developmental Psychology*, *31*(1), 1–14. <http://doi.org/10.1111/j.2044-835X.2011.02066.x>
- Menesini, E., Nocentini, A., & Palladino, B. E. (2012). Empowering students against bullying and cyberbullying: Evaluation of an Italian peer-led model. *International Journal of Conflict and Violence*, *6*(2), 314–321. <http://www.ijcv.org/index.php/ijcv/article/view/253>
- Menesini, E., Nocentini, A., Palladino, B. E., Frisé, A., Berne, S., Ortega-Ruiz, R., Smith, P. K. (2012). Cyberbullying Definition among Adolescents: A Comparison across Six European Countries. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, *15*(9), 455–463. <http://doi.org/10.1089/cyber.2012.0040>
- Menesini, E., Sanchez, V., Fonzi, A., Ortega, R., Costabile, A., & Lo Feudo, G. (2003). Moral Emotions and Bullying: A Cross-National Comparison of Differences between Bullies, Victims and Outsiders. *Aggressive Behavior*, *29*(6), 515–530. <http://doi.org/10.1002/ab.10060>
- Messinger, A. M., Fry, D. A., Rickert, V. I., Catalozzi, M., & Davidson, L. L. (2014). Extending Johnson's Intimate Partner Violence Typology. *Violence against Women*, *20*(8), 948–971. <http://doi.org/10.1177/1077801214546907>
- Mestre, M. V., Samper, P., Frías, M. D. y Tur, A. M. (2009). Are women more empathetic than men? A longitudinal study in adolescence. *The Spanish Journal of Psychology*, *12*(1), 76-83.
- Mitchell, L. (2011). Moral disengagement and support for nonhuman animal farming. *Society and Animals*, *19*(1), 38-58.
- Montes-Berges, B. (2008). Tácticas para la resolución de conflictos y celos románticos en relaciones íntimas: Adaptación y análisis de las

- escalas CTS2 y CR. *Estudios de Psicología*, 29(2), 221–234. <http://doi.org/10.1174/021093908784485138>
- Moore, C. (2015, December). Moral disengagement. *Current Opinion in Psychology*. <http://doi.org/10.1016/j.copsyc.2015.07.018>
- Moore, C., Detert, J. R., Klebe Treviño, L., Baker, V. L., & Mayer, D. M. (2012). Why Employees Do Bad Things: Moral Disengagement and Unethical Organizational Behavior. *Personnel Psychology*, 65(1), 1–48. <http://doi.org/10.1111/j.1744-6570.2011.01237.x>
- Moral-de la Rubia, J., López-Rosales, F., Díaz-Loving, R., & Cienfuegos-Martínez, Y.-I. (2014). Protective factors and risk factors of being a victim of couple violence in women and men. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 31–59. <http://doi.org/10.1080/02134748.2013.878570>
- Morales, J. R., & Crick, N. R. (1998). Self-report of aggression and social behavior measure. *Unpublished Measure, University of Minnesota, Twin Cities Campus*.
- Muñoz, J. M., & Echeburúa, E. (2016). Diferentes modalidades de violencia en la relación de pareja: Implicaciones para la evaluación psicológica forense en el contexto legal español. *Anuario de Psicología Jurídica*, 26(1), 2–12. <http://doi.org/10.1016/j.apj.2015.10.001>
- Muñoz-Rivas, M. J., Gámez-Guadix, M., Fernández-González, L., & Lozano, M. P. G. (2011). Validation of the Attitudes about Aggression in Dating Situations (AADS) and the Justification of Verbal/Coercive Tactics Scale (JVCT) in Spanish Adolescents. *Journal of Family Violence*, 26(8), 575–584. <http://doi.org/10.1007/s10896-011-9391-3>
- Muñoz-Rivas, M. J., Gómez, J. L. G., O’Leary, K. D., & Lozano, P. G. (2007). Physical and psychological aggression in dating relationships in Spanish university students. *Psicothema*, 19(1), 102–107.
- Muñoz-Rivas, M. J., Gómez-Guadix, M., Graña, J. L., & Fernández, L. (2010). Violencia en el noviazgo y consumo de alcohol y drogas ilegales entre adolescentes y jóvenes españoles. *Adicciones*, 22(2), 125–134. <http://doi.org/10.20882/adicciones.201>
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O’Leary, K. D., & González, M. P. (2007). Aggression in Adolescent Dating Relationships: Prevalence, Justification, and Health Consequences. *Journal of Adolescent Health*, 40(4), 298–304. <http://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2006.11.137>

- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O'Leary, K. D., & González, M. P. (2009). Prevalence and predictors of sexual aggression in dating relationships of adolescents and young adults. *Psicothema, 21*(2), 234–40. Retrieved from <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/19403076>
- Murray, C. E., Wester, K. L., & Paladino, D. A. (2008). Dating Violence and Self-Injury among Undergraduate College Students: Attitudes and Experiences. *Journal of College Counseling, 11*(1), 42–57. <http://doi.org/10.1002/j.2161-1882.2008.tb00023.x>
- Narayan, A. J., Englund, M. M., Carlson, E. A., & Egeland, B. (2014). Adolescent conflict as a developmental process in the prospective pathway from exposure to interparental violence to dating violence. *Journal of Abnormal Child Psychology, 42*(2), 239–250. <http://doi.org/10.1007/s10802-013-9782-4>
- Newton, N. C., Barrett, E. L., Swaffield, L., & Teesson, M. (2014). Risky cognitions associated with adolescent alcohol misuse: Moral disengagement, alcohol expectancies and perceived self-regulatory efficacy. *Addictive Behaviors, 39*(1), 165–172. doi.org/10.1016/j.addbeh.2013.09.030
- Niven, K., Sprigg, C. A., Armitage, C. J., & Satchwell, A. (2013). Ruminative thinking exacerbates the negative effects of workplace violence. *Journal of Occupational and Organizational Psychology, 86*(1), 67–84. <http://doi.org/10.1111/j.2044-8325.2012.02066.x>
- Nocentini, A. (2013). Self-efficacy in Anger Management and Dating Aggression in Italian Young Adults Self-efficacy in Anger Management and Dating Aggression in Italian Young Adults, *7*(2), 286–297.
- Nocentini, A., Menesini, E., & Pastorelli, C. (2010). Physical dating aggression growth during adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology, 38*(3), 353–365. <http://doi.org/10.1007/s10802-009-9371-8>
- Nocentini, A., Menesini, E., Pastorelli, C., Connolly, J., Pepler, D., & Craig, W. (2011). Physical Dating Aggression in adolescence: Cultural and gender invariance. *European Psychologist, 16*(4), 278–287. <http://doi.org/10.1027/1016-9040/a000045>
- Nocentini, U., Menesini, E., & Pastorelli, C. (2010). El crecimiento físico de citas agresión durante la adolescencia. *Journal of Abnormal Child Psychology* ...Retrieved from <http://www.springerlink.com/index/F457TH693433723M.pdf>

Nunnally, J., & Bernstein, I. (1995). Análisis Factorial I: El Modelo General Y La Condensación De La Varianza. *Teoría Psicométrica*, 501–551.

O'Leary, K. D., & Slep, A. M. S. (2012). Prevention of Partner Violence by Focusing on Behaviors of Both Young Males and Females. *Prevention Science*, 13(4), 329–339. <http://doi.org/10.1007/s11121-011-0237-2>

O'Leary, K. D., & Smith Slep, A. M. (2003). A Dyadic Longitudinal Model of Adolescent Dating Aggression. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 32(3), 314–327. http://doi.org/10.1207/S15374424JCCP3203_01

Obermann, M. L. (2011). Moral disengagement among bystanders to school bullying. *Journal of School Violence*, 10(3), 239–257. <http://doi.org/10.1080/15388220.2011.578276>

Obermann, M. L. (2011). Moral disengagement in self-reported and peer-nominated school bullying. *Aggressive Behavior*, 37(2), 133–144. <http://doi.org/10.1002/ab.20378>

Obermann, M. L. (2013). Temporal Aspects of Moral Disengagement in School Bullying: Crystallization or Escalation? *Journal of School Violence*, 12(2), 193–210. <http://doi.org/10.1080/15388220.2013.766133>

Ogunfowora, B., Bourdage, J. S., & Nguyen, B. (2013). An Exploration of the Dishonest Side of Self-Monitoring: Links to Moral Disengagement and Unethical Business Decision Making. *European Journal of Personality*, 27(6), 532–544. <http://doi.org/10.1002/per.1931>

Orpinas, P., Hsieh, H. L., Song, X., Holland, K., & Nahapetyan, L. (2013). Trajectories of Physical Dating Violence from Middle to High School: Association with Relationship Quality and Acceptability of Aggression. *Journal of Youth and Adolescence*, 42(4), 551–565. <http://doi.org/10.1007/s10964-012-9881-5>

Orpinas, P., Nahapetyan, L., Song, X., McNicholas, C., & Reeves, P. M. (2012). Psychological Dating Violence Perpetration and Victimization: Trajectories from Middle to High School. *Aggressive Behavior*, 38(6), 510–520. <http://doi.org/10.1002/ab.21441>

Ortega Andrade, N., Alcázar-Olán, R., Matías, O. M., Rivera Guerrero, A., & Domínguez Espinosa, A. (2017). Anger Rumination Scale: Validation in Mexico. *The Spanish Journal of Psychology*, 20, E1. <http://doi.org/10.1017/sjp.2016.105>

- Ortega, R., & Sánchez, V. (2011). Juvenile dating and violence. *Bullying in Different Contexts*, (January), 113–136.
<http://doi.org/10.1017/CB09780511921018.006>
- Ortega, R., Sanchez, V., & Menesini, E. (2002). Violencia Entre Iguales Y Desconexion Moral: Un Analisis Transcultural. *Psicothema*, 14(Suppl), 37–49. Doi 277113112_
- Ortega-Ruiz, R., Sánchez, V., & Menesini, E. (2002). 7960-13663-1-PB.pdf. *Psicothema*. Retrieved from <https://www.unioviado.es/reunido/index.php/PST/article/view/7960>
- Owens, M., & Derakshan, N. (2013). The effects of dysphoria and rumination on cognitive flexibility and task selection. *Acta Psychologica*, 142(3), 323–331. <http://doi.org/10.1016/j.actpsy.2013.01.008>
- Pabian, S., & Vandebosch, H. (2014). Using the theory of planned behaviour to understand cyberbullying: The importance of beliefs for developing interventions. *European Journal of Developmental Psychology*, 11(4), 463–477.
- Paciello, M., Fida, R., & Tramontano, C. (2012). The developmental relation between moral disengagement and aggregation with deviant peers in understanding violent adolescent behavior. *Handbook on the Psychology of Violence*. Doi 84896190935
- Paciello, M., Fida, R., Cerniglia, L., Tramontano, C., & Cole, E. (2013). High cost helping scenario: The role of empathy, prosocial reasoning and moral disengagement on helping behavior. *Personality and Individual Differences*, 55(1), 3–7.
<http://doi.org/10.1016/j.paid.2012.11.004>
- Paciello, M., Fida, R., Tramontano, C., Cole, E., & Cerniglia, L. (2013). Moral dilemma in adolescence: The role of values, prosocial moral reasoning and moral disengagement in helping decision making. *European Journal of Developmental Psychology*, 10(2), 190–205.
doi.org/fama.us.es/10.1080/17405629.2012.759099
- Paciello, M., Fida, R., Tramontano, C., Lupinetti, C., Caprara, G. (2008). Stability and change of moral disengagement and its impacts on aggression and violence in late adolescence. *Child Development*, 79(5), 1288–1309.
<http://doi.org/http://0-dx.doi.org/fama.us.es/10.1111/j.1467-8624.2008.01189.x>
- Padilla Paredes, P., & Calvete Zumalde, E. (2011). Rumiación, género y síntomas depresivos en adolescentes: adaptación de la escala de

respuestas rumiativas del cuestionario CRSS. *Ansiedad y estrés*, 17(1), 51-61.

Palmetto, N., Davidson, L. L., Breitbart, V., & Rickert, V. I. (2013). Predictors of Physical Intimate Partner Violence in the Lives of Young Women: Victimization, Perpetration, and Bidirectional Violence. *Violence and Victims*, 28(1), 103–121. <http://doi.org/10.1891/0886-6708.28.1.103>

Palladino, San, & Menesini, E. (2016). Intervención basada en la evidencia en contra de la intimidación y el acoso cibernético: Evaluación de la notrap, programa en dos ensayos independientes. *El Comportamiento Agresivo*. doi/10.1002/ab.21636/full

Pan, Q., & Zhou, Z. (2011). Moral disengagement of children and its relationship with peer relationship and social behavior. *Chinese Journal of Clinical Psychology*, 19(2), 244-246. <http://fama.us.es/DOI10053611>

Paredes, P. P., & Zumalde, E. C. (2011). Rumination, gender and depressive symptoms in adolescents: Adaptation of the ruminative scale of the CRSS questionnaire. *Ansiedad Y Estrés*, 17(1), 51–61. Doi 2011-10425-005

Passini, S. (2012). The delinquency-drug relationship: The influence of social reputation and moral disengagement. *Addictive Behaviors*, 37(4), 577-579.

Pazos Gómez, M., Delgado, A. O., & Gómez, Á. H. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 46(3), 148–159. [http://doi.org/10.1016/S0120-0534\(14\)70018-4](http://doi.org/10.1016/S0120-0534(14)70018-4)

Peled, M., & Moretti, M. M. (2010). Ruminating on rumination: ¿Are rumination on anger and sadness differentially related to aggression and depressed mood? *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 32(1), 108–117. <http://doi.org/10.1007/s10862-009-9136-2>

Péloquin, K., Lafontaine, M.-F., & Brassard, A. (2011). A dyadic approach to the study of romantic attachment, dyadic empathy, and psychological partner aggression. *Journal of Social and Personal Relationships*, 28(7), 915–942. <http://doi.org/10.1177/0265407510397988>

- Pelton, J., Gound, M., Forehand, R., & Brody, G. (2004). The Moral Disengagement Scale: Extension with an American Minority Sample. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment, 26*(1), 31-39. doi.org.fama.us.es/10.1023/B: JOBA.0000007454. 34707.a5
- Perren, S., & Gutzwiller-Helfenfinger, E. (2012). Cyberbullying and traditional bullying in adolescence: Differential roles of moral disengagement, moral emotions, and moral values. *European Journal of Developmental Psychology, 9*(2), 195-209. <http://doi.org/10.1080/17405629.2011.643168>
- Peters, J. R., Geiger, P. J., Smart, L. M., & Baer, R. A. (2014). Shame and borderline personality features: The potential mediating role of anger and anger rumination. *Personality Disorders: Theory, Research, and Treatment, 5*(1), 1-9. <http://doi.org/10.1037/per0000022>
- Pornari, C. D., & Wood, J. (2010). Peer and cyber aggression in secondary school students: The role of moral disengagement, hostile attribution bias, and outcome expectancies. *Aggressive Behavior, 36*(2), 81-94. <http://doi.org/10.1002/ab.20336>
- Pozzoli, T., Gini, G., & Vieno, A. (2012). Individual and Class Moral Disengagement in Bullying Among Elementary School Children. *Aggressive Behavior, 38*(5), 378-388. <http://doi.org/10.1002/ab.21442>
- Querstret, D., & Cropley, M. (2012). Exploring the relationship between work-related rumination, sleep quality, and work-related fatigue. *Journal of Occupational Health Psychology, 17*(3), 341-353. <http://doi.org/10.1037/a0028552>
- Ramos-Cejudo, J., Salguero, J. M., Kannis-Dymand, L., García-Sancho, E., & Love, S. (2017). Anger rumination in Australia and Spain: Validation of the Anger Rumination Scale. *Australian Journal of Psychology, 49*(1), 1-10. <http://doi.org/10.1111/ajpy.12154>
- Reed, E., Raj, A., Miller, E., & Silverman, J. G. (2010). Losing the "Gender" in Gender-Based Violence: The Missteps of Research on Dating and Intimate Partner Violence. *Violence against Women, 16*(3), 348-354. <http://doi.org/10.1177/1077801209361127>
- Reeves, P. M., & Orpinas, P. (2012). Dating Norms and Dating Violence among Ninth Graders in Northeast Georgia. *Journal of Interpersonal Violence, 27*(9), 1677-1698. <http://doi.org/10.1177/0886260511430386>

- Renner, L. M., & Whitney, S. D. (2012). Risk factors for unidirectional and bidirectional intimate partner violence among young adults. *Child Abuse and Neglect*, *36*(1), 40–52. <http://doi.org/10.1016/j.chiabu.2011.07.007>
- Rey-Anaconda, C. A. (2013). Prevalencia y tipos de maltrato en el noviazgo en adolescentes y adultos jóvenes. *Terapia Psicológica*, *31*(2), 143–154. <http://doi.org/10.4067/S0718-48082013000200001>
- Reyes, H. L. M., Foshee, V. A., Niolon, P. H., Reidy, D. E., & Hall, J. E. (2016). Gender Role Attitudes and Male Adolescent Dating Violence Perpetration: Normative Beliefs as Moderators. *Journal of Youth and Adolescence*, *45*(2), 350–360. <http://doi.org/10.1007/s10964-015-0278-0>
- Riddle, K. (2013). Transportation into Vivid Media Violence: A Focus on Attention, Emotions, and Mental Rumination. *Communication Quarterly*, *61*(4), 446–462.
- Riggs, D. S., O’Leary, K. D., & Breslin, F. C. (1990). Multiple Correlates of Physical Aggression in Dating Couples. *Journal of Interpersonal Violence*, *5*(1), 61–73. <http://doi.org/10.1177/088626090005001005>
- Robson, C., & Witenberg, R. T. (2013). The Influence of Moral Disengagement, Morally Based Self-Esteem, Age, and Gender on Traditional Bullying and Cyberbullying. *Journal of School Violence*, *12*(2), 211–231. <http://doi.org/10.1080/15388220.2012.762921>
- Rojas-Solis, J. L. (2013). Violencia en el Noviazgo de Universitarios en México: Una Revisión. *Revista Internacional de Psicología*, *12*(2), 109–131. http://www.cucs.udg.mx/revistas/edu_desarrollo/antecedentes/27/027_Rojas.pdf
- Rojas-Solís, J. L., & Raimúndez, E. C. (2011). Sexismo y agresiones físicas, sexuales y verbales-emocionales, en relaciones de noviazgo de estudiantes universitarios. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, *9*(2), 541–564.
- Roldán, A. Á., & Toro, I. P. (2012). Violencia de noviazgo y cultura (Dating Violence and Culture). *Revista de Humanidades*, (19), 137–164.
- Rood, L., Roelofs, J., Bögels, S. M., Nolen-Hoeksema, S., & Schouten, E. (2009). The influence of emotion-focused rumination and distraction on depressive symptoms in non-clinical youth: A meta-analytic review. *Clinical Psychology Review*, *29*(7), 607–616. <http://doi.org/10.1016/j.cpr.2009.07.001>

- Rubio Garay, F (2016). Tesis doctoral. Desconexión moral y violencia en las relaciones de noviazgo de adolescentes y jóvenes. UNED
- Rubio-Garay, F., López-González, M. A., Saúl, L. Á., & Sánchez-Elvira-Paniagua, Á. (2012). Direccionalidad y expresión de la violencia en las relaciones de noviazgo de los jóvenes = Directionality and violence expression in dating relationships of young people. *Acción Psicológica*, 9(1), 61–70. <http://doi.org/10.5944/ap.9.1.437>
- Ruiz, R. O., Jiménez, V. S., & Menesini, E. (2002). Violencia entre iguales y desconexión moral: un análisis transcultural. *Psicothema*, 14(1), 37–49.
- Runions, K. C., & Bak, M. (2015). Online Moral Disengagement, Cyberbullying, and Cyber-Aggression. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, 18(7), 400–405. <http://doi.org/10.1089/cyber.2014.0670>
- Rydell, R. J., McConnell, A. R., & Bringle, R. G. (2004). Jealousy and commitment: Perceived threat and the effect of relationship alternatives. *Personal Relationships*, 11(4), 451–468. <http://doi.org/10.1111/j.1475-6811.2004.00092.x>
- Salis, K. L., Salwen, J., & O’Leary, K. D. (2014). The Predictive Utility of Psychological Aggression for Intimate Partner Violence. *Partner Abuse*, 5(1), 83–97. <http://doi.org/10.1891/1946-6560.5.1.83>
- Samnani, A.-K., Salamon, S. D., & Singh, P. (2014). Negative affect and counterproductive workplace behavior: The moderating role of moral disengagement and gender. *Journal of Business Ethics*, 119(2), 235–244. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1007/s10551-013-1635-0>
- Sánchez Jimenez, V. (2017) Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación: Artículo en prensa: Sexism Attitudes among Spanish, Colombian and Chilean Adolescents. En: Behavioral Psychology/Psicología Conductual. Vol. 2. Núm. 25. Pag. 297-314
- Sánchez Jiménez, V., Ortega Rivera, F. J., Ortega Ruiz, R., & Viejo Almanzor, C. (2008). Las relaciones sentimentales en la adolescencia: satisfacción, conflictos y violencia. *Escritos de Psicología*, 2(1), 97–109. Doi S1989-38092008000300011

- Sánchez, Jiménez V., Muñoz-Fernández, N., & Ortega-Ruíz, R. (2015). "Cyberdating Q_A": An instrument to assess the quality of adolescent dating relationships in social networks. *Computers in Human Behavior*, *48*, 78–86. <http://doi.org/10.1016/j.chb.2015.01.006>
- Sánchez, V., Ortega, R., & Menesini, E. (2012). La competencia emocional de agresores y víctimas de bullying. *Anales de Psicología*, *28*(1), 71–82. <http://doi.org/10.6018/140542>
- Sánchez, V., Viejo, C., & Ortega, R. (2012). El contexto de los iguales y de la pareja como factores predictores de la agresión física y sexual en las parejas adolescentes. *Prolepsis, Monográfico*, 123–130. <https://idus.us.es/xmlui/handle/11441/32782>
- Sánchez-Queija, I., & Oliva, A. (2003). Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, *18*(1), 71–86. <http://doi.org/10.1174/02134740360521796>
- Satorra, A., & Bentler, P. M. (2001). A scaled difference chi-square test statistic for moment structure analysis. *Psychometrika*, *66*(4), 507–514. <http://doi.org/10.1007/BF02296192>
- Schwartz, J. P., Hage, S. M., Bush, I., & Burns, L. K. (2006). Unhealthy Parenting and Potential Mediators as Contributing Factors to Future Intimate Violence. *Trauma, Violence, & Abuse*, *7*(3), 206–221. <http://doi.org/10.1177/1524838006288932>
- Sears, H. A., & Byers, E. S. (2010). Adolescent girls' and boys' experiences of psychologically, physically, and sexually aggressive behaviors in their dating relationships: Co-occurrence and emotional reaction. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, *19*(5), 517–539. <http://doi.org/10.1080/10926771.2010.495035>
- Sears, H. A., Sandra Byers, E., & Lisa Price, E. (2007). The co-occurrence of adolescent boys' and girls' use of psychologically, physically, and sexually abusive behaviours in their dating relationships. *Journal of Adolescence*, *30*(3), 487–504. <http://doi.org/10.1016/j.adolescence.2006.05.002>
- Shafer, D. M. (2009). *The Role of Moral Disengagement In The Judgment Of Characters And The Enjoyment Of Violent Film. Dissertation Abstracts International Section A: Humanities and Social Sciences*. Proquest.com.fama.us.es/docview/849023812? Accountid=14744

- Shorey, R. C., Brasfield, H., Febres, J., & Stuart, G. L. (2011). An examination of the association between difficulties with emotion regulation and dating violence perpetration. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, *20*(8), 870–885.
<http://doi.org/10.1080/10926771.2011.629342>
- Shorey, R. C., Cornelius, T. L., & Bell, K. M. (2008). A critical review of theoretical frameworks for dating violence: Comparing the dating and marital fields. *Aggression and Violent Behavior*, *13*(3), 185–194.
<http://doi.org/10.1016/j.avb.2008.03.003>
- Shorey, R. C., McNulty, J. K., Moore, T. M., & Stuart, G. L. (2015). Emotion Regulation Moderates the Association Between Proximal Negative Affect and Intimate Partner Violence Perpetration. *Prevention Science*, *16*(6), 873–880. <http://doi.org/10.1007/s11121-015-0568-5>
- Shorey, R. C., Meltzer, C., & Cornelius, T. L. (2010). Motivations for Self-Defensive Aggression in Dating Relationships. *Violence and Victims*, *25*(5), 662–676. <http://doi.org/10.1891/0886-6708.25.5.662>
- Shorey, R. C., Seavey, A. E., Quinn, E., & Cornelius, T. L. (2014). Partner-specific anger management as a mediator of the relation between mindfulness and female perpetrated dating violence. *Psychology of Violence*, *4*(1), 51–64. <http://doi.org/10.1037/a0033658>
- Shorey, R. C., Zucosky, H., Brasfield, H., Febres, J., Cornelius, T. L., Sage, C., & Stuart, G. L. (2012). Dating violence prevention programming: Directions for future interventions. *Aggression and Violent Behavior*, *17*(4), 289–296. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2012.03.001>
- Shorey, R., Cornelius, T., & Bell, K. (2008). Una revisión crítica de los marcos teóricos para la violencia de citas: Comparando los campos de citas y maritales. *La Agresión Y El Comportamiento Violento*. Doi S1359178908000104
- Shorey, R., templo, J., &... J. F. (2012). Las consecuencias de perpetrar la agresión psicológica en las relaciones de pareja: una investigación descriptiva. *Diariode...*
<http://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0886260512441079>
- Shortt, J. W., Capaldi, D. M., Kim, H. K., Kerr, D. C. R., Owen, L. D., & Feingold, A. (2012). Stability of Intimate Partner Violence by Men across 12 Years in Young Adulthood: Effects of Relationship Transitions. *Prevention Science*, *13*(4), 360–369.
<http://doi.org/10.1007/s11121-011-0202-0>

- Shortt, J., Capaldi, D., Kim, H., & Laurent, H. (2010). Los efectos de la violencia de la pareja en la satisfacción de la relación con el tiempo para las parejas jóvenes en riesgo. *Abuso de Pareja*. Doi PMC2856925/
- Shortt, J., Capaldi, D., Kim, H., & Tiberio, S. (2013). La interacción entre el estrés interpersonal y la violencia psicológica del compañero íntimo con el tiempo para las parejas jóvenes en riesgo. *Diario de La Juventud* 10.1007/s10964-013-9911-y
- Shu, L. L., Gino, F., & Bazerman, M. H. (2011). Dishonest Deed, Clear Conscience: When Cheating Leads to Moral Disengagement and Motivated Forgetting. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 37(3), 330–349. <http://doi.org/10.1177/0146167211398138>
- Shulman, E. P., Cauffman, E., Piquero, A. R., & Fagan, J. (2011). Moral disengagement among serious juvenile offenders: A longitudinal study of the relations between morally disengaged attitudes and offending. *Developmental Psychology*, 47(6), 1619–1632. <http://doi.org/10.1037/a0025404>
- Siegel, J. P. (2013). Breaking the links in intergenerational violence: An emotional regulation perspective. *Family Process*, 52(2), 163–178. <http://doi.org/10.1111/famp.12023>
- Sigelman, C. K., Berry, C. J., & Wiles, K. A. (1984). Violence in College Students' Dating Relationships. *Journal of Applied Social Psychology*, 14(6), 530–548. <http://doi.org/10.1111/j.1559-1816.1984.tb02258.x>
- Sijtsema, J. J., Rambaran, J. A., Caravita, S. C. S., & Gini, G. (2014). Friendship selection and influence in bullying and defending: Effects of moral disengagement. *Developmental Psychology*, 50(8), 2093–2104. <http://doi.org/10.1037/a0037145>
- Sijtsema, J. J., Shoulberg, E. K., & Murray-Close, D. (2011). Physiological reactivity and different forms of aggression in girls: Moderating roles of rejection sensitivity and peer rejection. *Biological Psychology*, 86(3), 181–192.
- Simon, V. A., & Furman, W. (2010). Interparental conflict and adolescents' romantic relationship conflict. *Journal of Research on Adolescence*, 20(1), 188–209. <http://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2009.00635.x>
- Sotelo, J. M., & Babcock, J. C. (2013). BIS/BAS Variables as Moderators of the Rumination-Intimate Partner Violence Link. *Journal of Family*

- Violence*, 28(3), 233–242. <http://doi.org/10.1007/s10896-013-9500-6>
- South, C. R., & Wood, J. (2006). Bullying in prisons: The importance of perceived social status, prisonization, and moral disengagement. *Aggressive Behavior*, 32(5), 490–501. <http://doi.org/10.1002/ab.20149>
- Spender, J. (2014). A rumination on managerial judgment. *Revue Française de Gestion*. Retrieved from <http://dialnet.unirioja.es/servlet/extart?codigo=4680876>
- Stanger, N., Kavussanu, M., Boardley, I. D., & Ring, C. (2013). The influence of moral disengagement and negative emotion on antisocial sport behavior. *Sport, Exercise, and Performance Psychology*, 2(2), 117–129. <http://doi.org/10.1037/a0030585>
- Steven Rholes, W., Kohn, J. L., & Simpson, J. A. (2014). A longitudinal study of conflict in new parents: The role of attachment. *Personal Relationships*, 21(1), 1–21. <http://doi.org/10.1111/pere.12023>
- Straus, H., Cerulli, C., McNutt, L. A., Rhodes, K. V., Conner, K. R., Kemball, R. S., ... Houry, D. (2009). Intimate Partner Violence and Functional Health Status: Associations with Severity, Danger, and Self-Advocacy Behaviors. *Journal of Women's Health*, 18(5), 625–631. <http://doi.org/10.1089/jwh.2007.0521>
- Straus, M. a, & Gozjolko, K. L. (2008). “Intimate Terrorism” and Injury of Dating Partners by Male and Female University Students. *Journal of Family Violence*, 29(June 2007), 4–6.
- Straus, M. a, & Savage, S. a. (2005). Neglectful behavior by parents in the life history of university students in 17 countries and its relation to violence against dating partners. *Child Maltreatment*, 10(2), 124–135. <http://doi.org/10.1177/1077559505275507>
- Straus, M. A. (1979). Measuring Intrafamily Conflict and Violence: The Conflict Tactics (CT) Scales. *Journal of Marriage and Family*, 41(1), 75–88. <http://doi.org/10.2307/351733>
- Straus, M. A. (2011). Gender symmetry and mutuality in perpetration of clinical-level partner violence: Empirical evidence and implications for prevention and treatment. *Aggression and Violent Behavior*, 16(4), 279–288. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.010>

- Straus, M. A., & Gelles, R. J. (1986). Societal Change and Change in Family Violence from 1975 to 1985 as Revealed by Two National Surveys. *Journal of Marriage and the Family*, 48(3), 465. <http://doi.org/10.2307/352033>
- Straus, M. A., & Gozjolko, K. L. (2014). «Intimate Terrorism» and Gender Differences in Injury of Dating Partners by Male and Female University Students. *Journal of Family Violence*, 29(1), 51-65.
- Straus, M. A., & Gozjolko, K. L. (2016). Concordance between partners in “intimate terrorism”: A comparison of two typologies. *Aggression and Violent Behavior*, 29, 55-60. <http://doi.org/10.1016/j.avb.2016.06.003>
- Straus, M. A., & Ramirez, I. L. (2007). Gender symmetry in prevalence, severity, and chronicity of physical aggression against dating partners by university students in Mexico and USA. *Aggressive Behavior*, 33(4), 281-290.
- Straus, M. A., Hamby, S. L., Boney-McCoy, S., & Sugarman, D. B. (1996). The Revised Conflict Tactics Scales (CTS2). *Journal of Family Issues*, 17(3), 283-316. <http://doi.org/10.1177/019251396017003001>
- Straus, M. A., Hamby, S. L., Finkelhor, D., Boney-McCoy, S., & Sugarman, D. B. (2004). Conflict Tactics Scales. *Conflict Tactics Scales (CTS) Sourcebook*, 190-197. <http://doi.org/10.1037/t02125-000>
- Stuart, G. L., McGeary, J. E., Shorey, R. C., Knopik, V. S., Beaucage, K., & Temple, J. R. (2014). Genetic Associations with Intimate Partner Violence in a Sample of Hazardous Drinking Men in Batterer Intervention Programs. *Violence against Women*, 20(4), 385-400. <http://doi.org/10.1177/1077801214528587>
- Sugarman, D. B., & Hotaling, G. T. (1989). Dating violence: Prevalence, context, and risk markers.
- Swahn, M. H., Alemdar, M., & Whitaker, D. J. (2010). Nonreciprocal and Reciprocal Dating Violence and Injury Occurrence among Urban Youth. *The Western Journal of Emergency Medicine*, 11(August), 264-268. Doi PMC2941364/
- Tangney, J. P., Stuewig, J., & Mashek, D. J. (2006). Moral emotions and moral behavior. *Annual Review in Psychology*, 58, 345-372. Retrieved from <http://www.annualreviews.org/doi/abs/10.1146/annurev.psych.56.091103.070145>

- Tanrikulu, I., & Campbell, M. (2015). Correlates of traditional bullying and cyberbullying perpetration among Australian students. *Children and Youth Services Review, 55*, 138–146. <http://doi.org/10.1016/j.childyouth.2015.06.001>
- Taylor, B. G., Stein, N., & Burden, F. F. (2010). Exploring gender differences in dating violence/harassment prevention programming in middle schools: Results from a randomized experiment. *Journal of Experimental Criminology, 6*(4), 419–445. <http://doi.org/10.1007/s11292-010-9103-7>
- Taylor, K. A., Sullivan, T. N., & Farrell, A. D. (2014). Longitudinal Relationships between Individual and Class Norms Supporting Dating Violence and Perpetration of Dating Violence. *Journal of Youth and Adolescence, 44*(3), 745–760. <http://doi.org/10.1007/s10964-014-0195-7>
- Temple, J. R., Choi, H. J., Brem, M., Wolford-Clevenger, C., Stuart, G. L., Peskin, M. F., & Elmquist, J. A. (2016). The Temporal Association Between Traditional and Cyber Dating Abuse Among Adolescents. *Journal of Youth and Adolescence, 45*(2), 340–349. <http://doi.org/10.1007/s10964-015-0380-3>
- Temple, J. R., Choi, H. J., Elmquist, J. A., Hecht, M., Miller-Day, M., Stuart, G. L., Wolford-Clevenger, C. (2016). Psychological Abuse, Mental Health, and Acceptance of Dating Violence among Adolescents. *Journal of Adolescent Health, 59*(2), 197–202. <http://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2016.03.034>
- Thornberg, R., & Jungert, T. (2013). Bystander behavior in bullying situations: Basic moral sensitivity, moral disengagement and defender self-efficacy. *Journal of Adolescence, 36*(3), 475–483. <http://doi.org/10.1016/j.adolescence.2013.02.003>
- Thornberg, R., & Jungert, T. (2014). School bullying and the mechanisms of moral disengagement. *Aggressive Behavior, 40*(2), 99–108. <http://doi.org/http://0-dx.doi.org.fama.us.es/10.1002/ab.21509>
- Tiwari, A., Chan, K. L., Cheung, D. S. T., Fong, D. Y. T., Yan, E. C. W., & Tang, D. H. M. (2015). The differential effects of intimate terrorism and situational couple violence on mental health outcomes among abused Chinese women: a mixed-method study. *BMC Public Health, 15*(1), 314. <http://doi.org/10.1186/s12889-015-1649-x>

- Traclet, A., Romand, P., Moret, O., & Kavussanu, M. (2011). Antisocial behavior in soccer: A qualitative study of moral disengagement. *International Journal of Sport and Exercise Psychology, 9*(2), 143–155. <http://doi.org/10.1080/1612197X.2011.567105>
- Tsai, J.-J., Wang, C.-H., & Lo, H.-J. (2014). Locus of control, moral disengagement in sport, and rule transgression of athletes. *Social Behavior and Personality: An International Journal, 42*(1), 59–68. <http://doi.org/10.2224/sbp.2014.42.1.59>
- Tsay, M., & Krakowiak, K. M. (2011). The impact of perceived character similarity and identification on moral disengagement. *International Journal of Arts and Technology, 4*(1), 102. <http://doi.org/10.1504/IJART.2011.037773>
- Ureña, J., Romera, E. M., Casas, J. A., Viejo, C., & Ortega-Ruiz, R. (2015). Psychometrics properties of Psychological Dating Violence Questionnaire: A study with young couples. *International Journal of Clinical Health & Psychology, 15*(1), 52–60. <http://doi.org/10.1016/j.ijchp.2014.07.002>
- Vagi, K. J., Rothman, E. F., Latzman, N. E., Tharp, A. T., Hall, D. M., & Breiding, M. J. (2013). Beyond Correlates: A Review of Risk and Protective Factors for Adolescent Dating Violence Perpetration. *Journal of Youth and Adolescence, 42*(4), 633–649. <http://doi.org/10.1007/s10964-013-9907-7>
- Vagos, P., Rijo, D., Santos, I. M., & Marsee, M. A. (2014). Forms and Functions of Aggression in Adolescents: Validation of the Portuguese Version of the Peer Conflict Scale. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment, 36*(4), 570–579. <http://doi.org/10.1007/s10862-014-9421-6>
- Van de Bongardt, D., Yu, R., Deković, M., & Meeus, W. H. (2015). Romantic relationships and sexuality in adolescence and young adulthood: The role of parents, peers, and partners. *European Journal of Developmental Psychology, 12*:5, 497–515, DOI:10.1080/17405629.2015.1068689
- Van Noorden, T. H. J., Haselager, G. J. T., Cillessen, A. H. N., & Bukowski, W. M. (2014). Dehumanization in children: The link with moral disengagement in bullying and victimization. *Aggressive Behavior, 40*(4), 320–328. <http://doi.org/10.1002/ab.21522>
- Vasquez, E. A., Osman, S., & Wood, J. L. (2012). Rumination and the displacement of aggression in United Kingdom Gang-affiliated youth.

- Aggressive Behavior*, 38(1), 89–97.
<http://doi.org/10.1002/ab.20419>
- Vega-Gea, E., Ortega-Ruiz, R., & Sánchez, V. (2016). Peer sexual harassment in adolescence: Dimensions of the sexual harassment survey in boys and girls. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 16(1), 47–57. <http://doi.org/10.1016/j.ijchp.2015.08.002>
- Viejo, C. (2014). Violencia física en las relaciones sentimentales adolescentes: Hacia la comprensión del fenómeno. *Infancia Y Aprendizaje*, 37(4), 785–815. <http://doi.org/10.1080/02103702.2014.977110>
- Viejo, C., Monks, C. P., Sánchez, V., & Ortega-Ruiz, R. (2016). Physical Dating Violence in Spain and the United Kingdom and the Importance of Relationship Quality. *Journal of Interpersonal Violence*, 31(8), 1453–1475. <http://doi.org/10.1177/0886260514567963>
- Viejo, C., Ortega-Ruiz, R., & Sánchez, V. (2015). Adolescent love and well-being: the role of dating relationships for psychological adjustment. *Journal of Youth Studies*, 18(9), 1219–1236. <http://doi.org/10.1080/13676261.2015.1039967>
- Viejo, C., Sanchez, V., & Ortega-Ruiz, R. (2014). Violencia física en la pareja adolescente: La potencialidad interpretativa de un modelo bifactorial. *Anales de Psicología*, 30(1), 171–179. <http://doi.org/10.6018/analesps.30.1.141341>
- Villafañe Santiago, Á. A., Jiménez Chafey, M. I., Carrasquillo, D. D. J., & Vázquez Ramos, R. A. (2012). Construction and validation of experiences questionnaire on violence in couple and family relations in university students. *Universitas Psychologica*, 11(1), 207–215. Doi 5fe4aa2bdaeeaa896e9422cf355553bf5
- Vincent, L. C., Emich, K. J., & Goncalo, J. A. (2013). Stretching the Moral Gray Zone: Positive Affect, Moral Disengagement, and Dishonesty. *Psychological Science*, 24(4), 595–599. doi.org/10.1177/0956797612458806
- Vollum, S., & Buffington-Vollum, J. (2010). An examination of social-psychological factors and support for the death penalty: Attribution, moral disengagement, and the value-expressive function of attitudes. *American Journal of Criminal Justice*, 35(1), 15–36. <http://doi.org/10.1007/s12103-009-9068-0>
- Wachs, S. (2012). Moral disengagement and emotional and social difficulties in bullying and cyberbullying: Differences by participant

- role. *Emotional and Behavioural Difficulties*, 17(3-4), 347-360.
<http://doi.org/10.1080/13632752.2012.704318>
- Wagner, C. A., Alloy, L. B., & Abramson, L. Y. (2014). Trait Rumination, Depression, and Executive Functions in Early Adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 44(1), 18-36.
<http://doi.org/10.1007/s10964-014-0133-8>
- Wang, M., Liu, S., Liao, H., Gong, Y., Kammeyer-Mueller, J., & Shi, J. (2013). Can't get it out of my mind: Employee rumination after customer mistreatment and negative mood in the next morning. *Journal of Applied Psychology*, 98(6), 989-1004.
<http://doi.org/10.1037/a0033656>
- Wang, X., & Yang, J. (2010). Reliability and validity of Moral Disengagement Scale in Chinese students. *Chinese Journal of Clinical Psychology*, 18(2), 177-179. <http://doi.org/10.16128/j.cnki.1005-3611.2010.02.025>
- Wekerle, C., & Wolfe, D. A. (1998). The role of child maltreatment and attachment style in adolescent relationship violence. *Development and Psychopathology*, 10(October 2015), 571-586.
<http://doi.org/10.1017/S0954579498001758>
- Wekerle, C., & Wolfe, D. A. (1999). Dating violence in mid-adolescence: Theory, significance, and emerging prevention initiatives. *Clinical Psychology Review*, 19(4), 435-456. [http://doi.org/10.1016/S0272-7358\(98\)00091-9](http://doi.org/10.1016/S0272-7358(98)00091-9)
- Wekerle, C., Leung, E., Wall, A. M., MacMillan, H., Boyle, M., Trocme, N., & Waechter, R. (2009). The contribution of childhood emotional abuse to teen dating violence among child protective services-involved youth. *Child Abuse and Neglect*, 33(1), 45-58.
<http://doi.org/10.1016/j.chiabu.2008.12.006>
- Whitaker, D. J., Haileyesus, T., Swahn, M., & Saltzman, L. S. (2007). Differences in frequency of violence and reported injury between relationships with reciprocal and nonreciprocal intimate partner violence. *American Journal of Public Health*,
- White, B. A., & Turner, K. A. (2014). Anger rumination and effortful control: Mediation effects on reactive but not proactive aggression. *Personality and Individual Differences*, 56(1), 186-189.
<http://doi.org/10.1016/j.paid.2013.08.012>

- White-Ajmani, M. L., & Bursik, K. (2014). Situational context moderates the relationship between moral disengagement and aggression. *Psychology of Violence, 4*(1), 90–100. <http://doi.org/10.1037/a0031728>
- White-Ajmani, ML, y Bursik, K. (2014). El contexto situacional modera la relación entre la desvinculación moral y la agresión. *Psicología de la violencia, 4* (1), 90-100. <http://dx.doi.org/10.1037/a0031728>
- Whitmer, A. J., & Banich, M. T. (2010). Trait rumination and inhibitory deficits in long-term memory. *Cognition and Emotion, 24*(1), 168–179. <http://doi.org/10.1080/02699930802645762>
- Whitmer, A. J., & Gotlib, I. H. (2013). An attentional scope model of rumination. *Psychological Bulletin, 139*(5), 1036–1061. <http://doi.org/10.1037/a0030923>
- Wolfe, D. A., Scott, K., Reitzel-Jaffe, D., Wekerle, C., Grasley, C., & Straatman, A.-L. (2001). Development and validation of the Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory. *Psychological Assessment, 13*(2), 277–293. <http://doi.org/10.1037/1040-3590.13.2.277>
- Wood, J., Moir, A., & James, M. (2009). Prisoners' gang-related activity: The importance of bullying and moral disengagement. *Psychology, Crime and Law, 15*(6), 569–581. <http://doi.org/10.1080/10683160802427786>
- Wood, J., Moir, A., & James, M. (2009). Prisoners' gang-related activity: The importance of bullying and moral disengagement. *Psychology, Crime and Law, 15*(6), 569–581.
- Wright, R. A. (1995). Women as “Victims” and as “Resisters”: Depictions of the Oppression of Women in Criminology Textbooks. *Teaching Sociology, 23*(2), 111. <http://doi.org/10.2307/1319341>
- Yang, J.-P., & Wang, X.-C. (2013). Effect of Moral Disengagement on Adolescents' Aggressive Behavior: Moderated Mediating Effect. *Acta Psychologica Sinica, 44*(8), 1075–1085. <http://doi.org/10.3724/SP.J.1041.2012.01075>
- Yang, Y., Cao, S., Shields, G. S., Teng, Z., & Liu, Y. (2017). The relationships between rumination and core executive functions: A meta-analysis. *Depression and Anxiety, 34*(1), 37–50. <http://doi.org/10.1002/da.22539>

- Yela García, C. (2003). La otra cara del amor: Mitos, paradojas y problemas. *Encuentros En Psicología Social*, (2), 263-267.
- Zuffianò, A., Alessandri, G., Luengo Kanacri, B. P., Pastorelli, C., Milioni, M., Ceravolo, R. & Caprara, G. V. (2014). The relation between prosociality and self-esteem from middle-adolescence to young adulthood. *Personality and Individual Differences*, 63, 24-29. <http://doi.org/10.1016/j.paid.2014.01.041>
- Zweig, J. M., Lachman, P., & J. Y. (2014). Correlatos de la cibernética violencia en el noviazgo entre adolescentes. *Diario de La Juventud doi* bd6d309459b081b67caa3fcf23ecaa63
- Zweig, J. M., Yahner, J., Dank, M., & Lachman, P. (2014). ¿Can Johnson's Typology of Adult Partner Violence Apply to Teen Dating Violence? *Journal of Marriage and Family*, 76(4), 808-825. <http://doi.org/10.1111/jomf.12121>

ANEXOS



ANEXO

Tabla 1. Ítems de Violencia Psicológica y física

<i>Relational Agression Scale</i>
* Criticar, hablar mal...
* Decirle a tu novio/a que dejará de gustarte si no hace lo que le pides
* Negarte a dejar de hablar durante una discusión
* Irte durante una discusión
* Insultar o meterse con el otro
<i>The Conflict Tactics Scale</i>
* Dar empujones y agarrar
* Escupir
* Tirar del pelo o arañar
* Abofetear, dar patadas
* Retorcer el brazo
* Tirar, romper, patadas a las cosas
* Empujar contra la pared
* Golpear o intentar golpear contra la pared
* Intentar asfixiar o dar puñetazos

Tabla 2. Ítems The Moral Disengagement Scale (MDS)

<i>Justificación Moral</i>
<ul style="list-style-type: none"> * Está bien pelearse para proteger a tus amigos (DM1) * Está bien pegar a quien insulta a tu familia (DM 9) * Está bien pelearse si la reputación de tu grupo de amigos se pone en entredicho (DM 17) * Está bien mentir si eso evita que tus compañeros se metan en problemas (DM 25)
<i>Eufemismo</i>
<ul style="list-style-type: none"> * Dar collejas o empujar a los compañeros son solo formas de bromear (DM 2) * Algunos compañeros del instituto son odiosos. Golpearles es solo una forma de darles una lección (DM 10) * Coger la bicicleta de alguien sin su permiso es solo una forma de cogerla prestada (DM18) * No es malo colocarse de vez en cuando (DM 26)
<i>Comparación Ventajosa</i>
<ul style="list-style-type: none"> * Estropear o dañar las cosas de otra persona no es gran cosa si consideras que hay gente que incluso da palizas a otros (DM 3) * Robar un poco de dinero no es tan grave si se compara con aquellos que roban grandes cantidades (DM 11) * Está bien insultar a algún compañero o compañera, porque pegarle es peor (DM 19) * Comparado con todas las cosas ilegales que hace la gente, llevarse algunas cosas de un supermercado sin pagar no es tan grave (DM 27)
<i>Desplazamiento de la Responsabilidad</i>
<ul style="list-style-type: none"> * Si un chico o chica pertenece a una pandilla, no debería ser culpado por los problemas o daños que la pandilla provoque (DM 4) * Si, por ejemplo, a algún chico o chica se le ocurre romper las normas, no debería ser culpado porque otros vayan y lo hagan (DM 12) * Si un grupo de chicos decide hacer algo malo, es injusto culpar a cada uno de ellos por lo que han hecho (DM 20) * Si un grupo de compañeros roba un examen y uno de ellos solo vigilaba la puerta, no es justo culparle a él del robo (DM 28)

<p style="text-align: center;"><i>Difusión de la Responsabilidad</i></p>
<ul style="list-style-type: none">* No se debería culpar ni juzgar el mal comportamiento de chicos y chicas que viven en situaciones muy desfavorecidas (DM 5)* Si hay compañeros que no están bien educados, no deberían ser culpados por comportarse mal (DM 13)* No se debe reñirse a los chicos o chicas por decir palabrotas cuando todos sus amigos las dicen (DM 21)* No se debe culpar o castigar a un chico o chica por hacer algo malo, si sus amigos le han presionado para que lo hiciese (DM 29)
<p style="text-align: center;"><i>Distorsión de la Consecuencia</i></p>
<ul style="list-style-type: none">* Está bien decir pequeñas mentiras porque realmente no dañan a nadie (DM 6)* A los compañeros no les importa que otros se metan con ellos. Eso demuestra que los demás están interesados en ellos (DM 14)* Meterse con alguien realmente no le hace daño (DM 22)* Los insultos entre compañeros no dañan a nadie (DM 30)
<p style="text-align: center;"><i>Deshumanización</i></p>
<ul style="list-style-type: none">* Algunas personas merecen ser tratadas como animales (DM 7)* A la gente que se comporta como verdaderos canallas, está bien tratarlos mal (DM 15)* Alguien que se comporta como un canalla no merece ser tratado como persona (DM 23)* Algunas personas merecen ser tratadas cruelmente porque no tienen sentimientos (DM 31)
<p style="text-align: center;"><i>Atribución de Culpa</i></p>
<ul style="list-style-type: none">* Cuando en un instituto los estudiantes se pelean y se comportan mal, es responsabilidad de los profesores (DM 8)* Si la gente no está pendiente de sus cosas, es su responsabilidad si se las roban (DM 16)* Los chicos y chicas que son maltratados normalmente han hecho algo para merecerlo (DM 24)* No es culpa de algunos chicos o chicas el portarse mal si sus padres les presionan demasiado (DM 32)

Tabla 3. The Ruminative Responses Scale (Nole- Hoeksema, 1989): Rumiación hóstil.

<p>* Piensas ¿qué he hecho para merecer esto? (R5)</p> <p>* Analizas cosas que os hayan pasado recientemente intentando comprender por qué te sientes deprimido. (R7)</p> <p>* Piensas ¿por qué reacciono siempre de esa manera? (R 10)</p> <p>* Te aíslas y piensas por qué te sientes así. (R11)</p> <p>* Escribes tus pensamientos y los analizas. (R12)</p> <p>* Piensas sobre lo que ha pasado, deseando que hubiese ido mejor. (R 13)</p> <p>* Piensas ¿por qué tengo yo estos problemas que otros no tienen? (R 15)</p> <p>* Piensas ¿por qué no soy capaz de manejar las cosas mejor? (R 16)</p> <p>* Analizas tu personalidad intentando comprender por qué estás tan deprimido. (R 20)</p> <p>* Sales solo para reflexionar sobre tus sentimientos. (R 21)</p>
--

Tabla 4. Red de relaciones (Furman & Buhrmester, 1992): Conflicto

<p>* Mi novio/a y yo nos ponemos de los nervios (NRI 2)</p> <p>* Me enfado e irrito con mi pareja (NRI 5)</p> <p>* Mi pareja y yo pensamos de manera distinta y nos peleamos por ello (NRI 8)</p> <p>* Me molesta el comportamiento de mi pareja (NRI 9)</p> <p>* Mi pareja y yo discutimos mucho (NRI 14)</p> <p>* Mi novio/a y yo nos picamos por cualquier cosa (NRI 15)</p>

Tabla 5. Estudio de la invarianza del cuestionario de rumiación entre chicos y chicas: cargas factoriales estandarizadas, interceptos y residuos estandarizados.

Ítems	CFE		Interceptos		RE	
	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas
R5	,60	,60	0,93	1,42	,39	,86
R7	,61	,81	1,53	2,10	,34	,62
R10	,51	,87	1,71	2,70	,36	,59
R11	,66	,69	1,06	1,39	,35	,73
R12	,45	,33	-0,46	-0,10	,91	,78
R13	,65	,80	2,57	3,36	,52	,43
R15	,73	,67	1,01	1,31	,39	,63
R16	,70	,82	1,17	1,37	,40	,43
R20	,53	,88	0,69	1,61	,39	,61
R21	,57	,44	0,49	0,52	,57	,90

$N = 485$, $n_{\text{chicos}} = 233$ $n_{\text{chicas}} = 252$, CFE = cargas factoriales estandarizadas, RE = residuos estandarizados

Nota. En azul, figuran los parámetros libres entre sexos.

Tabla 6. Descriptivos y correlaciones ítem-total de los ítems de desconexión moral.

Ítems	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>r_{ITC}</i>
DM1	2,09	1,30	.36
DM2	1,29	1,32	.36
DM3	0,76	1,31	.28
DM4	2,10	1,57	.27
DM5	1,94	1,47	.29
DM6	1,26	1,28	.38
DM7	1,05	1,48	.32
DM8	1,55	1,44	.42
DM9	1,56	1,49	.54
DM10	0,82	1,25	.56
DM11	0,49	1,07	.44
DM12	1,05	1,38	.42
DM13	1,08	1,34	.35
DM14	1,12	1,31	.45
DM15	1,61	1,42	.49
DM16	1,85	1,58	.39
DM17	0,99	1,23	.53
DM18	0,57	1,06	.47
DM19	0,80	1,19	.54
DM20	1,09	1,41	.42
DM21	1,02	1,30	.49
DM22	0,51	1,09	.45
DM23	1,18	1,36	.48
DM24	0,73	1,15	.52
DM25	1,51	1,40	.52
DM26	0,67	1,17	.40
DM27	0,64	1,17	.47
DM28	1,28	1,51	.37
DM29	1,39	1,34	.42
DM30	0,81	1,22	.52
DM31	0,91	1,30	.53
DM32	1,22	1,27	.46

N = 1144, M = media, DT = desviación típica, rITC = correlación ítem-total corregida, α^* = ítem que aumenta Alfa de Cronbach al ser eliminado.

Tabla 7. Estudio de la invarianza del cuestionario de desconexión moral entre chicos y chicas: cargas factoriales estandarizadas, interceptos y residuos estandarizados.

	CFE		Interceptos		RE	
	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas
DM1	,37	,37	2,52	1,65	,95	,77
DM2	,43	,33	0,87	0,22	1,00	,65
DM3	,28	,54	-1,09	-2,32	,49	1,00
DM4	,36	,21	1,82	2,58	,97	,85
DM5	,33	,22	1,44	1,29	1,00	,64
DM6	,46	,36	0,61	0,41	,73	,93
DM7	,38	,47	-0,31	-1,20	,81	,83
DM8	,42	,47	1,02	0,58	,82	,78
DM9	,55	,61	1,30	0,17	,65	,67
DM10	,68	,69	-0,10	-1,06	,65	,42
DM11	,56	,66	-1,52	-2,89	,49	,76
DM12	,49	,50	-0,01	-0,37	,71	,80
DM13	,39	,38	0,09	-0,07	,90	,80
DM14	,52	,49	0,41	-0,14	,65	,84
DM15	,51	,58	1,27	0,54	,81	,59
DM16	,45	,43	1,06	1,29	,64	,98
DM17	,72	,47	0,30	-0,29	,54	,72
DM18	,72	,53	-1,20	-1,56	,67	,53
DM19	,72	,62	-0,38	-0,85	,57	,54
DM20	,50	,52	-0,05	-0,43	,68	,80
DM21	,64	,50	0,11	-0,19	,69	,66
DM22	,74	,53	-1,88	-2,85	,60	,58
DM23	,60	,49	0,52	-0,06	,68	,72
DM24	,69	,57	-0,43	-0,96	,62	,57
DM25	,62	,48	1,07	0,63	,73	,64
DM26	,70	,39	-1,72	-1,33	,82	,53
DM27	,71	,56	-1,65	-1,80	,77	,40
DM28	,42	,57	0,09	0,15	,73	,83
DM29	,48	,45	0,69	0,63	,80	,76
DM30	,71	,56	-0,33	-1,05	,56	,63
DM31	,67	,61	-0,37	-0,77	,63	,55
DM32	,55	,52	0,39	0,50	,71	,71

$N = 1144$, $n_{chicos} = 579$ $n_{chicas} = 565$, CFE = cargas factoriales estandarizadas, RE = residuos estandarizados

Tabla 8. Estudio de la invarianza del conflicto entre chicos y chicas: cargas factoriales estandarizadas, interceptos y residuos estandarizados.

Ítems	CFE		Interceptos		RE	
	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas
NRI2	,70	,70	0,38	0,59	,44	,58
NRI5	,78	,84	0,63	0,97	,29	,39
NRI8	,68	,73	0,30	0,45	,48	,52
NRI9	,77	,72	-0,02	-0,11	,31	,58
NRI14	,95	,79	0,09	0,29	,25	,24
NRI15	,81	,85	-0,12	0,19	,22	,40

$N = 485$, $n_{chicos} = 233$ $n_{chicas} = 252$, CFE = cargas factoriales estandarizadas, RE = residuos estandarizados

Tabla 9. Estudio de la invarianza del cuestionario de violencia psicológica y física entre chicos y chicas: cargas factoriales estandarizadas, interceptos y residuos estandarizados.

Ítems de violencia	CFE		Interceptos		RE		
	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	Chicos	Chicas	
Violencia Psicológica	Criticar, hablar mal...	,49	,53	-52,68	-56,12	,65	,83
		,53	,48	-52,68	-60,28	,76	,73
	Decirle a tu novio/a que dejará de gustarte si no hace lo que le pides	,50	,42	-55,67	-59,84	,85	,73
		,46	,41	-55,67	-59,68	,91	,72
	Negarte a dejar de hablar durante una discusión	,45	,46	3,50	4,50	,71	,87
		,44	,42	-0,50	5,50	,72	,90
	Irte durante una discusión	,33	,43	-26,64	-18,27	,77	,92
		,40	,36	-17,27	-11,44	,75	,96
	Insultar o meterse con el otro	,49	,53	-52,68	-53,03	,59	,87
		,51	,48	-51,81	-51,27	,57	,92
Violencia Física	Dar empujones y agarrar	,27	,72	-25,25	-60,35	,14	,90
		,50	,60	-52,63	-59,37	,54	,83
	Escupir	,39	,65	-18,67	-34,08	,38	,90
		,56	,58	-20,34	-31,62	,43	,91
	Tirar del pelo o arañar	,54	,62	-22,97	-28,94	,77	,56
		,67	,62	-36,96	-36,34	,62	,56
	Abofetear, dar patadas	,40	,74	-26,46	-49,38	,43	,83
		,67	,56	-47,00	-48,14	,58	,66
	Retorcer el brazo	,56	,56	-38,76	-43,82	,54	,83
		,68	,37	-48,03	-40,36	,90	,53
	Tirar, romper, patadas a las cosas	,28	,48	-25,92	-60,28	,12	,90
		,48	,36	-55,53	-60,67	,79	,83
	Empujar contra la pared	,31	,68	-19,54	-49,38	,13	,90
		,68	,54	-44,68	-43,82	,63	,62
Golpear o intentar golpear contra la pared	,53	,53	-41,95	-50,53	,47	,90	
	,69	,43	-44,68	-36,34	,90	,47	
Intentar asfixiar o dar puñetazos	,87	,50	-13,03	-9,94	,74	,28	
	,79	,64	-14,37	-14,92	,57	,42	

$N = 485$, $n_{chicos} = 233$ $n_{chicas} = 252$, CFE = cargas factoriales estandarizadas, RE = residuos estandarizados

Nota. En azul, figuran los parámetros libres entre sexos.

